JOSEPH DAGER ALVA

HISTORIOGRAFÍA Y NACIÓN EN EL PERÚ DEL SIGLO XIX



Historiografía y nación en el Perú del siglo XIX

Joseph Dager Alva

Historiografía y nación en el Perú del siglo XIX



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Historiografía y nación en el Perú del siglo XIX
Joseph Dager Alva

De esta edición:

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
Teléfono: (51 1) 626-2650
Fax: (51 1) 626-2913
feditor@pucp.edu.pe
www.pucp.edu.pe/publicaciones

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: octubre de 2009
Tiraje: 500 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2009-13446
ISBN: 978-9972-42-908-8
Registro del Proyecto Editorial: 31501360900519

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

A José Antonio del Busto Duthurburu,
modelo de honestidad personal e intelectual

A Sofía Yamel y Rafael Joseph, mis hijos,
por todo lo que me han enseñado a sentir

Índice

Prólogo

Como bien señala el autor en la introducción del libro que presentamos al lector, la historia de la historiografía es una disciplina poco cultivada en el Perú; en particular carecemos de textos que se ocupen de la producción histórica peruana a lo largo del siglo XIX. Se nos plantea, así, una pregunta clave: ¿hasta qué punto la confección historiográfica decimonónica reflejó el proyecto de construir la nación? Es claro, para Joseph Dager, que la imagen de la nación que se construye en el XIX «no siempre incluyó a las comunidades subalternas, la mayoría social del país» (p. 20). Pero tampoco se trata de acusarlos de tener el «objetivo consciente de darle un uso funcional y de clase al pasado» (p. 22).

Para sustentar estas ideas, el capítulo primero sobre el *Estado-nación* y el nacionalismo resulta sumamente ilustrador para tomar clara conciencia de lo que significa el paso del siglo XVIII al XIX, sobre todo por lo relativo a lo sucedido en las últimas décadas del XVIII. El que le sigue se configura como el siglo de la creación de los *Estados-nación*, con sus burguesías conscientes de inaugurar una nueva época, «moderna» y con el concepto fundamental de individualidad histórica. El interés por hurgar en lo pasado para construir naciones hace que la nación se erija en el objeto predilecto de la investigación histórica, teniendo en ello un papel fundamental el movimiento romántico. No en vano se le llama al

XIX, como nos lo recuerda Dager, el siglo de la Historia. Los historiadores, ya afirmados en su conciencia profesional propia, hicieron «las biografías de sus naciones», fórmula feliz de Dager, a las que ven como entidades individuales con un pasado peculiar (p. 37).

Entre las miradas que se discuten, me parece interesante destacar las llamadas modernistas, que sostienen la condición de «artefacto cultural» de las naciones modernas —Gellner, Hobsbawm y Anderson, entre los más importantes—. A decir de Hobsbawm, la nación como entidad social solo se puede reconocer en relación al tipo de estado territorial moderno, es decir, *a posteriori*. No existe una lengua o cultura comunes antes de la existencia de la unidad política. De allí la célebre definición de nación de Benedict Anderson, «una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana». Lo que sin duda es sumamente fecundo para pensar, por ejemplo, los estados nacionales de América Latina o las artificiales diferencias «nacionales» en África. Sin embargo, en este capítulo se presentan también importantes perspectivas críticas de esta mirada «modernista» sobre las naciones. La discusión teórica resulta sumamente fructífera. Los cuestionamientos relativos a la importancia de los «núcleos étnicos» —en tanto colectividades culturales— o de las religiones en tanto factores premodernos que tienen un papel decisivo en el surgimiento y formación de las naciones, me parecen particularmente significativos. De igual manera, la discusión muy contemporánea desde los llamados estudios subalternos o poscoloniales aporta al lector interesantes elementos para comprender perspectivas distintas sobre las naciones; por ejemplo, aquella de Said según la cual «las naciones mismas son narraciones», que pueden impedir la existencia o el surgimiento de otros relatos, desde voces acalladas o nunca escuchadas en las narrativas oficiales.

En todo caso, Dager opta, a mi juicio por razones fundadas, por la relevancia de la concepción de nación como un constructo cultural típico del siglo XIX. Lo que estudiará en el capítulo siguiente es el papel

del *Mercurio Peruano*, del proceso de la Independencia y finalmente de las elites republicanas en, precisamente, «imaginar» nuestra comunidad nacional a la par que se construía el *Estado-nación*. No obstante, el autor tiene claro que en el Perú, «la lenta y compleja construcción del Estado no atendió a la diversidad cultural, que era la característica más valiosa y definitoria de aquella comunidad. La nación fue imaginada en términos occidentales, urbanos y no plenamente incluyentes». Se trata de un proceso que «en ocasiones resultó arrollador y que silenció todo lo heterogéneo» (p. 56), olvidando también la explotación colonial y republicana (p. 58). Silencios y olvidos que, a juzgar por acontecimientos recientes relacionados con comunidades indígenas de la selva amazónica, siguen vigentes hasta hoy.

El *Mercurio Peruano*, editado entre 1791 y 1795, es uno de los productos culturales que, nos indica Dager, mejor ejemplifica la recepción de algunos rasgos de la Ilustración europea; algunos, pues en sus páginas, por ejemplo, no se proclama el ateísmo, no se cuestiona la institución monárquica ni se pretende la separación de España. Se busca, frente a la ignorancia y desprecio de los «estudios» europeos sobre América y el Perú, conocer y hacer más conocido nuestro país y la América hispánica en general, tratando de mostrar la no-inferioridad del hombre americano, así como la especificidad de su territorio y clima. A este respecto los casos de los gigantes y los pumas resultan sumamente ilustrativos y casi emblemáticos. Se inicia un interesante y complejo proceso de investigar el pasado previo a la conquista, buscando así comprender un «Perú» que era anterior a los españoles, llegando a los tiempos de los incas, «antepasados» y sus grandes logros. Los mercuristas usaron la obra cultural y material de los incas para graficar el inicio de la civilización por estas tierras, lo cual incluía el quechua—cuando, nos ilustra Dager, la propia *Enciclopedia* negaba la existencia, por ejemplo, de los caminos incaicos (p. 70). La noción de continuidad del Perú comienza a aparecer. Sin embargo, esto no estaba reñido con una valoración positiva de la obra de España en América.

Extremadamente sugerente y fructífera es la propuesta de entender al *Mercurio Peruano* como expresión del nacimiento y formación de la opinión pública. Sin embargo, nos dice Dager, la comunidad imaginada que se asoma en dicho medio no fue un sinónimo de inclusión (p. 77). Lo mismo parece reiterarse, luego de nuestra compleja Independencia, en nuestros símbolos patrios, bandera, escudo e himno, en los que no aparecen los hombres y mujeres que habitan el país, lo que sí sucedió en los países del cono sur. «Incas sí, pero indios no», fue un componente decisivo del nacionalismo criollo, retomando la fórmula de Cecilia Méndez. Y pareciera que esta falta de inclusión sigue marcando nuestra historia contemporánea.

En el capítulo tercero, el autor nos confronta con un panorama del «hacer historia en el Perú del XIX», y proporciona una periodización generacional de los historiadores del siglo XIX, en la que distingue tres generaciones. La *Revista Peruana*, fundada en 1879 fue la primera revista de historiadores, la primera publicación especializada en historia en nuestro país. La Independencia y la guerra con Chile, así como la conquista y la época colonial, fueron los grandes temas trabajados por los historiadores del mencionado siglo. La influencia romántica se deja sentir, así como la importancia de la edición de las fuentes que permitirían «confeccionar la historia». La necesidad de la continuidad histórica, ya esbozada en el *Mercurio Peruano*, se plantea una vez más. Ello contribuye a valorar la época colonial y a cuestionar la conquista. El Perú republicano, según el autor, más que otros países de América del Sur, tenía razones para mirar su pasado lejano con satisfacción. La civilización alcanzada por los incas, sus instituciones y «el supuesto orden y equilibrio obtenidos», fueron motivo de orgullo. Contar con un «pasado glorioso» da sustento a dicha continuidad y aporta en la construcción del *Estado-nación*. Pero ello, una vez más, no implica una identificación étnica o cultural con la población andina contemporánea, que no estaba incluida como «objeto» digno de admiración. Se puede, al mismo tiempo, ensalzar la obra de los incas y denigrar a la población indígena.

Algunos historiadores del XIX llegaron a postular que los indígenas eran «descendientes degenerados de los respetados incas» (p. 138). Se trata, según Dager, de una propuesta de homogeneización cultural característica del proyecto decimonónico del *Estado-nación*, que le quitó todo valor a nuestra rica diversidad cultural.

El capítulo final del libro que tengo el gusto de presentar se concentra en la discusión del papel de la historiografía decimonónica. La tesis de Dager es que la historiografía del Perú nació en el siglo XIX, discrepando así de lecturas contemporáneas que consideran que ello recién sucede en el siglo XX. No se trata solo de una cuestión de diferencia de método o de erudición; los historiadores decimonónicos sí «lograron presentar una compresión global del pasado peruano» (p. 156). En verdad, tal es la propuesta principal del autor: en el XIX sí se confeccionó una historia, «cuyo canon fue demostrar la antigüedad de la nación, eficiente en cincelar imágenes que buscaban la cohesión nacional del presente, procurando representar un pasado homogéneo y glorioso» (p. 157). La historiografía de dicho siglo significó también una apuesta para construir el futuro del país, contribuyendo al propósito de formar ciudadanos identificados con la organización política. No es casual que muchos de esos historiadores fueran ministros de Estado o altos funcionarios en Educación.

Así como, según se indicó en el capítulo inicial del trabajo, la historiografía europea creció vinculada con el compromiso de construir los *Estado-nación*, en América Latina y en el Perú también encontramos tales características. Aquí, la insistencia en plantear una historia nacional, según la tesis desarrollada por Dager, también permite afirmar que la «elite letrada se plegó al ideal burgués de imaginar la nación y dotarla de un pasado claramente reconocible» (p. 170). Lo burgués es lo nuevo, lo moderno, el cambio; aun cuando para algunos autores con quienes este libro discute, haya sido un rotundo fracaso. En esta perspectiva, sostiene Dager que no es el positivismo sino el modelo de la historia narrativa el que está asociado con el «nuevo *ethos* burgués reinante» (p. 167).

Sin duda, trabajo redondo, claro y bien escrito, que nos confronta con mucha seriedad con la construcción de la historiografía en el Perú y con problemas que siguen siendo los nuestros: el desconocimiento de la diversidad y pluralidad que, hoy todavía con fuerza y a veces con dolor, nos define como país. También con los asuntos olvidados por los historiadores del siglo XIX, como nuestras radicales desigualdades sociales y económicas. Estoy segura de que este libro es una invitación a seguir dialogando sobre nosotros mismos, sobre ese constructo cultural que es la nación.

Pepi Patrón Costa
Vicerrectora de Investigación
de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Introducción

La historia de la historiografía, campo de estudio al que este trabajo se adscribe, es una disciplina poco cultivada en el Perú, a diferencia de lo sucedido en otros contextos latinoamericanos, donde es posible observar un creciente aumento en estos estudios[1]. Entre nosotros se inició muy auspiciosamente con la publicación, en 1910, de *La Historia en el Perú*, tesis doctoral de José de la Riva-Agüero y Osma (Riva-Agüero 1965)[2]. Sin embargo, tras el aporte de Riva-Agüero, no abundan los

---

[1] Un muy útil ensayo bibliográfico de Mark Thurner muestra interesantes análisis de historia de la historiografía por parte de los actuales historiadores latinoamericanos (Thurner 2006b). Abunda la bibliografía sobre el importante desarrollo historiográfico en México, para nuestro tema y como modelo de análisis los trabajos de Krauze (2005) y Florescano (2002) son particularmente importantes. Igualmente en Argentina, desde los ensayos de Tulio Halperin (1996), se ha estudiado con profundidad la historiografía decimonónica; y, Roberto Madero (2001) ha inaugurado una interesante perspectiva sobre el debate entre Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre. Cristián Gazmuri (2006), por su parte, ha analizado detenidamente la historiografía decimonónica en Chile.

[2] Aquel fue un estudio precursor y verdaderamente pionero en la disciplina, pues vio la luz al tiempo que Croce, Fueter y Gooch publicaban los primeros balances de la obra histórica europea. Eduard Fueter publicó, en alemán, su *Historia de la historiografía moderna* en 1911; entre 1912 y 1913 apareció en italiano la *Teoría e historia de la historiografía* de Benedetto Croce; y en 1913 George Gooch publicaba en inglés su *Historia e historiadores en el siglo XIX*.

estudios monográficos de casos específicos[3], aunque dos importantes y clásicas bibliografías, junto con ofrecer un cuadro de las diversas fuentes existentes y obras historiográficas, señalan algunos juicios sobre el tipo y la calidad de la producción histórica[4]. Además, en la *Historia de la República* de Jorge Basadre es posible encontrar síntesis de la obra historiográfica, incluidas al interior de la historia general de un determinado período, en verdad ilustrativas, pero que no son el objetivo central del autor[5]. Luego de Basadre, el ensayo elaborado por Franklin Pease es de referencia obligada, pues es un artículo rebosante en ideas e hipótesis que bien funcionan como guías para acercamientos más puntuales (Pease 1993: 93-128). Pero, en nuestro país, no existe un libro que se ocupe del desarrollo de la producción histórica peruana a lo largo del siglo XIX. Dada esta situación, y alentados por algunos colegas, hemos creído que podría resultar de utilidad dar a conocer estas iniciales reflexiones sobre la narración histórica en el Perú decimonónico[6].

Nuestro propósito principal es asomarnos a la relación existente entre la historiografía decimonónica y los tiempos vividos. Estaremos enfrente de la elaboración de imágenes del pasado que tienden a resaltar los valores de la nacionalidad, pues aquellas investigaciones se fueron publicando a la par que se iba construyendo el *Estado-nación*. En ese sentido, nos ubicamos en la línea de análisis que señala que en el Perú fue realmente difícil, en el siglo XIX, pensar la nación. El asentamiento del nacionalismo peruano se vio influido por la estrechez económica,

---

[3] Recientemente Mark Thurner ha publicado un sólido estudio sobre la obra histórica de Sebastián Lorente (Thurner 2005: 15-76). Asimismo, nosotros dedicamos un estudio monográfico a la obra de José Toribio Polo (Dager 2000a).

[4] Nos referimos a Porras Barrenechea (1954) y Vargas Ugarte (1959).

[5] Además de las secciones correspondientes en la *Historia de la República* de Jorge Basadre, puede revisarse: Guerra Martinière (1994) y Rivera Serna (1980).

[6] Este libro tiene su origen en un artículo que publicamos el año 2004 (Dager 2004). Asimismo, la información aquí expuesta nos ha servido de base en la elaboración de nuestra tesis doctoral sobre la «confección» de una historiografía «fundacional» en el Perú decimonónico, donde ampliamos y profundizamos datos e interpretaciones.

las diferencias sociales, el racismo y el conflicto entre el Estado y la sociedad civil, pese a lo cual se encuentran desarrollos intelectuales que buscaron entender y darle forma a una complicada realidad[7]. La elite letrada logró difundir una imagen del Perú y lo peruano que refleja la existencia de un proyecto nacional que tuvo pretensiones de hegemónico, aunque no fue plenamente incluyente, lo que muestra asimismo la tensión entre valores liberales y su concreción en la vida práctica[8]. Con todo, el Perú decimonónico tuvo su experiencia burguesa en lo político, en lo social, en lo intelectual, en las modas y costumbres, aunque imperfecta, y siempre mediatizada por un contexto de permanente inestabilidad gubernamental e institucional y por los rezagos —con evidentes presencias— de una mentalidad con rasgos feudales[9].

Bajo esta perspectiva interpretativa abordamos este trabajo, en el que pretendemos reflexionar sobre hasta qué punto la confección historiográfica del siglo XIX reflejó el proyecto burgués de construir la nación[10].

---

7 Los iluminadores trabajos de Carmen Mc Evoy han puesto en evidencia lo complejo que resultó el proceso de construcción de la nación, pero, a la vez, han logrado retratar proyectos políticos con intenciones de unidad y planteamientos intelectuales que trataron de pensar un país, si bien no totalmente integrado, tampoco circunscrito a la elite. Véase Mc Evoy (2000 y 2001: 21-100).

8 Durante algún tiempo la historiografía peruana censuró fuertemente a la elite del siglo XIX por haber sido incapaz de formular un proyecto nacional hegemónico (Bonilla 1974, Cotler 1978: 80-91, en particular). Ya en 1997, Carmen Mc Evoy empezó a cuestionar esta visión historiográfica (Mc Evoy 1997).

9 La colección de artículos que editó Carmen Mc Evoy en el año 2004 ofrece estudios de caso y, en conjunto, una mirada comprensiva del desarrollo de la burguesía en el Perú. Véase Mc Evoy (2004).

10 Como nuestro interés está centrado en las historias patrias, no analizaremos a profundidad los discursos políticos e intelectuales que fueron modelando la idea de nación. Tampoco nos ocuparemos de cómo fue asimilada la propuesta republicana por los sectores mayoritarios. Para este último tema, resulta fundamental la consulta de las investigaciones de Mark Thurner, quien plantea que el discurso nacionalista criollo del siglo XIX dejó de lado a los indígenas, que fueron «comunidades inimaginadas», es decir, no los concibieron como agentes políticos. Pese a ello, el discurso republicano sí fue asimilado por la población indígena y Thurner muestra cómo los «republicanos andinos» lo reinventaron con parámetros heredados de la época colonial (Thurner 2006a).

En el primer capítulo nos ocupamos, a modo de marco teórico, de los principales aportes al estudio del fenómeno de la nación y del nacionalismo, en especial de la teoría modernista de la nación, que hemos usado como herramienta conceptual al abordar la historiografía decimonónica peruana y su relación con el proyecto nacional. Mostramos el cambio intelectual en cuanto al sujeto —también objeto— de la Historia, que ocurrió en el tránsito de la cosmovisión dieciochesca a la decimonónica, que se plasmó en el surgimiento del concepto de nación como una entidad particular y en el florecimiento de las historias nacionales, cuya apuesta metodológica se asocia al ascenso del orden social burgués, que tuvo en el *Estado-nación* su organización política. Siguiendo a los «modernistas», consideramos que ese Estado es un fenómeno típicamente moderno y que las historias patrias ayudaron a su consolidación. Ello justifica la utilización de algunos de esos postulados como modelo, aunque varios aspectos de la teoría modernista hayan sido cuestionados para los contextos poscoloniales, críticas de las cuales dejamos constancia.

En el segundo capítulo, en base al marco anterior, presentamos la inicial imaginación de la nación en el Perú, plasmada en la conciencia de la continuidad histórica del país, visible en el *Mercurio Peruano*, en los símbolos patrios de la etapa de la Independencia y en el establecimiento de la centralidad del poder político y la hegemonía cultural de la capital. Aquella imagen de la nación no siempre incluyó a las comunidades subalternas, la mayoría social del país. El sistema republicano, el símbolo de la modernidad en aquel entonces, tuvo que enfrentarse en el Perú con una limitada modernización social y con una elite criolla que reflexionó insuficientemente sobre el tipo de sociedad real que pretendía gobernar y representar. Los historiadores del Perú decimonónico no fueron una excepción y, más bien, desarrollaron en ese contexto su producción intelectual, cuyas líneas directrices presentamos panorámicamente en el tercer capítulo. Aunque mostraron preferencia por lo monográfico, su historia procuró subrayar la idea de la continuidad

histórica del Perú, e imágenes tendientes a crear o afianzar la identidad entre los connacionales. Los aportes a una historia fundacional no pueden limitarse a las obras que ofrecieron una imagen de conjunto, en verdad escasas en nuestro siglo XIX, sino que deben incluir también a otras formas de hacer historia, más puntuales, basadas en un pormenorizado estudio del pasado que pretendía resaltar lo singular en una nación que se estaba formando, y que entendía como necesario descubrir primero los documentos oficiales, las crónicas, los anales.

El anterior análisis historiográfico nos permite abordar en el cuarto capítulo, más específicamente, la relación entre producción histórica y proyecto burgués. Al parecer, el Estado burgués peruano no logró imponer una única historia oficial, pero los historiadores sí establecieron representaciones del pasado, de larga y fértil vida, que apuntaron a fijar en tiempos inmemoriales las raíces de la nación peruana. Finalmente, en los apéndices reproducimos textos de los historiadores decimonónicos y, en breves notas a pie de página, intentamos dejar señaladas algunas de las imágenes que esos investigadores se empeñaron en cincelar.

El que en el Perú la historia gozase de una importante dignidad epistemológica, fenómeno típico en el surgimiento de los *Estado-nación* europeos o latinoamericanos, a diferencia de lo sucedido en contextos poscoloniales, nos faculta a enmarcar su estudio en el proceso de imaginación de la nación y de construcción del Estado[11]. En ello, a la historiografía no le cupo un lugar marginal pues proporcionó los antepasados y las visiones del pasado necesarias para generar orgullo patrio. Proponemos, entonces, el concepto «confección» para definir a la producción historiográfica en el Perú decimonónico. De lo que se

---

[11] Bhikhu Parekh demuestra la elección consciente por parte de la India de no ser un *Estado-nación* (Parekh 2000). Un balance historiográfico sobre la construcción de la nación en Latinoamérica, que reviste especial interés, en Miller (2006). Para una visión general del proceso de inventar la nación en Iberoamérica, ver Annino y Guerra (2003). Asimismo, en América del Sur se concedió gran importancia a las pompas fúnebres como ceremonias destinadas a alimentar el imaginario nacional (Mc Evoy 2006).

trata es de no equipar con lo «falso» el aspecto creativo de la «invención historiográfica»[12]. Este concepto permite englobar la «creación» de una imagen homogénea del pasado peruano, a la vez que sugiere que fue hecha artesanalmente, inventiva y base material unidas que es, justamente, lo que caracteriza las confecciones de prendas de vestir del sastre[13]. La historiografía peruana decimonónica fue una confección porque subrayó o descuidó un sinnúmero de aspectos del devenir transcurrido, pero no fue una invención libre del intelecto. Confección artesanal porque pretendió dar cuenta de lo acontecido, también creativa porque se plasmó de acuerdo a la realidad que vivieron sus autores. Por esto último, olvidó, en el sentido de Renan (1987: 71-82) y Anderson (2000: 260-286), las matanzas internas, es decir, las marcadas desigualdades sociales y la explotación colonial y republicana. Entonces, nuestra línea de investigación se encuentra distante de la perspectiva que plantea que esas imágenes históricas se hicieron con el objetivo consciente de darle un uso funcional y de clase al pasado para legitimar las exclusiones del presente[14]. Sin duda existieron intereses como aquellos, pero, no hay aquí una imposición sistemática de las estructuras del poder, más todavía en el Perú decimonónico con un Estado continuamente en construcción que no siempre logró apoyar las iniciativas de la sociedad civil, aunque tuviesen metas comunes[15]. Hay, más bien, un mandato de

---

[12] El término lo usa Hobsbawm pero con una connotación distinta, pues con él se refiere a las historias nacionales «inventadas» como discursos hechos a la medida (Hobsbawm 2002: 14).

[13] Hobsbawm se refiere a la acepción en inglés «tailored», la cual, como se sabe, deriva de «tailor» (sastre), quien confecciona prendas de vestir con cortes de tela.

[14] Bradford Burns planteó, no sin censura, que las obras de aquellos investigadores retratarían la visión de clase de la burguesía (Burns 1978: 409-431). Un ejemplo de esta tendencia, dedicado a la historiografía chilena, se puede ver en Woll (1982).

[15] Carlos Forment ha estudiado con detenimiento la formación y organización de asociaciones cívicas, a través de las cuales se expresó la sociedad civil peruana decimonónica. Frente a un Estado débil y poco estructurado, que no extendió ampliamente el ejercicio del sufragio, la escuela de la ciudadanía se trasladó a esas asociaciones, tales como gremios de artesanos, sociedades de ayuda mutua, sociedades literarias, científicas y académicas,

la historicidad, una imposibilidad de ver con otros lentes, un horizonte, es decir, «el ámbito de visión que abarca y encierra todo lo que es visible desde un determinado punto» (Gadamer 1999: 372). Claramente puede observarse la creencia de que la narración histórica debía acentuar los elementos que unían y no los que separaban. Ya no resulta tan evidente cuánto de eso respondió a un plan deliberado y concertado en defensa de los intereses de los sectores sociales gobernantes.

Como los historiadores solo podían comprender desde su horizonte, difundieron una historia con una cierta unidad que no presentó el pasado peruano en toda su heterogeneidad. En el interés de contribuir en la gesta del proyecto y estado nacionales, como también ocurrió en Europa y Latinoamérica, los historiadores engrandecieron algunas epopeyas y olvidaron aquello que pudiese provocar fisuras. No se trata de una elaboración fraguada, sino de la existencia de lo que Paul Ricoeur ha llamado la «herencia de la violencia fundadora», que impele a las sociedades a sentir la necesidad de contar con una memoria, afectada de olvidos, que sea capaz de crear conciencia de identidad[16]. Esta perspectiva, que creemos válida para analizar la historiografía decimonónica en su contexto, no pretende, vale la pena advertirlo, generalizar la necesidad de una autoimposición amnésica como requisito para la unión nacional.

---

clubes electorales, etcétera. Fueron la respuesta de la sociedad civil ante una permanente incapacidad del Estado por concretar proyectos de efectiva modernización. Lograron ser expresión de una esfera pública con características burguesas que encontró espacios para hacerse escuchar e influir en la vida pública del país (Forment 2003).

[16] En el magnífico tratado *La memoria, la historia, el olvido*, Paul Ricoeur señala como una de las causas de la fragilidad de la identidad y de la memoria el que toda comunidad histórica se caracteriza por la «herencia de la violencia fundadora» que implica que se conmemoren (y legitimen) algunos actos fundadores que fueron violentos en sus orígenes (Ricoeur 2004: 116). Más todavía, al referirse a cómo la memoria manipulada es causa de olvido, advierte que ello se debe a la mediación del relato en lo que no hay necesariamente un «abuso» sino un «uso», ya que el relato «entraña por necesidad una dimensión selectiva» (2004: 572). Otra cosa es la imposición de un relato ideológicamente manipulado, cuestión que, obviamente, Ricouer censura especialmente para la Europa Occidental de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

Para finalizar estas palabras introductorias, quiero expresar mi gratitud especial a la doctora Pepi Patrón, vicerrectora de Investigación, por su amable prólogo, y por el vivo interés que mostró para la publicación de estas páginas cuando ejercía la jefatura del Departamento Académico de Humanidades. Mi reconocimiento, asimismo, al doctor Efraín Gonzales de Olarte, entonces presidente del directorio del Fondo Editorial, y a Patricia Arévalo, su directora general. De igual modo a Iván Hinojosa por animarme, con generosidad intelectual, a publicar este trabajo en su actual estado de investigación. Las observaciones positivas y las críticas constructivas de los lectores anónimos permitieron que repensara varios puntos de mi investigación y también que me reafirme en otros. Cristián Gazmuri, Pedro Guibovich, Oswaldo Holguín, Carmen Mc Evoy, Juan Carlos De Orellana y Teresa Vergara, en reiteradas ocasiones, me han permitido discutir mi aproximación a la historiografía peruana del siglo XIX; ojalá haya logrado plasmar sus inteligentes anotaciones. Ada Arrieta, Omar Huirse, Greta Manrique y Jaime Villavicencio, dentro del Instituto Riva-Agüero, o fuera de él, me alentaron de variadas e importantes maneras. Lucía estuvo a mi lado incansablemente, como siempre.

Joseph Dager Alva

El *Estado-nación* y el nacionalismo

La «individualidad histórica» y la nación

No es atrevido afirmar que el tránsito del siglo XVIII al XIX ha sido uno de los más radicales en la historia de la humanidad. Y es que, en los últimos años de la centuria dieciochesca y los primeros de la decimonónica, ocurrieron tal cantidad de fenómenos transcendentes que las diferencias producidas entre un siglo y otro son palmariamente nítidas. Solo basta mencionar los acontecimientos más importantes para percatarse que su repercusión fue delineando un tiempo nuevo: la Independencia de los Estados Unidos; la Revolución francesa, que trajo consigo el fin de la monarquía en Francia, la muerte del Rey y el ascenso del imperio napoleónico; el control de Europa por parte de Bonaparte; así como la posterior emancipación de las antiguas colonias españolas. Anecdóticamente significativo resulta que conjuntamente a esos sucesos políticos, en el último tercio del siglo XVIII desaparecieron los mentores de la Ilustración, como anunciando el fin de la gran era filosófica: Hume en 1776, Voltaire y Rousseau en 1778, Condillac en 1780, Lessing en 1781, D´Alembert en 1783, Diderot en 1784, Federico II en 1786. Tal vez la transformación más importante sea que el siglo XIX se convirtió en el siglo de la creación de los *Estados-nación*, aunque es verdad que en el XVIII se dieron avances en lo que a pensar

el nacionalismo se refiere. Sin embargo, el fenómeno es típicamente decimonónico pues recién en el siglo XIX confluyeron las características que lo explican, siendo, entre ellas, el acceso pleno de la burguesía al poder político, uno de los hechos sociales de mayor importancia, así como el surgimiento del concepto de «individualidad histórica», una condición fundamental en el plano de la historia de las ideas.

La creación de los *Estados-nación* ocurrió paralelamente al ascenso del orden social burgués, utilizando la expresión de Reinhart Koselleck (1976: 283-305). Vale la pena señalar de entrada que no entendemos el término «burgués» como una clase definida ante todo por su relación con los medios de producción, sino una forma de pensar y de actuar, una cultura con sus valores, los que, como en toda cultura, no necesariamente se cumplen de modo absoluto[1]. En este trabajo, entenderemos lo burgués como una forma de concebir el mundo, cuya existencia se afianza en la centuria decimonónica, aunque hayan existido diversos precedentes. Hemos tenido presente la caracterización hecha por Werner Sombart, que aunque peca de esquemática y de una división poco maleable entre lo burgués y lo no burgués, al flexibilizar sus categorías es posible retratar el «espíritu» de la llamada burguesía (Sombart 1972: 11-12, 209-213, 227-229)[2]. En efecto, Peter Gay, uno de los más documentados y recientes investigadores de la «experiencia burguesa» decimonónica en los Estados Unidos y Europa, en un libro inteligente y provocador, ha iluminado la discusión al demostrar que las nociones de orden racional y ascética moral no sirven para dibujar, por sí solas,

---

[1] La noción de clase definida en términos únicamente económicos y estructurales caracterizó a la filosofía e historiografía marxista durante mucho tiempo, pero, a partir de los importantes trabajos de E. P. Thompson, fechados en las décadas de 1960 y 1970, se observa que desde esa perspectiva también se define a una clase apelando a factores históricos y culturales (Thompson 1989: XIII-XVIII, en especial). En la misma línea puede revisarse los conceptos «burgués» y «clase» en Williams (2000: 43-46, 62-70).

[2] Debe anotarse, sin embargo, que en ocasiones Sombart revela un telón de fondo quizá maniqueo, lo que se percibe, especialmente, en la descripción del temperamento burgués y la supuesta escasa inclinación erótica de los burgueses (Sombart 1972: 115-136, 205-213).

el «alma» burguesa (Gay 1992: 12-13, 31-33, 65-68)[3]. Tanto Sombart como Gay, tan separados en el tiempo como en la perspectiva, coinciden en que, pese a las particularidades, la mentalidad burguesa prioriza valores referidos a la reinversión productiva, el afán de progreso, la mejora de la educación, la pretensión de cultura, el ideal de construcción del *Estado-nación* y el consiguiente uso del método para la confección de una historia patria[4]. Como la sociedad burguesa se consideró a sí misma la representante de un mundo nuevo, atacó al viejo, tipificado por el modelo absolutista previo a la Revolución francesa, y lo acusó de ser contrario al progreso, para así consolidar su legitimación. De hecho, Koselleck ha señalado que un rasgo distintivo de la era burguesa fue la clara conciencia en los seres humanos de encontrarse —y estar viviendo— frente a una época nueva. Los hechos sociales tornaron cada vez más contingentes, la aceleración del cambio histórico fue mayor, por lo que el presente vivido se entendió como sinónimo de «modernidad». Aumentó, entonces, considerablemente la «expectativa» de lo venidero, y proporcionalmente se elevó también la sensación de carencia de «experiencia». En compensación, creció el interés por el pasado lejano, por la historia (Koselleck 1993: 16 y 195)[5]. Entonces, el asentamiento del

---

[3] Para Gay, el estricto control moral que pretendió ejercer la burguesía antes que mostrarla como una sociedad pacata, vislumbra, más bien, la existencia de «faltas» que se pretenden sancionar. La hipótesis se evidencia con claridad en el detallado «registro erótico» que ofrece Gay, armado en base a sus magníficas e íntimas pruebas documentales, diarios y cartas. Sin embargo, algunas de sus proyecciones parecen deber más al instrumento de análisis —es decir el psicoanálisis—, pues cabe cuestionar la validez de utilizar el caso de los esposos Todd para definir cualquier «tipo ideal», no solo lo burgués, tomando en cuenta que David pasó el final de sus días en un asilo para dementes (Gay 1992: 91).

[4] Sin embargo, estamos lejos de plantear que toda cultura burguesa deba tener cada uno de estos valores. Hoy es bien conocido lo singular que fue la realización concreta de cada «proyecto burgués», aun dentro de la misma Europa (Fradera y Millán 2000). Al analizar las peculiaridades del proyecto burgués alemán, Jürgen Kocka señala los valores que hemos mencionado como propiamente burgueses (Kocka 2000: 21-83).

[5] Según Koselleck, no todas las épocas han experimentado la misma sensación respecto del tiempo, es decir, los seres humanos no han sentido el tiempo de igual modo en todas las épocas históricas. El tiempo «moderno», ese que ve el propio tiempo como

orden social burgués trajo aparejado un interés por hurgar en lo pasado; por tanto, el proceso de «construcción» de naciones y el de redacción de sus historias nacionales marcharon casi paralelos.

En este sentido, se ha convertido en un tópico feliz afirmar que el siglo XIX fue el siglo de la Historia. A lo largo del mismo, la Historia se consagró en el ámbito académico, se convirtió en profesión universitaria y se autodefinió como un saber autónomo cuyo método le permitía otorgar conocimientos certeros. Este proceso de afianzamiento dejó huellas palpables como la creación de diversas cátedras y la proliferación de archivos y de varias instituciones de investigación, que guardan relación con los grados de institucionalización y credibilidad de la historiografía[6]. Todo lo anterior suponía otro cambio radical: el surgimiento del concepto de «individualidad histórica» que transformó la concepción de la disciplina y que la encaminó, progresivamente, a tener como objeto de estudio a las «individualidades». Sucede que en la centuria de la luces, la escritura histórica se elaboraba como una «filosofía de la historia» que pretendía dar cuenta de la totalidad del proceso histórico en relación a un concepto universal llamado «humanidad». En cambio, con el asentamiento del siglo XIX, y ligado a las transformaciones sociales y de mentalidad que llevamos mencionadas, ocurrió

---

nuevo, surge tras la caída del Estado absoluto europeo. Allí, el reto por el futuro se hace mayor, a la par que aumenta una conciencia de fugacidad del presente. Entonces, se acudió al pasado, por lo que la investigación histórica adquirió particular importancia (Koselleck 1993: 338).

[6] Desde los clásicos y descriptivos aportes de Fueter y Gooch, es realmente abundante la bibliografía que constata el hecho de la consagración de la historia durante el siglo XIX (Fueter 1953; Gooch 1942). George Lefebvre y Michel de Certeau sostienen la omnipresencia de la historiografía durante la centuria decimonónica y la importancia que fue adquiriendo en el medio universitario la «academia» histórica (Lefebvre 1974 y Certeau 1993). Entre los autores españoles, José Carlos Bermejo ha realizado una valiosa «genealogía de la historia» (Bermejo 1999). Con todo, somos deudores de la tesis de Reinhart Koselleck, que se propone explicar teóricamente el hecho, al sostener, como ya referimos, que el interés por la historia creció en la medida que aumentó la sensación de fugacidad respecto del presente.

un cambio sustancial en la estructura interna del saber histórico, a fin de obtener un saber más concreto. Por lo tanto, tránsito de la cosmovisión iluminista a la decimonónica, ascenso del orden social burgués, proceso de consolidación de los nuevos *Estados-nación* y consagración de la Historia como disciplina, son procesos estrechamente entretejidos, que tendrán como una de sus principales implicancias subrayar la importancia del estudio de las naciones como entidades particulares.

Tal vez los pioneros en pensar el nacionalismo hayan sido los filósofos Johann Gottfried Herder y Johann Gottlieb Fichte. Cada uno a su modo se vieron influidos por el movimiento alemán llamado *Sturm und Drang*, antecedente del tránsito al romanticismo en buena parte del continente europeo y, por tanto, del ingreso a una visión del mundo que va dejando atrás la Ilustración. Herder (1744-1803) publicó entre 1784 y 1791 su *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad,* que contiene diversas consideraciones acerca del devenir histórico. Si bien creía con convicción en el progreso de la humanidad, Herder reconocía que toda su historia era «atractiva» al investigador, aún en sus etapas menos «desarrolladas» (Bury 1971: 218). Esta noción de etapas igualmente atractivas comienza a marcar diferencias con la mentalidad precedente y refleja la preeminencia que fue adquiriendo el concepto de «individualidad histórica»[7]. Lo que diferenciaría entre sí a las naciones sería el «espíritu del pueblo» o «genio del pueblo». Según Herder «cada una [cada nación] lleva en sí su medida de perfección» (Herder 1959: 503)[8]. Entonces, si cada pueblo es distinto entre sí, la historia debería ocuparse de esas individualidades y no del universal llamado «humanidad» para mostrar el «genio» de un determinado pueblo, pues esa sería la razón principal que explicaría el distinto desarrollo de esa nación o país. Al postular la

---

7 En efecto, aunque Herder está ligado con el pensamiento iluminista, debe ser ubicado en un período de transición hacia su superación, por lo que Isaiah Berlin lo considera uno de los «padres» del romanticismo, en el sentido de que ese movimiento, en la historia intelectual, fue precisamente aquel que puso fin a la Ilustración (Berlin 2000: 86-97).

8 Sobre este tema, resulta interesante el análisis de Lefebvre (1974: 153-154).

«individualidad» de cada pueblo y sus distintos y desiguales desarrollos —pero igualmente importantes—, Herder chocaba con la idea kantiana de la Historia, según la cual todas las acciones humanas habrían de estar supeditadas a leyes universales. Mientras que Kant sostenía la necesidad de aplicar conceptos y reglas al conjunto, Herder se afanaba en revivir cada uno de los elementos[9]. La discrepancia interesa especialmente pues en ella vemos el surgimiento de la noción de «individualidad histórica» y la transformación ocurrida en el «sujeto» de la historia. La nación, entonces, pasa ahora a ser pensada como «sujeto» y «objeto» de la historia. Ello explica la gran influencia que ejerció Herder en el romanticismo historiográfico, alemán y francés, que quiso rescatar el color local de los pueblos, es decir, el «genio» del que había hablado Herder. E influyó también en el historicismo filosófico alemán, que sostenía la historicidad de todos los fenómenos culturales, los cuales encontrarían su explicación en un contexto específico, y no sería posible extrapolar dicha explicación a otros contextos (Reale y Antiseri 1995, tomo 2: 33-36 y 410-414)[10]. La importancia de la nacionalidad se fue plasmando en todos los ámbitos, desde la literatura hasta las formas políticas con la creación de los estados modernos.

Precisamente, un síntoma de la construcción histórica de los *Estados-nación* son los *Discursos a la nación alemana* de Fichte (1762-1814), primer rector de la Universidad de Berlín. Sus *Discursos* fueron pronunciados como lecciones académicas, entre el 13 de diciembre de 1807 y el 20 de marzo de 1808, en momentos en los que Prusia había sido derrotada en Jena y todo parecía indicar que el destino de la «nación alemana» iba a quedar supeditado a los designios de Bonaparte.

---

[9] Dada la discrepancia esencial entre Kant y Herder, es muy comprensible la reseña nada elogiosa que el maestro de Königsberg hiciera de la obra de quien fuera su discípulo. En este punto es verdaderamente iluminador el consagrado análisis de Cassirer (1985: 258-274).

[10] Una sentencia de Herder es en este sentido más que significativa: «transitorio es todo en la historia» (Herder 1959: 145).

Fichte quería motivar al pueblo alemán, sacarlo de su letargo, instarlo a luchar no solo a favor de sí mismo, sino para salvar a toda la humanidad del imperio napoleónico. El alemán sería el pueblo «elegido» para dirigir el renacimiento. La obra termina de un modo muy claro:

> Conocemos sobradamente toda la superficie del globo y los pueblos que la habitan, ¿podríamos acaso señalar uno solo capaz de producir esa regeneración? Seguro estoy de que los hombres sensatos responderán que no. No hay otra salida posible: si sucumbís, la humanidad entera caerá con vosotros, sin esperanza alguna de salvación (Fichte 1943: 310).

Así, puede observarse por vez primera el despliegue de la teoría del nacionalismo. Sin duda, Fichte «construyó» el concepto moderno de nación. Aquel en el cual el ingrediente etnico-cultural adquiere una importancia capital. La nación sería una realidad histórica viva, un conjunto de personas que poseen un mismo idioma, una forma de pensar comunes y derechos inmanentes (1943: 267). Como resulta obvio, aquí el núcleo de referencia está lejos de ser la «humanidad», sino, más bien, una expresión de la «individualidad histórica», el pueblo alemán, que sería perfectamente identificable al poseer una historia y una lengua propias. Ese pueblo, según Fichte, se encarnaría en una figura que es la depositaria de su ser: el campesino alemán. Este es quien habría conservado de la forma más pura las antiguas costumbres. Habría mantenido su lengua prácticamente al margen de la influencia de otras como el latín o el francés. Sería el depositario de un saber y de unas formas de vida transmitidas de generación en generación (1943: 89-90)[11].

[11] La lengua sería el principal símbolo del saber que atesora el campesino. En la época se le concedía tal importancia que los hermanos Grimm analizaron la gramática alemana, la sistematizaron y procedieron a recoger de los labios de los campesinos esos cuentos que se harían tan famosos en el ámbito de la literatura infantil. Por su parte, Johannes Hirschberger y Federico Sciacca, historiadores de la filosofía, han señalado que Fichte otorgó tal importancia a la lengua común, en el concepto de nación, que terminó por «esencializarla» (Hirschberger 1986: 225-235 y Sciacca 1958: 448-553).

Ahora bien, ese pueblo alemán, que el campesino encarna, necesita cultivarse, adquirir conciencia de sí. Ocurre entonces la paradoja de que quien es el depositario de la identidad alemana, precisa obtener una educación en valores patrióticos que formen en él esa conciencia. Las clases superiores, depositarias de la cultura, son las que poseen tal conciencia, por lo cual Fichte les dirigió sus *Discursos.* Los sectores cultos, entonces, serían los encargados de gobernar y dirigir los destinos del Estado, por poseer esa conciencia que al campesino le falta. Ese Estado debía tener como obligación primera la de organizar una muy extendida educación, que sería su principal cimiento, en la cual el pasado común adquiría importancia capital, por lo que la historia —que lo narra— incrementó grandemente su prestigio y funcionó como eje y guía en muchos aspectos del proyecto educativo (1943: 37-57). No es exagerado afirmar que en el proyecto de construcción del *Estado-nación*, la historia se convirtió en el saber constituyente, lo que explica la institucionalización de la disciplina y la proliferación de archivos, bibliotecas, ediciones de fuentes e historias nacionales.

El método histórico de las historias patrias

El siglo XIX, en el aspecto historiográfico, se distinguió como aquel en el que más afloraron las historias nacionales. A partir del asentamiento de la noción de «individualidad histórica» se produjo un cambio sustancial en la estructura interna del saber histórico. La Historia se encaminó a convertirse en ciencia de lo particular y, por acción del romanticismo, la nación se erigió en el objeto predilecto de la investigación histórica (Berlin 2000:122-126). En cambio, en el siglo XVIII los sucesos históricos particulares importaban solo como insumo en la elaboración de la historia de la humanidad, para hallar en base a ellos el principio general que los guiaría hacia algún sentido.

Francia tuvo en Voltaire (1694-1778) a su campeón de la filosofía de la historia. Publicó en 1769 la versión definitiva del *Ensayo sobre*

las costumbres y el espíritu de las naciones, donde intentó reconstruir la historia de la humanidad sin detenerse en los hechos o acontecimientos, sino extrayendo las ideas generales. Esa sería la forma de escribir lo que bautizó como «filosofía de la historia» en la *Enciclopedia* (Lefebvre 1974:133). Expuso el hecho «típico» y «dominante» de cada período, pues le interesaba encontrar las causas profundas que explicarían en conjunto el devenir de la humanidad (Lefebvre 1974: 139). Por su parte, Georg Wilhelm Hegel (1770-1831), el gran filósofo idealista alemán, enseñó desde 1822 en la Universidad de Berlín el curso *Filosofía de la Historia*, que sus alumnos publicaron como libro póstumo en 1837. Allí, sostuvo que la historia era el desenvolvimiento del espíritu: «La historia es el desarrollo del Espíritu en el tiempo». Es decir, el espíritu, o razón absoluta, se iría encarnando en el devenir histórico, lo que suponía un proceso evolutivo. La historia universal no sería otra cosa que el progreso —gradual, pero necesario— en la toma de conciencia de la libertad y en la realización concreta de ese valor. En este desenvolvimiento cada etapa histórica posterior presenta un progreso mayor que la anterior, es decir, la historia avanza de menos a más, de Oriente a Occidente, desde donde —supuestamente— solo uno es libre hasta el momento en el que —presuntamente— todos son libres. El estudio de lo histórico, para Hegel, debía aspirar a obtener principios generales, pues lo particular sería siempre un «caos de pasiones», nada orgánico y dependería del proceso cósmico, no se lo podría captar sino al interior de leyes (Hegel en White 1997: 112 y 119). Por eso, el conocimiento histórico debía:

> […] renunciar de hecho a la expresión individual de la realidad y reducirse a abstracciones; no solo en el sentido que se ha de prescindir de ciertos acontecimientos y ciertas acciones, sino en el otro de que el pensamiento es el más poderoso abreviador (Hegel en Wagner 1958: 222)[12].

[12] El útil manual de Wagner, antes que un libro de análisis historiográfico, es una selección de textos de las obras de los más importantes historiadores europeos del siglo XIX e inicios del XX.

Los que pensaron como Voltaire y Hegel han sido denominados «historiadores filósofos», integrantes de la historia filosófica, o historia *ad probandum*[13]. Con la consolidación de la cosmovisión decimonónica, esa tendencia fue perdiendo vigor y, gradualmente, fue reemplazada por un saber histórico que aspiraba a ser más concreto. A los historiadores que cuestionaron la visión ilustrada se los ha nombrado «historiadores narrativos». Para la historia narrativa, o historia *ad narrandum*, los acontecimientos y hombres del pasado debían ser resucitados —volverlos actuales—, con el fin de reconstruir, lo más cercanamente posible, la individualidad de la época estudiada. En Alemania primero, y luego en Francia, el nuevo y recientemente consolidado gremio académico de historiadores se opuso vigorosamente a la filosofía de la historia. Wilhelm von Humboldt, por ejemplo, en su ensayo *El oficio del historiador*, argumentó que los principios generales no dominaban el curso material de una historia particular. Más bien, solo la investigación empírica de los hechos de una época determinada permitiría identificar las ideas específicas que actuaban en un tiempo histórico singular (Fueter 1953, tomo 2: 101). Leopold von Ranke afirmó la misma noción de modo más contundente: «sin investigación exacta, la concepción de lo universal degeneraría hasta convertirse en fantasma» (Ranke en White 1997: 167). Refutando directamente a Hegel, sentenció:

> La única diferencia entre la escuela filosófica y la histórica es que aquella, partiendo de un conocimiento mínimo, superficial, que resuelve todo, deriva con gran audacia resultados forzados; mientras que ésta trata de entender las cosas en su esencia, sigue sus movimientos y permite adivinar resultados más altos (Ranke en Wagner 1958: 247).

---

[13] La tesis universitaria de Lehuërou, un profesor de historia de la época, resume muy bien la aspiración: aquel trabajo versaba sobre el asentamiento de los francos en la Galia, y Lehuërou concluía que lo verdaderamente importante era descubrir el rasgo esencial de las victorias de los francos, «describirlas sería inútil» (Lefebvre 1974: 177).

La historia narrativa francesa, representada por autores como Barante y Thierry, también optó por la narración de los hechos y personajes concretos. Tuvo como ideal agotar la totalidad de lo ocurrido en una época determinada; prestó atención al detalle, a la erudición y constantemente acudió a los documentos originales. Estos historiadores estuvieron influidos por el romanticismo y por la llamada «doctrina del color local», en la que se quiso reflejar con colorido la época, en especial la vestimenta. No investigaron el rasgo esencial, sino que narraron y describieron el desarrollo de los hechos en su propia época. Pretendieron una aproximación a la individualidad del momento histórico, para lo cual adoptaron el llamado método crítico-filológico (Fueter 1953: 122)[14].

Esta visión historiográfica fue la que se empleó para confeccionar las historias nacionales. El método de investigación, antes que la negación de la propia subjetividad, fue el consistente en el registro paciente y pormenorizado de datos diseminados en una época determinada. Esa erudita recolección tenía una razón de ser de primerísima importancia, pues demostraba que el saber histórico era autónomo de la filosofía y científico[15]. Al igual que lo sucedido con otras disciplinas, la historia decimonónica fundó su posibilidad de comprender, y por tanto su carácter de ciencia, en el respeto escrupuloso de su metodología (Gadamer 1999: 253-260)[16]. El material empírico utilizado quedó plasmado en la profusión del uso de las notas a pie de página. Ellas fueron el lugar usado

[14] Barante colocó como epígrafe de su *Historia de los duques de Borgoña de la casa de Valois*, publicada entre 1824 y 1826, una expresión de Quintiliano, haciéndola célebre: «*Historia scribitur ad narrandum, non ad probandum*».

[15] Gérad Noiriel ha dedicado un luminoso análisis al proceso por el cual logra consolidarse la historia como disciplina científica y universitaria, en el cual la necesidad de diferenciación resulta fundamental (Noiriel 1997: 51-92). Ver también: Ruiz Torres (1993: 13-33).

[16] Juan José Carreras, desde la perspectiva de la historia de la historiografía, se refiere al historicismo alemán, o escuela histórica alemana, como la encarnación de la metodología «individualizadota» en la disciplina histórica, como el método que se aplica si se entiende a la historia como ciencia de lo particular (Carreras 2000: 39-58).

por los historiadores para «probar» sus asertos y para distinguirse nítidamente de la tradición ilustrada y especulativa. Su uso y buen manejo les fue otorgando prestigio y rango profesional, al punto que fueron una suerte de elemento discriminador para calificar de históricas, o negarles la condición de tales, a las investigaciones sobre el pasado[17].

Pero la opción por aquel método refleja también condiciones sociales y políticas. En Alemania, por ejemplo, se subrayó principalmente la erudita y arqueológica tarea de investigar la especificidad, porque ella era un mosaico de estados con rasgos diferenciados según las regiones. Solo una muy concienzuda pesquisa de una infinidad de datos dispersos en el pasado, garantizaría que el conocimiento resultante expresara efectivamente lo que tenían de común entre sí esas regiones diversas (Iggers 1998: 24-30, Kocka 2000: 38-39). Volviendo a Koselleck, la conciencia de estar viviendo un tiempo nuevo y la aceleración del cambio histórico, ambos fenómenos mentales paralelos al proceso —social, económico y político— de la unificación alemana, incrementó la sensación de la contingencia del presente, por lo que creció el interés por la historia en el propósito de rescatar la «individualidad» alemana, anclada en el pasado lejano. Se expuso, entonces, el «genio» común que caracterizaría a esas regiones, difundiéndolo como «nacional» a través de la educación fomentada por el aparato estatal. En ese sentido, el nacionalismo y la ciencia de la historia, en Alemania, son fenómenos burgueses (Koselleck 2004: 106-113). Estado y burguesía asociados contribuyeron con la Unificación, impulsando una educación cívica y patriótica, y también la confección de historias nacionales[18]. El método historiográfico

[17] Anthony Grafton, en un tan refrescante como bien informado ensayo, ha demostrado que la centuria decimonónica explotó mucho más que antes la utilización de las notas al pie de página (Grafton 1998).

[18] Josep Fontana, desde una perspectiva distinta de la que venimos trabajando, es decir, desde el marxismo como instrumento de análisis, coincide plenamente en que el estudio del «pasado propio» adquirió, en la Alemania de entonces, por la razones mencionadas, una necesidad urgente y una presencia constante, gracias a la aplicación de políticas estatales «nacionalistas» (Fontana 1999: 124-127).

consistente en el registro detallado de los pormenores acontecidos, una de las reglas que había logrado imponer el gremio de historiadores, es asimilable, pues, al modelo de acumulación burguesa[19].

Los llamados historiadores narrativos, al preocuparse por subrayar la especificidad de la época, individualizaron aun más el «sujeto» —u «objeto»— de la Historia hasta asociarlo con la nación. Aquellos historiadores hicieron las biografías de sus naciones, a las que vieron como entidades individuales, de existencia inmemorial. Al igual que Herder y Fichte, no cuestionaron el carácter «natural» de la nación, la asumieron como algo dado. La principal labor que se impusieron fue resucitar lo que las distinguía, lo que las hacía ser tal o cual nación. En el fondo, lo que subyace a este principio metodológico es la concepción de la historicidad de la historia, por lo que no resulta incorrecto calificarlos de «historicistas». Estos historiadores tuvieron un lugar señalado en la historia de la disciplina y dejaron a la historia del pensamiento una importante herencia, aunque no siempre se elevaron a consideraciones teóricas. Su obra inspiró el movimiento filosófico iniciado por Wilhelm Dilthey, el historicismo filosófico, para el cual el ser humano es ante todo histórico, dotado esencialmente de historicidad, todas sus creaciones, y su existencia misma, deben ser entendidas en su particular contexto espacial y temporal; por lo tanto, no existen leyes universales aplicables por igual a todas las épocas y, menos aún, principios generales, fuera de la historia, que dirijan el devenir hacia algún sentido (Reale y Antiseri 1995: 404-410)[20]. En efecto, la importancia que los historiadores narrativos, alemanes o franceses, otorgaron a la individualidad de una época y su rechazo a la noción de la historia como despliegue del espíritu,

---

[19] Vinculación, por cierto, que ha sugerido Certeau entre la erudición de los historiadores metódicos franceses y el liberalismo burgués del momento (Certeau 1993: 76-79).

[20] El historicismo como filosofía del acontecimiento, antiontológica y antimetafísica, que acepta la relatividad y rechaza la filosofía de la historia en Tessitore 2007: 58-69 y 100-115). Conjuntamente a los aspectos mencionados, debe recordarse que el historicismo filosófico, al menos el alemán, tuvo como su problema central y básico, la fundamentación de la validez objetiva de las ciencias del espíritu (Borghesi 1993).

recuerda la definición sobre el historicismo de Benedetto Croce: «la afirmación de que la vida y la realidad son historia y nada más que historia» (Croce 1960: 53). Dilthey, al señalar las particularidades de la escuela histórica alemana, afirmó en un muy logrado párrafo que en ella existía:

> […] un modo de ver puramente empírico, una penetración amorosa en la peculiaridad del proceso histórico, un espíritu universal de la consideración histórica, que quiere determinar el valor de la situación particular desde el contexto de la evolución, y un espíritu histórico en la ciencia de la sociedad, que busca explicación y normas para la vida actual en el estudio del pasado, y para quien, finalmente, la vida es histórica en todos sus puntos (Dilthey 1980: 28).

Especialmente importante, para el desarrollo de la disciplina que estudia el pasado, ha sido ese «espíritu universal de la consideración histórica», que dio lugar a un nuevo paradigma historiográfico[21]. El nuevo «paradigma» resaltaba la necesidad metodológica que del pasado debía obtenerse lo singular de esa época, hacer visible la historicidad del tiempo analizado. Esta postura gnoseológica era más moderna que la aparentemente innovadora filosofía de la historia, que recordaba los esquemas de la Ilustración que estaban siendo fuertemente cuestionados. Además, aquellos historiadores prefirieron que la construcción político-social —el *Estado-nación*—, que ellos mismos estaban promoviendo, se apoyase en algunos elementos tradicionales para edificar un sistema sólido y estable. Pero, para ello, era necesario reconstruir el

---

[21] Utilizamos el concepto en la acepción contemporánea acuñada por Thomas Kuhn. Es decir, paradigma, en un contexto epistemológico, es un modelo o patrón de una disciplina científica. Alude al conjunto de prácticas que la definen durante un período específico. Ello incluye el equipamiento disponible para formular interrogantes, la estructura de esas preguntas y de sus respuestas, así como el marco en el que se deben interpretar los resultados de la investigación científica (Kuhn 1986). Además, el término resulta útil para describir, como es moneda corriente hoy en las ciencias sociales, al conjunto de creencias y valores que afectan la forma en que un individuo percibe la realidad. En este sentido más amplio, el «paradigma historicista» se refiere a concebir la historicidad de la historia, no solo de la historiografía, del hombre y de la vida misma.

pasado cuidadosamente, pieza por pieza. Por lo tanto, los historiadores narrativos negaron la posibilidad de encontrar principios generales que rigieran los hechos históricos. Como estaban convencidos de que la historia se hacía todos los días, no vieron posible que existiesen leyes que la dirigieran teleológicamente. Optaron, más bien, por referir con el mayor detalle posible cómo sucedieron los acontecimientos, método que aplicaron al confeccionar sus historias nacionales, pues estuvieron convencidos que dicho conocimiento contribuiría en la consolidación del *Estado-nación*. Por ejemplo, el erudito y romántico historiador francés Augustin Thierry afirmaba en 1820:

> Puede que me equivoque, pero creo que nuestro patriotismo ganaría mucho en solidaridad y resolución si el conocimiento de la historia, y particularmente de historia francesa, estuviera mucho más difundido entre nosotros y se hubiera convertido en cierto sentido en algo más popular (en Moradiellos 2001: 174).

Renan y un inicial cuestionamiento a la nación natural

Hacia la segunda mitad del siglo XIX, en Europa era ya tan importante el fenómeno de la construcción de la nacionalidad, que no solo se escribían las historias patrias, sino que los intelectuales empezaron a tratar teóricamente el asunto. Tanto para Herder como para Fichte, las naciones eran un dato, casi un hecho «natural». Si bien Fichte le agregó el componente político, en el cual la participación del Estado era fundamental, no cuestionó que la nación fuese una realidad en sí misma. En cambio, con Renan nos encontramos con uno de los primeros intentos por problematizar la idea de nación.

La trayectoria intelectual de Ernest Renan (1823-1892) estuvo influida por el historicismo y muy ligada a la investigación sobre los orígenes del cristianismo. Se ocupó especialmente de la figura histórica de Jesús, lo que le trajo serios inconvenientes con las autoridades eclesiásticas del momento. Pero hoy se lo recuerda, especialmente, por la que fue

su más célebre conferencia, aquella que pronunció en la Universidad La Sorbona el 11 de marzo de 1882, *Qu'est-ce qu'une Nation*. Su planteamiento está fuertemente ligado a la anexión de Alsacia y Lorena por parte de Prusia, luego de la guerra franco-prusiana (1871). En estas regiones fronterizas, habitadas sobre todo por poblaciones germano hablantes, aparentemente, existía la intención mayoritaria de mantener sus lazos políticos con Francia. En su conferencia, con aquel trasfondo histórico, Renan estableció la voluntad subjetiva, la autodeterminación de los pueblos, como el elemento determinante para definir una nación. Reseñó el desarrollo de las diversas nacionalidades europeas para afirmar, en franca polémica con la tradición germana —Herder y Fichte—, que la nación no era ni una raza ni una lengua en sí mismas. En todas las naciones modernas, afirmó, existía la mezcla étnica:

> Francia es céltica, ibérica, germánica. Alemania germánica, céltica y eslava. Italia es el país en que la etnografía se encuentra más enrevesada: galos, etruscos, pelasgos, griegos, sin hablar de otros muchos elementos, se entrecruzan allí en una combinación indescifrable. Las Islas Británicas, en su conjunto, ofrecen una mezcla de sangre celta y germánica cuyas proporciones difícilmente podrían determinarse (Renan 1987: 75).

La lengua, según Renan, invita a la unión, pero tampoco es un factor determinante:

> Estados Unidos e Inglaterra, América española y España hablan la misma lengua y no forman una sola nación. Suiza, por el contrario, tan perfectamente compuesta por el consentimiento de sus diferentes partes, cuenta tres o cuatro lenguajes (1987: 77).

Y, con ese mismo criterio, descartó como agentes de la unión nacional a la acción de alguna dinastía, la religión, la geografía, el renacimiento comercial o la comunidad de intereses económicos. Reconoció que cada uno de estos factores contribuye en la creación nacional, en distinto grado según la nación, pero postuló que no tenían la categoría de

«esenciales». Lo verdaderamente importante en el fenómeno nacional, según Renan, era la voluntad, la decisión cotidiana y reiterada:

> Una nación es una gran solidaridad constituida por el sentimiento de los sacrificios realizados y los que se realizarán en caso necesario. Presupone un pasado, pero se resume en el presente por un hecho tangible: el consentimiento, el deseo claramente expresado de continuar la vida en común. La existencia de una nación (perdonad la metáfora), es un plebiscito de todos los días, así como la existencia del individuo es una afirmación perpetua de la vida (1987: 83).

Ernest Renan representa una expresión madura de lo que se ha llamado el modelo cívico de explicación del surgimiento de la nación, aunque ya John Stuart Mill, el fundador del liberalismo moderno, en su *Del gobierno representativo* (1861), esgrimiese ideas tendientes a favorecer el «plebiscito» como la razón determinante[22]. Para ellos, no son los límites lingüísticos o culturales los que determinarían la nación, sino principios espirituales, voluntades dirigidas a mantener la libre unión. Esta voluntad cohesionadora se explica porque el colectivo siente que de las posesiones comunes, la rica herencia de recuerdos constituye la posesión más valiosa: «La nación, como el individuo, es la culminación de un largo pasado de esfuerzos, sacrificios y devoción. El culto de los antepasados es el más legítimo de todos, ellos han hecho de nosotros lo que somos» (1987: 82). El pasado que se recuerda tiene tal condición, porque el olvido en todas las naciones representa un factor fundamental. Sucede que «*la unidad se consumó siempre de modo brutal*; el enlace de la Francia del norte con la central resultó de una exterminación y de un terror continuados durante cerca de un siglo» (1987: 71-72; las cursivas son nuestras). El colectivo, entonces, para ser nación, no solo debe tener cosas en común, sino que debe haber olvidado. Ello permitirá que mire su pasado con orgullo: «Un pasado heroico, grandes hombres, la gloria, (me refiero a la verdadera) he ahí el capital social sobre el que

[22] Para este tema, véase Santamaría (2001: 19-20).

asentamos una idea nacional» (1987: 82). En ese sentido, las historias nacionales, que dan a conocer ese pasado, y que también olvidan, se convierten en un elemento de importancia capital.

Las propuestas de Renan marcaron la ruta de la discusión sobre el fenómeno durante muchos años. En ellas encontramos el convencimiento de que la nación es una creación moderna: no existía en la Antigüedad. Además, depende del acto volitivo de los individuos, por lo tanto su ámbito no está en el de la naturaleza, no es algo dado, sino, más bien, algo que se va dando. ¿Qué es lo que forma esa voluntad para vivir en común? No hay en Renan una respuesta explícita. Pero, lo que queda claro es que el sujeto —la nación, la voluntad cohesionadora— adquiere, en algún momento, una existencia real, la cual es previa a la construcción del Estado. Hay, pues, un sujeto que quiere seguir viviendo en común, para lo cual olvida y engrandece su pasado. Renan, sin embargo, no llegó a expresar que la nación fuese un constructo mental, pues creyó con convicción que esa comunidad que reiteradamente afirmaba su voluntad cohesionadora, tenía una existencia real.

La teoría «modernista» de la nación

Bautizada así por postular el carácter moderno de la nación, esta corriente teórica surgió con fuerza desde la década de 1980, y su principal propuesta es sostener la condición de «artefacto cultural» de las naciones modernas. Ernest Gellner, Eric Hobsbawm y Benedict Anderson son los principales representantes.

Ernest Gellner fue durante muchos años el pensador más influyente en cuanto al estudio del nacionalismo y su *Nation and Nationalism*, publicado en 1983, sigue siendo una referencia obligada y símbolo de la teoría modernista. Este autor sostiene que las naciones y el nacionalismo son fenómenos modernos y los relaciona estrechamente con el surgimiento de la llamada sociedad industrial. Su análisis se basa en las

diferencias entre las sociedades complejas preindustriales y las sociedades industriales. Las sociedades preindustriales, según su esquema, son fundamentalmente sociedades agrarias y estáticas. Por lo general, están divididas en estamentos, en ellas existe diversidad de culturas, algunas de las cuales se identifican con el estamento dominante, otras no. Existen, de hecho, variedad de lenguas, como sucedía en la Inglaterra del siglo XI, en donde la corte hablaba «francés» y los campesinos «anglosajón». Existe, pues, una fuerte diferenciación cultural entre los gobernantes —o sectores ilustrados— y la gran masa de campesinos. En ese tipo de comunidades, las elites no discuten la gran heterogeneidad, sino que la aceptan como tal, y también como signo de diferenciación social. En ellas sería imposible el establecimiento de una comunidad nacional (Gellner 2001: 22-25). El advenimiento de la modernidad, ubicado a fines del siglo XVIII, trajo consigo un cambio radical en los antiguos roles sociales —antes bastante estables—, y la gran masa de campesinos se vio absorbida en un inusitado incremento de la aceleración del ritmo de vida, por lo que sus patrones tradicionales, como el parentesco, por ejemplo, fueron perdiendo la capacidad de congregarlos como grupo. La urbanización, la migración y la proletarización, consecuencias propias de la progresiva consolidación de la sociedad industrial, mezclaron a pobladores de diversas sociedades complejas en una ciudad moderna, tierra de nadie, en la que ya no funcionaban los viejos roles ni las relaciones sociales tradicionales (2001: 55-70).

El lugar histórico que le corresponde al nacionalismo, de acuerdo a Gellner, es llenar ese vacío de identidad. Los sectores dominantes fueron los encargados de crear nuevos patrones para sustituir a los antiguos. Es decir, para Gellner los sectores dominantes en una sociedad industrial, los que controlan los medios de producción, construyeron el nacionalismo como orden alternativo de identificación. Ese es el sentido de la más famosa y citada de sus frases: «el nacionalismo engendra a las naciones, no a la inversa» (2001: 80). El nuevo orden ofrece nuevos elementos con el fin de cohesionar y lograr una estandarización cultural, que en el

orden tradicional no era necesaria: territorio compartido y su defensa, lengua común, religión profesada, afinidades culturales supuestamente inmemoriales. Por lo tanto, no existen criterios objetivos que permitan definir la nación porque antes del surgimiento del Estado moderno no existían ni lenguas comunes ni afinidades culturales generalmente compartidas. Más bien, la reunión de sociedades complejas bajo una comunidad nacional, bajo una estandarización y homogenización cultural, es consecuencia del nacionalismo. Las naciones no existen antes, y por eso, «sólo pueden definirse atendiendo a la era del nacionalismo» (2001: 79). El nacionalismo las crea.

La novedad de Gellner está en introducir el concepto de «artefacto cultural» en la génesis de la nación. Las naciones no tienen una existencia «real» ni «inmemorial», son el resultado del nacionalismo, el cual es una construcción, fabricación, invención de la clase dirigente de una sociedad en el proceso de transición a su etapa industrial. Dentro de esta línea se ubica Eric Hobsbawm, quien en 1990 publicó *Nations and Nationalism since 1780*, de sus obras la más consultada sobre el tema, que estuvo precedida de una larga trayectoria investigando las «eras» de las revoluciones y del capitalismo. Insiste en la tesis del carácter «artificioso» de la nación, la cual sería una obra de «ingeniería social» de las clases dominantes durante la sociedad industrial (Hobsbawm 2000: 18).

En un sugestivo análisis, estudia el concepto «nación» bajo una perspectiva cercana a lo que se ha llamado «historia conceptual». Para Hobsbawm el surgimiento de las «definiciones de los objetos» es histórico, es decir, se encuentra enraizado en contextos políticos, económicos y sociales. En su análisis, establece que ni en la Independencia de los Estados Unidos ni en la Francia revolucionaria se encuentra definida la nación en el sentido moderno, como un conjunto de personas que comparten un territorio, unidas por afinidades culturales, tales como la lengua o la religión y gobernadas por una unidad política administrativamente centralizada. Recién a fines del siglo XIX, en 1884, puede encontrarse en el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*,

una definición que incluye todos esos elementos (2000: 23-29). Hobsbawm deduce que la nación —como entidad social— es una novedad en la historia de la humanidad que surge ya muy entrado el siglo XIX y que su característica básica es, justamente, su modernidad. También niega que existan elementos objetivos para definir una nación, ni la lengua ni la etnicidad son útiles en este sentido, pues ambas como explicaciones de las naciones, son producto del triunfo del nacionalismo, que Hobsbawm entiende como el movimiento político que propugnaba la unidad política de regiones diversas bajo un mismo Estado. Ese movimiento puede encontrarse presente en la Independencia de los Estados Unidos y en la difusión de los principios de la Revolución francesa, es decir, desde casi un siglo antes del surgimiento del concepto «nación», pero solo tras un proceso gradual logró que sus postulados triunfasen. Los *Estado-nación* serán los encargados, a través del largo siglo XIX, de organizar las acciones necesarias para que los postulados nacionalistas se instalen en su población. Por tanto, la nación como entidad social solo se puede reconocer en relación al tipo de estado territorial moderno, *a posteriori*. Las naciones no existen en sí mismas ni tienen un pasado inmemorial, «las naciones no construyen estados y nacionalismos, sino que ocurre al revés» (2000: 18).

Sin embargo, Hobsbawm se aleja de Gellner al afirmar que el estudio de las naciones no debe realizarse solo «desde arriba», prestando atención a la perspectiva gubernamental, sino que también hay que atender al protonacionalismo popular, es decir, a los deseos y anhelos de los pobladores, quienes ante el vacío de identidad que acarrea la sociedad industrial, buscan nuevos patrones de referencia. La diferencia que marca Hobsbawm con su predecesor consiste en sostener que las naciones son fenómenos duales, por lo que su estudio debe fijarse en los dos ámbitos (2000: 55-88). Pero ese protonacionalismo no basta para crear una nación, colabora con la comunidad nacional solo cuando hay un Estado eficiente en aplicar políticas educativas y administrativas con ese fin, como por ejemplo los censos de población, que al

preguntar por la lengua hablada, crean una «nacionalidad» lingüística (2000: 90-109). Y, además, ese Estado «inventa» tradiciones que buscan formalizar ceremonias «nacionales» y enraizar en la antigüedad más remota los elementos culturales que la actual comunidad comparte —y que supuestamente compartió desde siempre— y a subrayar el patriotismo de los pretendidos antepasados a la actual nación —la que, en realidad, no existía como tal en esa época—. Esa sería la explicación, finalmente, del porqué las naciones modernas claman ser lo más opuesto a lo nuevo, cuando en realidad, según este análisis, son un fenómeno históricamente construido, inventado (2002: 7-21).

Benedict Anderson publicó en 1983 su *Imagined communities*, que tuvo una segunda edición en 1991, en la cual amplió y completó su planteamiento. Para Anderson, las naciones son un fenómeno moderno y, además, un artefacto cultural. Aunque prosigue la línea de sus antecesores, en el tratamiento del tema renovó la discusión en varios sentidos y su definición ha devenido en clásica y en casi un sinónimo de nación: «una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana» (Anderson 2000: 23).

La nación es imaginada porque sus miembros nunca llegarán a conocerse todos entre sí, ni aun los de la más pequeña, pero se sienten parte de un todo nacional. Para concebir ese conjunto y esa comunión, el individuo requiere un ingrediente imaginativo. Además, la nación se imagina limitada porque los individuos que las componen saben que existen fronteras, más allá de las cuales hay otras naciones. Ninguna nación se imagina con las dimensiones de la humanidad, lo que acentúa su sentido moderno y la distingue de la cristiandad, una de las «imaginaciones» que antaño utilizaron los individuos para identificarse. Otro de los rasgos que acentúa su modernidad es que la nación se imagina soberana, concepto que nació con la Ilustración y la Revolución francesa, las cuales terminaron por destruir la legitimidad del reino dinástico, dónde la soberanía recaía en el Rey y, en última instancia, tenía un origen divino. En cambio, las naciones se imaginan

libres; la garantía de esa libertad es el Estado moderno y soberano: el *Estado-nación*. Finalmente, una nación se imagina comunidad porque existe entre sus miembros un sentimiento de compañerismo, una supuesta horizontalidad, lo cual no niega la desigualdad social o la explotación que en todas ellas se mantiene (2000: 22-25). Entonces, el surgimiento de las naciones se explica por el declive de la cristiandad y la pérdida de legitimidad del reino dinástico, ambos fenómenos modernos. Pero aquellas rupturas culturales coincidieron con el explosivo desarrollo de la imprenta y de las técnicas editoriales, a fines del siglo XVIII e inicios del siglo XIX, creando un mercado de novelas y periódicos, un verdadero «capitalismo impreso», lo que otorgó la posibilidad de imaginar la nación.

La novela del siglo XIX es una novela una abarcadora, totalizante, realista, en la cual se retratan diversas acciones de personajes aparentemente inconexos, pero que, eventualmente, terminan por relacionarse entre sí; es decir, en general, las varias líneas argumentales se inician en paralelo y luego se entretejen. Por lo tanto, el lector se encuentra situado en una trama que sigue un eje temporal lineal, y ve cómo se interconectan diversos personajes que se encuentran en distintas partes. Como fueron escritas para ser leídas, dado el inmenso desarrollo de la imprenta, suponen del lector una capacidad imaginativa para comprender el conjunto. Este tipo de novelas presentan a los lectores, según Anderson, un tejido social que es un microcosmos de la sociedad que habitan. Muchas de estas novelas, además, apelan a un contexto «común», a personajes que serían antepasados o contemporáneos del lector, por lo que este, finalmente, se identifica con ese «nosotros». Los periódicos, por su parte, enfrentan al lector a noticias y acontecimientos, que según su importancia y repercusión, aparecen, desaparecen y vuelven a aparecer en los días sucesivos. La mayoría de las noticias está referida a lo que sucede en la comunidad nacional, en sus varias regiones, por lo tanto, su lectura, incluso más que las de las novelas, dado que son consumidos por un número mayor de personas, suponen una

capacidad imaginativa del lector. Este sabe que comparte esas noticias con diversos compañeros de ruta, a quienes no conoce, pero los imagina como parte del conjunto, de ese conjunto nacional al que se dirige el periódico. Entonces, muchos lectores imaginan concomitantemente la comunidad nacional, por eso la nación es imaginada en un «tiempo homogéneo». Las novelas y los periódicos suponen la existencia de una embrionaria comunidad imaginada, pero su gran difusión es lo que termina por consolidarla (2000: 43-62).

Es decir, Anderson considera, como Gellner y Hobsbawm, que las naciones son artefactos culturales que surgen en la modernidad y, además, plantea su íntima ligazón con el desarrollo del capitalismo impreso. Sin embargo, marca distancia con las tesis de sus predecesores, en particular con la de Gellner, al afirmar que aquel autor estaría «tan ansioso por demostrar que el nacionalismo se disfraza con falsas pretensiones que equipara la invención a la fabricación y a la falsedad antes que a la imaginación y la creación» (2000: 24). Esta precisión constituye, sin duda, una de sus renovadoras propuestas. Para Anderson, en la formación de todas las naciones existe un componente imaginativo desarrollado por sus miembros, el cual permitió que grandes grupos de personas considerasen que llevaban vidas paralelas a la de otros, a quienes no conocen, pero los sabían parte de un «nosotros». Ese «considerar» equivale a «imaginar». Lo fundamental en la creación de las naciones modernas es ese componente imaginativo, que se consolidó gracias a la extensión de la imprenta, y no el supuesto disfraz del nacionalismo. Según Anderson, todas las naciones modernas son «fabricadas», ser un artefacto cultural pertenece a la misma esencia de las naciones, no hay naciones «falsas» y otras «verdaderas».

Otro de los puntos novedosos de la propuesta de Anderson es plantear que el modelo de nación se encuentra en el Nuevo Mundo con la Independencia de los Estados Unidos, luego en la Revolución francesa y el nuevo Estado resultante, así como también en Hispanoamérica con los movimientos de independencia dirigidos por los criollos en contra

de la antigua metrópoli española[23]. Las elites dirigentes de esas regiones iniciaron el proceso imaginativo y difundieron al resto de la comunidad su imagen de nación para consolidar la nueva realidad política. En ese sentido, la labor del Estado resulta fundamental: organiza instituciones administrativas, como los censos; instaura mapas y museos (2000: 228-259)[24]; e incentiva la confección de historias patrias que presentan un pasado glorioso que recordar, el cual también exhibe olvidos (2000: 260-286)[25]. Por último, si bien el origen de la nación se explica por fuerzas históricas «discretas», estas «comunidades imaginadas», una vez creadas, se convierten en «modulares», es decir, capaces de ser trasplantadas a una diversidad de contextos sociales (2000: 21)[26].

Las observaciones críticas a la teoría «modernista» de la nación

En los últimos tiempos, la teoría «modernista» de la nación ha sido cuestionada por importantes intelectuales británicos, como el sociólogo Anthony Smith y el historiador Adrian Hastings, así como también por los llamados estudios poscoloniales.

---

[23] El análisis que Anderson dedica a explicar cómo surge el deseo de independencia en las antiguas colonias hispanoamericanas es, en verdad, superficial y generalizador. Sin embargo, la propuesta del «peregrinaje» que los burócratas criollos tuvieron que efectuar dentro del dominio colonial, sin ser la causa determinante, aporta un elemento más en el análisis del fenómeno. Lo que sí resulta verdaderamente aleccionador es mostrar cómo en América —al norte o al sur— está uno de los antecedentes de la formación de los *Estado-nación*.

[24] Este capítulo, que trata sobre las instituciones del censo, mapa y museo, recoge información sobre todo del sudeste asiático, pero, en general, Anderson plantea las conclusiones como valederas para el resto del globo.

[25] En este punto, Anderson sigue y enriquece la propuesta de Renan del olvido como uno de los constituyentes de las naciones.

[26] Sobre la condición modular de las comunidades imaginadas, Anderson ha abundado en posteriores estudios, especialmente sobre el sudeste asiático. Distingue entre nacionalismo y políticas de etnicidad, remarcando el carácter abierto e imaginativo de las políticas nacionalistas y la sordidez de las políticas étnicas, ver Anderson (1998: 29-41).

Smith, antiguo alumno de Ernest Gellner, critica, sin embargo, a su maestro y a los modernistas en general por no asignarle al «núcleo étnico» la correspondiente importancia al estudiar el surgimiento de la nación. Concuerda con el postulado del nacionalismo como un fenómeno moderno, pero, paralelamente, sostiene que las primeras naciones en surgir exhiben siempre un núcleo étnico de referencia, lo que demostraría que la nación tiene orígenes premodernos. Las naciones modernas se habrían edificados sobre la base de aquellos núcleos étnicos premodernos, noción que no alude a una homogeneidad racial, sino a «un tipo de colectividad cultural que hace hincapié en el papel de los mitos de linaje y de los recuerdos históricos» (Smith 1997: 19). Por eso, afirma Smith, muchos nacionalismos se basan en una interpretación histórica «inexacta» de parte de su pasado y tienden a convertirla en una especie de mito de origen. Las primeras naciones, se las ubique en Francia, Inglaterra o Estados Unidos, representaron el modelo a seguir que se exportó a las demás. Fue un modelo de tan enraizada influencia que aquellas naciones que se formaron sobre vínculos étnicos vagos —lengua, costumbres, religión, o instituciones originarias—, intentaron a toda costa inventarlos, imaginarlos o incluso fraguarlos. Sin esos vínculos culturales, las naciones modernas podían fragmentarse pues, en última instancia, la identidad nacional siempre tuvo un fundamento étnico, y según este análisis aún lo tiene (1997: 36-39).

Adrian Hastings, en la misma línea, sostiene que nación, etnicidad, nacionalismo y religión son elementos tan íntimamente ligados entre sí, que resulta imposible estudiar la nación sin analizar extensamente los otros tres (Hastings 2000: 11). Hastings, teólogo e historiador de las religiones, critica a los modernistas por no tomar en cuenta esa estrecha vinculación y su planteamiento rescata el papel preponderante que habría tenido la religión en el origen del fenómeno nacional. Advierte que como historiador, su tesis es expresamente una respuesta al «modernista» profesionalmente formado en la disciplina histórica, es decir, Eric Hobsbawm. Logra convencer con sólidos argumentos acerca del origen

medieval del concepto «nación», que se usó regularmente en la vulgata «en el sentido de un pueblo que se distingue por el idioma, las leyes, los hábitos, los modos de juzgar y las costumbres» (2000: 31-32). Además, propone a Inglaterra como el prototipo más temprano de nación, de nacionalismo y de nación-Estado; el nacionalismo inglés, por ejemplo, se remontaría, con total certeza, a los siglos XV y XVI, durante la Guerra de los Cien Años. Hastings acepta que el componente político e ideológico del nacionalismo, es un fenómeno decimonónico, pero niega la «modernidad» de la nación. Le parece sorprendente que ni Hobsbawm ni Anderson concedan un papel relevante en la evolución de la nación y del nacionalismo a Inglaterra,

> [...] sorprendente porque Inglaterra proporcionó claramente el ejemplo para la mayoría de los demás aspectos de esa evolución, como el establecimiento de un Estado fuertemente centralizado, el desarrollo del gobierno parlamentario, electivo y representativo, el temprano declive de la servidumbre, la limitación del poder real, la emergencia de una capital poderosa, la formación de partidos políticos, el fin de la esclavitud, la emergencia de la sociedad industrial y de una prensa eficaz (2000: 17).

Los llamados estudios subalternos o estudios poscoloniales también han enfilado sus críticas a la teoría modernista de la nación, especialmente a las propuestas de Benedict Anderson. En términos generales, los llamados estudios poscoloniales postulan la necesidad de fundar una nueva epistemología, distinta del paradigma planteado por la teoría occidental, para entender a las sociedades no occidentales —de la «periferia»—, donde el pasado colonial mantiene todavía una viva presencia. En general, este tipo de estudios analizan el funcionamiento de ideas occidentales como justicia, razón y representación entre los grupos subalternos de contextos poscoloniales. Los autores que se han destacado por estudios de este corte reconocen a Edward Said como el fundador, por haber impulsado una crítica epistemológica a fin de poner en evidencia los vínculos entre las prácticas colonialistas occidentales

y la producción de «orientalismos», es decir, imágenes estereotipadas sobre las culturas no europeas. En una frase: lo que conocemos como «Oriente» sería una invención occidental (Said 1990)[27].

Una de las más importantes críticas a la propuesta de Anderson apunta a lo central de su planteamiento. Recordemos que Anderson sostiene que la imprenta fue el dispositivo clave para imaginar una comunidad. Gracias a las novelas y los periódicos, los individuos se sintieron parte de un nosotros, con compañeros de ruta con quienes compartían un tiempo y un espacio común. Pero, para Homi Bhabha, la caracterización de Anderson es demasiado «ideal», pues supone que el tiempo de la nación es un tiempo homogéneo, en el cual todos los sectores asumen de igual forma el discurso nacional. Según Bhabha, la nación es uno de los productos más ambivalentes y equívocos del mundo moderno, aunque, en efecto, exista una estrecha articulación entre las comunidades nacionales y las novelas, entre nación y narración (Bhabha 1990: 1-7). Pero, la narración de las naciones nos muestra la condición esencialmente ambivalente de este producto cultural —la nación—, pues revela que el pueblo es objeto de una pedagogía nacional que busca el doble objetivo de «liberarlo» —al identificarse con la nación— y, a la vez, mantener su subordinación en el nuevo orden[28]. La condición poscolonial implica siempre una conciencia fracturada, formada por sectores privilegiados y minorías oprimidas, grupos dirigentes y grupos marginados. Sin embargo, Bhabha cuestiona que para estudiar la nación

[27] En general, este tipo de análisis tiene su origen en los desarrollos teóricos producidos por intelectuales radicados en centros académicos de las antiguas «metrópolis» pero originarios de la periferia, más específicamente de las antiguas colonias inglesas y francesas, siendo la India y naciones del Medio Oriente las que mayor atención han merecido. Entre los representantes de los estudios poscoloniales, destacan Homi Bhabha, Partha Chatterjee, Ranajit Guha, Bhikhu Parekh y Gayatri Spivak.

[28] Sobre este punto, el fundador de los estudios poscoloniales, Edward Said, afirmó: «Las naciones mismas son narraciones. El poder para narrar, o para impedir que otros relatos se formen y emerjan en su lugar, es muy importante para la cultura y para el imperialismo, y constituye uno de los principales vínculos entre ambos» (Said 1996: 13).

en contextos poscoloniales resulten útiles las oposiciones centro/periferia, moderno/arcaico, opresor/oprimido, pues todas ellas suponen que existirían grados de pureza en cada extremo del antagonismo. El lugar de la nación, más bien, se encuentra en la frontera, en el intersticio, en esos umbrales de sentido que son cruzados y borrados en el proceso de su producción cultural, en el que los grupos sociales están y se están haciendo (1990: 291-322). La nación no se imagina en un tiempo homogéneo, sino que en ella aparecen varios planos temporales interactuando: la forma en la que la imaginan las elites y también el plano de cómo es recibido ese discurso por los grupos subalternos[29].

Otra de las críticas importantes al planteamiento de Anderson tiene que ver con el carácter «modular» de las comunidades imaginadas. Anderson trata el nacionalismo como un fenómeno que se origina en Occidente, pero que, a partir de ahí, se exporta a otros contextos sociales e históricos. Al plantear esto, según Partha Chatterjee, se le está restando originalidad al componente imaginativo de las regiones no-occidentales. Es decir, regiones como la India y el Medio Oriente se verían restringidas a «imaginar» su comunidad nacional a partir de ciertos formatos modulares que Europa —y también América— les proporcionaron. Propuestas como esta, en el análisis de Chatterjee, condenarían a las regiones no occidentales a ser consumidoras perpetuas de la modernidad occidental; las regiones poscoloniales, incluso en su imaginación, permanecerían siempre colonizadas. Para Chatterjee, lo que en verdad ocurrió fue lo contrario: en las regiones poscoloniales existen mecanismos de identidad diferentes de Occidente, por lo tanto su imaginación nacionalista se basó en formatos distintos al paradigma occidental y los estudios sobre el origen de aquellas comunidades nacionales deben concentrarse en aquello que es diferente de

[29] Precisamente, ese es el sentido de uno de los ensayos más conocidos de Partha Chatterjee, quien, siguiendo la propuesta de Bhabha, la desarrolla más con información específica para el caso de la India poscolonial. Véase «La nación en tiempo heterogéneo» (Chatterjee 2007: 55-85).

los formatos modulares europeos, es decir, deben pensar la «diferencia» (Chatterjee 2007: 90).

Pese a estos reparos, ni Smith ni los estudios poscoloniales niegan que las naciones sean fenómenos modernos; el mismo Hastings, que se opone a la modernidad de la nación, reconoce, asimismo, que el componente teórico-político del nacionalismo sí es, en efecto, un fenómeno de fines del siglo XVIII e inicios del XIX. Es decir, existe consenso en afirmar que el convencimiento de que cada «nación» deba disponer de un «Estado», es un fenómeno típicamente moderno. En Occidente, la reflexión académica actual en torno al nacionalismo sigue utilizando como punto de referencia la teoría modernista, por lo que será también el marco que usaremos y guiará nuestra reflexión para estudiar el caso peruano.

Entonces, en primer lugar, entendemos nación como un constructo cultural típico del siglo XIX. Aunque en el transcurso del trabajo usaremos indistintamente los conceptos de «invención» o «imaginación», advertimos con Anderson que nos alejamos del carácter artificioso que pudiese encerrar el primer concepto al equipar la «creación» con lo falso o deliberadamente fraguado. Teniendo en cuenta las críticas que se le han formulado, el modelo de Anderson nos sigue pareciendo útil, pues revela la intención de «imaginar creativamente» una nueva realidad, a lo que se enfrentaron, por cierto, todos los países latinoamericanos. No se trata de aplicarles la condición «modular» de la «comunidad imaginada», sino que dichos países resultan de los pioneros, según ese análisis, en la creación de la nación-Estado. En el Perú, la «imaginación» de la comunidad nacional tuvo su primer antecedente en los criollos ilustrados de fines del tiempo virreinal y, luego, fue imaginada más claramente por los sectores altos y letrados de los años republicanos a la par que se construía el *Estado-nación*.

En segundo lugar, asumimos con la teoría modernista que ese Estado, el *Estado-nación*, es un fenómeno construido por el ascenso político del orden social burgués. Su surgimiento se enmarca dentro de

las repercusiones de los valores que enarboló la Revolución francesa[30]. Es la organización política de la nación. Su fórmula es más extensa que la del gobierno de aldeas o ciudades, porque por lo general es pluriétnico, pero más restringida que la de los imperios, porque pretende ser un gobierno soberano respecto de otras naciones. Se asienta sobre un territorio definido y que se va definiendo, pero es más que un territorio, pues su concepto incluye instituciones políticas, tradiciones históricas y culturales (Morin 1993: 451-458). Una vez establecido políticamente el nuevo Estado, este contribuyó en el proceso de construcción de la nación a través de políticas educativas orientadas a establecer una cultura lo más homogénea posible, para así acentuar las afinidades entre los nuevos connacionales. Esta labor la resumió Massimo d`Azeglio de inmejorable manera: «Hemos hecho Italia, ahora tenemos que hacer a los italianos»[31]. Siguiendo a Kosselleck, postulamos que los sectores que dirigieron la construcción del Estado creyeron firmemente que ellos empezaban un tiempo nuevo, y ante la sensación de fugacidad del presente, se incrementó el interés por hurgar lo pasado para afianzar la conciencia nacional en los estados nacientes o antiguos. No fue raro que la «construcción» de naciones y la redacción de sus historias marcharan casi paralelas. Las historias nacionales utilizaron el método narrativo, pues este les permitía resaltar las peculiaridades de las tradiciones en común —que se entendieron como inmemoriales— y dar

[30] Según Michel Vovelle, dicho acontecimiento histórico no es solo importante por lo que destruye, el Antiguo Régimen ligado a la monarquía absolutista, sino, principalmente, por lo que edifica, es decir, un nuevo orden colectivo en el cual las libertades políticas formales —la separación de poderes, por ejemplo— resulta el legado más claramente palpable. El liberalismo del siglo XIX tiene también su germen en 1789, así como la libertad de imprenta y de empresa (Vovelle 2000: 71-78). Por otra parte, la Revolución francesa difundió también como principios fundamentales valores referidos a la igualdad ante la ley, la eliminación de toda servidumbre y la proclamación por primera vez de los derechos universales del ser humano, aunque los anteriores principios fueron plasmándose de modo mucho más lento.

[31] Frase pronunciada en la primera reunión del parlamento en el recientemente unificado reino de Italia, citado por Hobsbawm (2000: 53).

vida histórica a los antepasados —que se concibieron como el más rico legado del grupo—. La historia se convirtió en el saber constituyente para cada una de las naciones, lo que explica el establecimiento de archivos y bibliotecas y las ediciones de fuentes[32].

El caso hispanoamericano calza perfectamente con la figura de un *Estado-nación* que inaugura un tiempo nuevo, el de la vida independiente. En el Perú, la lenta y compleja construcción del Estado no atendió a la diversidad cultural, que era la característica más valiosa y definitoria de aquella comunidad. La nación fue imaginada en términos occidentales, urbanos y no plenamente incluyentes. Por ello, creemos con la teoría poscolonial, y en contra de Anderson, que en el Perú la nación tampoco se imaginó en un tiempo homogéneo. Primero la elite la concibió como básicamente criolla y luego intentó hacerla extensiva a las mayorías sociales, en un proceso que en ocasiones resultó arrollador y que silenció todo lo heterogéneo. Aquellos sectores tal vez exhiban algunas de las características de los calificados como «grupos subalternos», pero hay que advertir que no necesariamente resulta feliz aplicar, en todas sus implicancias, la noción de «poscolonial» a aquellas comunidades hispanoamericanas. Por ejemplo, las elites apostaron por construir un Estado nacional con un convencimiento en gradual progresión respecto de la conveniencia de la República como forma de gobierno. Las instituciones políticas fueron importadas y no siempre lograron adecuarse a la realidad que pretendieron gobernar; pero el proyecto fue claramente occidental y respondió, más bien, a la máxima de uniformización de las costumbres, que ya Fichte inculcaba a los

[32] En Europa fueron célebres las colecciones *Hakluyt* (1809) en Inglaterra, *Monumenta Germaniae Historica* (1819) de Alemania y *Biblioteca de Autores Españoles* (1846) en España. El Estado chileno, por mencionar un ejemplo hispanoamericano, se preocupó, a través del impulso otorgado por la Universidad de Chile, en editar fuentes documentales que permitieran elaborar su historia nacional. Por ejemplo, en 1861, apareció el primer volumen de la monumental *Colección de historiadores y de documentos relativos a la historia nacional*. En el Perú también ocurrió este impulso a la publicación documental, lo que mencionaremos en los siguientes capítulos.

sectores dirigentes prusianos. Aquí, como en Europa, se entendió que las historias patrias serían fundamentales para consolidar la nueva realidad y su nueva organización política, pues esa historiografía, como planteaba Smith, fue la encargada de delinear los mitos de origen. La «descolonización» de mediados del siglo XX, en cambio, responde a un contexto bien distinto: la India, por ejemplo, eligió no volverse una nación-Estado, optó ser un Estado no-nacional, en el cual ni la memoria ni la historia gozaron de una «dignidad epistemológica»[33].

Finalmente, creemos puede entenderse a aquellos años, y a sus instituciones, como asimilables al tiempo burgués. Es cierto que aplicar el concepto a la Hispanoamérica del siglo XIX puede ser problemático, especialmente si consideramos el punto de vista de la reinversión productiva. Es sabido que las «empresas» burguesas surgieron muy tardíamente. Más aún, no poco de la vida cotidiana de esos empresarios mantuvo claros rasgos señoriales y muchas de sus inversiones tuvieron una lógica rentista. Pero, como dejamos expreso al inicio de este capítulo, entendemos por burgués una forma de concebir el mundo, que tuvo en el *Estado-nación* su orden político y que procuró concretar, entre otros, valores referidos al afán por el progreso, a la homogeneización cultural y a la confección de historias patrias que contribuyeran con la identidad en la nueva realidad (Kocka 2000: 21-83). En ese sentido, en el Perú sí hubo una experiencia burguesa, aunque la burguesía no se haya desarrollado plenamente durante el siglo XIX[34]. La insistencia en la confección

---

[33] Bhikhu Parekh, desde la década de 1980, ha iniciado un importante trabajo conducente a demostrar la elección consciente por parte de la India de no ser un *Estado-nación*, y de cómo el discurso nacionalista no puede aplicarse en todos los contextos históricos y sociales. Ver, por ejemplo, Parekh (2000: 91-122). Ciertamente, los estudios poscoloniales han puesto en evidencia que ha quedado fuertemente cuestionada la supuesta condición «modular» de las «comunidades imaginadas» de Anderson, lo que, no obsta, para aplicarla al caso hispanoamericano, uno de los pioneros en su surgimiento.

[34] Para la experiencia burguesa en el Perú, véase el conjunto de trabajos compilados por Carmen Mc Evoy, quien ofrece una mirada amplia y comprensiva del tema. La introducción de esta autora es una excelente aproximación a los alcances y límites del desarrollo de la burguesía peruana (Mc Evoy 2004: IX-XXXIV).

de una historia nacional permite precisar que la elite letrada se plegó al ideal burgués de imaginar la nación y dotarla de un pasado claramente reconocible. Así como Francia e Inglaterra remontaron sus orígenes al tiempo de los francos y los sajones, aquí también se intentó demostrar que la nación se originaba en tiempos inmemoriales; el imperio de los incas fue presentado como un pasado glorioso con el propósito de contribuir a la cohesión del grupo. Pero para que esa imaginación fuese realmente eficaz, las historias patrias no solo resucitaron el pasado, sino, a la vez, olvidaron la explotación colonial y republicana, las «matanzas» de las que hablaba Renan.

En el Perú, una inicial «comunidad imaginada» quedó expresada en la conciencia histórica presente desde el *Mercurio Peruano*, luego, en el establecimiento de los emblemas nacionales con el advenimiento de la Independencia y, finalmente, a lo largo de la construcción de la República. Antes de abordar el estudio de la producción historiográfica peruana en el siglo XIX se hace necesario, entonces, bosquejar esas cuestiones.

La nación imaginada y construida en el siglo XIX

El surgimiento de la conciencia histórica en el *Mercurio Peruano* (1791-1795)

El *Mercurio Peruano de Historia, Literatura y Noticias Públicas* fue el órgano vocero de la Sociedad Académica de Amantes del País, fundada en 1790, a imitación de las Sociedades Económicas de Amigos del País creadas en la metrópoli española, al amparo del impulso ilustrado del proyecto borbónico. Se editó entre 1791 y 1795, y tanto los fundadores como los redactores fueron importantes burócratas que, a su vez, formaban parte de la intelectualidad limeña[1]. En el virreinato del Perú es uno de los productos culturales que mejor ejemplifica la recepción de la Ilustración, si entendemos por ella al movimiento que pretendió someter todo al juicio de la razón y a la observación de la experiencia. Pero la Ilustración que se asoma en el *Mercurio* se aleja de aquella que dominó Europa, preocupada en establecer los caracteres que conformarían la naturaleza humana y en descubrir los principios rectores del devenir. La del *Mercurio* es una Ilustración que no es atea y en la que

[1] Una versión completa del periódico ha sido publicada, en edición facsimilar, por la Biblioteca Nacional del Perú entre 1964 y 1966, dividida en doce volúmenes, que será la que citaremos. El estudio más sólido sobre el *Mercurio Peruano* es el de Clément (1997). Otro análisis en Zeta Quinde (2000).

tampoco se observa opiniones favorables hacia autores como Rousseau o Voltaire, o a la *Enciclopedia* en general[2]. El *Mercurio* no fue un periódico conspirador ni tampoco revolucionario, por lo que en sus páginas no se cuestionó la institución monárquica ni se pretendió la separación de España[3].

Lo anterior no obsta, sin embargo, para calificar de ilustrados a sus integrantes, no solo porque fueron intelectuales, sino que también asumieron algunos presupuestos de Las Luces. Ya desde el tiempo del gobierno del virrey Manuel de Amat (1761-1776) puede notarse la importancia concedida a la educación con el fin de expandir los nuevos conocimientos científicos, típica preocupación ilustrada, muy presente, por cierto, en la Ilustración española[4]. Además, según ha demostrado

---

[2] Véase Nieto (1993: 33-44). Un desarrollo más extenso del tema del mismo autor en «Notas sobre el pensamiento de la Ilustración en el Mercurio Peruano» en *Boletín del Instituto Riva-Agüero* (1956: 193-207). No se percibe en el periódico la influencia del aspecto político de la Ilustración a través del cuestionamiento al absolutismo y la consecuente división de poderes. Más bien, tal como ha demostrado Claudia Rosas, en la gran mayoría de sus números se observa un rechazo casi monolítico a la Revolución francesa (Rosas 2006: 65-71). Víctor Peralta afirma que la síntesis entre tradición escolástica y método racional experimental fue una característica de los ilustrados españoles (Peralta 2005b: 37-72). Para un análisis de la relación fe e ilustración en el virreinato peruano, ver del mismo autor «Las razones de la fe. La Iglesia y la Ilustración en el Perú, 1750-1800» (1999: 177-204).

[3] El *Mercurio Peruano* fue permitido y auspiciado por la administración central. De hecho, recibió apoyo del ilustrado virrey Francisco Gil de Taboada, quien en una carta al Rey, opinó que «la obra era muy útil y conveniente». Pedro Guivobich convence respecto de la sintonía que existió entre el periódico y el proyecto borbónico en dos puntuales artículos: «Alcances y límites de un proyecto ilustrado: la sociedad de amantes del País y el Mercurio peruano» (Guibovich 2005: 45-66) y también en «Ambrosio Cerdán y Pontero: la Sociedad de Amantes del País y el Mercurio Peruano» en *Boletín del Instituto Riva-Agüero* (2004: 223-237).

[4] Una aproximación muy interesante y novedosa a la Ilustración en España puede verse en la obra de Sánchez-Blanco *Europa y el pensamiento español del siglo XVIII* (1991). Un tratamiento más específico y descriptivo, en el clásico trabajo de Sarrailh: *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII* (1992). Una buena síntesis de las medidas llevadas a cabo desde el Estado en Domínguez Ortiz, *Carlos III y la España de la Ilustración* (1989).

Margarita Rodríguez, los intelectuales criollos de la Lima virreinal se habían aproximado a los contenidos ilustrados, incluso mucho antes, desde la primeras décadas del siglo XVIII. Ellos tomaron de la Ilustración, en especial, el proyecto de difundir los avances científicos y la cultura, no solo entre sus vecinos limeños, sino también al resto de las provincias del virreinato. Los ilustrados del *Mercurio* confían en la razón, en el conocimiento científico y en la tecnología como las claves para el mejoramiento de la región y de sus pobladores[5]. En ese sentido, se trata de una razón que es una «adquisición», que se contrasta con la experiencia y que es pragmática[6].

En general, en los temas que aborda el *Mercurio* puede observarse el convencimiento ilustrado de conocer a través de un acercamiento directo con la realidad, de investigar lo circundante con el fin de obtener un mayor provecho, una mayor felicidad. Justamente por eso, dentro de la amplia variedad de temas, destacan aquellos que se refieren al conocimiento del Perú. Se investiga la historia de los antepasados, tanto españoles como andinos. Se inquiere por la geografía de la región, a través de relaciones de viajes al interior o descripción de ciudades. La medicina tiene un lugar privilegiado en los estudios anatómicos y en aquellos que alaban las bondades curativas de algunas plantas[7].

---

[5] Es verdaderamente aleccionador el reciente estudio de Rodríguez, en el que muestra la recepción de la cultura ilustrada en el Perú, a partir de lo que estaba ocurriendo en España. Véase Rodríguez (2006). Asimismo, Guillermo Lohmann se ocupó del tema en «Criticismo e ilustración como factores formativos de la conciencia del Perú en el siglo XVIII» (1984: 15-31). Una tesis universitaria dedicada a estudiar las medidas educativas de la Ilustración en el Perú es la de Antonio Espinoza, *Despotismo Ilustrado y Reforma Educativa: el Real Convictorio de San Carlos, entre 1770 y 1817* (1996).

[6] Una visión general sobre el concepto de «razón ilustrada» en Cassirer (1994: 17-53) y también en Hazard (1998: 15-22, 34-48).

[7] Los artículos sobre «historia natural» y medicina resultan ejemplares exponentes de la formación científica de estos ilustrados peruanos. Nos aproximan a una noción de ciencia como una disciplina práctica que tiene por fin alcanzar el progreso, a la importancia concedida a la clasificación de los conocimientos, al repertorio bibliográfico que manejaron los autores. Jean Pierre Clément ha demostrado que si bien los mercuristas

La economía y el comercio están también muy presentes en los estudios sobre la explotación de nuevas minas o la apertura de caminos e intercambios marítimos. La preocupación central de los editores es conocer y dar a conocer más y mejor estas tierras y su historia. El prospecto del periódico lo decía de una conocida manera: «más nos interesa saber lo que pasa en nuestra nación, que lo que ocupa al canadiense, al lapón o al musulmano» (*Mercurio Peruano* 1964-1966, tomo 1: f. 5). Y, en efecto, el artículo introductorio al primer número de la publicación, «Idea General del Perú», desde su nombre explica claramente esta intención (1964-1966, tomo 1: f. 1).

En el contexto del pensamiento ilustrado, el mundo americano es estudiado por europeos, incluso por aquellos que no lo conocen, quienes, con supuesta pretensión científica, sentenciaron la infundada inferioridad biológica del Nuevo Continente. No fue raro que en la época, iluministas como Hume o Voltaire, cada uno a su modo, compartieran ese tipo de nociones, aunque fueron autores menos célebres, como Buffon y De Pauw, los que más insistieron en ello[8]. La reacción de los ilustrados americanos fue utilizar sus conocimientos científicos para refutar aquellas sentencias, surgiendo lo que Cañizares ha denominado una «epistemología patriótica», según la cual solo los criollos estaban en condiciones de aportar un conocimiento verdadero acerca del mundo americano, porque tendrían acceso a las fuentes adecuadas: lenguas autóctonas, costumbres vivas y monumentos antiguos (Cañizares-Esguerra 2001: 205-265).

---

citan a los clásicos, en especial ensalzan la obra de aquellos que desarrollaron la ciencia moderna. Usan con frecuencia las investigaciones de Copérnico, Galileo, Kepler, Newton, Bacon, Linneo, etcétera (Clément 1997, tomo I: 111).

[8] Antonelo Gerbi refiere los diversos aspectos en los que consistieron esas ideas, las que se basaron en prejuicios localistas que le otorgaban a Europa una superioridad inigualable en comparación al resto del mundo (Gerbi 1993). En un reciente y contundente estudio, basado especialmente en el caso mexicano, Jorge Cañizares vuelve sobre el tema con un enfoque novedoso en el que destaca, ciertamente más que Gerbi, el aporte intelectual de los contendientes americanos (Cañizares-Esguerra 2001).

La reivindicación de lo americano, de su historia natural y de la reconstrucción de su pasado, resulta ser la consecuencia más obvia de la refutación de los criollos, la cual trae consigo, además, el surgimiento de una clara conciencia histórica, primer requisito para establecer una nación.

La historia natural

Uno de los temas más destacados en la defensa que ejerció el *Mercurio* resultó ser lo que entonces se conocía como historia natural, es decir flora, fauna, clima y territorio en general. Sucede que los intelectuales europeos enfilaron su puntería hacia esos aspectos. Jorge Luis Leclerc, conde de Buffon, fue uno de los ilustrados que más convencido estuvo de la imperfección de las especies animales americanas. Para él, en América no existirían grandes animales salvajes, habría una decadencia en los animales domésticos y una franca hostilidad de la naturaleza para con la vida en general. El puma, este fue su ejemplo predilecto, que luego repetiría casi textualmente Voltaire, presentaría una clara minusvalía frente el león, la ausencia de melena sería la prueba supuestamente irrefutable de la cobardía del felino americano (Gerbi 1993: 7-46). Ese contexto natural, según Buffon, determinaría la mengua biológica del hombre americano. El abate Cornelio De Pauw fue, sin duda, quien sostuvo con mayor vehemencia la inmadurez biológica del continente americano y denigró a sus habitantes más que cualquiera de sus predecesores. Para el eclesiástico holandés, los americanos tendrían un genio embrutecido: los indígenas mexicanos, por ejemplo, solo sabrían contar hasta tres. Con altiva ironía, señaló que los amautas en tiempos incaicos eran unos «ignorantes», que no sabían leer ni escribir y que nada podían enseñar a otros ignorantes que no sabían hablar. La naturaleza del hombre americano no solo sería imperfecta sino degenerada, lo que se expresaría, según De Pauw, en la debilidad física de los americanos, su supuesta falta de virilidad y su aspecto afeminado. Sin base científica, afirmó que las tierras del Nuevo Continente serían absolutamente

estériles y que el clima haría imposible el normal desarrollo de plantas y animales. Este continente estaría negado para el surgimiento de la civilización, entre otros motivos, por la constante presencia de terremotos y otros desastres naturales. Para él, Cusco fue un conjunto de chozas y trozos de murallas, apenas una pared habría sido la fortaleza de Sacsayhuaman (1993: 66-101).

El *Mercurio Peruano* refutó los anteriores convencimientos de esa ilustración europea, para lo cual estudió la realidad específica de su región, no solo del Perú, sino de la América hispánica. No resulta exagerado afirmar que ese fue uno de los principales fines del periódico: en los estatutos de la Sociedad de Amantes del País se estipulaba que si literatos extranjeros dirigiesen contra el Perú dicterios, entonces la Sociedad «deberá impugnarlos con las pruebas de hecho, y con los raciocinios más vehementes»; habría que llevar a cabo «todos los esfuerzos posibles, hasta sacrificarse para su defensa» (*Mercurio Peruano* 1964-1966, tomo 1: f. 1). En el primer artículo del periódico, «Idea General del Perú», José Rossi y Rubí expuso que el principal objeto de la publicación era: «hacer más conocido el país que habitamos, este país contra el cual los autores extranjeros han publicado tantos paralogismos» (1964-1966, tomo 1: f. 1). La postura de los ilustrados europeos trajo como consecuencia que se acentuara el americanismo en los ilustrados mercuristas, lo que, para la gradual adquisición de una conciencia histórica, resulta especialmente importante.

Clément ha precisado que fueron cuarenta y dos artículos los que describieron el territorio para ensalzarlo, es decir, la cuarta parte de la superficie total del periódico (Clément 1979: 50-53). De lo que se trataba era de demostrar que en América, ni el territorio ni el clima eran perjudiciales para el ser humano. Los mercuristas, como los ilustrados europeos, suscribían el carácter científico de la llamada teoría del clima, es decir, aquella que sustentaba la supuesta influencia que tendría el medio natural sobre el carácter y constitución de los seres humanos. Pero los de aquí fueron muy enérgicos al expresar que la única forma de

aplicarla era conociendo y estudiando de primera mano la región a tratar. En cambio, los europeos, sin siquiera visitar el continente, habían lanzado sus ofensas desde «las orillas del Sena o Támesis» (*Mercurio Peruano* 1964-1966, tomo 1: f. 1). Hipólito Unanue y Pavón afirmó la enorme variedad y riqueza de los productos agrícolas peruanos, la cual era posible gracias a la conjunción de territorio y clima, que lejos de ser perjudicial, proporcionaba los mayores beneficios:

> Parece que después de haberse ejercitado [Dios] en los abrasados arenales del África, en los frondosos y fragantes bosques del Asia, en los climas templados y fríos de la Europa, se esfuerza en reunir en el Perú cuantas producciones había esparcido en las tres partes (Unanue 1974: 391)[9].

Unanue intentó subrayar las ventajas de dichos productos sin prestar atención a los posibles inconvenientes. Entonces, el tabaco «no es más funesto al género humano que la pólvora y las balas», se puede «ministrar cascarilla sin cometer pecado mortal» y las «pepitas de Cacao no [son] cagarruta (*sic*) de carnero» (1974: 391)[10]. La intención última, al ensalzar lo benéfico de los frutos de la tierra, era ofrecerlos al mercado mundial. De hecho, en su estudio sobre la hoja de coca mostró las propiedades curativas de la planta y sostuvo que su consumo en infusión bien podría reemplazar, internacionalmente, al té y al café (1974: 324)[11]. En general, según los mercuristas, un clima sereno

---

[9] En el interés de defender lo americano, Unanue afirma que la sola existencia de este continente resulta necesaria. Según aquel ilustrado, la cordillera de los Andes inclinaría el planeta y haría que recaiga un mayor peso sobre el hemisferio sur. Deducción inmediata de ese planteamiento —para Unanue— es que sin dicha cordillera, «las aguas correrían precipitadas a aglomerarse sobre la Groenlandia, la nueva Zembla, la Rusia y la Noruega e inundados todos estos países», Europa quedaría sepultada por las aguas. De manera que el Viejo Mundo le debería al Nuevo el equilibrio del globo terráqueo (Unanue 1974: 401). Véase también Cañizares-Esguerra (1995: 99).

[10] También en Cañizares-Esguerra (1995: 98).

[11] En general, las «historias naturales» sobre América, ya desde el siglo XVII, señalaron las bondades terapéuticas de las plantas y de diversos productos oriundos de la región,

como el americano no podía causar sino una positiva influencia en sus habitantes: «Felizmente reina en estos países favorecidos no menos de Apolo y de Minerva que de Ceres y de Pomona, un temperamento dulce que hace connatural a sus moradores la humanidad y franqueza. Todos son compasivos, todos son generosos» (*Mercurio Peruano* 1964-1966, tomo 4: f. 141-142). Exaltan las cualidades de los peruanos: su «natural agudeza», su «adhesión al estudio», su «buen gusto y dulce trato» (1964-1966, tomo 1: f. 7). Constantemente aluden a las vidas de prohombres americanos y peruanos:

> Ya irá descubriendo el lector que la fecundidad grande del Perú no se limita a los tesoros que producen las entrañas de la tierra, sino que también en las preciosas minas de los entendimientos de los naturales se halla riquezas, cuyo valor excede la estimación del mundo (1964-1966, tomo 10: f. 107).

En la misma óptica, el doctor Gabriel Moreno, un destacado profesor universitario, resaltaba el valor de la Universidad de San Marcos en la formación de hombres insignes y acusa de inverosímiles las afirmaciones de De Pauw:

> ¿De dónde, pues oh Paw (*sic*), has sacado, y cómo has osado decir, en tus averiguaciones filosóficas sobre los americanos, que nuestra universidad no ha dado a luz un solo autor que pueda hacer siquiera un libro malo? ¿Puedes tú acaso desde la larga distancia en que nos separa la tierra, y el océano, sin haber pisado nuestro suelo americano, corrido sus provincias, considerado nuestra policía y aprendido nuestros idiomas, y penetrado nuestros modelos, acertar en algo en tus reflexiones americanas, y pronunciar sobre el mérito de los autores limeños sentencias que logren ejecutoriarse entre los verdaderos sabios? (1964-1966, tomo 2: f. 182).

---

en especial aquellas historias que fueron hechas por los jesuitas. Una colección de ensayos muy bien informados sobre el tema en Millones Figueroa y Ledezma (2005). En un reciente artículo, Víctor Peralta ha señalado lo propio para el caso específico de la *Historia del reino de Quito* del jesuita quiteño Juan de Velasco (Peralta 2006: 159).

Siempre con el objetivo de demostrar la no-inferioridad del hombre americano, el *Mercurio Peruano* dio crédito, asimismo, a la leyenda de la existencia de gigantes en América. Sandro Patrucco ha mostrado que este argumento fue un tópico constantemente utilizado en la época con el objetivo de reivindicar la naturaleza americana (Patrucco 1996). Lo que a los mercuristas les interesaba era refutar a Buffon o De Pauw, quienes habían sostenido que los americanos eran de muy pequeñas proporciones por efecto de la naturaleza. Ello quedaría contradicho al «probar» la presencia de gigantes en América. En el fondo, los ilustrados americanos, al igual que los europeos, seguían las implicancias de la taxonomía de Carl von Linneo, por la cual los seres de mayores proporciones serían más desarrollados que los de menores proporciones. Así, se hace referencia a la difundida leyenda de los gigantes de la Patagonia en tiempos del asentamiento colonial, al descubrimiento de un gigante en Bogotá de nombre Pedro Cano y al hallazgo en la ciudad de Ica de otro llamado Basilio Huaylas, de quien se ocupa Hipólito Unanue en la edición del 29 de abril de 1792, gigante que tendría de largo:

> 7 pies castellanos, 2 pulgadas y algunas líneas. La distribución de sus miembros no está proporcionada. De la cintura para arriba son monstruosos. Tiene cerca de una tercia de cara, cinco sesmas en el ancho de la espalda, y tan largos los brazos que, estando de pie derecho, las puntas de los dedos de las manos tocan las rodillas (Unanue 1974: 33).

Sandro Patrucco equipara la intención de los mercuristas con la de Thomas Jefferson, quien también se empeñó en negar la inferioridad del hombre americano y del continente en general, y recolectó en Virginia restos de supuestos gigantes para mostrarlos al mundo (Patrucco 1996: 164-168). En la actualidad, las investigaciones sobre gigantología, indudablemente, han perdido vigencia, sin embargo, reflejan un claro trasfondo: la necesidad de demostrar que la naturaleza de América no solo no sería inferior a la de Europa, sino que la continua presencia de los gigantes demostraría, inclusive, su supremacía. De un modo gradual, la defensa del territorio implicará una identificación personal con

el mismo. Aquí está la base de la «imaginación» de una comunidad[12]. El *Mercurio Peruano* reunió a un conjunto de intelectuales que empezaron a pensar a América y al Perú como realidades, quizá no opuestas, pero sí distintas de Europa y, progresivamente, también de España; que ensalzaron las riquezas de la tierra e incluso exageraron las potencialidades de las minas. Aunque no quisieron la separación, identificaron el territorio que habitaban con la patria; con lo cual, hurgar en su historia y recurrir a sus antepasados fue una tarea que también se impusieron.

Una antigüedad gloriosa

Cuando los mercuristas defienden al hombre americano piensan sobre todo en ellos y en sus abuelos blancos, es decir, en los criollos como legítimos herederos de la tradición occidental. Sin embargo, al ocuparse del pasado lejano, del tiempo prehispánico, dan un paso más y se muestran orgullosos de los logros alcanzados por los incas. Los trabajos que en el *Mercurio* investigaron el pasado previo a la conquista son ejemplo de cómo aquel gremio de pensadores empezaban a entender que la existencia del «Perú» era previa a la llegada de los españoles. Se trata del inicio de asumir intelectualmente que la región exhibe una continuidad histórica. Así, el Perú sería anterior al virreinato del Perú, por lo que en una investigación sobre construcciones prehispánicas

---

[12] El significado que en el *Mercurio Peruano* adquieren los conceptos de «patria» o de «nación» no es unívoco. El «amor a la patria» es aquel que conduce a los mercuristas a «seguir el orden que dicta la razón natural, prefiriendo el bien propio al ajeno». Se amaría a la patria «por principio de Justicia, por natural propensión y por consecuencia del valer que la distingue», por lo que, como veremos, darán a conocer las «glorias de la patria» (*Mercurio Peruano* 1964-1966, tomo 3: f. 223 y 321; tomo 4: f. 73; tomo 5: f. 1). Afirmaciones como las anteriores han hecho que Clément califique a los mercuristas de furiosamente peruanos (Clément 1997*,* tomo I: 28). En la misma línea se movió Macera, en un inicial trabajo titulado *Tres etapas en el desarrollo de la conciencia nacional* (1995: 64, 118 y 120, especialmente). Sin embargo, lo que a nuestros efectos resulta verdaderamente importante es la reacción de los mercuristas que expresa un acentuado americanismo.

se revela como propósito central «el estudio de los monumentos que erigieron los *peruanos* para ostentar su poder y recordar su existencia» (Unanue 1974: 332; las cursivas son nuestras)[13]. La misma intención se encuentra en Pedro Nolasco Crespo, quien publica una «carta» sobre los monumentos antiguos de los *peruanos* (*Mercurio Peruano* 1964-1966, tomo 5: f. 255-264; las cursivas son nuestras). Más todavía, Joseph Torpas de Ganarilla publica un poema en el que exalta la obra de gobierno de cada uno de los incas (1964-1966, tomo 6: f. 17-25). Finalmente, en la época no fue infrecuente listar a los gobernantes peruanos empezando con el fundador del Imperio del *Perú*, Manco Cápac, seguido de los incas que lo sucedieron para después mencionar a los reyes españoles[14]. Lo cual, por cierto, se percibe también en la pintura colonial y las representaciones dramáticas[15].

Los mercuristas entendieron los logros alcanzados por los incas como evidencia de «civilización» y «progreso»[16]; más todavía, se enorgullecieron de ellos —lo que recuerda la afirmación de Renan respecto de que el legado más valioso que atesoran las naciones es el de los antepasados—, y entonces utilizaron aquel pasado como otro de los argumentos para

---

[13] Ahí, Unanue analiza «los obeliscos y estatuas de Tiahuanaco», «los mausoleos de Chachapoyas», «los edificios del Cusco», «el derribado pueblo de Pachacamac», «los quipus», «la arquitectura civil y militar», etcétera.

[14] Hipólito Unanue, además de fundador y redactor del *Mercurio Peruano*, confeccionó, por encargo oficial, una «guía de forasteros», según se las llamaba entonces, publicación contemporánea al periódico en la que se ofrecía información sobre el virreinato, sus autoridades, principales vecinos, recursos naturales, etcétera. En los cinco años que Unanue estuvo al frente (1793-1797) incluyó un artículo introductorio «Idea del Perú» en el cual se lista a los gobernantes incaicos seguidos de los reyes españoles (Unanue 1985).

[15] Un estudio sólido sobre la pintura, en Buntix y Wuffarden (1991: 151-210). Un planteamiento actual y sugerente referido a las representaciones en el artículo de Karine Perisat, «Los incas representados (Lima-siglo XVIII) ¿Supervivencia o renacimiento?» (2000: 623-649).

[16] Según Víctor Peralta fue frecuente, desde la segunda mitad del siglo XVIII, que las historias sobre América rastrearan los grados de «civilidad» que desarrollaron los pueblos indígenas antes de la conquista española. De lo que se trataba era de historiar la vida del hombre en civilización (Peralta 2006: 152-163).

refutar la supuesta inferioridad del continente americano[17]. Nolasco Crespo afirmó directamente que su intención era desvanecer la falsa idea difundida por los ilustrados europeos acerca de la «brutalidad» y «extrema barbarie» de los incas. Para tal efecto, exploró los conocimientos adquiridos en hidráulica, arquitectura, medicina y minería; maravillándose de las «admirables» obras que habían dejado (*Mercurio Peruano* 1964-1966, tomo 5: f. 255-264). Otro ejemplo se encuentra en la respuesta a los editores de la *Enciclopedia,* quienes negaron la existencia de los caminos incaicos: «No hay otro modo de convencerlos sino que hagan un viaje y verán los restos suntuosos que nos han dejado» (Unanue 1974: 334)[18]. La grandeza de los monumentos de los antiguos peruanos sería proporcional a su desarrollo cultural, por lo tanto no pueden ser calificados de incivilizados. Así como el clima, el territorio, los productos agrícolas, los gigantes resultaban peruanos, así también, los monumentos preincaicos, los caminos incaicos, los progresos alcanzados en la civilización eran peruanos.

En el *Mercurio* puede advertirse, además, la intención de estudiar la lengua del tiempo incaico y Joseph Manuel Bermúdez dedicó un sustancioso artículo al quechua, que juzgó un idioma con «majestuosidad», «precisión» y «energía», recomendando su enseñanza (*Mercurio Peruano* 1964-1966, tomo 9: f. 176-189). En otro número del periódico se analiza con admiración la obra legislativa de los incas y se la equipara con los códigos de Solón o Licurgo (1964-1966, tomo 4: f. 154-155). Mientras que en Europa se usaba a las figuras de Solón o Licurgo para representar el inicio de la civilización occidental, los mercuristas usaron la obra —cultural y material— de los incas para graficar el inicio de la

---

[17] Claudia Rosas presenta una aproximación preliminar, aunque rica en ideas, sobre la imagen de los incas en el Perú ilustrado, en la cual evidencia que se concebía al período histórico como un pasado glorioso (Rosas 2002).

[18] Charles Walker (1995: 93) califica de tímida la defensa de los incas que ejerció Hipólito Unanue, interpretación de la que discrepamos. Para un análisis sobre los artículos que Unanue publicó en el *Mercurio*, ver: Dager (2001: 97-121).

civilización por estas tierras. Dichas comparaciones funcionan como apropiaciones, según la lúcida insinuación de Clément (1997, tomo 1: 245). Es decir, los criollos toman para sí los logros de los incas, se los apropian con el objetivo de insistir en la no-inferioridad del Nuevo Continente. Aquí, ni el territorio ni el clima estaban reñidos con la civilización, lo que demuestran apelando a los incas, que entienden como una civilización digna de ser admirada. Pero, sin duda, al apropiarse de aquellos logros, ocurre, paralelamente, una interesante y curiosa operación intelectual, pues los incorporan en su propio bagaje. Para postular que el tiempo incaico —y preincaico— formaba parte de la continuidad histórica se requiere, siguiendo a Anderson, un componente imaginativo pues se considera como elementos del conjunto a realidades extrañas a quienes escriben —étnica, cultural y lingüísticamente—. Al mostrar al mundo los logros incaicos, los criollos se presentan como los estandartes de esa herencia cultural; se exhiben como los llamados a defenderla de los «extranjeros», aunque, ciertamente, todavía no hay conciencia de mestizaje.

La intención de los mercuristas por establecer antepasados como fuente de orgullo e identificación no se circunscribió al pasado lejano y, como resulta fácilmente previsible, recurrieron especialmente a la historia virreinal, que les era más próxima en el tiempo y en afinidades culturales. En ese sentido, las autoridades políticas y eclesiásticas que regentaron el territorio fueron objeto predilecto para ofrecer modelos de comportamiento. Fray Diego Cisneros se especializó en destacar las vidas de clérigos, españoles o americanos, dignas de veneración por todo buen patriota (*Mercurio Peruano* 1964-1966, tomo 1: f. 183). Ambrosio Cerdán y Pontero, miembro de la Real Academia Española de la Historia, estudió la obra de gobierno de los virreyes con el propósito de alimentar el «alma nacional», al rescatar del olvido los diversos talentos y virtudes que los caracterizaron, así como también para transmitir a los siglos futuros los nombres de aquellos patricios (1964-1966, tomo 10: f. 215-244). Por su parte, José Baquíjano y Carrillo, al

escribir la historia de la Pontificia y Real Universidad de San Marcos, resalta la presencia de hombres de gran valía, maestros y alumnos, americanos o españoles, cuya fama irá acrecentándose de manera progresiva (1964-1966, tomo 2: f. 160-167; 172-180; 188-195; 199-204). En los mercuristas hay una positiva valoración de la obra de España en América, por eso no encuentran contradictorio ensalzar el patriotismo difundiendo la ejemplar vida de españoles que sirvieron en América. En este punto, vale la pena señalar que Jorge Cañizares ha mostrado que historias de contenido positivo sobre América y los americanos fueron estimuladas por las políticas borbónicas, con el fin acumular argumentos en contra de aquellos intelectuales europeos que denigraban la obra civilizadora de España en Indias. Esas historias incentivaban el patriotismo regional con el objetivo mayor de subrayar la importancia de la región al interior de la monarquía imperial y su condición de soporte para la metrópoli (Cañizares-Esguerra 2001: 130-171). Dentro de este marco debemos entender el patriotismo que inculcan los escritores del *Mercurio*, el cual está lejano de pretender la separación o la ruptura política.

Pero ello no obsta para plantear que entre los mercuristas, al menos entre los criollos, al refutar a cierta ilustración europea y apropiarse de los logros de la civilización incaica, puede observarse una acentuación del americanismo y la apelación a una tradición muy lejana de la española. Resulta especialmente importante, en este sentido, que ya desde esa época empiece a censurarse la «codicia y ambición», en palabras de Unanue, de los tiempos de la conquista, en lo que advertimos que se está operando una primera diferencia conceptual entre el «español americano» de fines del siglo XVIII y el «ambicioso conquistador español» (Unanue 1974: 333). Cierto es que dicha diferenciación viene acompañada de un intento de explicación de la violencia cometida. Aunque no se niegan los abusos de la empresa conquistadora, prima la positiva valoración de las consecuencias antes que una censura radical (Clément 1997, tomo I: 239-240). Es decir, los mercuristas prefieren

poner el acento en la positiva historia virreinal y en los valores que de ella pueden extraerse para el patriotismo, un patriotismo que no deja de ser español. La identificación con el terruño es, sobre todo, racional y conceptual, no tiene un contenido revolucionario, ni tampoco de identidad afectiva que luego el romanticismo incluirá en el concepto de nacionalidad (Berlin 2000: 124-127)[19].

La difusión del *Mercurio* y su aporte en la comunidad imaginada

Jean Pierre Clément ha estudiado con detenimiento cuántos y quiénes fueron los suscriptores del periódico: el número total fue de 517 personas (Clément 1979: 31). De ellas, la tercera parte integró la burocracia colonial, figuran, incluso, las más altas autoridades: virreyes, capitanes generales, intendentes, oidores, regidores, arzobispos y obispos, altos funcionarios del Tribunal de la Inquisición, etcétera. Los suscriptores, en su mayor parte, estuvieron ubicados en Lima, casi el 54%; pero la difusión del periódico superó con creces las fronteras de la capital del virreinato: un 18% estaba repartido en el interior y un interesante 11% residía fuera del virreinato del Perú, entre América y Europa (1979: 33-37). Superar los quinientos ejemplares era, para la época, señal inequívoca de éxito editorial para un periódico no informativo[20]. Ello, además del hecho que «los artículos de obligación», en los que se daban a conocer Reales Cédulas o las noticias que a las autoridades les interesaba difundir, aumentaron progresivamente su importancia cuantitativa, nos señala que, para el momento histórico, el periódico tuvo una importante difusión (1979: 25).

[19] Asimismo, José Carlos Chiaramonte, en un trabajo sobre la Iberoamérica que apuesta por su independencia, señala que el concepto de nación que manejaron aquellos patriotas carecía de toda nota de etnicidad e identificación afectiva, cuestiones más propias de la segunda mitad del siglo XIX a raíz de la influencia del movimiento romántico (Chiaramonte 2004: 9-25).

[20] Por ejemplo, el *Censor*, el periódico no informativo más conocido de la época en España, tenía un tiraje de quinientos ejemplares (Saíz 1983, tomo I: 86).

El *Mercurio* no fue el único periódico del momento. Ya desde las primeras décadas del siglo XVIII comenzó a circular la *Gaceta de Madrid*, impresa en la metrópoli y reimpresa en México y Lima. Con el correr de los años, la impresa en Lima cambió de nombre y surgió la *Gaceta de Lima*, con el fin principal de trasmitir noticias sobre España, pero incluía también una sección que daba cuenta de las noticias locales[21]. Asimismo, entre 1790 y 1793 circuló el *Diario de Lima curioso, erudito, económico y comercial*, dirigido por Francisco Antonio Cabello y Mesa, más conocido como Jaime Bausate y Mesa[22]. A ellos se suma, en 1791, el *Semanario Crítico*, dirigido por el sacerdote franciscano Juan Antonio de Olavarrieta, de duración efímera, solo dieciséis números[23]. No es incorrecto señalar, entonces, que a fines del siglo XVIII estamos en presencia del inicio del periodismo en el virreinato. Esos periódicos se destinan a un conjunto de personas que nombran «público», con el cual mantienen una relación activa y retroalimentación, pues los editores propician la crítica de sus artículos y no son infrecuentes las cartas que envía ese «público» a sus redacciones. Su difusión no fue masiva, en tanto los bajos porcentajes existentes de personas alfabetas (Macera 1977, tomo 2: 215-282), pero no debemos olvidar que en la época existían espacios públicos de sociabilidad, como los cafés, fondas, plazas, tabernas

---

[21] Véase Durand (1982a y 1982b), asimismo, Dumbar Temple (1965).

[22] El periódico aparecía todos los días, informaba sobre noticias locales y de la península, incluía artículos sobre historia, geografía de la región, avances científicos en el campo de la medicina, diversas informaciones curiosas y también avisos comerciales como, por ejemplo, compras, ventas, alquileres, etcétera. Falta todavía un estudio específico sobre su trascendencia. Un buen trabajo biográfico sobre su editor es el de Mónica Martini, que ofrece un análisis también sobre el *Diario* (Martini 1998: 105-163, en particular).

[23] Publicó artículos referidos a diversiones públicas, tales como teatro, bailes, tertulias y establecimientos de cafés, pero, sobre todo, a la educación física, moral y política que se ha de proporcionar a los hijos. Sin duda el estudio más completo sobre este periódico es la tesis: *La estrategia comunicativa del Semanario Crítico de Juan Antonio de Olavarrieta: Ilustración y polémica en el periodismo limeño de 1791* de Roberto Forns (1988). También puede revisarse el artículo de Ella Dumbar Temple, «Periodismo peruano del siglo XVIII. El Semanario Crítico» (1943: 428-461).

y tertulias, en donde los vecinos se reunían a comentar y discutir las noticias[24]. A lo que debemos agregar la práctica social de la «lectura en voz alta» en esos lugares y en los recintos familiares, fenómeno que Roger Chartier ha logrado mostrar para la Europa del siglo XVIII (Chartier 1993)[25]. En una sociedad donde los índices de analfabetismo eran tan grandes, la oralidad jugó un papel preponderante, por lo que «leer en voz alta» los periódicos debió ser una práctica cotidiana[26]. Si bien la proyección de esta resulta difícil de cuantificar, permite cuestionar que la circulación de la información contenida en estos periódicos se redujera a los suscriptores o a aquellos que los compraban por número suelto.

Es una etapa histórica todavía lejana al desarrollo del capitalismo impreso del que habla Anderson, o a la consolidación de la esfera pública política de Habermas, pero existen coincidencias no solo cronológicas con ambos planteamientos[27]. Por ejemplo, aquel periodismo supuso una opinión pública y, a su vez, ayudó a su desarrollo, como acertadamente señaló Pablo Macera, pero, a diferencia de Macera, creemos que el público consumidor sobrepasó a los sectores altos de

[24] Un tratamiento metodológico a la sociabilidad en Agulhon (1993: 1-10). Para una aproximación al estudio de los espacios públicos en Hispanoamérica colonial puede revisarse interesantes ensayos compilados en Guerra y Lempérière (1988). Para el Perú de fines del siglo XVIII hace falta todavía un estudio que analice los espacios públicos de sociabilidad, sin embargo, para el caso de la difusión de los acontecimientos referidos a la Revolución francesa, Claudia Rosas ha inaugurado un camino que demuestra los alcances que tuvieron para esparcir noticias y rumores (Rosas 2006: 71-96 y 157-178).

[25] Véase también, «Ocio y sociabilidad. La lectura en voz alta en la Europa moderna» (Chartier 1999: 121-144).

[26] Algunos dueños de los cafés —por ejemplo Francisco Serio, fundador de un café limeño en 1771—, estaban suscritos al *Mercurio*, por lo que este ha debido encontrarse en varios de esos establecimientos. El mismo *Mercurio* da cuenta de la lectura social de sus ejemplares, aunque tal vez sobredimensione sus alcances cuando afirma «un solo ejemplar les suele servir a más de cien personas» (*Mercurio Peruano* 1964-1966, tomo 3: f. 174).

[27] Para el caso europeo véase el clásico trabajo de Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública* (1981). Víctor Peralta ha planteado que en el Perú, ya desde la década de 1790, puede apreciarse espacios de opinión pública (Peralta 2005a: 113-131).

la sociedad (Macera 1977: 325-342). En efecto, Carmen Mc Evoy ha sugerido que los editores del *Mercurio Peruano* pensaban en los estratos medios cuando se referían a su «público», compuesto por funcionarios administrativos, comerciantes medios, profesionales, artesanos, además de la aristocracia colonial y las altas autoridades políticas y eclesiásticas (Mc Evoy 2002: 825-862). Esos lectores —y escuchas—, bien en los cafés o tabernas, en el hogar o en la plaza pública, se enfrentaban a noticias que se referían no solo a lo que sucedía en España, sino a lo que ocurría en su región. Como vimos en el primer capítulo, Benedict Anderson entiende la nación como una «comunidad imaginada», en cuya formación los periódicos jugaron un papel preponderante al permitir a los miembros de una comunidad, que no necesariamente se conocían entre sí, compartir las mismas noticias. En el caso del *Mercurio*, los lectores se encuentran con noticias que ocurren en zonas fuera de la capital —Arequipa, Cusco o Trujillo—; en otras ocasiones leen —o comentan— cartas de «compatriotas» que se refieren a noticias que el periódico publicó semanas atrás; se informan sobre el hallazgo de algún gigante, la inauguración del anfiteatro anatómico, la apertura de un nuevo café, la opinión negativa sobre los sucesos revolucionarios en Francia, etcétera[28]. Si el lector logra comprender la lógica del periódico es porque, según Anderson, desarrolla una capacidad imaginativa para compartir noticias de diversas zonas que no conoce y con variados compañeros de ruta, a quienes también desconoce, pero que logra considerar como parte del conjunto al que se dirige el periódico (Anderson 2000: 43-62).

El Perú que el *Mercurio* difunde, modela y conduce a una opinión pública en nacimiento, que en la intimidad personal o en los espacios de sociabilidad debate o acepta la positiva visión del hombre americano, la admiración por los monumentos prehispánicos, el establecimiento de la genealogía de los gobernantes del Perú que se inicia con la fundación del

[28] Llegan cartas de Arequipa, Cañete, Cusco, Pasco, etcétera. Véase Zeta Quinde (2000: 214-222).

imperio por Manco Cápac, etcétera. Como anota Mc Evoy, el *Mercurio* contribuyó a establecer una esfera pública donde las ideas se intercambian (Mc Evoy 2002: 829). Esa inicial esfera pública permite advertir que estamos en presencia, además, de una embrionaria «comunidad imaginada»; y, en tanto embrionaria, nos encontramos con el también primer esbozo de uno de sus requisitos fundamentales, el de un pasado glorioso, proceso que también ocurrió en otros lugares de Hispanoamérica[29]. Una nación para empezar a ser pensada, imaginada, debe establecer entre su pasado y su presente una línea de continuidad. Aquellos intelectuales estuvieron convencidos de que la llegada de España significó un avance notable para los pobladores autóctonos, pero, a la vez, reconocían un pasado glorioso, por lo que, en el caso del Perú, España había actuado sobre un terreno previamente cultivado. Pero, la valoración del pasado incaico no supuso una defensa de la población indígena como bien ha hecho notar Charles Walker (1995: 95). Tampoco incluyó un interés por estudiar —para mejorar— el presente de los habitantes andinos; la comunidad imaginada que se asomó en el *Mercurio*, no fue un sinónimo de plena inclusión (Meléndez 2006: 207-227).

Los editores y redactores del *Mercurio*, al oponerse a los ilustrados europeos, llegaron a concebir una realidad que empezaron a entender como común, ensalzando sus recursos naturales y las calidades y virtudes de sus habitantes. Para probar la no-inferioridad del mundo al que ellos pertenecían, usaron un argumento que entendieron irrebatible: los logros

[29] La acentuación del americanismo y el rescate de las civilizaciones prehispánicas fueron, también en México, las más visibles consecuencias de la oposición de los ilustrados criollos a las nociones que pretendían desvalorizar el continente americano. Francisco Javier Clavijero, jesuita exilado, fue el exponente más destacado (Florescano 2002: 275-282). David Brading presenta *La Historia Antigua de México* de Clavijero como el símbolo del patriotismo criollo mexicano y como un argumento para demandar después la independencia de la nación (Brading 1985: 14-23). Las aproximaciones que aparecieron en nuestro *Mercurio* no llegaron a la profundidad de la obra de Clavijero, pero coincidieron en el propósito de presentar los logros de las civilizaciones prehispánicas como prueba para refutar la supuesta inferioridad del continente.

culturales y materiales de la civilización incaica. Los criollos —redactores, lectores o escuchas— tuvieron plena conciencia de ser partícipes de la cultura occidental, tanto o más que aquellos europeos que denigraban al Nuevo Mundo, pero, igualmente, incluyeron los logros incaicos dentro de su propio bagaje cultural y establecieron, así, una inicial concepción de la continuidad histórica del Perú. La reivindicación de lo americano, en especial en lo referido a la reconstrucción de un pasado que se entendió como glorioso, trajo consigo el surgimiento de una «conciencia histórica»[30]. En efecto, los criollos demostraron que empezaban a asumir su historicidad y la historicidad del continente que habitaban, por lo que cuestionaron la pretendida universalidad de muchas de las conclusiones de los ilustrados europeos. Para ello, la mejor prueba fue la existencia del Imperio incaico y, entonces, los criollos tomaron conciencia de que los incas formaban parte del pasado peruano[31].

Los símbolos nacionales en la Independencia

El advenimiento de la Independencia del Perú no fue un proceso fácil, ni inmediato y se concretó casi una década después de lo ocurrido en otros lugares de la América hispánica. En 1821, José de San Martín la proclamó oficialmente sin una campaña militar que lo respaldase; recién con la llegada de Simón Bolívar tuvieron lugar los enfrentamientos bélicos que, en 1824, dieron el triunfo definitivo en los campos de batalla de Junín y Ayacucho; finalmente, en 1826, se rindió formalmente el último reducto español, atrincherado en el castillo Real Felipe del Callao, acaudillado por José Ramón Rodil.

---

[30] Para Gadamer la conciencia histórica es asumir la condición de la historicidad del individuo y de la vida misma (1993: 41-42).

[31] Para Raymond Aron, «el hombre no tiene realmente un pasado más si tiene conciencia de tenerlo» (Aron 1992: 13), conciencia histórica que respecto de los incas vemos presente en el *Mercurio Peruano*. Para el tema de la conciencia histórica ver Aron (1992: 103-109).

Apostar por la Independencia en el virreinato del Perú, así como en el de México, fue un asunto muy complicado, aquellos concentraban la nobleza titulada y exhibían un alto grado de identificación con la metrópoli[32]. No es casual que los procesos de emancipación en América del Sur hayan surgido en la periferia —Buenos Aires o Caracas— y no en Lima, centro del poder colonial. La actitud conservadora de la elite capitalina llevó a algunos historiadores a entender la Independencia del Perú como una independencia «ambigua» o «concedida»[33]. Sin embargo, los programas políticos de los movimientos insurgentes del sur andino durante la primera década del siglo XIX muestran la intención de una relación distinta con la metrópoli, anterior a la llegada de San Martín a la capital (O'Phelan 1985: 155-190), siendo, en este sentido, especialmente importante la acaudillada por los hermanos Angulo y Pumacahua en el Cusco en 1814 (Tamayo 1992, tomo II: 445-472). Asimismo, las proclamas políticas que se encuentran en los periódicos liberales de 1812-1814 (Mc Evoy 2002: 825-862) y el llamado «motín de las palabras» de 1822 revelan la existencia de una prensa doctrinal de corte nacionalista que logró elaborar una retórica que fue acercando, paulatinamente, a la opinión pública a identificarse con el republicanismo[34].

---

[32] Para un análisis comparado de las independencias de México y Perú, ver Hamnet (1978).

[33] En 1972, los historiadores Heraclio Bonilla y Karen Spalding, en un artículo que marcó época en la historiografía peruana, afirmaron que la independencia había sido concedida, no solo porque se obtuvo gracias a la participación de ejércitos extranjeros, sino, principalmente, porque al interior del virreinato no habría ninguna evidencia de que se la hubiese pretendido (Bonilla y Spalding 2001: 41-79). En 1976, el prestigioso historiador británico John Lynch reeditó su investigación sobre las independencias hispanoamericanas y, en tono más moderado que los anteriores autores, también prestó atención a la difícil apuesta de parte de la elite y calificó a la del Perú de «revolución ambigua» (Lynch 1998: 158-188).

[34] Carmen Mc Evoy en un agudo ensayo postula que esa prensa y esa opinión pública lograron la dimisión del todopoderoso ministro Bernardo de Monteagudo, hombre de confianza de San Martín y principal promotor de la fórmula de la monarquía constitucional para el naciente Estado (Mc Evoy 1996: 89-139).

Con todo, no puede afirmarse que la Independencia haya sido un movimiento masivo en cuanto a su «imaginación». San Martín tuvo que enfrentar a una elite aún indecisa, que firmó aquella acta como una estrategia de sobrevivencia ante el vacío dejado por la retirada del virrey[35]. Se hizo necesario, entonces, el pronto establecimiento de signos que evidenciaran que se estaba iniciando una época nueva y que, a la vez, fueran capaces de instituir tradiciones en el sentido que les otorga Hobsbawm; es decir, un grupo de prácticas de naturaleza simbólica o ritual que, por medio de su aprendizaje, interiorización y repetición, inculcan valores (Hobsbawm 2002: 8). Los llamados «símbolos patrios» —banderas, escudos e himnos— constituyeron un aspecto central de los nuevos *Estados-nación*. A través de su difusión en las diversas ceremonias cívicas a ellos asociadas se pretendió que la población fuese identificándose con la nueva realidad, se transmitieron valores referidos a los principios republicanos y se entroncó la nueva situación con el pasado remoto, legitimando así la realidad política. El establecimiento de los símbolos patrios forma parte de la construcción simbólica del *Estado-nación*[36].

En el Perú fue el mismo general José de San Martín quien tuvo la iniciativa en la creación de símbolos que contribuyesen a afianzar el proceso de ruptura política. Desembarcó en Pisco en setiembre de 1820 y el 21 de octubre firmó un decreto provisorio en el cual creaba la bandera y escudos nacionales, «por cuanto es incompatible con la

---

[35] Para el temor y las actitudes de una elite insegura —nobles titulados, burócratas y grandes comerciantes— que firma el Acta de Independencia como una decisión coyuntural y no tanto por profundas convicciones, véase *La caída del gobierno español en el Perú. El dilema de la Independencia* de Timothy Anna (2003: 236-252, específicamente).

[36] José Emilio Burucúa y Fabián Alejandro Campagne proponen tres etapas en la construcción simbólica del *Estado-nación*: emblemática y poética, historiográfica y crítica y monumental (Burucúa y Campagne 2003: 433-474). Para el caso del Perú, véase el interesante ensayo de Carlota Casalino, «El Perú imaginado y representado en el siglo XIX» en Cavieres y Aljovín (2005: 59-80). Asimismo, Pablo Ortemberg se ha ocupado del asunto en «Las primeras fiestas cívicas en el Perú independiente: emblemática y ceremonial bajo el Protectorado» (2006: 239-263).

independencia del Perú, la conservación de los signos que recuerdan el dilatado tiempo de opresión»[37], disponiendo que en todo acto público se utilizasen ambos distintivos. El 28 de julio de 1821 San Martín proclamó oficialmente la Independencia, en la Plaza Mayor, y dispuso que flamease victoriosa, en lugar preferencial, la nueva bandera con su escudo, consciente del carácter simbólico de aquella ceremonia. Como varios de los nuevos países hispanoamericanos, la bandera peruana tomó el color rojo, el cual también caracterizaba a la bandera española. El nuevo símbolo muestra, por un lado, el carácter continental de la Independencia y, a la vez, evidencia la existencia de cierta continuidad respecto de la realidad que se pretendía superar. Por su parte, en el escudo de la nueva nación se observa la combinación de dos tradiciones: la occidental, representada por el mar y la corona de laurel, y la andina, señalada en las montañas y en el sol[38]. Tanto en el Perú como en los países del cono sur, el sol fue un recurso que se utilizó para representar al Imperio incaico[39]. Pero junto con esta apelación existe

---

[37] Decreto en Leguía Martínez (1972, tomo V: 299).

[38] La primera bandera no es exactamente igual a la actual, aunque mantiene características básicas: el ser bicolor y el que estos colores sean el blanco y el rojo. Pero, en aquella, se trazaban dos líneas diagonales y el lienzo quedaba dividido en cuatro campos: blancos el superior y el inferior y rojos los laterales. El primer escudo del Perú, creado en el mismo decreto que la bandera, tuvo como imagen principal un paisaje mixto donde confluían elementos de la costa y de la sierra. Allí estaban las altas cumbres de los Andes peruanos, detrás de las cuales hacía su aparición un sol esplendoroso y en las faldas de las montañas se apreciaba un reposado mar. Estos elementos se encuentran enmarcados por una corona de laurel, que simboliza la victoria y la paz y se remonta a la tradición clásica greco-romana.

[39] Los patriotas no fueron los pioneros en utilizar el emblema solar, largamente usado en las fiestas reales españolas. Pero, el sentido ahora es representar al Imperio incaico. Como hemos mostrado en el anterior acápite, su presencia es evidente en el *Mercurio Peruano*, donde los criollos ilustrados establecieron la continuidad histórica del Perú y confeccionaron genealogías de gobernantes que se iniciaban con su fundación por Manco Cápac. Asimismo, Mónica Quijada señala que en la etapa de la Independencia los incas como imperio estuvieron incluidos en la memoria histórica que se empezó a forjar (Quijada 1994: 365-382). Para el uso del sol como símbolo patrio asociado al Imperio incaico en los países del cono sur, véase Burucúa y Campagne (2003: 443).

la otra de mantener el legado otorgado por España. La nueva realidad se presenta ligada al pasado, no solo incaico, sino también español. Se pretende que los símbolos patrios muestren la ruptura política y que la población se identifique con ella, pero dicha ruptura no se exterioriza como una liquidación absoluta del pasado y, más bien, la vocación de continuidad se observa con cierta claridad. No se trata, sin embargo, de un regreso al pasado; hay una apuesta por un futuro y el mar busca simbolizar la voluntad de vincular al naciente y nuevo orden político con el resto del mundo, pero de un futuro que no pretende una tabla rasa, aunque sí una nueva época[40].

El 3 de agosto se creó por decreto el Protectorado, primer gobierno del Perú independiente, mientras se instalaba el Congreso Constituyente, el cual sería el encargado de determinar el tipo de gobierno que regiría los destinos del nuevo país. Cuatro días después, el 7 de agosto, se convocó a un concurso para establecer el himno del Perú. Aquella convocatoria estipulaba que para avivar la «llama» del patriotismo era necesaria «la adopción de una marcha nacional por el influjo que la música y la poesía ejercen sobre todas las almas sensibles»[41]. Finalmente, se escogió la marcha presentada por Bernardo Alcedo con letra de José de la Torre Ugarte y se decidió estrenarla el 8 de octubre, pues ese día se juraba el Estatuto Provisorio, norma legal del Protectorado. El himno se estrenó en una fecha significativa en la construcción del nuevo orden político, quedando así vinculada la marcha nacional con la nueva situación política, procurando exaltar el patriotismo de los limeños, con algún éxito, pues el himno fue muy bien acogido, según muestran los testimonios

---

[40] La interpretación del mar como símbolo de la vinculación del país con la comunidad internacional la tomamos de Carlota Casalino (2005: 62). La vinculación con los estados ya existentes y el reconocimiento por parte de ellos fueron asuntos de recurrente preocupación por los sectores dirigentes de las nuevas naciones hispanoamericanas (Vásquez 2003: 253-284).

[41] La convocatoria, rubricada por San Martín, puede consultarse en Leguía Martínez (1972, tomo V: 308).

de la época (Leguía Martínez 1972, tomo V: 316)[42]. Los limeños de 1821 se dejaron cautivar por tonos marciales, cuyas estrofas buscaron motivarlos a asumir la nueva realidad; entonces, el ingrediente «anti» de todo proceso de identificación se presentó con más fuerza y se dirigió hostilmente hacia la etapa virreinal, la cual se asoció a un tiempo de oprobiosa dominación. En el himno, España se convertía en el enemigo a vencer, es decir, se le otorga primacía a la ruptura política y no al legado cultural. Además, en su letra se observan algunas de las características mencionadas para la bandera y el escudo, el carácter continental de la Independencia en la segunda y tercera estrofa, la apelación al gobierno de los incas y al paisaje andino en la cuarta y sexta estrofa.

Hacia fines de 1821, el Perú era ya, al menos en teoría, un nuevo país, con símbolos patrios tendientes a consolidar la adhesión de la población a la nueva realidad. Pronto, sin embargo, la popularidad de San Martín se vio gravemente mermada a causa de su opción por la monarquía constitucional y el repudio que cosechó su ministro favorito, Bernardo de Monteagudo (Mc Evoy 1996: 89-139). El general argentino tuvo que partir y no fue sino hasta la llegada de Bolívar que se pudieron organizar las tropas para las necesarias batallas militares que dieron término definitivo al gobierno de España. Y, entonces, se inició —nuevamente— la construcción simbólica del Estado. La nueva etapa optó por el régimen republicano y tuvo como una de sus primeras políticas discutir o ratificar los símbolos patrios. El Congreso Constituyente de 1825, ni bien instalado, se dedicó a esta labor: no modificó el himno, tampoco la bandera con la que se encontró, pero sí inventó un nuevo escudo[43]. La ley del 25 de febrero de ese año ratificó

[42] La más completa historia del himno peruano, aún no superada, es la de Carlos Raygada, *Historia crítica del Himno Nacional* (1954).

[43] La bandera con la que se encontró Bolívar difiere de aquella creada por San Martín. Sucede que la bandera sanmartiniana fue modificada por un decreto del Marqués de Torre Tagle, del 15 de marzo de 1822, según el cual las líneas divisorias ya no serían diagonales, sino horizontales. Así, la bandera de Torre Tagle se componía de una franja rectangular blanca, colocada en medio de dos rojas, superior e inferior, todas horizontales.

la bandera, a la par que creó el escudo que hasta hoy simboliza al Estado peruano, dividido en tres campos: a la derecha iría una vicuña mirando al interior; a la izquierda, el árbol de la quina; y, en el campo inferior, el cuerno de la abundancia. Todos estos símbolos tendrían por timbre a una corona cívica (Leguía Martínez 1972, tomo V: 306)[44]. En el nuevo escudo, el recurso al paisaje fue sustituido por elementos individuales de la naturaleza. Así, al nuevo país lo representarían las «preciosidades» de sus tres reinos naturales; la abundancia de cada uno de ellos garantizaría un futuro promisorio. Este nuevo emblema recuerda el proyecto científico ilustrado, preocupado por dar a conocer los recursos con los que contaba el país y, entonces, se insistió en el valor medicinal de las plantas oriundas de la región, en la fama que había adquirido la lana de aquel auquénido y en los caudales que traería el comercio exterior y la explotación de las minas, representados estos últimos por las monedas que se derramaban de la cornucopia[45]. Pero, a diferencia de lo ocurrido en los países del cono sur, en el nuevo escudo peruano

---

Esa bandera, sin embargo, duró tan solo dos meses, pues al confundirse con la española, el mismo Torre Tagle decidió modificarla por decreto del 31 de mayo, siendo la variación principal la disposición de las franjas, esta vez verticales, siempre con la blanca en medio de las dos rojas. En el Congreso Constituyente de 1825, si bien se presentaron algunas propuestas para modificar la bandera nacional, se optó por mantener aquella que estuvo presente en Junín y Ayacucho, dado su simbolismo y valor ritual para el nuevo orden, se ratificó, pues, la de mayo de 1822, que continúa vigente hasta la actualidad. Los decretos respectivos para cada una de las modificaciones mencionadas en Leguía Martínez (1972, tomo V: 300-305).

[44] Por otra parte, nuestro escudo actual presenta una ligera modificación respecto del 1825, efectuada en el año 1950, de forma y no de contenido, en la cual se le dio un mayor espacio a la cornucopia.

[45] No es de extrañar que el proyecto ilustrado y borbónico esté presente en los hombres que forjaron las naciones hispanoamericanas. En efecto, Charles Walker ha llamado la atención, muy recientemente, sobre la influencia directa, o indirecta, que ejerció el proyecto borbónico, la cual perduró hasta bien entrado el siglo XX. De hecho, las nuevas naciones emergieron bajo la estructura administrativa implantada por los Borbones, pero su estela se extendió también a ámbitos sociales y de mentalidades (Walker 2007: 105-130).

no estaban representados los hombres y mujeres que lo habitaban, lo cual, como bien ha sugerido Carlota Casalino, podría estar indicando la ausencia de políticas de inclusión (Casalino 2005: 64)[46]. La comunidad imaginada y plasmada en los símbolos patrios estuvo lejana de ser plenamente incluyente, y sus emblemas, bandera, escudo e himno, nos hablan de cambios y también de continuidades; está presente la ruptura política con España, pero también hay una ligazón con el pasado, tanto incaico como español.

Los elementos componentes de la nación

El Perú republicano se enfrentó a una compleja problemática que tenía relación con la adecuación —o no— de los nuevos valores «revolucionarios» a la realidad cotidiana, pues, como era de esperar, buena parte de la «mentalidad colonial» se mantuvo después de la concreción de la separación política. Por esta «herencia colonial» no fue infrecuente que las clases dominantes entendieran que debían «proteger» a la inmensa mayoría de la población —indios, mestizos, negros y mujeres—, considerados desde antaño «menores de edad», actitud paternalista que supuso, en más de un caso, excluirlos de participar con decisión en el destino nacional. El sistema republicano, símbolo de la modernidad en aquel entonces, se enfrentó con una incompleta modernización social y con una elite —occidental y principalmente urbana— que no siempre incluyó en su imagen de la nación a las comunidades subalternas, la mayoría social del país. La «ficción fundacional», usando la figura de

---

[46] En el escudo argentino las manos entrelazadas podrían estar refiriendo a la hermandad entre los hombres de la nueva nación; asimismo, el escudo chileno de 1812 presentaba a hombres y mujeres con indumentaria indígena (Burucúa y Campagne 2003: 438-439). En el Perú no se usó como símbolos a los hombres, resulta, entonces, especialmente curioso que haya sido un «peruano», Antonio Isidro de Castro, quien haya intervenido en la confección de los dos escudos anteriormente señalados.

Doris Sommer (2004)[47], tuvo como parte integrante esta «fricción», la fractura de la que habla la teoría poscolonial, lo que explica los constantes alegatos contra las promesas incumplidas por la utopía republicana (Basadre 1958).

Ello entró en contradicción con los principios liberales promovidos por la Independencia y afectó también la legitimidad del Estado naciente. Así como la Corona «inventó» dos repúblicas distintas en la conformación de la sociedad colonial —república de españoles y república de indios—, del mismo modo, los constructores criollos de la república inventaron la idea de una única nación peruana, que fue la manera concebida para construir el nuevo país con sólidos cimientos. Es cierto que el propósito pretendió ser integrador y cohesionador, muy a tono con el convencimiento decimonónico y occidental de que el Estado debía actuar en una sociedad unificada y homogénea, pero en más de una ocasión resultó arrollador y profundizó las fragmentaciones.

Mark Thurner ha planteado que la comunidad imaginada por los criollos fue una ficción para dejar totalmente de lado a la población andina del manejo político y del destino nacional (Thurner 2006a: 45-51). Como vimos en el primer capítulo, los llamados estudios poscoloniales, reciente perspectiva teórica y metodológica, trabajan los discursos anticoloniales y nacionalistas de las elites en un contexto de dominación colonial. Según este análisis, en los planteamientos intelectuales nacionalistas puede encontrarse una continuación del discurso colonial al hacer «invisibles» a los movimientos de resistencia subalternos, silenciar todo lo heterogéneo e hilvanar así un relato continuo —sin fisuras ni fricciones— de liberación nacional. Esta última propuesta sirve de base a Thurner para trasladar el modelo a los nacientes países hispanoamericanos que en el siglo XIX construyeron su nueva nación. En efecto, la perspectiva es útil, pero no debemos olvidar que

[47] Para la fractura de la condición poscolonial puede revisarse dos ensayos utilizados en el capítulo anterior: Bhabha (1990: 291-322) y Chatterjee (2007: 55-85).

los estudios poscoloniales se refieren una situación de «descolonización» propia de mediados del siglo XX, en la cual el discurso nacionalista ya no es el mismo que el decimonónico y está muy cargado de la noción de liberación social —no solo nacional—. Por ello, la apuesta por la unificación de costumbres debe asociarse más bien al concepto «moderno» de nación, creado por Fichte, en donde se la entendió como una realidad histórica viva, un conjunto de personas que poseen —o deberían poseer— un mismo idioma y una forma de pensar comunes. El modelo de unificación de las costumbres no valoró en su justa medida la diferencia y menos la diversidad, por lo que los indígenas tampoco quedaron simbolizados en los emblemas patrios[48].

Con todo, fue imposible excluir absolutamente la realidad andina del Perú, proyecto que, de haber existido, no se hubiese podido concretar en un país con una muy numerosa población indígena, de indudable presencia en las urbes[49]. El Perú andino quedó plasmado en la imagen nacional a través de la positiva valoración de lo inca; también quedó representado en los emblemas patrios que acentuaban las bondades de los recursos naturales de los Andes. Lo que sucedió fue que en las elaboraciones sobre lo «nacional» y lo «peruano», la elite no incluyó en igualdad de condiciones a la población andina. Por eso, en el Perú, la nación no se imaginó en un tiempo «homogéneo», concomitantemente, como quiere el modelo de Anderson. La condición de marginación

[48] Aunque hubiese sido deseable que la situación en nuestro país se haya dado de otro modo, no fue extraño que en las independencias hispanoamericanas, el origen de los nuevos estados se fundase en un pacto consentido por las elites y no en los sentimientos de identidad de la población mayoritaria, tal vez porque en el lenguaje político utilizado se encontraba un claro sustrato *iusnaturalista* de los tratados de derecho natural del siglo XVII (Chiaramonte 2004: 91-108).

[49] Con el objetivo de señalar la marginación social y política en contra de la plebe, aplicada por los sectores dirigentes e intelectuales de la Lima decimonónica, Gabriel Ramón y Jesús Cosamalón nos muestran a una población limeña en la que abundaban los «oscuros» —indios, negros o «mezclas»— y que, pese a la existencia de barrios y distribución residencial, no eran infrecuentes los lugares de contacto (Ramón 1999a: 131-143 y Cosamalón 2004: 151-192).

política de la inmensa mayoría es una clara contradicción en el proyecto burgués de ampliación de la ciudadanía. Es una muestra palpable de cómo se vivió durante todo el período el conflicto entre valores liberales y su concreción en la vida práctica. Desde el *Mercurio Peruano*, pasando por la prensa liberal y la proclamación de la Independencia, hasta llegar a fines del siglo XIX, se revela una gradual conciencia política en la elite criolla y su identificación con el modelo republicano; pero, también es cierto que, paralelamente, se hace evidente una insuficiente reflexión sobre la sociedad que se pretendía representar. La elite gobernante no se identificó con la población indígena de su tiempo, legado que recibieron de los ilustrados del *Mercurio* y de los que hicieron la Independencia, pero sí enalteció los logros alcanzados por la civilización incaica. Aunque en el siguiente capítulo haremos una precisión al «incas sí, indios no», el llamado «nacionalismo criollo»[50], que no encontraba contradictorio alabar el pasado incaico y censurar el presente indígena, fue, en efecto, uno de los componentes del tipo de nacionalidad que se gestó. Por eso, la actitud de la elite limeña y costeña frente a Andrés de Santa Cruz y su intento de liderar la Confederación peruano-boliviana no se debe solamente al enorme rechazo que provoco su condición de «extranjero», sino que al conceptuarlo como indígena se le negó la posibilidad de dirigir los destinos del país (Méndez 1993: 14-17). Fue «inimaginado» como actor político, al igual que la mayoritaria población andina (Thurner 2006a: 45-51).

El caótico e inestable contexto político de la época del caudillaje militar retrasó en el Perú el proceso de centralización del *Estado-nación* y la consiguiente hegemonía cultural de la capital, fenómenos que terminaron de delinear la imagen de nación inventada en el siglo XIX. Si bien en la llamada época del guano, el Estado no le dio un uso económico-racional a los ingentes recursos recibidos, no se puede afirmar

---

[50] Cecilia Méndez acuñó la expresión en 1992, en un trabajo que reflexionaba sobre el tipo de nacionalismo que surgió en el Perú utilizando como contexto el proyecto —y su fracaso— de la Confederación entre Perú y Bolivia (Méndez 1993).

que esa riqueza se haya desperdiciado totalmente en gastos sin ningún tipo de retorno[51]. Al contrario, gracias a esos ingresos fue posible llevar a cabo un parcial establecimiento de la centralidad del *Estado-nación* con una burocracia dependiente del poder capitalino, fenómeno antes impensable[52]. Se puso en marcha, asimismo, un limitado proceso de modernización social con la abolición del tributo indígena y de la esclavitud, medidas que enarboló la revolución liberal de 1854, organizada por Ramón Castilla desde Arequipa en contra del presidente José Rufino Echenique[53]. La incompleta modernización social que permitió la era del guano se plasmó también en el propósito estatal de fomentar el surgimiento de una clase empresarial, denominada por la historiografía como oligarquía guanera, a través de la llamada consolidación de la deuda interna[54]. Esta nueva elite, compuesta por comerciantes, funcionarios estatales, propietarios rentistas urbanos y hacendados costeños, con el tiempo fue aburguesándose y adoptó un

---

[51] Heraclio Bonilla sostuvo que la era del guano muestra el fracaso de la elite para construir un proyecto burgués. Para él, la elite dominante se contentó con ser intermediara de las grandes transnacionales en una economía capitalista global (Bonilla 1974).

[52] Un estudio clásico sobre el uso de los recursos guaneros en Hunt (1982: 35-92). Una aproximación más reciente, de meticulosa factura, que estudia especialmente el debate económico del período, en Gootenberg (1998). Javier Tantaleán aborda la relación entre la formación del Estado y los ingresos guaneros en su obra *Política económica-financiera y la formación del Estado: siglo XIX* (1983). Véase, también, importantes reflexiones en los artículos de Carlos Contreras, «Centralismo y descentralización en la historia del Perú independiente» (2004: 273-305) y «Modernizarse o descentralizar: la difícil disyuntiva de las finanzas peruanas durante la era del guano» (1996: 125-150).

[53] Para el sustento ideológico de esa revolución: Natalia Sobrevilla (2004: 223-243). Thurner se ocupa de la abolición del tributo indígena, el cual, sostiene, resultó perjudicial para la población andina (Thurner 2006a: 95-99). Carlos Aguirre, por su parte, señala que el decreto de libertad de los esclavos, llegó cuando ese sector se había erigido en agente de su propia libertad, logrando erosionar el sistema y haciendo evidente una desintegración del régimen esclavista (Aguirre 1993).

[54] El estudio canónico sobre el tema es la minuciosa investigación de Alfonso Quiroz, que descubre el proceso por el cual se «consolidó» la deuda, los beneficiarios y los destinos de ese capital (Quiroz 1987).

liberalismo moderado como pensamiento intelectual dominante y el ideal de inventar la nación[55]. Con el fin de obtener una configuración conceptual del Perú y sus posibilidades, la elite fomentó la inversión estatal en rubros destinados a incentivar la actividad intelectual. Entre las décadas de 1850 y 1870, gracias al *boom* del guano, el Estado pudo otorgar algunos incentivos intelectuales como la obligatoriedad de la instrucción primaria y la existencia de nuevos puestos públicos, varios de ellos vinculados a la educación —maestros, directores e inspectores públicos, por mencionar solo algunos—, que resultaron el sostén para muchos intelectuales de la época. Igualmente concedió becas de estudio en Europa, de la que se beneficiaron, por ejemplo, personajes como los hermanos Paz-Soldán, importantes médicos como Cayetano Heredia o José Casimiro Ulloa, pintores como Francisco Laso y Luis Montero. Asimismo, a partir de 1868, se reorganizó la enseñanza y la administración de la Universidad de San Marcos, favoreciéndose especialmente carreras ligadas a las ciencias, medicina y derecho; y, en 1875, se creó la Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas, destinada a educar a la que sería la clase dirigente. Así, Lima comenzó a producir los cuadros intelectuales que dirigirían el desarrollo del país.

En este proceso resulta particularmente importante el surgimiento del costumbrismo que destacó lo singular de las costumbres del naciente país con el fin de diferenciarse de otras regiones. Pero muchos de los cuadros de costumbres de autores como Manuel Ascencio Segura o Felipe Pardo y Aliaga extendieron al Perú los usos sociales y culturales de la Lima republicana, convirtiendo en «peruano» o «nacional» la visión limeña (Watson-Espener 1979 y Cornejo Polar 2001)[56]. A su

[55] Ya dejamos señalado en el primer capítulo, como características del ascenso del orden social burgués, la importancia que se le concedió a inventar la nación y a la consiguiente construcción del Estado moderno bajo las pautas del liberalismo político.

[56] Por su parte, las pinturas de Pancho Fierro se encargaron de fijar aquellos personajes que, con el tiempo, la comunidad nacional e internacional entendieron como típicos del país (Majluf 2001: 3-44).

vez, el romanticismo inventó la nación al establecer sus orígenes en un pasado lejano y, al igual que lo sucedido en otros países hispanoamericanos, exaltó la epopeya de la Independencia como un símbolo de integración nacional[57]. También se recrearon escenas históricas emblemáticas como *Los funerales de Atahualpa* de Luis Montero, en donde se utilizó a Atahualpa, el último gobernante incaico y asesinado por Pizarro, como el símbolo de la nueva nacionalidad, precisamente luego de haber vencido a España en 1866. Pero, esta pintura muestra que la visión criolla es la que se trata de difundir, es la mirada occidental la que retrata al Inca, se imagina un funeral incaico pero se lo plasma como plenamente europeo. La obra de costumbristas y románticos expresa magníficamente el proceso histórico en el que se establece la centralidad del poder político, por el cual Lima obtuvo la hegemonía cultural. Su principal consecuencia fue el triunfo de una imagen criolla de la nación, muy bien representada en la romántica *La Revista de Lima* (1859-1863), que fue creando una noción del Perú a través de estudios sobre su historia, su literatura, sus males presentes; y de la adopción del modelo político de corte republicano como signo de una sociedad civilizada[58].

En 1865 se logró bosquejar la primera geografía nacional en el Atlas de Mateo Paz Soldán. Aunque aún la mitad del territorio estaba por explorar y dominar, y pese a que las fronteras no estaban del todo delimitadas, dicho Atlas incluyó el primer mapa del Perú. Es decir, los peruanos del momento esbozaron su territorio, lo cual les permitió, como diría Anderson, imaginar una comunidad nacional provista de cierta unidad. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, la estadística pasó a ser la ciencia estatal por antonomasia y se confió a los censos

---

[57] Para las características comunes al romanticismo hispanoamericano, ver: Carilla (1975). Para el romanticismo literario peruano, Higgins (2006: 109-112 y 140-143, en especial).

[58] Una muy sugerente aproximación interpretativa desde la sociología al espíritu criollo-nacional se expresa en la mencionada revista en Castillo (2000: 99-191).

nacionales o regionales, la «objetividad» de los conocimientos alcanzados[59]. La enorme importancia que el Estado otorgó a la recolección estadística nos aproxima a características burguesas en la mentalidad de quienes lo dirigieron, tales como la necesidad del método y el sentido de acumulación. Este acopio de información, como la referida a las regiones del interior o a los censos de población, forman parte del proceso de construcción estatal y también, según Hobsbawm, permiten inventar la nación. Pero, es una imaginación desde Lima en la que abundan los datos de gabinete, provenientes de las oficinas estatales y en cuyo mapa se percibe una representación gráfica dominada por el aspecto urbano del país (Villacorta 2008: 227).

Ese Estado centrado en Lima, con el propósito nacionalista de contribuir a la confección de una historia patria, la cual aportaría en la configuración conceptual del Perú, financió la edición de colecciones documentales[60]. Ejemplos son las *Memorias de los virreyes que han gobernado el Perú durante el tiempo del coloniaje español*, en seis volúmenes, llevada a cabo por Manuel Atanasio Fuentes en 1859, quien recibió el auspicio pese a haber sido un claro opositor al gobierno de Ramón Castilla en ejercicio en esos años[61]. También la *Colección de leyes, decretos y órdenes publicadas en el Perú desde el año de 1821 hasta el 31 de diciembre de 1859*, reunidas y editadas por el abogado Juan Oviedo, cuyo primer tomo apareció en 1861 y continuó publicándose hasta 1870, en un total

[59] El Estado acumuló importante información sobre las regiones del país, sobre la demografía a través de los censos, sobre tasas fiscales, datos objetivos que, en ocasiones, sirvieron para sustentar la necesidad de la reforma de las costumbres (Aguirre 2004: 309-329 y Ragas 2008: 151-172).

[60] El Estado peruano concretó su financiamiento asumiendo todos los gastos derivados, o haciéndose cargo solo de la impresión, o bien garantizando al autor la venta de la obra a través de la suscripción de una importante cantidad de ejemplares.

[61] Por el mismo editor tenemos *Biblioteca peruana de historia, ciencias y literatura, colección de escritos del anterior y presente siglo de los más acreditados autores peruanos*, publicada entre 1861 y 1864, en nueve volúmenes, reedición de los principales artículos aparecidos en el *Mercurio Peruano* de fines de siglo XVIII.

de dieciséis volúmenes. De igual modo, *Documentos históricos del Perú en las épocas del coloniaje después de la Conquista y de la Independencia hasta la presente*, compilación hecha por Manuel de Odriozola en diez volúmenes, el primero se editó en 1863 y continuó su publicación hasta 1877[62]. Finalmente, Mariano Felipe Paz-Soldán logró reunir una importante masa documental de la que dio cuenta en su famosa *Biblioteca Peruana*, publicada en 1879. Con el mismo propósito, el de promover la cimentación de un constructo conceptual, y así afianzar la nacionalidad, el Estado también auspició obras intelectuales. Basta señalar dos ejemplos. Uno fue el *Diccionario de legislación peruana* publicado en dos volúmenes, en 1860, por Francisco García Calderón, obra que reúne toda la legislación civil, penal, procesal o mercantil producida desde la Independencia y que expresa un nacionalismo jurídico y el *ethos* burgués[63]. *El Perú* de Antonio Raimondi, redactado bajo el amparo oficial y publicado con recursos fiscales, en tres tomos (1874, 1876 y 1880), es el resultado de casi dos décadas de viajes por el país y expresa el más cabal conocimiento de la nación: de su territorio, de sus recursos naturales, de su diversidad geográfica, cultural e histórica. Configura cercanamente la realidad del Perú, alimentado por datos provenientes de trabajos de campo y no solo de gabinete. En correspondencia con su proyecto político, la administración de Manuel Pardo brindó todas las facilidades a Raimondi para que pudiese editar su obra, porque contribuiría a la integración e imaginación nacional, haciendo más conocido el Perú y también permitiría difundir al mundo las riquezas naturales del país, lo que redundaría en el progreso material de la nación[64].

---

[62] Odriozola también sacó a la luz *Terremotos: colección de las relaciones de los más notables que ha sufrido esta capital y que la han arruinado*, publicada en 1863.

[63] Un estudio que reúne erudita precisión y moderna interpretación es el de Carlos Ramos, «El *Diccionario de legislación peruana* de Francisco García Calderón o la obra de un jurista burgués» (2004: 107-150).

[64] En 1873 se abrió una oficina estatal cuya misión específica era servir a la redacción de la obra, se contrató secretarios, asistentes, acuarelistas y se proveyó de los recursos demandados (Villacorta 2008: 240-243).

En el siglo XIX, entonces, se logró formar una imagen del Perú y de lo peruano, quizá muy apegada a la visión limeña y criolla, pero que permitió hacer imaginable la nación a un amplio sector urbano y difundir esa imagen al mundo[65]. Esta invención de la comunidad nacional, como vimos en el primer capítulo, tampoco tuvo en la Europa burguesa un origen popular, sino que fue concebida en un primer momento por la elite que luego la propagó a los grupos subalternos. También en el Perú existieron proyectos de políticos e intelectuales, que con limitaciones llevó a cabo el Estado, destinados a extender lo más posible la educación, en el entendido de que la Ilustración mejoraría la deprimida situación de las mayorías sociales (Contreras 2004: 214-253). Y también con el fin de obtener ciudadanos identificados y comprometidos con las formas republicanas (Mc Evoy 2000: 190-245). Pero, en general, el nacionalismo criollo fue jerárquico y no concibió a los indígenas como actores políticos ni favoreció medidas de integración en ese sentido. Ese fue el concepto de nación dominante en el siglo XIX. Por eso, como veremos, su narración histórica también incluyó lo indígena al integrar el Imperio incaico a la historia del Perú. La realidad andina del Perú, expresada en los logros culturales y materiales de los incas, fue un símbolo de identificación, motivo de orgullo patrio, que se utilizó para distinguir a la nueva nación de las demás, pero como una grandeza del pasado, no del presente. Los historiadores confeccionaron una historia con interés cohesionador para crear lazos y vínculos sólidos en la nueva comunidad que empezaba a organizarse políticamente subrayando la idea de la continuidad histórica del Perú y resaltando imágenes tendientes a crear conciencia de identidad. Pasemos, entonces, a presentar las líneas directrices de esa historiografía.

---

[65] Una buena síntesis de los logros «nacionales» del siglo XIX, gracias a la acción del Estado, o de los intelectuales, en Holguín (2005).

Un panorama del hacer historia en el Perú del XIX

Los historiadores

La historiografía republicana peruana nació hacia la década de 1860. Recién a partir de ahí puede observarse una producción sostenida. De hecho, durante los casi cuarenta primeros años del XIX, el conocimiento histórico en el Perú era limitado y, aún más, en los programas escolares de enseñanza media no figuraban cursos dedicados a la historia nacional (Porras 1954: 473). Sin embargo, como señalamos en el capítulo precedente, ya desde fines del siglo XVIII se vislumbraba un anuncio de la conciencia histórica peruana a través de la reivindicación del americanismo y la noción de continuidad del Perú presentes en el *Mercurio Peruano*. Con el correr del tiempo y quizá por los avatares de la Independencia y de los años del caudillaje militar, el interés histórico tendió a difuminarse y no es fácil encontrar obras históricas de peso. No obstante, en 1844 apareció *Las tres épocas del Perú* de José María Córdova y Urrutia, un esfuerzo sintético pero importante en ofrecer una visión global de la historia nacional (Córdova y Urrutia 1844). En 1847, Guillermo Prescott publicó su *Historia de la conquista del Perú*, que tanto influjo causó en los años venideros (Prescott 1980). Luego, en 1851, Mariano Eduardo de Rivero y Juan Jacobo Tschudi se asociaron para editar su conocida obra *Antigüedades peruanas*, en la

cual registraron lo arqueológica e históricamente conocido hasta ese momento, con interesante información acerca del origen de los incas y su organización política, social y religiosa (Rivero y Tschudi 1851).

Estos tres trabajos empezaban a señalar un retorno de la preocupación por investigar el pasado, que tuvo una de sus mejores expresiones en *La Revista de Lima* (1859-1863), donde publicaron artículos de corte histórico personajes como Luis Benjamín Cisneros, José Antonio Lavalle, Manuel de Mendiburu, Ricardo Palma, José Casimiro Ulloa, entre otros. El mismo año en que salía a la luz *La Revista de Lima* (1859), Manuel Atanasio Fuentes iniciaba la publicación de las *Memorias de los virreyes que han gobernado el Perú, durante el tiempo del coloniaje español.* Los ingresos guaneros posibilitaron que el Estado estimulara la investigación histórica con el fin de construir y afianzar la nacionalidad, proceso que se vio favorecido por la oposición al intento de España por recuperar sus antiguas colonias en 1866[1]. Es entonces que observamos una explosión de la producción historiográfica, tanto que resulta en verdad complicado esquematizarla. En todo caso, alrededor de la *Revista Peruana*, fundada en 1879 por Mariano Felipe Paz-Soldán, a la sazón ministro de Instrucción, se reunieron varios de los investigadores del pasado que son objeto de este trabajo. La *Revista Peruana* fue la revista de los historiadores, primera publicación especializada de esta índole que permitió debates científicos relacionados con la disciplina.

La mayoría de los historiadores decimonónicos hizo sus estudios superiores en Lima, aunque no todos cursaron allí su formación escolar ni nacieron en la capital. En general, obtuvieron grados universitarios en Derecho, Letras y Humanidades, o Pedagogía; hubo también los dedicados a la carrera de las armas o a la diplomacia. A diferencia de

---

[1] Para el nacionalismo surgido a propósito de la «guerra con España» resulta muy interesante el reciente trabajo de Ascensión Martínez Riaza, «El Dos de Mayo de 1866. Lecturas peruanas en torno a un referente nacionalista (1860-1890)» (2004: 391-419).

lo que sucedió en otros países de América Latina, no es posible afirmar que, en el Perú, el origen social del conjunto de historiadores sea el del círculo más encumbrado de la élite[2], aunque, sin duda, algunos sí pertenecieron a un sector alto de la sociedad[3]. Aquí, a la mayoría habría que inscribirla dentro de los sectores medios y profesionales; algunos procedían de connotadas familias provincianas, lo que contribuyó a que destacaran en Lima; otros lograron ascender socialmente gracias a su obra —intelectual o burocrática— y su cercanía al sector dirigente; muchos, finalmente, necesitaron de los estipendios de una carrera de funcionario público para subsistir en la complicada época que les tocó vivir[4]. Es común encontrar en ellos amplios intereses intelectuales, no solo restringidos a la historiografía, sino extensivos también a la literatura, geografía y enseñanza escolar. Como fueron pocos los que hicieron de la carrera académica su ocupación principal, puede afirmarse que,

---

[2] Bradford Burns afirma que los historiadores latinoamericanos del siglo XIX pertenecían a los sectores sociales más altos de sus países o, en todo caso, tuvieron una estrecha conexión con los mismos. Esa importante prosopografía, que traza la biografía colectiva de cincuenta y dos historiadores, sin embargo, presenta al grupo de un modo, tal vez, demasiado homogéneo (Burns 1978). En una moderna interpretación sobre la historiografía chilena, de impresionante erudición, Cristián Gazmuri sostiene que casi todos los historiadores decimonónicos pertenecieron a la aristocracia santiaguina (Gazmuri 2006: 85). Para Argentina, según Tulio Halperin, los dos principales historiadores del siglo XIX, Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre, son representantes de la alta burguesía (Halperin 1996: 35-43 y 45-55).

[3] José Antonio de Lavalle y Eugenio Larrabure y Unanue son los más representativos de los sectores sociales más altos. Luego, podríamos señalar a Manuel de Mendiburu y Mariano Felipe Paz-Soldán.

[4] Sebastián Lorente, de origen español, que llegó al Perú para contribuir con la mejora de la enseñanza, perteneció a los sectores medios, aunque estuvo muy cercano a la clase dirigente. Ricardo Palma, por sus méritos intelectuales, logró un importante ascenso social que también lo ubicó cerca de los sectores altos. Agustín La Rosa Toro, Marcos Salazar y Carlos Wiesse fueron profesores de educación escolar o universitaria que pertenecieron a un sector medio y letrado. José María Córdova, Manuel Atanasio Fuentes, José Toribio Polo, entre otros, fueron funcionarios públicos que se mantuvieron con esas remuneraciones.

en líneas generales, esa historiografía se desarrolló fuera de los claustros universitarios[5].

Varios de aquellos investigadores fueron verdaderos actores de la política peruana con presencia efectiva en el destino nacional, por lo que no se dedicaron exclusivamente al quehacer historiográfico. En ese sentido, podría sostenerse que no fueron historiadores en la connotación contemporánea[6]. En efecto, fue muy común que compartieran su interés por investigar el pasado con el ejercicio de diversos cargos en entidades estatales; forjaron, en muchos casos, una carrera en la administración pública que les significó su principal fuente de ingresos, en especial para aquellos que procedían de los sectores sociales medios. No fueron historiadores en la connotación actual de la profesión, pero sí lo fueron al modo decimonónico, como se entendía y ejercía la investigación del pasado en aquellas épocas. Muchos de los historiadores decimonónicos europeos fueron hombres de Estado como, por ejemplo, Droysen en Prusia o Guizot en Francia. No otra cosa sucedió en Hispanoamérica, donde los historiadores compartieron la narración del pasado con la construcción del presente: Vicuña Mackenna en Chile, Mitre en Argentina, Vallenilla Sanz en Venezuela[7]. Aunque cabría ubicarlos como *amateurs* dedicados a conocer el pasado, no fueron, sin embargo, solo cronistas o curiosos eruditos, también confeccionaron, como veremos, imágenes históricas con el fin de afianzar la nacionalidad. Aunque afirmaron que procurarían exponer los hechos tal como ocurrieron, la interpretación de carácter historiográfico no estuvo ausente al ofrecer momentos históricos o grandes personajes como

---

[5] Importantes excepciones son los casos de Sebastián Lorente y Carlos Wiesse, quienes estuvieron vinculados estrechamente a la Universidad de San Marcos con una destacada carrera docente.

[6] Al respecto, Franklin Pease afirma que en Europa, recién durante la época en la que «daban a la imprenta sus obras autores como Paz-Soldán, Mendiburu y otros de sus contemporáneos, la historia adquirió carácter de disciplina universitaria» (1993: 96 y 103).

[7] En este sentido, el caso mexicano es particularmente aleccionador. Véase el análisis de Zermeño (2004: 19-33).

modelos para contribuir con el orgullo patrio. Tampoco fueron únicamente autores de memorias: las escribieron, es verdad, y, además, en sus obras narraron el devenir que ellos mismos protagonizaron, pero la intención última de su elaboración intelectual fue, en correspondencia con los propósitos de la historiografía europea de corte romántico, rescatar del olvido las hazañas de los antepasados y ofrecer lecciones de vida al presente.

En la historiografía peruana decimonónica no hubo un claro y homogéneo método profesional. Dicha ausencia es una razón para entender la enorme atención que se le concedió a la fuente en sí misma, al creer que en el documento se encontraría la total certeza histórica y pensar que —muchas veces— bastaba con su edición (Pease 1993: 103). De igual forma, la falta de una formación universitaria especializada ayuda a comprender por qué algunos de esos historiadores no investigaron concentradamente épocas claramente delimitadas, sino que abordaron variedad de temas y períodos, lo que debe ligarse a la condición de fundacional de la historiografía que estaban confeccionando. Aunque todos ellos vieron como una necesidad urgente escribir una historia general del Perú, la gran historia nacional, abundaron —más bien— las aproximaciones monográficas, en estrecha relación con su propio devenir, la accidentada historia política y social de la centuria decimonónica, que conspiró en contra de una detenida elaboración historiográfica desde la perspectiva de una visión de conjunto en la larga duración.

Varios de los historiadores decimonónicos sufrieron la guerra con Chile; participaron en la defensa de Lima y algunos se autoexiliaron luego de la ocupación. Pocos años después de la Guerra del Pacífico, el Estado asumió la tarea de fomentar el estudio de los valores de la nacionalidad, apoyando la creación de entidades académicas como la Academia Peruana (de la Lengua) Correspondiente de la Española (1887), la Sociedad Geográfica de Lima (1888) y el Instituto Histórico del Perú (1905). La Sociedad Geográfica de Lima fue creada por el

gobierno de Andrés Avelino Cáceres a través de un decreto supremo del 22 de febrero de 1888. Tuvo el fin de fomentar los estudios geográficos y facilitar la explotación de los recursos naturales. Publicó el *Boletín de la Sociedad Geográfica*, el cual abarcó una amplia variedad de temas: antropología, arqueología, ciencias naturales, etnografía, geología, lingüística y, ciertamente, historia[8]. El Instituto Histórico del Perú, antecedente de la actual Academia Nacional de la Historia, se creó el 18 de febrero de 1905, por decreto del gobierno de José Pardo y Barreda, por considerar conveniente a los intereses nacionales la promoción de la historia patria. El Ejecutivo designó a sus miembros fundadores, muchos de los principales historiadores del momento[9]. A partir de entonces y durante varias décadas, la *Revista Histórica*, órgano de difusión del Instituto, funcionó como el ente que agrupó a los historiadores, tanto a la última generación de los decimonónicos como a nuevos investigadores, pertenecientes a una juventud que renovaría la disciplina en el siglo XX.

Planteamos que durante el siglo XIX peruano existieron al menos tres generaciones de historiadores. La primera, que nació entre 1799 y 1813, es la generación de los fundadores. En la juventud y adolescencia vivió directamente la Independencia, si bien no dirigió el proceso. Es la generación que más claramente se vio afectada por los vaivenes políticos y la inestabilidad institucional de los años del caudillaje militar. Esos investigadores pretendieron «descubrir» los documentos y editarlos; de

---

8 Por aquellos años, la *Revista Americana*, fundada en 1891, fue otra tribuna usada por los historiadores, aunque de duración efímera. La inclinación historiográfica estuvo muy presente. En el prospecto del número inicial se informa que dedicarán sus esfuerzos a: «hacer conocer al Perú incásico en todo su apogeo; [y] en la época colonial y en la presente, la fisonomía de sus hombres prominentes» (*Revista Americana* 1891: 1).

9 Entre los fundadores estuvieron: José Sebastián Barranca, Modesto Basadre, Emilio Gutiérrez de Quintana, Rosendo Melo, Eugenio Larrabure y Unanue, Pablo Patrón, José Toribio Polo, Javier Prado Ugarteche, José Agustín de la Puente Cortés, Carlos Romero, Nemesio Vargas, Carlos Wiesse, etcétera. El 11 de junio de 1905 se realizó la primera junta general y se eligió el directorio que estuvo presidido por Eugenio Larrabure y Unanue y del que fue secretario José Toribio Polo.

hecho, su propia obra histórica sigue muy de cerca los testimonios que consultan, de los cuales, sin embargo, no siempre ofrecen una relación detallada. El género biográfico se utilizó con preferencia, aunque también estuvo presente un serio intento por ofrecer una visión general de la historia peruana ocurrida hasta ese momento. Sus figuras principales son: Manuel de Odriozola (Lima 1804-1889), Manuel de Mendiburu (Lima 1805-1885), José María Córdova y Urrutia (Lima 1806-1850) y Nicolás Rebaza Cueto (Huamachuco 1811-Trujillo 1897)[10].

La segunda generación estuvo compuesta por los románticos, que nacieron entre 1816 y 1836. Esta es la generación que se benefició más claramente de la estabilidad política y del proceso de consolidación del Estado, iniciado en la era del guano. Los historiadores románticos vivieron el triunfo en la guerra contra el Ecuador (1859-1860) y la victoria contra España en 1866. Sin duda, este último enfrentamiento trajo como consecuencia una viva exteriorización de sentimientos nacionalistas y estos investigadores miraron la Independencia como el hecho épico a resaltar para contribuir con la identidad nacional. Reprobaron la conquista española y, en ocasiones, también la época colonial. Sin embargo, en el estudio del tiempo virreinal, más que la censura, destacó un intento de revalorar aquellas centurias en la convicción de que era necesario integrarlas dentro de una línea de continuidad, la historia nacional, la historia general del Perú. Los representantes son: Sebastián Lorente (Murcia 1813-Lima 1884), Modesto Basadre (Tacna 1816-Lima 1905), Mariano Felipe Paz-Soldán (Arequipa 1821-Lima 1886), José Antonio de Lavalle y Arias de Saavedra (Lima 1833-1893) y Ricardo Palma Soriano (Lima 1833-1919)[11].

---

[10] Aunque no haremos alusiones directas, vale la pena indicar a los siguientes también como representantes de la primera generación: Santiago Távara y Andrade (Piura 1790-1874), José Dávila Condemarín (Trujillo 1799-Lima 1882) y Juan Basilio Cortegana (Celendín 1810-Lima 1877).

[11] Igualmente miembros de esta segunda generación son: Manuel Atanasio Fuentes (Lima 1820-1889), José Casimiro Ulloa (Lima 1829-Arequipa 1891), Mariano Ambrosio Cateriano (Arequipa 1829-1915) y José Sebastián Barranca (Ica 1830-Lima 1909).

Finalmente, la tercera generación está conformada por los eclécticos, es decir, aquellos historiadores en cuya obra no se hallan características claramente marcadas y definidas, sino huellas de diversas tendencias. Ellos continuaron con los temas heredados, tales como la necesidad de editar las fuentes que permitirían confeccionar la historia, la interpretación de la Independencia como un hecho fundacional y la revalorización de la época colonial hasta señalarla como el tiempo en el que germinó la nación. Pero, a su vez, en sus métodos anuncian tiempos nuevos, son historiadores de transición entre una historia *amateur* y una más científica, por eso puede apreciarse una interesante aproximación al pasado prehispánico, en la cual procuraron que no solo las crónicas les sirvan de sustento. Fue la generación que sufrió más vivamente la guerra con Chile y la posterior ocupación, lo que afectó su desarrollo intelectual e historiográfico, ya que varios de ellos se vieron obligados a exilarse. Esta generación no dio un historiador capaz de elaborar una historia general, cuestión que ya estaba ocurriendo en otros países latinoamericanos. Por el contrario, sus trabajos fueron de temática dispersa y con un acento muy marcado en lo monográfico. Nacieron entre 1841 y 1863 y sus miembros son Manuel González de la Rosa (Lima 1841-1912), José Toribio Polo (Ica 1841-Lima 1918), Eugenio Larrabure y Unanue (Lima 1844-1916), Enrique Torres Saldamando (Lima 1846-Santiago de Chile 1896), Nemesio Vargas Valdivieso (Lima 1849-1921), Pablo Patrón (Lima 1855-1910) y Carlos Wiesse (Tacna 1859-Lima 1945)[12].

Los investigadores que nacieron después del último extremo cronológico señalado publicaron su obra histórica fundamentalmente en el siglo XX. Aunque compartieron parte del tiempo vital con los nuestros, los historiadores pertenecientes a la siguiente generación, que tienen a

[12] Al interior de la última de las generaciones puede considerarse también a Félix Coronel Zegarra (Piura 1846-Lima 1897), Rosendo Melo (Lima 1847-1919) y Carlos A. Romero (Lima 1863-1959).

la cabeza incuestionablemente a José de la Riva-Agüero y Osma, con su famosa tesis doctoral *La Historia en el Perú,* muestran marcadas diferencias con los de las precedentes al punto que estudian a quienes les antecedieron en el oficio; tienen una mayor influencia positivista, más dominio académico y profesional; se asumen científicos. El análisis de la producción historiográfica de estos últimos, entonces, excede nuestros actuales propósitos, dado que cronológica y académicamente se ubican más cercanos al siglo XX que al XIX.

La Independencia y la participación activa de la nación

Los historiadores peruanos del siglo XIX, a no dudarlo, vieron a la Independencia como un hecho glorioso. Sintieron orgullo por la gesta, conocieron a los protagonistas y escucharon infinitas anécdotas sobre el proceso. Escribieron sobre ella identificándose con el suceso histórico y convencidos de que la difusión de lo allí ocurrido consolidaría la identidad nacional[13].

Don Mariano Felipe Paz-Soldán fue uno de los primeros historiadores peruanos con nombre propio y contribuyó con el desarrollo de la disciplina de variadas maneras. Nació en Arequipa el 22 de abril de 1821 y falleció en Lima en 1886. Tuvo una destacada participación en la carrera judicial y en la política peruana, siendo ministro de Justicia e Instrucción hasta en tres gobiernos distintos: Balta, Prado y La Puerta. Su *Historia del Perú Independiente*, en cuatro tomos, estudió los acontecimientos históricos desde la Independencia hasta el fracaso de la Confederación Perú-Boliviana en 1839. Fue resultado de una laboriosa tarea, ejemplo de «erudición pacientísima», según la calificó

[13] Recordemos que, como señalamos en el primer capítulo, una de las características de la historiografía romántica francesa fue estudiar el pasado para afianzar el patriotismo. El conocimiento de la historia, según el historiador francés Augustin Thierry, construiría un resuelto y solidario patriotismo. Ver Moradiellos (2001: 174).

Riva-Agüero (1965: 419)[14]. Como es característico en casi todas las historias de la época, incluyendo las producidas por la profesionalmente naciente historiografía europea, la historia de la Independencia de Paz-Soldán es principalmente una historia política, en la cual no prolifera el enfoque social o económico. En cambio, abunda la exaltación de la virtud heroica, lo que es una muestra de su adscripción a la escuela historiográfica romántica; y, al igual que los historiadores narrativos, describió profusamente las campañas bélicas y los campos de batalla, aunque el rugoso relieve de los Andes no aparece siquiera insinuado[15].

Si bien Paz-Soldán heredó la convicción romántica de que debía resucitarse el pasado con pasión patriótica, su estilo fue sobrio y, en comparación con los románticos europeos, hasta seco. Respaldó casi todas sus afirmaciones con un sólido aparato documental; y es que le interesaba, según propia declaración, conservar imparcialidad, ideal que tanto difundió la escuela histórica alemana, especialmente Leopoldo von Ranke. Pese a ello, en el tema de la Confederación Perú-Boliviana se apartó de la objetividad, pues ensalzó desproporcionadamente la figura de Agustín Gamarra por haber sido el supuesto salvador de la unidad peruana; y, en cambio, censuró fuertemente a Andrés de Santa Cruz:

[14] El primer tomo de la obra apareció en Lima en 1868 y comprende desde la expedición de San Martín hasta la instalación del Congreso Constituyente de 1822. El segundo y tercer tomos vieron la luz en 1870 y 1874, respectivamente, y ambos tratan de lo que Paz-Soldán denominó el segundo período de la Emancipación, 1822-1827, desde el retiro de San Martín hasta el pronunciamiento contra Bolívar y el sistema vitalicio. El siguiente tomo, que registra los acontecimientos sucedidos entre 1827 y 1833, quedó inédito hasta que en 1929 fue publicado por el nieto del historiador, Luis Felipe Paz-Soldán. El último tomo, editado en Buenos Aires en 1888, se ocupa de la Confederación Perú-Boliviana y centra su atención en el gobierno de Andrés de Santa Cruz.

[15] A este tipo de ausencias es a lo que se refiere Germán Colmenares cuando afirma que los historiadores decimonónicos latinoamericanos narraron las batallas de la independencia como si estas se desarrollaran en un «vacío geográfico» (Colmenares 1997: XXXIII).

hombre cruel y vengativo, de ambiciones sin límites, en quien no se podía confiar y que era en extremo desconfiado, intrigante vulgar que colocaba espías por todas partes[16].

Lo dicho anteriormente no obsta para considerar a Mariano Felipe Paz-Soldán un historiador mayor, a quien debemos el rescate de una apreciable cantidad de información, una inicial sistematización de los hechos ocurridos en los primeros tiempos republicanos, un gran manejo heurístico y encomiable honestidad de consignar en notas a pie de página las fuentes utilizadas. Pero debemos reconocer que careció de una importante labor interpretativa. En efecto, su *Historia del Perú Independiente*, con el valor que aún hoy conserva, no es una obra sintética que ofrezca una comprensión general acerca del proceso, sino más bien el relato de los acontecimientos en el cual se mezclan reflexiones diversas derivadas de los muchos y variados documentos que tuvo a su alcance. La falta de un espíritu sintético explicaría por qué existen en la obra —al decir de Riva-Agüero— afirmaciones inconciliables entre sí e incluso contradictorias (Riva-Agüero 1965: 478).

Pese a las posibles contradicciones o al hecho indudable de que mucho de lo sostenido por Paz-Soldán ha perdido actualidad, esta obra tiene el suficiente mérito de haber inaugurado una corriente de pensamiento histórico, llamada hoy «tradicional», que está interesada en subrayar la participación activa de la nación peruana en la consecución de la Independencia: la mayoría de sus habitantes, movida por el espíritu de la libertad, se habría levantado en contra del yugo español, pero siendo el Perú el centro del poderío militar no habría podido surgir un movimiento organizado: «El espíritu de libertad se hallaba muy arraigado en la gran mayoría de los habitantes; pero como el Perú era el centro de los recursos de la metrópoli no fue fácil formar en él un vasto plan de sublevación» (Paz-Soldán 1868: 28). Aunque con ayuda de

[16] Véase la semblanza sobre el Protector, en Paz-Soldán (1888: 20-67).

ejércitos extranjeros, la Independencia sería obra de peruanos y, según Paz-Soldán, más específicamente de criollos.

Por otra parte, como vimos en el anterior capítulo, la inmediata creación de los símbolos patrios tuvo como sentido primordial crear tradiciones, en el sentido que les otorga Hobsbawm, para afianzar la identificación de los habitantes con la nueva realidad. En ese sentido, Paz-Soldán estaba convencido de los benéficos efectos que habría tenido la marcha nacional, no solo para su época de estudio, sino también para su hora actual:

> […] el hombre al oír el eco de la canción de su patria, cree oír en él la voz de sus padres, y más fácil es olvidar lo tiernos acentos de los que nos dieron ser y arrullaron nuestra infancia que el excitador sonido de la canción nacional: sin quererlo se ve arrastrado al lugar donde ésta resuena y en esos instantes se olvidan los peligros y temores: ese sonido eléctrico cantado por la multitud, es más hermoso que los dulces compases de Bellini y Donizetti (Paz-Soldán 1868: 240).

El himno habría contribuido, pues, a favor de la causa independentista, la cual concitó un profundo convencimiento en la población limeña, al punto que:

> […] muchos ciudadanos se disputaban la preferencia para prestar sus servicios personales, otros ofrecían sus fortunas ó entregaban fuertes sumas de dinero, camisas para el ejército y artículos igualmente necesarios: las monjas, los curas del Arzobispado, parte considerable del clero, las mismas señoras concurrían a recibir telas para hacer camisas, sábanas (1868: 242).

Sin duda, la intención de Paz-Soldán al presentar una visión de la Independencia como un proyecto nacional, generalmente aceptado y anhelado, es la de construir imágenes históricas que afiancen la conciencia de identidad en sus lectores. Aunque no reflexionó teóricamente sobre la nación, Paz-Soldán estuvo convencido de que la nación peruana fue anterior al Estado; es la «nación peruana» —en su conjunto—

la que se subleva contra el dominio español. Por eso, extraña que no haya analizado a profundidad las sublevaciones o conspiraciones previas a la actuación de José de San Martín. Sorprende que no les haya dedicado un estudio pormenorizado, pues ello habría abonado muy favorablemente a su hipótesis. Cuesta creer que en esa intención no haya aprovechado más *La Revolución de la Independencia en el Perú* de Benjamín Vicuña Mackenna, escrita ya en 1860, muestra magnífica del romanticismo historiográfico latinoamericano (Vicuña Mackenna 1971)[17]. En aquella obra se hizo mucho por demostrar la presencia de un sentimiento favorable a la Emancipación en la sociedad peruana, describiendo la organización de los movimientos que surgieron en ese entonces, su desarrollo o sofocamiento. Si bien Paz-Soldán conoció la obra del chileno, no utilizó completamente su esfuerzo ni lo completó, cuestión que no le hubiese sido difícil, pues en lo personal dispuso de una mayor capacidad de sistematización y además accedió a una documentación más amplia. En todo caso, la *Historia del Perú Independiente* de Mariano Felipe Paz-Soldán marcó un período historiográfico y transcurrieron tres décadas para que otro historiador emprendiera una tarea de envergadura similar[18].

---

[17] Es conveniente recordar que el Vicuña Mackenna que vivió en el Perú no fue el apasionado y furibundo propagandista, antiperuano hasta el tuétano, en el que se convirtió después de la guerra con Chile. Por el contrario, el historiador previo al conflicto pareció ser un amante de la historia peruana y del Perú.

[18] La opinión del general colombiano Tomás Cipriano Mosquera ofrece una idea del aprecio con el que fue recibida la obra. En una carta del 14 de noviembre de 1869, Mosquera le decía a Paz-Soldán: «El acucioso empeño que ha tenido Ud. para hacer una colección tan abundante […] es una labor muy recomendable y felicito a Ud. por dejar al Perú su interesante obra: ella y las otras escritas que se han publicado en diferentes memorias e historias de la grande epopeya de la revolución hispanoamericana, son materiales que preparan a un historiador del siglo veinte los datos indispensables para escribir en esa época remota [una historia] del mundo americano cuando dejó de ser colonia para constituir las nuevas repúblicas» (Paz-Soldán 1874: 209).

Nos referimos a Nicolás Rebaza, integrante de la generación de los fundadores[19]. Los *Anales del departamento de La Libertad en la guerra de la Independencia*, publicados en 1898, reseñan con minuciosidad los diversos acontecimientos relacionados con la Emancipación en las provincias que conformaban la Intendencia de Trujillo —Cajamarca, Chachapoyas, Jaén, Lambayeque, Maynas, Piura, Trujillo, etcétera—, donde se proclamó, por vez primera, la Independencia del Perú, en diciembre de 1820, varios meses antes que se proclamara en Lima en julio de 1821[20]. Estando en el ocaso de su vida, Rebaza inició la redacción de su obra intelectual cumbre hacia 1893 o 1894, la cual finalizó en mayo de 1897, a dos meses de su muerte. Su propósito principal fue no dejar «relegados al olvido la abnegación y patriotismo de nuestros mayores», y demostrar que el Perú le debía la Independencia a Trujillo, en lo que se expresa una perspectiva de reivindicación regional (Rebaza 1971: 7). A fines del siglo XIX, la interpretación aceptada, gracias a Paz-Soldán, otorgaba a Lima la participación central en el proceso de la Independencia. Estos son años en los que esa visión se ha consolidado a la par de la hegemonía cultural de la capital, por acción de un ya muy avanzado proceso de centralización del *Estado-nación*. Frente a la

---

[19] Nicolás Rebaza Cueto nació en Huamachuco en 1811 y falleció en Trujillo en 1897. El proceso de Independencia lo vivió siendo aún niño, pero su padre, en Huamachuco, fue colaborador cercano de Simón Bolívar. Don Nicolás estudió en la Universidad Nacional de Trujillo, donde se graduó de abogado, ejerció la docencia y llegó a desempeñarse como su rector entre 1853 y 1859. Durante su larga vida fue secretario de la Prefectura del Departamento de La Libertad; diputado por Huamachuco en las legislaturas de 1842 y 1851 y vice-presidente de esa Cámara; fiscal, vocal y presidente de la Corte Suprema de Justicia.

[20] El libro fue prologado por el intelectual más importante del momento, Ricardo Palma. La redacción y el armado del texto revelan la opción por la historia narrativa en la necesidad de referir con minuciosidad en el detalle los acontecimientos históricos. Sin embargo, no abundan las fuentes primarias que sirvan de respaldo, porque sus apuntes y los documentos recolectados se perdieron cuando su casa fue saqueada en 1884. Estos *Anales* fueron escritos, en mucho, gracias a la sorprendente memoria del doctor Rebaza que, si creemos su confesión de parte, recordaba con precisión los datos que recopiló.

voz dominante, surge la de Rebaza, tímidamente discordante, que pretende matizarla[21]. No se trata de una visión insurgente, o irreconciliable respecto de la versión oficial y estatal[22]. Pero sí resulta una muestra significativa de que en el Perú, junto a un discurso oficial con pretensiones de hegemónico, se dejaron escuchar múltiples voces, las que en ocasiones representaron a las regiones o a la sociedad civil[23].

Pero en lo que Nicolás Rebaza no se opuso al discurso oficial dominante fue en la interpretación global sobre la Independencia. Esta fue una obra hecha y dirigida por los criollos, hartos de la explotación de la metrópoli. Aunque en Rebaza hay una aceptación implícita de que la rebelión de Túpac Amaru II forma parte del proceso, nuestro autor considera que el «error» de Cusco fue pretender ungir a un descendiente de los incas como gobernante supremo. En cambio, Trujillo y Lima tuvieron una actitud más «correcta», pues la Independencia no se hizo «para reivindicar los derechos de la dinastía incaica» (1971: 12). La Independencia se entiende aquí como el inicio de una nueva época y no como el regreso a un tiempo de antiguo esplendor. Es la puerta al futuro,

---

[21] La intención de Rebaza debe equiparse con la de Narciso Aréstegui, quien en su novela *El Padre Horan* de 1848 pretendía darle un lugar preponderante al Cusco en la historia de la Independencia. Los personajes de la novela recuerdan hechos históricos de las rebeliones lideradas por Túpac Amaru II en 1780 y por Pumacahua en 1814, las que se habrían hecho en nombre de la igualdad y la libertad, por lo que se las integra como parte del proceso de la Independencia. Pero, aquella novela se publica en un momento en que las regiones están pugnando por la primacía, mientras que la historia de Rebaza llega cuando la hegemonía cultural de la capital se encuentra ya establecida. Un interesante análisis de la novela de Aréstegui en Velásquez (2008).

[22] De hecho, el libro de Rebaza fue auspiciado por un ente del Estado, la alcaldía de Trujillo, que se suscribió a una importante cantidad de ejemplares.

[23] Gabriella Chiaramonti (2005: 241-280) ha mostrado que una de las consecuencias de la Independencia fue el surgimiento de innumerables actores colectivos en las regiones del país como las comunidades locales y municipales. Por su parte, Carlos Forment (1999: 202-204 y 228-230) ha estudiado con detenimiento las numerosas asociaciones civiles que se formaron en el Perú del siglo XIX, en Lima y en el interior, expresión de una esfera pública burguesa, de una sociedad civil que, pese a la debilidad estatal, encontró otros espacios para hacerse escuchar e influir en la vida pública del país.

representa lo moderno, la esperanza en el porvenir, la posibilidad de un gobierno no absolutista. En esta interpretación, la Independencia es, ciertamente, un movimiento promisorio organizado, liderado y logrado por los criollos, por lo cual eran ellos —y sus descendientes dentro de los cuales estaba el doctor Rebaza— los destinados a gobernar la nueva realidad política. Con la Independencia, entonces, el Perú entraría con pleno derecho al mundo occidental, para gobernarse según las pautas de esa tradición cultural. Los peruanos de inicios de la centuria decimonónica habrían «evolucionado» lo suficiente como para gobernarse a sí mismos, sin necesitar el «tutelaje» ni de españoles ni de incas[24]. Desde el punto de vista historiográfico, entonces, en el siglo XIX no parece encontrarse una clara propuesta asimilable a la llamada utopía andina, ni aún en las historias que reclaman una mayor atención a las regiones a la hora de interpretar el significado de la Independencia[25].

Manuel Nemesio Vargas Valdivieso, historiador de la tercera generación, fue otro de los investigadores decimonónicos que se ocupó exhaustivamente del proceso de la Independencia, al cual le dedicó tres tomos de los nueve de su también titulada *Historia del Perú Independiente*[26]. Comparada con la de Paz-Soldán, es menester indicar

---

[24] Sus palabras son: «las naciones son como los hombres, cuando han llegado a cierto estado de poder y desarrollo, tienen el derecho de gobernarse por sí mismos, sin el tutelaje de que hubieron menester en un principio» (Rebaza 1971: 12).

[25] La utopía andina es una lúcida elaboración de Alberto Flores Galindo, la cual constata que en los peruanos de los siglos XVI al XX, indios, mestizos y criollos, se halla una mentalidad que aspira a la «reedificación» del pasado incaico y al «regreso del inca» como solución a los problemas de identidad (Flores Galindo 2005: 19-51). Pero, dicha constatación no aparece en el discurso de las historias nacionales.

[26] Nemesio Vargas Valdivieso nació en Lima en 1849. Cursó sus estudios escolares en el Colegio Guadalupe. Luego ingresó a la Universidad de San Marcos, donde se graduó de abogado. Tuvo como dedicación principal la actividad privada de su profesión, la cual compartió con sus claras inclinaciones humanistas. Manejó con soltura diversos idiomas, lo que le permitió traducir obras literarias o tratados filosóficos. Por ejemplo, tradujo al español del inglés, en 1898, el *Hamlet* de Shakespeare. Su obra intelectual le valió ser considerado como miembro de número del Instituto Histórico del Perú en 1905. Falleció en Lima en 1921, a los 72 años.

que Vargas no avanzó mucho en lo que al rango profesional se refiere, pues solo en muy contadas ocasiones sustentó su relato con noticias bibliográficas o documentales[27]. Cierto es que al inicio de cada tomo colocó una lista de las fuentes consultadas, pero son realmente raros los casos en los que se refiere directamente a ellas en el cuerpo del texto. Con todo, debemos destacar que el contenido de la obra y el tratamiento del tema, a diferencia de lo que ocurría con la pionera de Paz-Soldán, señalan un esfuerzo por elaborar una historia integral de la Emancipación, en la que en ocasiones aparece más que insinuada una inicial perspectiva social o económica y no solo política.

Otra de las diferencias que es de interés destacar se relaciona con los primeros levantamientos a favor de la Independencia anteriores a 1821, a los que Vargas dedicó el primer capítulo del tomo inicial. Pero nuestros autores no difieren en la conclusión: el Perú ansiaba desde antaño la separación política de España. En efecto, según Vargas, en el Perú «tan incubada estaba la revolución como en cualquiera de ellos [los otros países sudamericanos]»; y, al igual que la tradición historiográfica que lo antecedía, planteó que la «redención tenía que venir de fuera» porque en este virreinato el gobierno español contó «con mayores elementos para sofocarlos [a los movimientos rebeldes] en su cuna» (Vargas 1903-1917, tomo I: 18-19). Igualmente, se adscribió a la interpretación canónica que juzgaba a la Independencia como obra de los criollos, pues solo ellos —y no los indios— habrían estado preparados para dirigir el proceso: «El indio de entonces como el de ahora no tenía condiciones para ser emancipado; el criollo amaba la libertad, y entusiasta, rendía la vida por

---

[27] Su *Historia*, originalmente en ocho volúmenes, se ocupa del mismo período cronológico tratado por Mariano Felipe Paz-Soldán, es decir, hasta el fracaso de la Confederación Perú-Boliviana. Los tres primeros tratan sobre el proceso de la Independencia, desde los primeros levantamientos —considera al de Aguilar en Cusco en 1805— hasta la retirada de Bolívar en 1826. Los siguientes tres volúmenes se ocupan del período 1827-1833. Los tomos sétimo y octavo desarrollan el tema de la Confederación. En 1942, el hijo de don Nemesio, el historiador jesuita Rubén Vargas Ugarte, editó los manuscritos que había dejado su padre, completando un noveno, póstumo y último tomo.

sus principios» (1903-1917, tomo I: 20). Ello explicaría que las tropas de San Martín en su entrada a Lima hayan sido recibidas por «una multitud loca de entusiasmo» (1903-1917, tomo I: 180).

La guerra con Chile

Los años posteriores a la Guerra con Chile fueron especialmente difíciles para el país, que debió enfrentar y superar el impacto de la derrota en los aspectos político, social, económico y, especialmente, en el de las mentalidades, pues se había perdido con una nación que antaño se vio como menor. Las penurias no terminaron con la entrada del vencedor a Lima en 1881, se prolongaron durante el gobierno de ocupación que instauró Chile[28]. Esos años pusieron en evidencia, del modo más doloroso, lo frágil del republicanismo peruano que, pese a la consecución de la centralidad del Estado, no logró formar una clase dirigente sólida que actuase unida y cohesionada, ni establecer a la sociedad civil como un cuerpo fuertemente organizado, lo cual facilitó los excesos del invasor[29]. En ese contexto, fácilmente se deduce que aquella confrontación no fue un tema grato a los historiadores peruanos. No resulta exagerado afirmar que el principal trabajo fue hecho como una reacción a la versión chilena. La *Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*, publicada en Buenos Aires en 1884 por Mariano Felipe Paz-Soldán, tuvo el explícito propósito de refutar la versión del triunfador. Su obra pretendió que los peruanos y la comunidad internacional, accediesen a la «verdadera» historia de aquel conflicto, dado que:

---

[28] Un trabajo sobre los años de la ocupación eminentemente informativo, centrado en el gobierno del presidente peruano Francisco García Calderón, pero con valiosos datos en Guerra Martinière (1991).
[29] Carmen Mc Evoy retrata con moderna metodología aquellos difíciles años con el énfasis puesto en analizar las redes de poder de esa burocracia trasnacional y cómo esta experiencia fortaleció al estado chileno (Mc Evoy 2007b).

> […] los escritores chilenos quieren engañar, no sólo a la generación presente, que ha presenciado los hechos, sino también a las futuras, para que su nación aparezca como un modelo de virtudes cívicas en la paz, y de heroísmo en la guerra, han circulado profusamente en Europa y en América libros con el título de Historia, llenos de falsedades, las más groseras (Paz Soldán 1979: 2).

Sucede que el Estado chileno comisionó a dos ilustres historiadores, Diego Barros Arana y Benjamín Vicuña Mackenna para narrar el acontecimiento. Esas obras, escritas casi al día siguiente de los hechos bélicos, coincidieron en el propósito de construir imágenes históricas, que aún perduran, conducentes a inflar el patriotismo chileno, a través de la presentación de una heroica victoria. Y, probablemente, también a disculpar los posibles móviles expansionistas del Estado del país del sur, volcando más bien las responsabilidades de la guerra en los vencidos[30]. Fue en contra de esa visión, que será la oficial chilena por mucho tiempo, que se levantó Mariano Felipe Paz-Soldán:

> […] es una verdad histórica, comprobada con documentos oficiales de Chile y por sus mismos publicistas, que la verdadera causa de la guerra declarada por esta nación al Perú y Bolivia en 1879, la que precedió a todo juicio, a toda deliberación; la que daba cierto impulso a las relaciones políticas y comerciales de Chile con sus vecinos del norte, era *la ambición de ensanchar su territorio* a costa de éstos (1979: 81; las cursivas son nuestras).

---

[30] Sobre la guerra, Benjamín Vicuña Mackenna publicó, entre otros, en 1881, *Historia de la campaña de Tacna y Arica, 1879-1880* e *Historia de la campaña de Lima*. Su espíritu apasionado hizo que en ocasiones sea en verdad ofensivo contra el Perú. De tono altisonante, de narración vigorosa y colorida, con un inconfundible estilo épico, es muy probable que hubiese pretendido emular a Michelet. Diego Barros Arana publicó, en dos tomos, entre 1880 y 1881, su *Historia de la Guerra del Pacífico (1879-1880)*, primero en español y, al año siguiente, en francés. No resulta descabellado pensar que tuvo como misión «exportar» la versión chilena del conflicto. Como su objetivo fue la propaganda en el exterior, el estilo fue más cauto y también más conciso y frío que el de su predecesor. Sobre estas obras, ver Gazmuri (2006: 320-321, 352-353).

Don Mariano, con los materiales a los que pudo acceder, sostuvo que la agresión vino de Chile, pues un objetivo nacional de aquel país habría sido expandir su territorio hacia el norte. También sustentó que el Tratado de 1873 entre Perú y Bolivia fue puramente defensivo (1979: 81-94). Es decir, inició la posición peruana frente al conflicto, que es la que hasta hoy mantiene nuestra historiografía, aunque sin el calor propio de aquel momento. Esta obra, además, es un buen ejemplo del uso del ingrediente «anti» para ayudar a la causa identitaria. Hemos visto, en el capítulo anterior, cómo en el himno nacional se presentó a España como el «enemigo» a vencer. En esta ocasión, Paz-Soldán se sirve de los evidentes excesos que cometió Chile en la ocupación de Lima para descalificar en general a aquella nación, de modo que el rechazo frente al «enemigo» contribuya a la cohesión interna:

> No hay nación más jactanciosa y vana que Chile. El sistema de vanagloria y de petulancia ha sido acariciado siempre, por la opinión, por el gobierno y por la prensa de este pueblo: se ha connaturalizado en sus hombres, como la hidalguía en el caballero de la Mancha (1979: 3).

Con el mismo propósito, Paz-Soldán sugiere un interesante el contraste entre Perú y Chile, el cual resulta favorable —por cierto— a nuestro país.

> Para humillar la soberbia de Chile, bastaría hacer un paralelo político, económico, social y moral con el Perú, aun en la vida privada, desde la independencia a la fecha y no es dudoso que la balanza se inclinaría a favor del Perú que ellos pintan con colores propios de su inveterado odio y envidia (1979: 3).

Para demostrar la superioridad del Perú, Paz-Soldán no recurre ni al tiempo incaico ni al virreinal, sino a la historia más reciente —«desde la independencia a la fecha»—, en lo que percibimos su identificación con el nuevo orden, que él mismo, como historiador e importante burócrata, estaba contribuyendo a consolidar. Es evidente, entonces, no solo un sentimiento patriótico individual, sino, en especial, la intención de

contagiarlo a sus lectores. En el propósito de contribuir con la gesta del proyecto nacional, Paz-Soldán presenta un pasado glorioso que olvida —en el sentido de Renan y Anderson— la fuerte inestabilidad política del siglo XIX peruano[31].

Para terminar este acápite es pertinente recordar otros esfuerzos peruanos que aparecieron en los años del enfrentamiento que, aunque menores, revelan un cargado patriotismo. Modesto Molina publicó, en 1879, *Hojas de un proceso*; el militar Carlos María Muñiz dio a la luz, en 1885, *Historia de la guerra peruviana-chilena*; asimismo, José Clavero firmó sus *Revelaciones Históricas* en 1893 (Modesto 1922, Muñiz 1908, Clavero 1893). Por otra parte, vale la pena resaltar que dos importantes historiadores extranjeros se ocuparon con detalle de la guerra y sus investigaciones los llevaron a suscribir la posición del Perú. De ese modo, el italiano Tomás Caivano publicó en 1882 su *Historia de la guerra de América entre Chile, Perú y Bolivia*, al tiempo que el inglés Sir Clements Markham publicaba el mismo año, *The War between Peru and Chile, 1879-1882* (Caivano 1883, Markham 1882). Ambas obras defendieron la causa peruana y permitieron que Europa conociese la invasión que había experimentado el Perú.

La censura a la conquista española y al tiempo colonial

La investigación sobre la conquista y la época colonial fue otro de los rubros muy trabajados por los historiadores del siglo XIX. Es indudable que el gremio historiográfico peruano estuvo influido por la famosa *Historia de la conquista del Perú* de Guillermo Prescott, publicada en Nueva York en 1847 y traducida al año siguiente al español, luego de lo cual tuvo sucesivas ediciones. La *Historia* de Prescott, dividida en cinco

[31] Asimismo, pueden encontrarse posturas en las que Paz-Soldán perdió la serenidad que se había autoimpuesto al escribir sus obras históricas. Un ejemplo podrían ser sus apreciaciones, por momentos impetuosas, en contra de Nicolás de Piérola. José de la Riva-Agüero se ocupa de algunas de estas cuestiones (1965: 489-493).

libros, abarca desde la civilización incaica hasta la administración del pacificador La Gasca, pasando por la conquista propiamente dicha y las guerras civiles entre los conquistadores. Prescott muestra claramente la huella de la historiografía romántica, de boga en Europa al momento de escribir su trabajo, cuestión que no será rara en los historiadores peruanos. Así, por ejemplo, afirma:

> Mi objeto ha sido presentar al lector la misma historia con todos sus poéticos pormenores; no simplemente retratar los rasgos característicos de la conquista, sino realzar los perfiles con un colorido animador, de modo que presente una minuciosa y fiel pintura de aquellos tiempos (Prescott 1980, tomo 1: 17).

Guillermo Prescott fue un gran admirador de la cultura incaica, y si bien narró la conquista del Perú cual epopeya, con héroes incluidos, se cuidó de censurar los abusos cometidos en contra de la población andina. Los historiadores peruanos bebieron de este precursor trabajo, inclusive algunos lineamientos posteriores sobre la conquista del Perú le deben mucho. Pero, en general, los de aquí coincidieron en condenar —más acremente que el historiador estadounidense— la llegada de los españoles, calificándola como una invasión sangrienta. En esta posición observamos un acuerdo entre historiadores que pertenecen a distintas generaciones y que tienen significativas diferencias entre sí como Manuel de Mendiburu, Mariano Felipe Paz-Soldán o José Toribio Polo, aunque, como veremos, tanto en Mendiburu como en Polo, junto con la censura a la conquista española, encontramos un entender la época colonial con matices positivos.

José Toribio Polo nació en Ica en 1841 y falleció en Lima en 1918. Ejerció una prolongada carrera pública que le permitió jubilarse con más de treinta años de servicios al Estado. Fue en varias ocasiones secretario de Prefecturas, Penitenciarías y de algún ministerio. Trabajó en diversos repositorios documentales como en el Archivo Colonial de Hacienda, el Archivo del Cabildo Metropolitano, el Archivo Arzobispal

y el Archivo del Tribunal de Cuentas; también en la Biblioteca Nacional, institución de la que fue subdirector[32]. En 1877, publicó el artículo «Momias de los Incas». Allí se preocupó en averiguar el paradero de aquellas, desde Manco Cápac hasta Huayna Cápac. La conclusión del artículo es que resulta imposible hallar el lugar donde se encuentran. Sin embargo, no es por eso que a nuestros efectos interesa, sino porque al ocuparse de la llegada de Pizarro podemos encontrar afirmaciones como esta: «entre oleadas de sangre nos traía Pizarro una nueva civilización» (Polo 1877c: 372). Además, sostuvo que la población andina, una vez efectuada la «invasión» española, trasladó las momias de los incas del Coricancha a las catacumbas que existían en la ciudad de Cusco para de esta manera: «desaparecer el cebo del oro, que trajo al Perú una dominación secular, que cesase de venir de Europa una multitud de mendigos, avaros, sin escrúpulo y sin clemencia, y que otros se volviesen a su tierra, contentos ya de su botín» (1877: 371). Polo, entonces, entendía la llegada de los españoles como una invasión sangrienta que destruyó y asoló. El principal móvil de los conquistadores habría sido enriquecerse gracias a la enorme cantidad de oro aquí existente, imagen que ha sobrevivido al paso de los años. Al pretender diferenciarse de esta manera de la España conquistadora, José Toribio Polo entronca con la tradición iniciada en el *Mercurio Peruano*, donde ya se censuraba al «ambicioso» conquistador español. Pero, ahora, además de la diferenciación, Polo expresaba la intención de construir una historia nacional. En efecto, Franklin Pease ha sostenido que fue usual en la época «definir la nacionalidad por la diferencia con España y su dominio colonial» (Pease 1993: 98), cuestión que hemos visto ya en el himno nacional. Fue por esa necesidad que Mendiburu censuró la invasión española, la cual, si bien habría sido legítima desde la perspectiva política, estuvo basada en un falso derecho y sus campañas fueron crueles y feroces:

[32] Para mayores datos biográficos puede consultarse Dager (2000a: 21-81).

> La conquista y dominación de esos países ignotos eran lícitas en política, autorizadas por el mentido derecho que regía universalmente, aconsejadas y exigidas por un designio religioso cifrado en el hecho de someter a rigor de armas a pueblos llamados infieles, bien que no teniendo la mejor idea de la fe católica no habían podido ser desleales a ella. No fue España sola: diversas potencias europeas conquistaron cual ella lo hizo, subyugaron con actos de dureza y ferocidad, y establecieron su poderío en tierra de América; como han subyugado y oprimido en Asia y África disfrazando la detentación con denominaciones cabalísticas y simulados objetos, ya que no les convenía cubrirla con el manto de la conquista (Mendiburu 1874-1891, tomo I: IV).

Ahora bien, Mariano Felipe Paz-Soldán llegó más lejos, pues no dudó en afirmar que los españoles se habrían comportado con los americanos como si fuesen enemigos, en la conquista y en todos los años virreinales. Paz-Soldán citaba largamente un famoso y célebre artículo del patriota colombiano Juan García del Río, publicado en *El Repertorio Americano* hacia 1826, en el que condenaba ácidamente la educación impartida en tiempos coloniales. Según García del Río, España estaba tan atrasada que mientras en Europa se repudiaba las creencias irracionales y se construía ciencia a partir de la duda metódica, en la antigua metrópoli se mantenía el culto a la Escolástica. La educación impartida por los españoles era, ahora para Paz-Soldán, una de las muestras más palpables de su «embrutecimiento» y «barbarie», teniendo en el castigo físico uno de sus principios rectores:

> El mismo preceptor inhumano descargaba cruentos golpes en su inocente víctima; a veces elegía otro alumno para que azotara a su compañero y si no daba golpes con fuerza, se le castigaba para enseñarlo; ¡maldita sea la memoria de esos tiranos, oprobio de la humanidad y mil veces malditos los que tales máximas enseñaron! (Paz-Soldán 1868: 237).

Creyente fervoroso en el liberalismo, Paz-Soldán no podía concebir sino como oprobioso al régimen colonial, al punto que se atrevió a profetizar:

> Cuando la ilustración llegue a su apogeo y cuando el último hombre conozca perfectamente sus derechos, lo que sucederá bien pronto, gracias a la imprenta, al vapor y a la electricidad, entonces se admirarán las generaciones futuras cómo pudo haber monarquía; así como hoy nos admiramos de haber existido una Inquisición, un Luis XIV, un loco Carlos XII, rey de Suecia; un Nerón y un Calígula (1868: 168).

La revaloración del pasado colonial, tiempo de antepasados

Como hemos visto, Mariano Felipe Paz-Soldán extendió la censura de la conquista a la época colonial en su totalidad. Esta actitud, bastante común en Hispanoamérica, tuvo en los liberales de la década que va de 1840 a 1850 a los representantes más conspicuos. Francisco Bilbao, José Victorino Lastarria y Jacinto Chacón, en Chile y Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi, en Argentina, identificaron lo español con el atraso que atravesarían sus repúblicas. Ellos postularon que se debía desterrar toda huella de «mentalidad colonial» para de ese modo obtener el ansiado progreso cultural, económico e industrial[33]. En varios países latinoamericanos, al renegarse de la época colonial y desconocerse en lo fundamental el pasado prehispánico, se otorgó a la Independencia el momento del nacimiento del país y no solo del Estado. Germán Colmenares ha mostrado cómo la ruptura con el pasado colonial fue una motivación constante en los historiadores hispanoamericanos (Colmenares 1997: XVIII-XXXIII). Sin embargo, debemos afirmar que

---

[33] Los ejemplos abundan. Tal vez uno de Lastarria, por lo significativo, sea suficiente. En 1844, aquel profesor liberal afirmaba que la monarquía española era sinónimo de la negación de la libertad por haber mantenido a los americanos en la «más brutal y degradante ignorancia». De ese modo se habría producido un pueblo «profundamente envilecido, reducido a una completa anonadación y sin poseer una sola virtud social, a lo menos ostensiblemente, porque sus instituciones políticas estaban calculadas para formar esclavos». Los gobernantes de las nuevas naciones, entonces, deberían «destruir completamente las resistencias que opone el sistema español antiguo encarnado en la sociedad». Vale la pena señalar que Lastarria también citaba el artículo de García del Río (Lastarria 1868: 39, 67, 131 y 134).

en el Perú, aunque también existió una fuerte censura al pasado colonial, el fenómeno no adquirió la radicalidad de los otros casos. Pronto se comprendió a la Independencia como la fundación de una nueva etapa histórica, pero no se rechazó totalmente el legado colonial[34]. En ese proceso contribuyó lo enraizado que estaba en la conciencia de los intelectuales, la positiva valoración hacia la antigüedad inca, lo que puede rastrearse, como vimos en el anterior capítulo, al menos hasta el *Mercurio Peruano*. Es decir, la presencia de un pasado estimado y respetado, previo al tiempo de los españoles, presentó como imposible el total repudio del virreinato, pues entre el incanato, que veían con orgullo, y los años republicanos, que eran los propios, debía existir un tiempo medio. En el Perú no siempre se suprimió la Colonia como período a estudiar y, por el contrario, se utilizo las «vidas ejemplares» de varios hombres de aquellos tiempos con el fin de ofrecer modelos de conducta a seguir, es decir, se usaron para confeccionar antepasados con los cuales identificarse. Se les extendió a estos personajes la categoría de peruanos, se «peruanizó» a burócratas en que en su tiempo sirvieron al Rey, incluso algunos de ellos españoles, cuestión que ya se vislumbraba en el *Mercurio Peruano* no solo con los personajes hispanos, sino también con las plantas medicinales y los caminos incaicos.

Entonces, la necesidad de la continuidad histórica contribuyó a valorar la época colonial. Esto último se hizo más evidente, especialmente a partir de la década de 1870, con la publicación del *Diccionario* de Mendiburu, algunas monografías sobre el tiempo virreinal y el aparato documental editado por Odriozola. Este intento revalorativo marcó la obra de José Toribio Polo, historiador de la tercera generación, quien se empeñó en mostrar que muchos personajes del tiempo colonial fueron notables, en particular los dedicados al quehacer eclesiástico. En 1878,

---

[34] Oswaldo Holguín ha tratado con solvencia el tema en varias ocasiones, centrando su análisis en el contexto que vivió Ricardo Palma. Concluye que en aquellos tiempos fueron concurrentes los sentimientos de rechazo y admiración hacia España y lo hispánico (Holguín 2000: 237).

publicó en varios números del periódico *El Siglo* un extenso artículo bio-bibliográfico sobre el padre Juan Pérez Menacho. El artículo comienza así: «El Perú español tuvo sabios y artistas, guerreros y santos, magnates y nobles, de los que para el patriotismo es gustosa labor recoger datos; a fin de que su memoria no se pierda entre las nieblas del pasado, y para que ella nos aliente y consuele» (Polo 1908: 5). El Perú, entonces, tuvo una época española, la colonial, con una serie de elementos positivos y hombres que los encarnaron. La historia de los grandes hombres, presente en la historiografía romántica europea, fue también entre nosotros un medio para acercarse a la historia de la época colonial, en lo que destacó nítidamente la pluma del general Manuel de Mendiburu, historiador de la primera generación, nacido en Lima en 1805 y fallecido en 1885. En 1821 se enroló en el ejército patriota y durante la centuria ejerció una brillante carrera como funcionario público: ministro de Hacienda y Guerra de diversos gobiernos; alcanzó la vicepresidencia y presidencia del Consejo del Estado entre 1847 y 1851; fue director de la Escuela de Artes y Oficios entre 1870 y 1879, a la que renunció para participar en la guerra con Chile, siendo titular del ministerio de Guerra hasta octubre de 1879.

El impresionante *Diccionario histórico biográfico del Perú* de Mendiburu, en ocho volúmenes, es, sin lugar a dudas, la obra más significativa sobre historia colonial a lo largo del siglo XIX historiográfico peruano. Obra en verdad perdurable, es hasta hoy constantemente citada[35]. Allí se presentan las biografías de personajes principalmente del tiempo colonial, aunque Mendiburu también se ocupó de los últimos incas, de los conquistadores y de algunos hombres que vieron la República. Las biografías de los virreyes son las más logradas, especialmente el tiempo de su gestión gubernativa. Este trabajo fue recibido

[35] El primer tomo apareció en 1874, pero desde 1855, según lo que refiere Riva-Agüero, el general reunía materiales para su trabajo (Riva-Agüero 1965: 368). Los tres tomos siguientes fueron publicados en 1876, 1878 y 1880, respectivamente. Los cuatro últimos se editaron después de su muerte, dos en 1885, uno en 1887 y uno final en 1890.

con aplauso por la comunidad intelectual del siglo XIX[36]. Aunque no fue la ansiada historia general del país, se la juzgó como lo más cercano. A partir de su publicación puede percibirse un aumento considerable en la investigación sobre historia colonial, la que era muy poco estudiada hasta la década de 1860[37]. Muchas de esas investigaciones tuvieron en el *Diccionario* su punto de partida, y no es exagerado afirmar que durante mucho tiempo ocurrió similar situación.

Cierto es, por otra parte, que el general contó con archivos y documentos limitados, por lo que existen biografías endebles. Su intento por narrar la vida de los incas sea tal vez la parte que más adolece de debilidades. De igual manera, las biografías de los personajes asociados a la conquista, en especial la de Francisco Pizarro, siguen muy de cerca a la *Historia de la conquista* de Prescott. Del mismo modo, tenemos que afirmar que a Mendiburu le faltó un cuidado más prolijo a la hora de consignar las fuentes o documentos utilizados[38]. Por último, como era usual en aquellos años, Mendiburu usó tal vez con exceso el recurso de comparar con su presente diversas acciones del pasado.

---

36 Para muestra dos botones. Citar la opinión de Ricardo Palma, probablemente el intelectual peruano más respetado en la centuria decimonónica, resulta un buen ejemplo del aprecio con el que se recibió el *Diccionario*. En 1874, a la semana de publicado el primer volumen, Palma alababa el «acertadísimo» criterio del general y también su estilo: «claro, correcto y sin pretensiones, cual conviene a la solemne misión de la Historia». Además, comentaba que Mendiburu «con su inapreciable y monumental obra ha rendido a la patria servicio de gran valía» (Palma 1961: 1469). Los elogios traspasaron las fronteras peruanas. El riguroso historiador Diego Barros Arana, autor de la monumental *Historia general de Chile*, calificó al *Diccionario* como un «libro de utilidad incuestionable para todos los aficionados a la historia americana» (Barros Arana 1910, tomo IX: 282).

37 José Antonio Lavalle, en 1861, se quejaba desde *La Revista de Lima*, de la falta de documentos y organización de archivos para estudiar la época del virreinato, lo que la convertía en un tiempo tan oscuro como interesante (Lavalle 1861: 1-7).

38 Además, al fallecer, Mendiburu dejó incompletas o sin redactar algunas biografías importantes como las correspondientes al Inca de Vilcabamba, Túpac Amaru I, a los hermanos Gonzalo y Hernando Pizarro, a José Gabriel Condorcanqui, conocido como Túpac Amaru II, etcétera.

Pese a los reparos, es indudable el mérito que para la historia virreinal adquiere la obra. El *Diccionario* se inscribe muy bien al interior de la tendencia de afirmar los aspectos positivos de la época colonial, de hecho se encuentra plagado de biografías de personajes que el autor consideraba ilustres, americanos o españoles, protagonistas de hechos que también juzgaba como muy beneficiosos. El autor expresó, desde el prólogo, que su propósito era estudiar la vida de «todos los peruanos que durante la dominación española se hicieron memorables en el foro, en la milicia, en lo eclesiástico y como literatos, a cuyos talentos se debieron producciones de diferentes clases» (Mendiburu 1874-1891, tomo I: XI). Ello porque son ejemplo para las actuales generaciones y:

> […] honran al País en que vieron la luz primera, y la justicia reclamaba no quedasen en la oscuridad del olvido. Al escribir lo tocante a ellos, he experimentado una cordial emoción de contento que me basta para recompensa de fatigas penosísimas que he tenido que soportar por largos años a fin de reunir datos muy dispersos (1874-1891, tomo I: XI).

Nuevamente nos encontramos con un Perú que tuvo una época de dominación española, y con peruanos que destacaron en ella, poco importa si estos tuvieron un origen americano o español, es decir, los peruaniza. De posturas ideológicas conservadoras, Mendiburu no sintió la urgencia liberal de criticar como una totalidad el pasado hispánico. El más claro representante del pensamiento conservador en la primera mitad del siglo XIX fue Bartolomé Herrera, sacerdote y rector del Colegio San Carlos, quien en un célebre sermón de 1846, había señalado que un antiespañolismo radical era contrario a los postulados de la religión católica, pues predicaba el odio a los antepasados directos[39]. Mendiburu fue cercano a Herrera; elegido vice-presidente de la

[39] Véase: *Sermón pronunciado por el Dr. Bartolomé Herrera, Rector del Convictorio de San Carlos, en el Te Deum celebrado en la Iglesia Catedral de Lima, el 28 de Julio de 1846*, en Herrera (1929, tomo I: 63-105). En los mismos años que Herrera, Andrés Bello,

Asamblea Constituyente, reemplazó al rector carolino en la presidencia del Congreso que produjo la conservadora Constitución de 1860. Lo que estaba en el fondo de planteamientos conservadores, como los de Herrera y Mendiburu, era la necesidad de construir la república con sólidos cimientos, lo que implicaba no establecer un quiebre abrupto con el pasado. El convencimiento de que la unión amistosa de la libertad con el orden, sería la mejor forma de construir, en el presente, el país con bases duraderas, movió a Mendiburu a interesarse por investigar el pasado virreinal en busca de esos cimientos. Por eso, biografió incluso a los reyes españoles porque «fueron Emperadores del Perú, y todos sus hechos pertenecen a nuestra historia» (Mendiburu 1874-1891, tomo III: 171).

En este aspecto también destacó José Antonio Lavalle, quien publicó especialmente en *La Revista de Lima* y *El Ateneo*[40]. Lavalle, integrante de la segunda generación, pudo ser el gran historiador romántico peruano, de haber sido hombre con menos intereses y ocupaciones diplomáticas. Ingresó al mundo de los historiadores en 1859, a los veinticinco años, con su *Pablo de Olavide*, libro pionero en el que descubrió infinidad

---

el gran sabio venezolano, sostenía en Chile posiciones similares y, sin acudir tanto a la religión, propugnaba la asimilación de la herencia hispánica en un nuevo contexto, preocupado por la continuidad histórica que debía asumir el nuevo país. Iván Jaksic ha publicado una magnífica biografía intelectual en la que aunque matiza el conservadurismo del maestro caraqueño, refleja con acierto el proyecto de orden y estabilidad, que en lo cultural y también en lo político dirigiera don Andrés en el país vecino (Jaksic 2001).

[40] José Antonio Lavalle y Arias de Saavedra nació en Lima en 1833. Cursó estudios en el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe. Desde muy joven, entró al servicio diplomático peruano, integrando las legaciones acreditadas ante Washington en 1851, Roma en 1852 y Madrid en 1853. Fue elegido diputado por Lima en el período de 1860 a 1864, integrando la Comisión Diplomática de su Cámara. Fue el plenipotenciario que envío el Perú a Santiago, en 1879, con el objetivo de mediar ante el *impasse* que en un inicio comprometía a Bolivia y Chile. También firmó el Tratado de Ancón (1883) por ejercer de canciller en ese momento. Falleció en la ciudad de Lima en 1893 a los 70 años de edad.

de datos, logró que el personaje sea conocido para sus contemporáneos y que marcó la ruta de investigación sobre el ilustrado limeño durante un buen tiempo. Olavide habría sido un «hijo del Perú» que obtuvo renombre en el mundo intelectual europeo, por lo que «recordar sus glorias y renovar su memoria, es entonar un himno en loor de la Patria» (Lavalle 1859: 2). En el propósito de ofrecer modelos de comportamiento, Lavalle investigó también la labor de aquellos virreyes que cumplieron fielmente su deber, pues la escuela romántica le señalaba a la historiografía la misión de rescatar del pasado enseñanzas para el presente y el futuro. Por eso, en artículo publicado en *La Revista de Lima* en 1861, alabó grandemente la gestión del virrey Fernando de Abascal, pese a que su gobierno contuvo en el Perú «la erupción del volcán revolucionario que por todas partes buscaba un cráter para reventar». Con ello, Lavalle reconocía que en la nación hubo un sentimiento endógeno a favor de la Independencia y, a la vez, proponía un modelo para el presente de un gobernante que con celo ejerció la tarea que el destino puso en sus manos; por eso, habría que admirarlo «sin reservas» (Lavalle 1935: 395). En *El Ateneo* en 1893 publicó la biografía del virrey Teodoro Francisco de Croix, en la cual también se expresó muy positivamente del personaje. Del manejo de la cosa pública por parte de aquel virrey dijo: «Ni antes, ni después, se ha visto fenómeno económico semejante: un presupuesto equilibrado dejando sobrante y un fondo acumulado de suma considerable». Más todavía, el virrey Croix habría sido tan desprendido que «todo lo daba y a poco andar de su gobierno no había en Lima más que *un pobre* y ese pobre era el Virrey» (1935: 352-353). El historiador chileno Diego Barros Arana resumió bien el objetivo de la historia de los grandes hombres, si le creemos a Encina, al afirmar que si una determinada región no ofrecía un modelo de hombre, eran los historiadores los encargados de construirlo (Encina 1997: 76).

Lavalle, descendiente de la aristocracia virreinal, fue sobre todo un conservador y, entonces, dirigió su labor historiográfica a revalorar el

tiempo colonial, lo cual no disminuye su identificación con la nueva realidad política; de hecho, contribuyó desde diversos cargos públicos, como Mendiburu, en la construcción del *Estado-nación*. La estabilidad de la República, en el pensamiento de hombres como Mendiburu y Lavalle, se garantizaría si el país asumía el legado hispánico como parte de su historia. En los años virreinales existiría, según Lavalle, mucho que puede rescatarse como ejemplo para el presente. En ese sentido, no biografió solo a los gobernantes, sino también a personajes como José Manuel Valdés en *La Revista de Lima*, en 1863. Cirujano y médico, el doctor Valdés alcanzó una connotada actuación en la Lima de fines del siglo XVIII, pese a la «irregularidad de su nacimiento» y a pertenecer a una «híbrida casta» (Lavalle 1935: 444). En base a esfuerzo y conocimientos, a sus dotes clínicas y su virtud, Valdés habría sobresalido en su época, y todos los círculos sociales, incluida la nobleza, apreciarían su ciencia: «Véngase ahora a decirnos que en el antiguo régimen no se estimaba el mérito [...], pero, dejemos ese punto, pues como dice un modernísimo escritor francés —hay algo mucho más difícil de hacer que implantar una idea verdadera y es desarraigar una falsa—» (1935: 460). Como la época colonial es parte de la historia nacional, en ella tendría que haber también aspectos positivos. Oswaldo Holguín, para explicar la índole de las primeras tradiciones de Ricardo Palma, ha señalado una motivación nacionalista para incorporar la historia colonial a la nacional (Holguín 1994: 379)[41]. En efecto, el nacionalismo, entendido como lo vimos en el primer capítulo, es decir, el que engendra tradiciones y naciones, en la línea de Hobsbawm, fue el móvil para lo indicado.

[41] En una reciente publicación, Holguín aporta más luces al asunto al ocuparse de la imagen que los escritores románticos peruanos tuvieron respecto del pasado colonial. Ellos, aunque heredaron la visión negativa sobre la época virreinal, lograron aceptarla reconociéndola como parte de la historia general del Perú e, incluso, exhibieron una alta valoración por ella (Holguín 2002: 658-664).

Otro importante esfuerzo en la práctica historiográfica sobre la época colonial lo representó la labor de edición documental y bibliográfica que dirigió el coronel Manuel de Odriozola, quien nació en Lima en 1804. Siendo aún adolescente, se unió a las fuerzas patrióticas de José de San Martín y tuvo una actividad señalada en la accidentada vida política del Perú decimonónico. Fue un destacado director de la Biblioteca Nacional desde 1875 hasta la ocupación de Lima por parte de las tropas chilenas, en 1881. Falleció en 1889[42]. En su colección documental, *Documentos históricos*, se encuentran reunidas importantes fuentes coloniales, de la emancipación, sobre la guerra con Colombia y acerca de las administraciones de José de La Mar y Agustín Gamarra (Odriozola 1863-1877a). Ciertamente, la publicación de fuentes primarias constituyó un estímulo a la investigación. Además, nos interesa subrayar los pioneros trabajos que Odriozola compiló, reeditándolos, en sus *Documentos literarios*, los que incluyeron, entre otros aportes al conocimiento de la historia peruana, *Las tres épocas del Perú o compendio de su historia* de José Córdova y Urrutia, primer intento de una historia general del Perú, publicado originariamente en 1844; las *Noticias históricas y estadísticas* del mismo autor, que vio la luz por primera vez en 1839; la precursora biografía de Hipólito Unanue, hecha con afecto por Benjamín Vicuña Mackenna en 1861; los eruditos estudios de historia eclesiástica de la pluma de José Toribio Polo: «Apuntes sobre Trujillo y sus obispos» y «Apuntes sobre la historia eclesiástica de Arequipa»; etcétera (Odriozola 1863-1877b). Finalmente, el coronel Odriozola también colaboró con la historia sísmica del Perú, pues en 1863 editó *Terremotos. Colección de las relaciones de los más notables que ha sufrido esta capital* (Odriozola 1863).

[42] Hubo de presenciar la toma del material bibliográfico y documental que el ejército chileno, como insólito trofeo de guerra, se llevó a Santiago. Protestó, en carta pública, con enérgico patriotismo, por el saqueo del que estaba siendo objeto la Biblioteca Nacional.

El estudio del antiguo Perú

Es indudable que el Perú republicano, tal vez más que otros países de América del Sur, tenía razones para mirar su pasado lejano con satisfacción. La historia incaica, específicamente las instituciones, el supuesto orden y equilibrio obtenidos, así como la civilización alcanzada eran, entre otras, las causas que explicaban ese orgullo. Los historiadores decimonónicos, como los intelectuales dieciochescos, incorporaron en su bagaje los logros culturales alcanzados por los incas. Pero, en los investigadores del siglo XIX fue mucho más clara esta inclusión, con lo cual demostraban la existencia del país desde tiempos inmemoriales. Con la construcción del *Estado-nación* en marcha, se utilizó a la civilización incaica para demostrar la continuidad histórica del Perú y cumplir con el objetivo de presentar un pasado glorioso. Aunque aquellos historiadores no se identificaron étnica y culturalmente con la población andina, sí integraron a los incas como parte del conjunto.

Un caso particularmente interesante, por lo temprano y bien documentado, es el de Mariano Eduardo de Rivero, de la generación de fundadores de la historiografía[43]. En 1851, publicó en Viena *Antigüedades Peruanas*, en colaboración con el médico y filósofo suizo Johan Jakob von Tschudi, reconocido peruanista. En el estudio sobre el legado material de los incas, Rivero exhibió una especial admiración. Describió con detalle científico los templos y palacios incaicos, su

---

[43] Mariano Eduardo de Rivero y Ustáriz nació en Arequipa en 1798. Fue un científico y sabio enciclopédico. Siendo aún niño, viajó a Europa a formarse científicamente. En 1825 regresó al Perú para contribuir con el progreso de la nación independiente, a través de la investigación del potencial de los recursos naturales del país, en particular la agricultura y la minería. En 1826, el gobierno peruano lo nombró director general de Minería, Agricultura, Instrucción Pública y Museo, posición desde la cual fundó el Museo Nacional de Historia Natural, Antigüedades e Historia del Perú, siendo su primer director. Durante las presidencias del mariscal Ramón Castilla fue nombrado gobernador del departamento de Junín (1845), gobernador del departamento de Moquegua (1848) y cónsul general del Perú en Bélgica, desde 1851 hasta 1857. Falleció en París en 1857 a los 59 años de edad.

arquitectura interior y exterior y las obras para comunicar al Imperio, como caminos, puentes y tambos, para lo cual ponderó los aportes de los cronistas que se ocuparon del asunto (Rivero y Tschudi 1851: 237-298). La ocasión fue propicia para refutar a los ilustrados europeos que, como vimos en el segundo capítulo, cuestionaron la existencia de esos monumentos. De la opinión de Raynal dijo: «no se puede caracterizar de otro modo que por una emanación del escepticismo de un publicista que sacrificaba toda verdad histórica a sus preocupaciones, y espíritu de partido» (1851: 256). Esos monumentos, cuya huella es imborrable, serían la mejor prueba para rebatir tan equivocadas ideas[44]. El grado de civilización alcanzado por los incas, según Rivero, fue superior; las obras materiales que legaron, que juzga como maravillosas, son la demostración y, por tanto, un símbolo de identificación nacional, que no solo permite avivar el patriotismo, sino que distingue a este país de los demás. Al diferenciar de ese modo al Perú, Rivero le otorgó el requisito básico de singularización que debía tener toda nación, según la entendía el proyecto occidental y, además, lo dotó de una larga continuidad histórica, con un pasado glorioso. El Perú, en este pensamiento, estaría muy lejano de ser una nación nueva; por el contrario, sería una nación muy antigua con su origen en el tiempo incaico. Los incas son los antiguos peruanos, cuyos logros le pertenecen a la comunidad del presente.

A partir de la publicación de la *Revista Peruana* se iniciaron más sistemáticamente los estudios sobre el Tawantinsuyu. Allí, Sebastián Lorente dio a conocer su *Historia de la Civilización Peruana*. Sin lugar a dudas, representa la obra más acabada de este historiador, expresión clara de su madurez intelectual. La admiración por la civilización incaica

[44] Sus palabras fueron: «Felizmente las ruinas de los monumentos, cuyos maravillosos recuerdos deslumbran la prosaica imaginación de los citados autores, probarán a los siglos remotos la veracidad de los historiadores antiguos, y mostrarán la nulidad orgullosa de ciertos filósofos, que juzgaron la verdad histórica al nivel de sus especulaciones erróneas» (Rivero y Tschudi 1851: 257).

y su inclusión en la vida del Perú se nota desde el título; también en apreciaciones como la siguiente:

> Lo que entre los griegos consiguió difícilmente Licurgo [...] fue realizado por Manco Capac y sus sucesores en escala vastísima, haciéndose solidario el destino de las comunidades y provincias, sin trastornos, ni crímenes, sin holgazanería, ni violencias, en dulce paz, con bienestar común, con la regularidad de un convento y con las aspiraciones concertadas de una familia, cuyos individuos están cordialmente unidos (Lorente 1879: 4-5).

En verdad consideraciones como la anterior son comunes en la obra. Lorente es un buen ejemplo de cómo los historiadores del siglo XIX reforzaron la imagen utópica de los incas, proveniente de algunos cronistas coloniales como Garcilaso y reiterada en el *Mercurio Peruano*. El incanato, entonces, se presenta como una organización administrativa tan eficiente que no habrían existido mayores necesidades sociales, nuevamente en el interés de ofrecer un pasado generador de orgullo y, por tanto, de cohesión, pues, como ya afirmaron Renan y Anderson, la existencia de ese pasado resulta el legado más valioso de las naciones. Pero, Lorente avanzó más pues definió el carácter peruano en el «espíritu comunal»:

> Lo que la civilización del Perú ha ofrecido de más extraordinario y permanente en el estado social ha sido el espíritu comunal, que apareció en los albores de la vida civil, recibió una organización admirable en el imperio incaico, dejó sentir su influencia bajo los virreyes, y aún no ha desaparecido enteramente (1879: 4).

Al definir el carácter comunal y solidario de la población andina como existente previamente a la llegada de los incas y que sobrevive a su caída, no atribuye esta característica a la obra civilizadora de aquellos gobernantes, sino que dicho carácter le sería esencial al poblador andino. El «genio» del pueblo del que hablaba Herder, o el «ser» nacional al que se refería Fichte, sería el «espíritu comunal» en el caso de la

población andina, a quien Lorente llama «peruana», para hacer más evidente la continuidad y comunidad históricas. Con ello, Lorente ingresó una noción que recién en la segunda mitad del siglo XX fue retomada por la historiografía peruana, especialmente a partir de los trabajos etnohistóricos de John Murra, que mostraban cómo la «reciprocidad» era una noción andina, no solo incaica, pilar de la organización social y económica del ayllu andino y no solo del Estado inca (Murra 2002). Esto dio por resultado una nueva historiografía sobre los incas, a lo que, obviamente, Lorente no llegó. Más bien, él creyó en una organización estatal socialista. Los gobernantes incas habrían tenido el mérito de construir un Estado, un Imperio, sobre la base del ser constitutivo del poblador andino: «El prestigio divino del gobierno imperial permitía realizar lo que se habría podido considerar como una utopía socialista: el egoísmo cedía al espíritu de fraternidad; la familia se subordinaba a la comunidad» (Lorente 1879: 146).

La supuesta condición de «socialista» del Estado incaico es otro de los aportes de Lorente, que marcó la discusión del pensamiento histórico peruano durante la primera mitad del siglo XX; el indigenismo no escapó a ella, ni tampoco José Carlos Mariátegui o Jorge Basadre. Con todo, el liberalismo de Lorente lo terminó conduciendo a criticar el socialismo incaico que, según consideró, habría ejercido un excesivo control estatal, limitando la creatividad y la libertad individual. Ahí estaría, finalmente, la causa de la caída del Imperio, pues el desarrollo de la familia, la unidad básica de la sociedad, habría sido muy imperfecto: «Tales serán siempre los efectos del socialismo que, violentado el corazón humano, sacrifica a la fraternidad oficial los sentimientos más íntimos, más dulces y más generosos, fuente inagotable y pura de la más deliciosa abnegación» (1879: 153-154). Así, Lorente se adelantó cincuenta años a las tesis sostenidas por Louis Baudin en *El imperio socialista de los incas* (1973), libro escrito en 1928 no tanto para reconstruir la organización política incaica cuanto para censurar fuertemente al socialismo como un sistema opresor.

Dentro de la óptica de estudiar el Antiguo Perú, José Toribio Polo publicó en la *Revista Americana* su monografía sobre lo que hoy se conoce como estela Raimondi. El artículo describe de manera minuciosa el edificio chavín denominado El Castillo y la simbología de los grabados presentes en la estela, pero Polo consideró que ella pertenecía al tiempo de los incas. Para él, la fortaleza sería parte de la línea militar del imperio incaico y su objetivo habría sido conservar la integridad del territorio conquistado (Polo 1900: 4). También se ocupó de las creencias religiosas. Para Polo los hombres del Viejo Mundo llegaron al Nuevo siendo monoteístas, creyendo en el dios verdadero, pero aquí poco a poco se habrían apartado de esta creencia, acercándose al politeísmo, información que bebió de los cronistas. El inicial monoteísmo lo ve probado en el hecho de que los antiguos peruanos habrían creído en Wiracocha, que sería principio de todo, creador y alma del mundo; esa misma divinidad habría tenido el nombre de Pachacamac o también Inti, según las regiones en las que se desarrolló el culto (1900: 17). Para Polo, el ídolo representado en la estela chavín sería el propio dios Sol (1900: 37)[45]. Por su parte, Lorente describió un imperio que propagó el culto al sol a todas las regiones conquistadas, una suerte de «evangelización» solar que al implantar el nuevo culto desterraba el anterior: «Llamándose hijos del Sol marcharon a la conquista del

[45] Muchas de las afirmaciones de Polo, a la luz de las actuales investigaciones, no pueden sostenerse. El hecho de que insistiese en encontrar semejanzas entre las culturas asiáticas con las americanas le impidió hacerse preguntas más inmediatas e importantes como las probables relaciones de Chavín con Tiahuanaco, que ya Raimondi había sugerido. Por otra parte, posteriores interpretaciones sobre la estela invalidan el supuesto origen incaico y la simbología que pretendió encontrar Polo (Kauffmann Doig 1964: 199-200). Sin embargo, esta monografía representó el primer estudio serio que se ha hecho sobre el tema y fue Polo el que acuñó el nombre de Lanzón Monolítico para definir ese resto arqueológico, que es el que hasta hoy utilizamos (Dager 2009a: 83-86). Más aún, el dibujo que publicó sobre la estela fue un diseño bastante cercano a la realidad y «la mayoría de los dibujos de la Estela Raimondi, inclusive los publicados en los estudios de Tello, han sido copiados o reproducidos del dibujo de Polo» (Kauffmann Doig 1964: 198).

Mundo para imponérsele su culto» (Lorente 2005: 96). Esta noción fue una verdad poco cuestionada en la historiografía peruana hasta, al menos, la década de 1970, cuando se empezó a comprender que el culto solar cusqueño, en tiempos de los incas, no fue exclusivo ni excluyente (Pease 1992: 145-160).

En el estudio de la época andina, además, los historiadores se ocuparon del territorio, del aspecto geográfico, como una «introducción ilustrativa al estudio de la civilización» (Belaunde 1987: 76). En ello se puede observar la influencia de la historiografía europea, pues ya Thomas Buckle sostenía, durante las primeras décadas del siglo, la tesis de que el medio geográfico influía en el desarrollo de las sociedades humanas[46]. De hecho, la importancia del estudio del aspecto geográfico se encuentra en las obras de Prescott, Lorente y Wiesse (Belaunde 1987: 71-75). Esta fue una idea tan arraigada en el medio que cuando Ricardo Palma realizó su ácida y justificada crítica a la *Historia Compendiada del Perú* del padre Cappa, afirmó que ese texto «empieza por no dar idea geográfica del país, teatro de los acontecimientos en que el historiador va a ocuparse» (Palma 1961: 1479)[47]. Por otra parte, a partir de la tercera generación de historiadores, los temas y fuentes se amplían, por lo que es posible percibir un inicial interés etnolingüístico, que tiene en las investigaciones de Pablo Patrón al mejor exponente[48].

---

[46] Gooch asegura que desde la segunda mitad del XIX en los estudios europeos sobre la civilización, «el escenario fue la primera consideración», pues se creía que el desarrollo cultural era un proceso natural fuertemente condicionado por la raza, la geografía y el clima (Gooch 1942: 570-571, 576 y 581).

[47] En varias de las monografías de José Toribio Polo podemos notar que él también utilizó los datos provenientes de la geografía para construir la historia y ofrecer el contexto en el que se desarrolló la civilización, en especial aquellas referidas al tiempo prehispánico. Pero no solo en ellas, sino también cuando se ocupa de biografiar a los obispos de Arequipa y Trujillo, puesto que allí consigna un acápite introductorio en el que da cuenta de la región (Dager 2000a: 111-124).

[48] El doctor Pablo Patrón nació en Lima en 1855 y falleció en la misma ciudad en 1910. Fue un médico con fuertes intereses humanistas, coleccionista, erudito y asiduo lector de Spencer. Publicó, sobre todo, en *El Ateneo,* el *Boletín de la Sociedad*

En 1900, publicó en Lima *Origen del quechua y del aymará*, obra en la cual sostiene el origen caldeo de los antiguos peruanos por supuestas coincidencias entre las lenguas asiria y sumeria con la quechua y aimara (Patrón 1900). Asimismo, José Barranca trató sobre la raíz Kam y sus derivados en el quechua y Horacio Urteaga analizó el valor etimológico del nombre «Atahuallpa» (Barranca 1906: 60-64, Urteaga 1908: 247-253). En la investigación que José Toribio Polo realizó sobre los uros del lago Titicaca también existe un estudio sobre su lengua, acompañado de un vocabulario básico (Polo 1901).

Aquellos investigadores, al menos para el estudio del pasado prehispánico, empezaron a cuestionar la absoluta validez de los cronistas. Pablo Patrón, por ejemplo, advirtió que para realizar la historia de los incas, las crónicas no eran siempre verosímiles. Sobre Montesinos dijo: «Vacíos y errores los tiene, sin duda, pero en esto *no se diferencia de los demás historiadores y cronistas de Indias*, que cual más cual menos, todos se encuentran en el mismo caso» (Patrón 1906: 303; las cursivas son nuestras). Por su parte, José Toribio Polo consideró que no era posible usar solo a Garcilaso a la hora de estudiar al incanato, ya que en su obra se encuentra «la mitología del imperio incásico con pretensiones de historia» (Polo 1891: 28). Incluso, afirmó que era necesario ir más allá de las crónicas y prestar atención a las lenguas, las ruinas, las huacas, etcétera (1891: 29). Ello les permitió vislumbrar la existencia de civilizaciones anteriores a los incas. Manuel González de la Rosa, como sugiere Riviale, tiene el indiscutible mérito de haber considerado que la presencia de una serie de monumentos probaría la existencia de culturas anteriores al Tawantinsuyu[49]. Así lo expresó don Manuel:

Geográfica y en la *Revista Histórica*. Se le consideró como miembro fundador del Instituto Histórico del Perú

[49] El presbítero Manuel González de la Rosa nació en 1841; estudió en el Seminario de Santo Toribio, donde enseñó Religión y fue nombrado director de Estudios en 1865, al regresar de Roma, donde cursó su doctorado en Teología. Publicó en especial en la

> […] otros monumentos no menos irrecusables, por su estilo y antigüedad, no dejan duda de que en otros puntos del Perú como Vilcas, Huaitará, Huánuco, Lima, Chincha, Trujillo, Chachapoyas, etc., hubo centros de civilización anteriores, y con tradiciones más o menos diversas de las de los incas (en Riviale 1997: 283)

Incas sí, indios no[50]

Es inobjetable que los primeros historiadores peruanos, abstracción hecha de la generación a la que pertenecieran, no extendieron los sentimientos de admiración por la cultura incaica a la población andina en general y, menos aún, a la deprimida realidad que atravesaba en aquel entonces. No deja de ser paradójico que al propósito nacionalista de enorgullecerse del pasado inca no lo hubiese acompañado uno de valorar a quienes eran los descendientes más directos de aquellos antepasados. Nuestros historiadores juzgaron la realidad andina del presente al interior de una perspectiva etnocentrista y prejuiciosa que asociaba lo moderno con lo urbano y occidental, lo que les impidió reconocer el valor propio de lo que estaban estudiando. Luis Carranza, médico con inclinaciones humanistas y antropológicas, interesado en descubrir las «condiciones intelectuales» de los pobladores andinos, reflejó bien esta situación pues, en una generalización injustificada, concluyó que en el «indio» nada revelaría un sentimiento estético, antes bien, «los vestidos […], las combinaciones de los colores manifiestan gusto poco conforme con lo bello» (Carranza 1892: 29). El historiador Sebastián Lorente, quien tanto se preocupó por rescatar los logros alcanzados por la civilización incaica, afirmó con razonamiento generalizador que los indios «yacen en la ignorancia», son «cobardes y holgazanes», no tienen «ningún sentimiento elevado», «vegetan en

Revista Peruana y en la *Revista Histórica*. Trabajó con el coronel Odriozola en el Biblioteca Nacional, entre 1878 y 1880. En 1882 se exilió en Europa, donde vivió más de veinticinco años. Falleció en 1912.

[50] Tomamos prestado el título del famoso y clásico estudio de Cecilia Méndez (1993).

la miseria», «viven en la embriaguez y duermen en la lascivia». Por lo tanto, «la mayoría de los indios es extraña a los progresos de la civilización» (Lorente 1967: 23). Don Modesto Basadre, quien había admirado las ruinas de Tiahuanaco, las cuales revelarían haber sido construidas por pueblos muy adelantados en la civilización, al referirse a los indios uros que conoció, no encontró ningún problema lógico en expresar que en el presente no habían dado «un sólo paso en el camino de la civilización» (Basadre 1894: 191). Además, según Basadre, serían «unos verdaderos brutos en cuanto a la moralidad e ilustración», «seres inútiles, sólo piensan en su balsa, en su modesta familia, en conseguir lo suficiente para emborracharse». Indolentes pasarían por la vida sin ningún interés en el progreso, verían desde sus balsas los trenes de Arequipa a Puno y «no se mueven siquiera para contemplar tan grande adelanto de la edad presente» (1884: 202-203). Algunos años más tarde, José Toribio Polo también estudió a los uros del Perú y Bolivia, y llegó a conclusiones muy similares a las de su predecesor. Aunque en otros trabajos demostró valorar el pasado andino, al referirse a los individuos que él entrevistó para formar su vocabulario dijo que eran «torpes y agrestes»; esos hombres se conservarían en «estado primitivo» (Polo 1901: 3).

El objetivo de rastrear los grados de «civilización» y «progreso» a los que habrían accedido las sociedades prehispánicas no era nuevo. Hemos visto cómo los ilustrados europeos lo utilizaron para desvalorizar los logros del pasado de las civilizaciones americanas prehispánicas, y también cómo los ilustrados criollos, con la misma lógica de base, se les opusieron ensalzando el pasado andino[51]. En el siglo XIX, los historiadores peruanos aplicaron dicho razonamiento, pero ahora para juzgar el presente de las sociedades andina, y no su pasado, no solo continuando

[51] Ya desde la segunda mitad del siglo XVIII, en las historias naturales y civiles sobre América se rastreaban los grados de «civilidad» que desarrollaron los pueblos indígenas antes de la conquista española (Peralta 2006).

una antigua tradición, sino porque, además, estaban imbuidos de nociones relacionadas con la concepción de un progreso evolutivo lineal, donde la etapa cronológica posterior debía de ser siempre más civilizada que la anterior, influidos por las teorías spencerianas en boga en esos tiempos[52]. Sin duda, el Perú no resultó una excepción de lo ocurrido en Latinoamérica, en donde, según Mónica Quijada, a partir de la segunda mitad del siglo XIX fue imponiéndose el ideal de construir no ya una nación «cívica», sino una nación «civilizada» vinculada a una cohesión social fundada en entender todo lo no occidental como heterogéneo, incivilizado e «inferior» (Quijada 2003: 306-315).

En el Perú esta situación tuvo un ingrediente adicional. Aquí resultó imposible excluir absolutamente la realidad andina. El Perú andino había quedado plasmado en los emblemas patrios que acentuaban las bondades de los recursos naturales de los Andes. Y, especialmente, en la positiva valoración de lo inca. En la imagen nacional, lo inca, la «civilización peruana», cumplía el importante rol de proveer a la comunidad el pasado glorioso, en el sentido de Renan, que precisaba para favorecer su integración y, más todavía, la existencia de los incas era lo que realmente distinguía al país de los demás, europeos o latinoamericanos. Si esto era así, había que, paralelamente, asumir como connacionales a los descendientes directos de los incas, a los indios. Pero, con ellos los historiadores no lograron identificarse. De hecho, la contradictoria paradoja atormentaba, por ejemplo, a Modesto Basadre, quien se preguntaba, no sin zozobra: «¿Cómo considerar como hermanos a hombres que jamás

[52] Bradford Burns ha señalado que los historiadores latinoamericanos del siglo XIX seguían la noción de progreso postulada por Spencer, es decir, lo entendían como aquella marcha lineal y evolutiva hacia el establecimiento de la perfección (Burns 1978: 414). Jorge Basadre y David Sobrevilla, quienes se han ocupado en más de una ocasión del tema, comparten plenamente esa opinión (Basadre 1963-1968, tomo VII: 155-158, Sobrevilla 1980: 155). Vale la pena subrayar que algunas publicaciones periódicas limeñas dieron a conocer trabajos de Spencer. Por ejemplo, en el año 1885, en varios números de *La Revista Social*, se publicó el artículo de Spencer: «¿Cuál es el saber más útil?» (*La Revista Social* 1885, números 16-25).

han oído siquiera mencionar los nombres de nuestros grandes oradores, de nuestros grandes hombres de Estado, de nuestros sabios patriotas?» (Basadre 1884: 203). ¿Cómo conjugar, entonces, el pasado glorioso con el presente deprimido, cómo establecer la continuidad histórica entre los incas y la población andina contemporánea, cómo conciliar la admiración por una cultura y sus logros del pasado con el desprecio en el presente a esa cultura?

La respuesta a aquellas preguntas puede resumirse como la «teoría de la degeneración»[53]. Aunque, en estos casos, es siempre complicado establecer una separación rígida entre los ámbitos biológico y cultural, dicha teoría, si bien racista, no se fundó exclusivamente en la biología, sino especialmente en el ámbito cultural, en elementos sociales y económicos, contextuales e históricos. Para los historiadores decimonónicos, la conquista y la explotación colonial habrían convertido a los indígenas actuales en descendientes degenerados de los respetados incas: «La conquista —decía Luis Carranza— ha paralizado su inteligencia, la ha dejado inmóvil, y desde entonces ha permanecido casi inmutable» (Carranza 1892: 31). En 1854, en un artículo periodístico en *La Voz del Pueblo*, Sebastián Lorente se expresó con estas crudas palabras: «La servidumbre ha degradado al indio hasta el extremo que unos le consideran como un ser llevado por el mal, y otros le comparan con una estúpida llama» (Lorente 1967: 23). Años después, en 1879, ya en una obra académica, Lorente, entonces decano de la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos, insistió en su lógica. En *Historia de la Civilización Peruana* afirmó:

> Con la opresión secular llega a deteriorarse el cuerpo junto con las dotes del espíritu: la fisonomía de ciertos indígenas ofrece el aire de las razas decrépitas, hay ausencia total de lozanía, falta la frescura que anima las razas llenas de juventud y de porvenir (Lorente 1879: 46).

[53] Véase un análisis a propósito de este tema en: Portocarrero y Oliart (1989: 90-93).

Según Gonzalo Portocarrero, el propósito de sostener esta supuesta degeneración era reconocer el legado cultural de los incas y alejarse de los indios, rechazando que los actuales pobladores andinos representen la continuidad biológica de los incas (Portocarrero y Oliart 1993: 90-93). Nelson Manrique, por su parte, sigue esta opinión y concluye, aún más enfáticamente, que la teoría de la degeneración terminó postulando que los indígenas contemporáneos eran racialmente distintos que los incas (Manrique 1999: 15-17). Para ambos autores, los textos de Lorente habrían difundido con extensión la mencionada teoría. Nuestra interpretación, sin embargo, difiere de lo que se ha sostenido. Creemos que el propósito fue solucionar la paradoja existente entre la unánime apreciación negativa sobre el indio actual y la visión a todas luces favorable de su pasado, pues los historiadores, como veremos, entendieron claramente que el poblador andino contemporáneo —y degenerado— era descendiente de los incas, no se plantearon la existencia de razas distintas. Es un intento de conciliación lógica entre dos verdades que se veían como evidentes. Asimismo, mucho más que la obra histórica de Sebastián Lorente, fueron los textos escolares de Carlos Wiesse los que difundieron aquel convencimiento[54]. La cruel explotación física aplicada por los españoles y la falta de instrucción, según Wiesse, serían las razones para explicar la mengua cultural de la población andina, a tal punto que en el

---

[54] Carlos Wiesse Portocarrero nació en Tacna en 1859. Estudió en la Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos, en la que se graduó como doctor en Letras en 1884. También se recibió de abogado en 1879 y de doctor en Ciencias Políticas y Administrativas en 1902. Desempeñó importantes misiones en el servicio diplomático: adjunto a la legación acreditada ante el gobierno de Quito en 1880, durante la guerra con Chile; oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores entre 1888 y 1892; encargado de Negocios en Suiza (1894-1901). Su acción más fecunda se desarrolló en la enseñanza: profesor del Instituto de Chiclayo, que él mismo fundó, entre 1881 y 1883; profesor en la Facultad de Letras de Universidad San Marcos, donde tuvo a su cargo desde 1909, el curso Historia Crítica del Perú, cátedra que él fundó. Fue discípulo dilecto de Sebastián Lorente y maestro de grandes historiadores peruanos del siglo XX, como José de la Riva-Agüero y Jorge Basadre. En 1945, a los 86 años de edad falleció en la ciudad de Lima.

heroico tiempo de la Independencia, los indígenas se enfrentaban entre sí y fueron incapaces de combatir a los verdaderos opresores:

> En la ignorancia en que éstos [los indios] se encontraban de sus derechos, nunca consiguieron derrocar a sus opresores; antes bien les servían para combatir a los de su misma raza, según sucedió cuando la rebelión de Túpac Amaru. Más tarde ellos mismos formaron la parte principal de los ejércitos que los generales españoles levantaban para combatir a los patriotas (Wiesse 2005: 162).

Los descendientes degenerados de los admirados incas, entonces, ni siquiera habrían podido vislumbrar quienes eran sus explotadores ni participar activamente en el hecho histórico fundacional por excelencia. ¿Qué hacer entonces con esta población?, ¿cómo considerar a los indios «hermanos», según inquiría Modesto Basadre? La solución fue occidentalizarlos. Pero, si la solución encontrada fue educarlos es porque la teoría de la degeneración ponía el acento en una explicación no tanto racial-biológica, cuanto contextual y cultural, en la explotación a la que fue sometida la población andina. Ese razonamiento le permitía a Modesto Basadre afirmar que en tiempos prehispánicos hubo indios «muy superiores en inteligencia a los de la época de la conquista» (Basadre 1884: 72-73). En efecto, según Lorente, el indio contemporáneo no es «tal cual Dios lo ha formado» (Lorente 1967: 23). No hay nada «en los vicios que se atribuyen a los indígenas, *que no sea obra del artificio y de la violencia*». Entonces, con una educación «liberal, inteligente y moralizadora», creía Lorente, todos esos defectos «han de desaparecer». (1879: 46-47; las cursivas son nuestras).

Aunque nos hemos servido del tan acertado título de Cecilia Méndez para nombrar este acápite, creemos, sin embargo, que es posible hacer una precisión al «Incas sí, indios no»; es decir, sostenemos que el «Incas sí» forzó a incluir en la imagen nacional al indio. En cambio, Méndez afirma que lo «peruano» se forjó «a partir de la exclusión y desprecio del indio», por lo que el nacionalismo criollo que se consolidó después de la Confederación definió lo nacional «no tanto

en función de un rechazo xenófobo a lo extranjero, sino, fundamentalmente, del desprecio o segregación de lo indio» (Méndez 1993: 15 y 25). Pero, como en las elaboraciones sobre lo «nacional-peruano», se incluyó a lo inca como elemento distintivo de la nación, una elemental lógica obligó a incluir también a la realidad andina, a la población indígena contemporánea a la que, finalmente, se la concibió como descendiente del inca. Tan cierto es esto que los intelectuales y los historiadores tuvieron que elaborar una «teoría», la de la degeneración, para conciliar el desfase entre un pasado que admiraban y un presente que despreciaban. El «Incas sí» presentó como imposible asumir el «indios no» de un modo absoluto. Fue un «no» hasta conseguir que lo que tenían en «potencia» se convirtiese en «acto», para usar la fórmula aristotélica. Y, en efecto, se creyó que algo había en potencia porque esa «raza» o civilización —y no otra— ya había demostrado los adelantos que podía lograr. Según Lorente: «ahí está la historia, que desmentiría su pretendida ineptitud con los hechos que atestiguan su cultura» (Lorente 1879: 46). El «Incas sí» hizo que estos historiadores confíen que con una correcta educación occidental, esos indios podrán sentirse parte de una nación que debía ser «compacta», según creía el general Mendiburu. Al acercarlos a los progresos de la civilización se obtendría, en palabras de Mendiburu, «un cambio radical y verdadero en unas masas numerosas en cuyo beneficio debemos pensar seriamente» (Mendiburu 1874).

Quizá estos historiadores representen la continuación de esas «voces discordantes» que Charles Walker identificó para la centuria dieciochesca (Walker 1995: 89-112). No hubo entre los historiadores del Perú decimonónico un nacionalismo que excluyese absolutamente a la población indígena, proyecto que, de haber existido, no hubiera podido concretarse en un país con una clara mayoría indígena, tan numerosa que era impensable confinarla en una locación y de indudable presencia en las urbes. Tal vez eso fue peor que la exclusión o segregación porque se terminó por incluir como inferiores a los sectores subalternos.

Fue el costo del intento de homogeneización cultural, característico no solo de América Latina, sino propio del proceso de construcción del *Estado-nación*, aunque, tal vez, el peso con el que se sufrió aquí fue mayor. Se pretendió hacer calzar a las mayorías sociales dentro de los moldes burgueses y occidentales y, entonces, el proyecto educativo se orientó a crear una cultura que borrase la heterogeneidad. No se tuvo la suficiente visión para comprender que, al menos en el Perú, la diversidad cultural era —y es— su mayor constituyente y su más rica característica.

Proyecto nacional e historiografía burguesa

Una visión general sobre el Perú: Lorente y Palma

Ofrecer una imagen de conjunto sobre el pasado de la nación resulta fundamental para la burguesía, pues en base a ella «inventa» una imagen nacional del país, la cual contribuye a la integración y a la edificación del *Estado-nación*. No era tarea fácil, sin embargo, para los peruanos mirar globalmente el pasado cuando el horizonte actual les presentaba una realidad heterogénea y poco estructurada. Por eso, la Alemania recién unificada es, de los casos europeos, el que, tal vez, se asemeje más al contexto histórico peruano, un país en formación, con una muy variada y extendida diversidad cultural. Pese a lo cual, ambas clases dirigentes apostaron por la homogeneización, según lo exigía el nuevo modelo político[1]. En ese sentido, las visiones de conjunto que presentaron Sebastián Lorente y Ricardo Palma adquieren especial relevancia.

Aunque no fue peruano de nacimiento, la profunda dedicación a la historia patria de Sebastián Lorente, nacido en Murcia, España, en 1813,

---

[1] Jürgen Kocka ha mostrado, precisamente, cuán importantes fueron en la Alemania previa a la Unificación y en la de las décadas posteriores, las políticas educativas con afán cohesionador, lo que, ciertamente, incluyó también a la historiografía (Kocka 2000: 21-83).

justifica de sobra su inclusión en este trabajo, amén que se identificó plenamente con nuestra nación y su historia política. Estudió en su país natal Humanidades y Teología, a la par que Medicina y Jurisprudencia. Vino al Perú en 1843 y se dedicó a enseñar en el Colegio Guadalupe. Al año siguiente asumió la dirección del plantel y, a partir de ahí, formó parte indiscutida de la intelectualidad residente en Lima. Lorente fue uno de los pocos, entre los primeros historiadores del Perú, que a su vez se dedicó a la vida universitaria; fue profesor de la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos, en la cual llegó a ejercer como decano. Falleció en 1884.

Don Sebastián impuso a sus publicaciones un claro carácter de difusión y algunas de sus obras fueron síntesis, magistralmente redactadas, de trabajos de otros autores; por ejemplo, su *Historia de la conquista* debe mucho a la de Prescott. Esta característica llevó a José de la Riva-Agüero a calificarlo de «vulgarizador»; en su tesis doctoral, apenas si le concedió un par de páginas —de más de quinientas—, en verdad poco empáticas (Riva-Agüero 1965: 495-496). Gabriel Ramón y Gonzalo Portocarrero han sugerido que este severo juicio se debió más a razones de discrepancia ideológica, el uno conservador, el otro liberal (Ramón 1995, Portocarrero y Oliart 1989: 25-37 y 71-77)[2]. Si bien Riva-Agüero se excedió en su celo académico, no queda duda, por otra parte, que su exigencia era plenamente válida. Demandaba ver en la obra de Lorente un logro alcanzado por la disciplina histórica decimonónica, es decir, un uso intensivo de las notas a pie de página, donde se consignasen las referencias documentales, pues, como vimos en el primer capítulo, dicho aparato crítico definía a la Historia como un saber autónomo con método propio. Lorente no siempre lo hizo y tuvo

[2] En la infravaloración que hizo Riva-Agüero de la obra de Lorente tal vez jugaron elementos extraacadémicos, como alguna discrepancia juvenil frente a lo establecido por el maestro. Pero no creemos que las diferencias ideológicas y políticas hayan resultado fundamentales, pues en aquella época el joven Riva-Agüero —de no más de veinticinco años— estaba aún lejos de su reconversión al catolicismo.

que enfrentar las críticas de sus colegas, no solo en el Perú[3]. La obsesiva insistencia de valorar «formalmente» toda obra histórica, según el nuevo paradigma aceptado en Europa, impidió a Riva-Agüero y a varios de los contemporáneos de Lorente reconocer su real mérito: él fue quien logró confeccionar una imagen de conjunto de la historia del virreinato peruano y, aún más, de la historia del Perú en general.

En efecto, en 1861 publicó la ya mencionada *Historia de la conquista del Perú*. Luego, en 1863, apareció el primer tomo de la *Historia del Perú bajo la Dinastía Austríaca (1542-1598*) y en 1870, el segundo que se extendió hasta el fin del gobierno de los Austrias. En 1871 dio a la luz *Historia del Perú bajo los Borbones (1700-1821)*, con lo que completaba la visión general de la historia peruana durante la etapa colonial. Y su pluma logró suscribir en 1879, su también mencionada *Historia de la Civilización Peruana*, referida al tiempo prehispánico. Lorente se ocupó también de los primeros años republicanos, en especial en sus textos escolares, con lo cual completó la tan ansiada historia general del Perú. Uno de esos textos escolares, la *Historia del Perú compendiada para el uso de los colegios y de las personas ilustradas*, publicada ya en 1866, es de los manuales editados hasta ese momento, el que abunda en mayor información y que ofrece a un público amplio una

[3] Además de Riva-Agüero, José Toribio Polo fue uno de sus férreos críticos y afirmó que los lectores que gustaran de la historia novelada, encontrarían en la obra de Lorente, «trozos galanes y pinturas de manos maestras» (Polo 1870). Otro ejemplo, fuera del Perú, lo tenemos en la opinión de Diego Barros Arana, quien reseñó la *Historia de la conquista del Perú*. Si bien elogió la obra, censuró severamente el hecho de que Lorente no incluya notas y referencias respecto de los documentos en los que se apoya. Las palabras del crítico son: «Un historiador inglés que goza de alguna reputación, M. Alison, ha hecho a M. de Lamartine una crítica que es enteramente aplicable al historiador del Perú: "Este defecto no sólo priva a su obra de todo valor como libro de referencia, sino que le hace a él mismo un grave mal inclinando a sus lectores a que crean que todo cuanto dice es una ficción, y que si no se señala autoridades es porque no las tiene". Los que no conocen —concluye Barros Arana— los documentos u otras historias, pueden abrigar las mismas dudas respecto de una obra tan estudiada y juiciosa como la del señor Lorente» (Barros Arana 1910, tomo VIII: 105).

visión homogénea y cohesionadora del pasado peruano. Por eso, Mark Thurner, con gran acierto, la ha señalado como «escrito fundacional» de la historia peruana (Thurner 2005: 15-76)[4].

Aunque en mucho fue, en efecto, un «vulgarizador», no puede afirmarse que su producción sea solo repetición de trabajos de otros, pues sus investigaciones sobre el virreinato peruano surgieron en momentos en los que muchos aspectos de la historia colonial eran desconocidos y, por ejemplo, Mendiburu aún no había terminado de publicar su *Diccionario.* Presentó una visión de censura matizada sobre la conquista española, tal vez por ser liberal y español a la vez. Reconoció que muchos conquistadores se comportaron como «bárbaros», pero con un interés de presentar una historia que sirviera a la identidad, lo que en verdad subrayó fue el mestizaje producto y consecuencia de la conquista y la cohesión del grupo: «las dulces relaciones de familia vinieron a consolidar la obra de la autoridad y de la religión haciendo un solo pueblo de conquistadores y conquistados» (Lorente 1861: 489). Con todo, criticó también el tiempo del coloniaje y el poder absoluto al que se sometió al Perú. Pero, resaltó que durante aquellos años el Perú produjo hombres de gran valía, quienes con sus esfuerzos fueron preparando un brillante porvenir. En su visión general sobre la historia del Perú, la época colonial tenía la enorme importancia de haber sido el tiempo en el que germinó la nación peruana. Así lo expresó Lorente:

[4] Raúl Porras Barrenechea y Jorge Basadre iniciaron una nueva valoración de la obra de Lorente (Porras 1954: 255-257, Basadre 1963-1968, tomo VII: 169-171). El reciente estudio de Mark Thurner (2005) supera largamente a los dos trabajos anteriores, aunque no logra reflejar el marco en el cual se entienden las exigencias de los críticos de Lorente. Thurner reconoce más que ninguno el valioso aporte de Lorente a la historiografía peruana y hace evidente que su obra debe ser entendida como «fundacional», especialmente porque logró confeccionar una imagen general del Perú. Coincidimos plenamente, pero dicha categoría también debe aplicarse a otras contribuciones menos logradas y, en general, a la obra historiográfica del siglo XIX, tal como hemos intentado dejar señalado, entre otras publicaciones, en Dager (2000c).

> Aunque el coloniaje no fuese favorable ni a la formación de grandes caracteres, ni al ejercicio de una superior influencia, el Perú se gloria de muchos hijos que brillaron al frente de los ejércitos españoles, en el mando de poderosas escuadras, en el Consejo de los Reyes, presidiendo las cortes y ocupando con lucimiento en España y América los más elevados puestos de la jerarquía social eclesiástica y civil. Con sus esfuerzos y sus recursos se realizaron desde los primeros tiempos grandes exploraciones en Oceanía, Patagonia e interior de América, se llevó la civilización a regiones salvajes, se defendió el Pacífico de peligrosas invasiones, *se mantuvo un inmenso territorio en una paz secular y se preparó un porvenir más brillante a las nacionalidades que estaban formándose en el vastísimo virreinato* (Lorente 2005: 231; las cursivas son nuestras).

Lorente comparte con sus contemporáneos la condición de ser un historiador fundacional, pero él —más que ellos— logró, sumadas sus obras, confeccionar una visión general del pasado peruano y del Perú. Presentó, pues, una ficción «guía» u «orientadora» que contribuyó en el proceso identitario y de construcción del *Estado-nación*, según la cual, la cohesión de la comunidad nacional se habría empezado a formar ya en los tiempos que convivieron conquistadores y conquistados[5].

Ricardo Palma Soriano, el gran tradicionalista, nacido en Lima en 1833, no ejerció propiamente la práctica historiográfica, pero no es posible presentar un libro dedicado a la producción histórica peruana sin referirnos brevemente a su obra. Además de un literato mayor, fue un comprometido político y su oposición al régimen de Castilla lo llevó

[5] La noción de ficción guía u orientadora es una lúcida propuesta de Nicolás Shumway, quien retoma el concepto de invención de tradiciones de Eric Hobsbawm. En su historia sobre la invención de la «idea» de Argentina, plantea que los nuevos *Estados-nación* desenterraron mitos del pasado, o los inventaron, para contribuir en el proceso de identidad nacional. En Hispanoamérica dichas «ficciones» están asociadas a los símbolos patrios de la época de la Independencia, a los discursos políticos sobre la nueva nación y al establecimiento de la «idea» de un nuevo país para conducir al «pueblo» a acercarse a un consenso ideológico, en cuyo proceso las historias patrias tuvieron un señalado lugar (Shumway 1991).

al destierro en Chile. Participó en la Guerra del Pacífico, en la batalla de Miraflores y fue corresponsal de periódicos extranjeros durante el tiempo de la ocupación chilena. Fue funcionario del Ministerio de Guerra, secretario personal del Presidente Balta, cónsul del Perú, senador de la República y brillante director de la Biblioteca Nacional, la que regentó desde 1884 hasta 1912. Falleció en 1919.

Su principal tema de interés no fue la investigación histórica, pero dio a conocer algunos artículos de este corte en *La Revista de Lima.* En 1863 publicó *Anales de la Inquisición en Lima*, donde se observa una resuelta censura al Tribunal del Santo Oficio (Palma 1863). Las *Tradiciones Peruanas*, su obra cumbre, aparecieron en una primera serie en 1872, luego en 1874 se editó la segunda, que es tal vez la más conocida; después Palma las publicó hasta 1918, en un total de once series[6]. Como es conocido, las tradiciones son relatos breves en los que se observa la intención historiográfica, aunque el propósito está lejano de reconstruir verazmente un acontecimiento. Al referirse a ellas, Palma dijo: «A [la tradición], sobre una pequeña base de verdad, le es lícito edificar un castillo. El tradicionista tiene que ser poeta y soñador. El historiador [en cambio] es hombre del raciocinio y las prosaicas realidades» (Palma 1961: 1475). A pesar de que Palma opone sus *Tradiciones* a la historia, no es menos cierto que para cincelarlas utilizó los mismos tipos de fuentes que usaban los historiadores decimonónicos: datos recogidos oralmente, documentos históricos —como las actas del cabildo de Lima, manuscritos de las bibliotecas conventuales, crónicas, memorias de virreyes, etcétera— y obras historiográficas de sus contemporáneos. Además, en las *Tradiciones* se observa un género costumbrista teñido de sátira, es decir, no solo se

6 La bibliografía sobre Ricardo Palma y sus tradiciones es verdaderamente abundante. En relación con nuestro tema, resulta fundamental la obra de David Merlin Compton *La historicidad de las Tradiciones peruanas de Ricardo Palma* (2000), asimismo *Las Tradiciones peruanas de Ricardo Palma: claves de una coherencia* de Isabelle Tauzin Castellanos (1999).

describe la costumbre, la exposición no sigue necesariamente la verdad documental, sino que también está presente la intención crítica sobre diversas costumbres.

El conjunto de las más de quinientas tradiciones existentes ofrecen una imagen general del pasado peruano, que va desde el tiempo de los incas hasta las primeras décadas republicanas. Pero, sin duda, su núcleo se refiere a la época colonial. Es cierto que Palma recupera el pasado hispánico y le otorga un sitial, pero abunda también la burla sobre costumbres y creencias de aquellos años, caricaturas sobre virreyes y demás autoridades, por lo que no hay una nostalgia reivindicatoria ni un intento profeso por perpetuar la mentalidad colonial[7]. Sus *Tradiciones,* mucho más que las obras propiamente históricas, contribuyeron a modelar la imagen que tuvieron los peruanos de los siglos XIX y XX —y que todavía tenemos— acerca de la etapa virreinal y del pasado peruano en general. En ese sentido, se puede afirmar que, para el Perú, representan las «ficciones fundacionales» que ha planteado Doris Sommer para la Latinoamérica del siglo XIX[8]. Sommer aplica a Latinoamérica el planteamiento de Anderson según el cual las novelas suponen y fundan las naciones modernas. En los romances románticos de mediados del siglo XIX se articularía a través de la ficción, la unidad necesaria para el proyecto nacional. Esas novelas usarían como alegoría de la nación, el amor y matrimonio entre individuos pertenecientes a grupos tradicionalmente enfrentados. Así, las relaciones eróticas entre hombres y mujeres de clases sociales distintas, de etnias apartadas o de regiones diversas estarían representando los proyectos de vinculación

---

[7] Un moderno análisis sobre las tradiciones palminas, desde el punto de vista de un manual de historia literaria, en *Historia de la literatura peruana* de James Higgins (2006: 134-140).

[8] Gustavo Faverón, aunque discrepa del planteamiento de Sommer, ha sugerido, inteligentemente, que las *Tradiciones* de Palma bien podrían ser nuestra «ficción fundacional» (Faverón 2005: 100-107).

de los diferentes grupos sociales y políticos en los nacientes estados latinoamericanos (Sommer 2004)[9].

El principal inconveniente de la teoría de Sommer, como bien hace notar Faverón, es que su concepto de alegoría supone un impulso siempre unificador, que no da cuenta de las fisuras; todo aquello que, en las mismas novelas, estuviese en contra del principio hegemónico, se hace imperceptible en el esquema de Sommer (Faverón 2005: 104). En efecto, esta teoría recuerda el tiempo «homogéneo y vacío» del que hablaba Anderson para las novelas europeas del siglo XIX, y que ha sido criticado fuertemente por la teoría poscolonial, especialmente por Partha Chatterjee, quien reiteradamente ha planteado que en la nación aparecen siempre varios planos temporales interactuando: la forma en la que la imaginan las elites y cómo es recibido ese discurso por los grupos subalternos (Chatterjee 2007: 55-85). Otro punto que se ha puesto en cuestión respecto del análisis de Sommer se refiere al alcance de las novelas que estudia, el cual, en la mayoría de los casos, se redujo a un círculo muy pequeño de lectores, por lo que resultaría dudoso su carácter «fundacional» (Faverón 2005: 104)[10]. Con estos reparos a la vista es posible todavía utilizar la figura de Sommer para entender las *Tradiciones* palminas, más aún cuando aquella autora no incluyó en su análisis a novelas peruanas. En efecto, Gonzalo Portocarrero en un agudo análisis, que acusa la influencia de los aportes de la teoría poscolonial, ha planteado que el proyecto político que está detrás de las

---

[9] Sin duda, Sommer acusa la influencia de Fredric Jameson, quien en un muy difundido artículo postuló que las ficciones escritas en el «tercer mundo» eran alegóricas y que estas alegorías se referían siempre a la comunidad nacional, es decir, eran alegorías de la nación (Jameson 1986: 65-88).

[10] Para más detalles véase Faverón (2002: 441-467). Asimismo, para el caso de Argentina, Alejandra Laera insiste en la poca circulación que tuvieron las novelas que analiza Sommer, aquellas de las décadas de 1850 y 1860, escritas de manera aislada y que no responden a un plan novelístico, por lo que en ellas no se podría «fundar» la nación. Recién después de la década de 1880, según Laera, se instaura en Argentina el género novelístico (Laera 2004: 15-23).

Tradiciones es la necesidad de crear un sujeto colectivo que diera estabilidad a la complicada realidad política del Perú de mediados del siglo XIX, pero que no alterarse las jerarquías ni las profundas divisiones sociales (Portocarrero 2007). Siendo el mismo Palma un «emergente», quizá resulte difícil probar en todas sus implicancias la última afirmación, pero, sin duda, las *Tradiciones,* y en general la historiografía patria del momento, pretendieron contribuir a la integración en la nueva realidad política y social, así como a la elaboración de la imagen de una nación cohesionada.

El anterior propósito es el que explica que las *Tradiciones* «olviden» la dominación étnica característica de la Lima virreinal. Palma puede llegar a burlarse de la vida cortesana, pero, en general, no subraya la condición de explotación que la población indígena o esclava soportó durante el régimen colonial. De manera que Palma está contribuyendo a crear la ficción de identidad que toda nación comporta, esa identidad que, según Sommer, está presente como alegoría en las omniabarcantes novelas románticas. En ese sentido, hay que recordar que el mismo Palma afirmó que las *Tradiciones* eran como una «novela en miniatura» (Palma 1961: 1475). Sin embargo, son una «novela» con un poder referencial directo, que les permitió gozar siempre de una importante lectoría (Faverón 2005: 105). Palma cuenta la pequeña historia, compuesta por anécdotas, a veces por una sola anécdota; su «novela» es breve y concisa; narra una historia particular de Lima, se detiene en lo cotidiano, en las tradiciones populares; todo ello adornado por su ingenio, por el uso consciente de la fantasía, de la libre creación. Las *Tradiciones*, entonces, por su misma fisonomía, fueron mucho más eficientes que los «romances nacionales» para crear, en los lectores, una «ficción fundacional» acerca del pasado peruano, en la cual, por cierto, siempre hubo algún ingrediente verídico. Y, además, en Palma no es necesario buscar «alegoría» alguna, pues los referentes son muy claros. En las *Tradiciones* hay recreación pero también crítica, abunda la comparación explícita e implícita con el presente como si hubiese querido enmendarlo.

Recupera el pasado colonial, pero, a la vez, lo usa como pretexto para la mofa[11].

Con sus *Tradiciones*, Palma buscó ofrecer pequeñas estampas que otorgasen a sus lectores referentes concretos con los cuales identificarse. Para eso apeló al pasado, porque como afirmó en la introducción a la tercera serie: «En lo que se halla lejos, un magnífico hechizo encuentra siempre el corazón». Un pasado que no presentó en toda su heterogeneidad, pues quería proporcionar un aire de familia, un algo compartido por todos. Y estuvo consciente de lo gravitante de su misión, pues terminó aquel prólogo así: «Mis libros piedrecillas son históricas que llevo de la patria ante el altar. He cumplido mi deber. Saberlo bástame. Otros vendrán después: Mejor lo harán» (Palma 1961: 4). La «comunidad» que «imaginó» Palma, y que se difundió extensamente, fue una comunidad básicamente criolla, es decir, fundamentalmente occidental y urbana. No excluyó el elemento andino representado por los incas, a quienes dedicó algunas *Tradiciones*, pero los grupos subalternos de los que fue contemporáneo apenas si fueron mencionados, casi silenciados como afirmarían los estudios poscoloniales.

Uno de los requisitos fundamentales en el proceso de construcción del Estado y de la nacionalidad es ofrecer la gran historia nacional de ese país. Si prestamos atención a lo que sucedió en Latinoamérica, a finales de la centuria el Perú debió presentar su historia general. Es decir, los llamados a cumplir tal labor fueron los historiadores integrantes de la tercera generación, la que sufrió directamente la guerra con Chile. Sin embargo, el conflicto y la posterior ocupación afectaron el desarrollo intelectual e historiográfico, desaparecieron los periódicos y revistas que reunían a los historiadores y varios de ellos se vieron

---

[11] Como en la historiografía peruana del siglo XIX, en Palma también se percibe la presencia de sentimientos de rechazo y admiración hacia la obra de España en el Perú (Holguín 2000: 233-260, 2002: 649-674).

obligados a exilarse[12]. Esa generación no dio un historiador capaz de elaborar esa historia general, a diferencia de lo que ocurrió en otros países latinoamericanos: Justo Sierra en México, Diego Barros Arana en Chile, Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre en Argentina[13]. Por el contrario, nuestros historiadores presentaron trabajos con un acento muy marcado en lo monográfico; fue una generación ecléctica que no logró seguir un único patrón metodológico, y muy dispersa en cuanto a la temática. La accidentada vida política y la heterogeneidad social y económica del país impidieron que la imagen general del Perú, expuesto en toda su larga continuidad histórica, se plasmase en una sola obra orgánica de origen académico.

Pero, Sebastián Lorente y Ricardo Palma, historiadores de la generación romántica, sí lograron propalar una visión de conjunto del pasado del país, interesados en presentar una comunidad homogénea. En esa imagen general del Perú, el legado hispánico se tornó fundamental. En la historiografía peruana del siglo XIX hubo una «ficción guía», particularmente en la visión que Lorente difundió, según la cual en el tiempo virreinal se ubica ya a la «nación peruana». Si no hubo en el siglo XIX un gran romance nacional, sí hubo pequeñas —pero abundantes— ficciones «fundacionales» de la pluma de Palma, en especial sobre la época colonial, con referentes muy claros, en la resuelta intención de presentar el tiempo hispánico como el lugar en el cual se encontrarían tradiciones que servirían para la identificación.

---

[12] Por ejemplo, Manuel González de la Rosa se fue a Europa, José Toribio Polo a Panamá, Manuel Atanasio Fuentes a Ecuador y Mariano Felipe Paz-Soldán a Argentina.

[13] Para el caso de Justo Sierra en México, véase Krauze (2005: 327-336, 341-344). Por su parte, Diego Barros Arana logró confeccionar la célebre *Historia General de Chile* (Villalobos 2000); también Gazmuri (2006, tomo I: 89-105). Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre en Argentina firmaron visiones eruditas sobre el desarrollo histórico de su nación (Madero 2001). También ver los ensayos de Tulio Halperin Donghi, «Vicente Fidel López, historiado» y «La historiografía argentina, del ochenta al centenario» (1996: 35-43 y 45-55).

El canon historiográfico

En su espléndido estudio historiográfico sobre las historias de la nación mexicana, Enrique Florescano plantea la existencia de un «canon histórico» para las diversas etapas de la historia mexicana. El canon hace referencia a una interpretación del pasado que dominó una época y que gozó de una larga existencia. El canon dominante en el siglo XIX habría sido el relato concentrado en la edificación del *Estado-nación* (Florescano 2002: 15-18). En efecto, la historiografía decimonónica, con el objeto de contribuir al ideal burgués de construir el proyecto nacional, se dedicó prioritariamente a ofrecer cuadros históricos que revelasen la continuidad en el pasado y presente de la comunidad.

Creemos que el caso peruano exhibe similar situación con matices propios. La más importante línea directriz en la producción histórica peruana es la necesidad, siempre planteada, de confeccionar la gran historia nacional. En el Perú del siglo XIX, las obras históricas que ofrecieron una imagen de conjunto no fueron abundantes, pero ellas no se pueden tomar como el único criterio para entender, en su real dimensión, el significado que adquirió la confección de una historia fundacional que elaboró imágenes nacionalistas. Por el contrario, debemos considerar también los trabajos monográficos, fruto de la adopción del nuevo método historiográfico, que presentaron un detallado estudio del pasado, cuya intención final fue resaltar lo singular de las épocas pertenecientes a esa nación que iniciaba una nueva organización política. La historiografía peruana decimonónica construyó, o reforzó, varias imágenes históricas que han gozado de larga vida. Aquellos historiadores, como sus pares europeos, pretendieron mostrar que la nación peruana era lo más opuesto a lo nuevo. Para ese propósito consideraron fundamental integrar la historia incaica a la historia nacional. En esa historiografía, además, el legado hispánico también se integró y se crearon muchos antepasados, se peruanizaron a hombres de aquellos tiempos. El interés por fijar en un pasado lejano el origen de la

nación peruana fue el canon historiográfico que caracterizó a nuestros historiadores fundacionales, aunque no todos hayan logrado elaborar un discurso coherente al respecto.

Alberto Flores Galindo ha señalado que la historiografía moderna nace cuando en conjunto logra ofrecer una imagen paradigmática del país. Por eso, afirma, en el Perú recién se observa en el siglo XX. Lo más temprano que se podría fechar es 1910 con la publicación de la tesis doctoral de José de la Riva-Agüero y Osma, *La Historia en el Perú*. Solo a partir de Riva-Agüero y sus inmediatos sucesores, entre ellos Jorge Basadre, se habría armado un claro paradigma histórico sobre el Perú: un país de existencia inmemorial, cuya grandeza antigua le garantizaba un venturoso porvenir. Esta opinión representa una buena muestra de cómo historiadores contemporáneos no han reconocido el verdadero mérito de los decimonónicos, quienes supuestamente no habrían superado la condición de «aficionados», simples «biógrafos» o «tenaces eruditos» (Flores Galindo 1988: 56-57). No es, lamentablemente, el único ejemplo. Pablo Macera, varios años antes que Flores Galindo, firmó una sentencia lapidaria en contra de la historiografía del siglo XIX, la cual supuestamente solo habría producido textos escolares, siendo incapaz de una comprensión del pasado peruano y de una visión de conjunto del país (Macera 1977: 5-7; 129-130). El alegato de Macera y Flores Galindo se enmarca en una interpretación más amplia sobre la historia peruana y su elite política y letrada del siglo XIX. En efecto, si esta no habría sido capaz de convertirse en una burguesía ni de formular, en palabras de Heraclio Bonilla, un proyecto nacional hegemónico, tampoco cumplió su rol de clase dirigente y, por tanto, no legó una visión histórica del país (Bonilla 1974: 23-25, 63-65, 164-166). Pese a los años transcurridos, Gustavo Montoya comparte plenamente aquella explicación al considerar, en un reciente ensayo, que los historiadores decimonónicos se limitaron a narrar acontecimientos sin ofrecer una síntesis del proceso histórico, ya que no habrían tenido cómo hacerlo, pues en la época el Perú como entidad colectiva no estaba en la agenda

ideológica (Montoya 2002: 18). El mismo Mark Thurner, aunque reivindica la obra de Sebastián Lorente, se muestra muy influido por la anterior impronta historiográfica, pues la considera una excepción, una isla en un océano de farragosos anales, crónicas y diccionarios que no le merecen la condición de obras históricas (Thurner 2005: 29).

Sin embargo, basándonos en el recuento presentado en el anterior capítulo, creemos que podemos plantear que la historiografía en el Perú nació en el siglo XIX. En ese sentido, vale la pena recordar que hasta antes de la década de 1860, el conocimiento en historia peruana era escaso. Oswaldo Holguín ha mostrado cómo los integrantes del romanticismo literario peruano carecieron en lo fundamental de estudios históricos que les sirvieran de base (Holguín Callo 2002: 649-674)[14]. Entonces, los historiadores decimonónicos cumplieron el papel fundacional. Antes de la existencia de las tres generaciones descritas era muy poca la literatura de corte histórico a la que el público podía acceder: no había mucho más que la obra de los cronistas clásicos, como Garcilaso, Cieza de León o Francisco de Gómara, la de algunos viajeros, o las obras históricas de Robertson y Prescott[15]. Riva-Agüero y sus contemporáneos bebieron, pues, de los descubrimientos del XIX. Pero, nuestra propuesta no se restringe a señalar a los investigadores decimonónicos como historiadores por el enorme material bibliográfico y documental que legaron a las generaciones posteriores, sino porque lograron presentar una comprensión global del pasado peruano. Si el conjunto de datos y hechos históricos que proporcionaron es ya un inmenso aporte, al interpretar su obra al interior del proceso de construcción de la nacionalidad, gracias al marco sobre el

[14] Jorge Basadre, en un precursor trabajo, demuestra la pobreza del conocimiento de historia del Perú en la primera mitad del siglo XIX (Basadre 1951: XXVII-LXX). Es de destacar que en un interesante anexo, Holguín completa el listado de Basadre en cuanto a las obras de historia del Perú, publicadas entre 1839 y 1863.

[15] Nos referimos a la *Historia de América* del escocés William Robertson, publicada en inglés en 1777, con ediciones posteriores en español; y a la ya mencionada *Historia de la Conquista* de Prescott de 1847.

nacionalismo y proyecto burgués que hemos utilizado, se revela claramente que su contribución no fue solo la de la erudición. Si a partir de 1910 se logra dar claramente forma a un paradigma histórico es, precisamente, porque en los cincuenta años previos se confeccionó una historia, cuyo canon fue demostrar la antigüedad de la nación, eficiente en cincelar imágenes que buscaban la cohesión nacional del presente, procurando representar un pasado homogéneo y glorioso. El «paradigma» del que habla Flores Galindo está mucho más que en gestación en el canon aludido y en varias de las representaciones históricas confeccionadas en el XIX, reseñadas en el capítulo previo: el Imperio de los incas como un pasado glorioso, la etapa virreinal como otro tiempo en el que abundaron hombres cuyas biografías ensalzan el orgullo nacional, la Emancipación como un proyecto nacional anhelado por la mayoría de los habitantes.

Los textos escolares de Carlos Wiesse son un ejemplo notable de cómo se sistematizó esa memoria compartida. Contaron con la aprobación oficial estatal y aglutinaron el conocimiento histórico que formaron sus antecesores y contemporáneos, difundiéndolo extensamente pues fueron constantemente reeditados (Díaz Herencia 1959: 165-167). Desde que empezaron a publicarse, en 1892, desplazaron a los que existían antes, como los de Agustín La Rosa Toro y Enrique Benítez, y los superaron tanto por el orden en la presentación de los contenidos, como por los resúmenes, ejercicios y grabados que acompañaban las unidades (Basadre 1943: 64-71). Wiesse fue autor, además, de una variedad de libros de texto para la instrucción universitaria, en materia sociológica e histórica. En el *Resumen de la historia del Perú*, con el propósito de engrandecer el orgullo patrio, presentó a los incas como el principal imperio de América (Wiesse 2005: 28-31). No escatimó en la descripción de los excesos cometidos por los españoles y sentenció que la población andina tuvo mejores condiciones de vida en tiempos incaicos: «En vez de servirse de los indios con la prudencia establecida por los incas, esos encomenderos les exigían un trabajo en las minas de

la región andina superior a las fuerzas humanas» (2005: 119). Serían, pues, los españoles —en la figura de los encomenderos— y no los criollos, los que ejercieron una explotación de «crueldad inaudita», tratando a los indígenas siempre como a «raza inferior» (2005: 118).

La comunidad nacional que imagina Wiesse es fundamentalmente criolla, pero en su narración histórica él pensó también en la población indígena o de origen andino. No es la suya una propuesta de difusión circunscrita a la elite. La comparación entre el régimen incaico y el régimen colonial, en la que el incaico es más prudente y sabio, probablemente está dirigida a las mayorías sociales del país. De algún modo, lo que está detrás del planteamiento es que la historia ofrece esperanzas certeras a la población andina de mejorar su deprimido presente. El glorioso pasado de los incas garantizaría un futuro mejor para todos, para la nación criolla y también para la población andina. Es posible que con este discurso histórico los sectores mayoritarios hayan encontrado una confortada resignación en la justicia que en algún momento llegará para mejorar su actual situación. Es decir, resulta probable que la consecuencia de aquel planteamiento haya sido, en el leguaje de la teoría poscolonial, la de mantener en condición de subordinación a los grupos subalternos. Lo que ya no es tan manifiesto es el grado de conciencia que al respecto tuvieron quienes lo elaboraron. En todo caso, lo cierto es que Wiesse, como sus colegas, no valoró adecuadamente a la población andina que le fue contemporánea. Como vimos en el capítulo anterior, él expresó —mejor que todos— el convencimiento de que los indígenas de su tiempo serían descendientes degenerados de los respetados incas, a tal punto que en el heroico tiempo de la Independencia, los indígenas se enfrentaban entre sí y fueron incapaces de combatir a los verdaderos opresores (2005: 162).

La obra de Carlos Wiesse es expresión del canon histórico que la historiografía del siglo XIX logró confeccionar, que apela al pasado lejano para encontrar el origen de la nación y también como base para construir el futuro del país. Dicho canon revela una comprensión del

pasado peruano, aunque no se haya confeccionado la historia general del Perú. Nuestros primeros historiadores estuvieron muy cercanos de la visión paradigmática que Flores Galindo ha señalado para Riva-Agüero y Basadre, por cierto, alumnos de Wiesse, quien a su vez, lo fue de Lorente. Justamente porque los historiadores decimonónicos manejaron una interpretación global de su pasado, manifestada en el canon histórico mencionado, contribuyeron decididamente en el proyecto educativo estatal para moldear a los ciudadanos del mañana, que progresivamente fue asociando educación y patriotismo[16].

Según Antonio Espinoza, ello respondió a una necesidad mayor por parte de la elite —gobernante y letrada— por instruir a la población con el fin de asegurar la estabilidad política, en una concepción educativa principalmente disciplinadota (Espinoza 2005: 238-239). Los historiadores mismos, como Lorente y Wiesse, escribieron textos escolares, fueron ministros de Estado en el ramo de Instrucción —como Paz Soldán—, o inspectores de Educación que integraban los jurados que otorgaban la condición de «oficial» a un texto escolar, como fue el caso de Mendiburu, Polo o González de la Rosa (Díaz Herencia 1959: 152-168). Para fomentar el patriotismo, en el Perú como en Europa, y a diferencia de lo sucedido en la India poscolonial, la historia se hizo cada vez más necesaria (Parekh 2000: 91-122). Tal vez la primera asociación explícita a este respecto ocurre en 1868, en un debate parlamentario, cuando la Comisión de Legislación del Senado sostuvo que solo la instrucción patriótica a la población indígena convertiría al Perú en una verdadera nación (Espinoza 2005: 241). Instrucción que, por cierto, debía superar la heterogeneidad y presentar una imagen cohesionadora. Más enfático aun fue, en 1872, el doctor Félix Cipriano Coronel-Zegarra, quien estaba convencido de que la educación no solo

---

[16] La primera Ley General de Educación, con alcance nacional, se promulgó en 1850 y fue sustituida por otra cinco años después. A partir de ahí, varios reglamentos hicieron alusión a que el Estado debía formar ciudadanos, para lo cual el conocimiento del pasado fue adquiriendo una progresiva presencia. Vale la pena revisar Baigorria (1959).

debía inculcar respeto a las autoridades, sino también el conocimiento del pasado y los logros nacionales, para, de ese modo, formar ciudadanos (2005: 242).

Carmen Mc Evoy ha mostrado que en tiempos de Manuel Pardo se fomentó el republicanismo como el gobierno ideal para crear una identidad colectiva. Los ingresos guaneros habían permitido una estabilidad fiscal y la inversión en rubros destinados a crear ciudadanos comprometidos con las formas republicanas, a incentivar los valores de la nacionalidad y a posicionar a la criolla como la cultura hegemónica. No es casual que entre 1868 y 1879 se hayan publicado en Lima las grandes obras de los historiadores decimonónicos: la *Historia del Perú Independiente* (a partir de 1868), de Mariano Felipe Paz-Soldán; las *Tradiciones* de Ricardo Palma (a partir de 1872); el *Diccionario histórico-biográfico* de Manuel de Mendiburu (a partir de 1874); las obras de conjunto sobre el pasado virreinal e incaico de Sebastián Lorente (en 1871 completó su visión sobre el pasado virreinal y en 1879 publicó sobre la civilización incaica); y las monografías de José Toribio Polo sobre los obispados de Arequipa y Trujillo (1877). Entonces, los textos escolares que el gobierno de Pardo tanto estimuló fomentaron la educación cívica y para ello acudieron a los conocimientos históricos que habían aportado los «académicos» que hemos estudiado. En efecto, *El Catecismo civil de los deberes y derechos del ciudadano* del profesor italiano Aníbal Chiarolanza pretendía concientizar ideológicamente a través de la implementación de un calendario patrio y la conmemoración de fechas significativas: la conquista y la muerte de Atahualpa, la fundación del virreinato del Perú, la batalla de Ayacucho, el combate del 2 de mayo (Mc Evoy 1997:151). La historiografía decimonónica, entonces, no solo instituyó una interpretación canónica del pasado, sino que contribuyó también en el propósito de crear y formar ciudadanos identificados con la organización política, ofreciendo los ejes del establecimiento de lo que se entendió como la memoria en común.

El método histórico y el ideal burgués: positivismo e historia narrativa en el Perú decimonónico

En el primer capitulo hemos visto de qué manera la historiografía europea decimonónica surgió y creció apegada al compromiso de construir los *Estados-nación*, por lo que aunque se haya autoexigido como regla el paradigma científico, no siempre pudo poner de lado, ascéticamente, la subjetividad. Si esos historiadores no exhibieron una historia sin carga ideológica, fue porque en su misma elaboración estuvo presente el interés ideológico de construir la nación. Las historias nacionales optaron por el método narrativo, que fue el que se impuso frente a la historia filosófica; el cual, además, permitía describir con detalle las peculiaridades de las tradiciones en común y dar vida histórica a los antepasados, el más rico legado del grupo, fuente de identidad y cohesión. Asimismo, en el panorama historiográfico del tercer capítulo y en los anteriores acápites hemos señalado que en el Perú también se encuentran las características mencionadas. En general, los de aquí optaron igualmente por el método de la historia narrativa, aunque se perciba en ellos la presencia de algunas teorías spencerianas en el propósito de descubrir el grado de «civilización» en el que se encontrarían las sociedades andinas que les fueron contemporáneas.

De acuerdo a Augusto Salazar Bondy, en el Perú se entendió la filosofía de Hebert Spencer como la más «genuina realización de los ideales positivistas», pero reconoce, asimismo, que «el spenciarismo fue sólo a medias positivismo» (Salazar Bondy 1965, tomo 1: 6). Esto se aplica especialmente a los historiadores peruanos del siglo XIX, que aunque se acercaron a Spencer, no mostraron una adopción plena de los ideales positivistas[17]. En términos generales, el positivismo latinoamericano

[17] En la historia del pensamiento no ha sido raro presentar a Spencer como un seguidor o discípulo de Comte, pese a que Spencer en más de una ocasión declaró sus diferencias con el filósofo francés, discrepancias que quedaron explícitas en un opúsculo que publicó en 1871. Como es conocido, Spencer postuló una teoría de la

«fue adaptado cuando fue adoptado», usando la clásica expresión del filósofo uruguayo e historiador de las ideas, Arturo Ardao (1978: 99). Se caracterizó por un eclecticismo que tomó aportes de Comte y de Spencer, aunque en su origen dichos autores hayan podido tener posturas contradictorias (Vega 1998: 222-230)[18]. En el Perú, por ejemplo, hubo autores positivistas que no cuestionaron la religión: «Los positivistas peruanos se mostraron vacilantes y superficiales en muchos puntos de doctrina [...]. No es raro encontrar en boca de ellos una requisitoria en pro de la armonía, posible y fecunda, entre la ideología positivista y las creencias religiosas» (Salazar Bondy 1967: 75)[19]. Por su parte, los historiadores positivistas del Viejo Mundo creyeron que «el proceso histórico era de idéntica especie al proceso natural, y por eso los métodos de la ciencia natural eran aplicables a la interpretación de la historia» (Collingwood 1990: 131). Trataron de descubrir los hechos mismos y extraer de ellos no solo la verdad, sino la razón que los determinaría, en la misma tradición de la ilustrada y especulativa filosofía de la historia. El positivismo, entendido de aquella manera, no desarrolló todas sus implicancias en la

---

«evolución» social —antes que el mismo Darwin publicara *El origen de las especies*—, en la cual sustentaba la «supervivencia de los más aptos», indicando que la competencia sería la clave para el «progreso». Spencer asoció la supuesta evolución social con sus convicciones económicas, que no eran otras que las liberales de la escuela de Manchester, por lo que identificó a los pobres con los menos capaces, postulado que fue asumido por un buen número de intelectuales latinoamericanos. En *La estática social* —que Spencer publicó en 1851— en concordancia con su pensamiento, afirmó que no era función del Estado evitar la miseria actual, pues eso traería una mayor miseria en el futuro (Stromberg 1995: 198-203).

[18] Spencer fue más liberal que Comte. Desconfió de la intervención estatal, la cual el filósofo francés, más bien, estimuló. Asimismo, Spencer no rechazó tan categóricamente como Comte a las religiones, sino que reconoció, en cambio, que cada una de ellas ofrecía una imagen de la realidad, aunque pálida (Reale y Antiseri 1995: 298-303).

[19] David Sobrevilla opina del mismo modo (Sobrevilla 1980: 155). Hubo, por cierto, en el Perú pensadores radicales en materia religiosa, como el anecdótico caso de Celso Bambarén, quien según sugiere Palma, y cita Basadre, llegó a declararse «enemigo personal de Jesucristo».

historiografía peruana del momento[20]. Los historiadores peruanos del siglo XIX, si bien se fascinaron con las teorías de Spencer, no trataron de encontrar las leyes por las que se regiría la historia, por lo que, creemos, deben asociarse con la historia narrativa y romántica, la cual devino en lo que se ha denominado como escuela metódica.

Hace ya algunos años, Bourdé y Martín llamaban la atención sobre lo inadecuado de emplear el concepto «positivista» para definir la obra de historiadores como Charles-Victor Langlois y Charles Seignobos, a quienes sus posteriores críticos —en especial los de la Escuela de los *Annales*— tildaron de tales, presentándolos casi como los padres de esa corriente historiográfica (Bourdé y Martín 1992: 142-147). Pero, Langlois y Seignobos estuvieron muy alejados de elaborar una filosofía de la historia, como fue la de Comte, o la de Bourdeau, o la de Buckle, tal vez el seguidor comtiano más cercano en el plano historiográfico[21]. Por el contrario, exhibiendo su adhesión al nuevo paradigma de la disciplina histórica, afianzaron las individualidades y el rescate de detalles precisos de la época estudiada. Como bien ha señalado Paul Ricoeur, esos investigadores del pasado tuvieron en la escuela histórica alemana, llamada también historicista, y no en Augusto Comte, el modelo a seguir (Ricoeur 2004: 231 y 246). Dicho paradigma suponía la historicidad de la historia misma, siendo uno de sus objetivos principales fundar la condición de ciencia de la historiografía en el estricto respeto a una metodología que, con reglas muy claras, evitase resultados falseados a causa de la subjetividad del historiador. Además, contraponiéndose a la filosofía ilustrada, y

---

[20] En ese sentido, una pionera precisión de Franklin Pease adquiere particular relevancia, pues al referirse a los trabajos de corte histórico, aseveró que el positivismo «no fue tan consistente en el Perú como en otros países de la América Latina» (Pease 1993: 98).

[21] Recordemos que Thomas Buckle creyó confiadamente que llegaría el momento en el que se establecerían definitivamente las leyes que regirían el campo de lo histórico. En la introducción a su *Historia de Inglaterra* expresó su convencimiento del modo siguiente: «antes de que transcurra otro siglo, la cadena de pruebas se habrá completado y tan raro será el historiador que niegue la imperturbable regularidad del mundo moral, como es ahora el filósofo que niega la regularidad del mundo material» (en Berlin 1992: 184).

en el afán de subrayar la individualidad histórica del tiempo analizado, se negaron a determinar los principios generales que supuestamente regirían los hechos históricos. Por todo lo anterior, resulta más propio definir a Langlois y Seignobos como historiadores integrantes de la escuela metódica, tal como quería Gabriel Monod, el fundador de la *Revue Historique*, revista contra la que insurgió Annales (Ricoeur 2004: 247).

Siguiendo esta línea interpretativa, asociamos a la historiografía peruana del XIX con los planteamientos de la historia narrativa, que después se convertirá en la escuela metódica, antes que con los positivistas. Pablo Macera y Teodoro Hampe, por el contrario, han sugerido que por la erudición característica de aquella obra y sus reiteradas declaraciones de imparcialidad es válido clasificarla como positivista (Macera 1977: 4-5, Hampe 1998: 123-156 y 1996: 39-61). Pero, el propósito de objetividad no fue patrimonio exclusivo del positivismo y se encuentra en casi todos los historiadores de la centuria decimonónica. Por su parte, David Sobrevilla ha ubicado a Nemesio Vargas al interior del positivismo historiográfico peruano (Sobrevilla 1980: 150). Pudiese existir una coincidencia cronológica entre la publicación del trabajo de Vargas —que inicia en 1903— y la primacía del positivismo filosófico en el Perú, pero resulta difícil aplicar la categoría a la obra de don Nemesio, en la que no se encuentra intento sistemático por establecer leyes históricas, sino, más bien, la descripción prolija de los hechos que narraba. Creemos, entonces, que la historia narrativa presenta el modelo más próximo para asociar a la historiografía peruana del siglo XIX. Una señal que indica cercanía con dicha escuela se encuentra en el manejo de las fuentes. Se creyó en la veracidad de los documentos, los cuales eran coleccionados por los historiadores para una posterior edición. Ello se observa particularmente en el estudio de la época colonial. En la producción histórica peruana sobre aquel período abundaron los trabajos monográficos referidos a muy puntuales cuestiones y también se hizo presente la utilización progresivamente creciente de un importante aparato crítico (Vargas Ugarte 1959: 10, Dager 2000c: 135-179).

Pablo Patrón es un ejemplo de cómo se investigó la época colonial de modo cauto y metódico. Él tuvo las características propias del coleccionista al rastrear las diversas noticias existentes sobre la verruga americana (Patrón 1896: 435-445). También fue autor de una erudita confrontación sobre las fuentes que ofrecen datos geográficos de los siglos XVI al XVIII, al criticar *El Perú* de Raimondi (Patrón 1902).

Sin embargo, la identificación con la escuela metódica tampoco es plena. Nemesio Vargas, en su trabajo sobre la Independencia, rara vez consignó la referencia bibliográfica o documental utilizada, deber ineludible para aquella escuela. Al estudiarse el presente o pasado andino se especuló en niveles que un representante de la dicha escuela no hubiese suscrito. José Toribio Polo llegó a sostener, en *La Piedra de Chavín*, que el ídolo representado en la hoy conocida como estela Raimondi era el incaico dios Sol, existiendo una brecha cronológica de siglos entre los chavín y los incas (Polo 1900). Pablo Patrón, el otrora cauto investigador de la época colonial, creyó demostrar, en sus trabajos sobre las lenguas prehispánicas, que los antiguos peruanos tuvieron un origen caldeo (Patrón 1900). Incluso, cuando no hay especulación sino un concreto y erudito trabajo de archivo, por ejemplo en varias de las biografías sobre personajes virreinales, no siempre existe la implicación necesaria de que las obras resultantes sean indiscutiblemente metódicas. Se percibe una intención moralizadora como rezago de la escuela romántica. Se enaltece a los hombres de aquellos años para ofrecerlos como modelos de comportamiento, intención apologética que tiene el resuelto propósito de fomentar el patriotismo creando antepasados de los cuales enorgullecerse[22].

---

[22] En varios casos, nuestros historiadores creyeron al pie de la letra lo que de sí mismos afirmaron los personajes estudiados. Un ejemplo evidente es el estudio de José Toribio Polo sobre Francisco de Ávila. Polo nos presenta a Ávila con un particular celo por combatir las creencias prehispánicas desde que llegó a su doctrina. En 1607, cuando los indígenas de Huarochirí lo denunciaron, lo estarían haciendo —según Polo— por venganza. Sería una respuesta a los denodados esfuerzos de Ávila en contra de la autóctona religión. Pero, posteriores investigaciones han demostrado que Ávila recién denuncia las idolatrías en 1608, un año después de que sus doctrinados lo enjuiciaron porque Ávila

Con todo, los investigadores peruanos, en general, no estuvieron interesados en encontrar las leyes regentes del devenir. Ello se relaciona con que el debate historiográfico propiamente decimonónico en Latinoamérica, fue un eco de aquel entre la historia *ad narrandum* y la historia *ad probandum*, desarrollado en Europa en las primeras décadas del siglo XIX, del cual dimos cuenta en el primer capítulo (Vásquez 1996: 132). Chile es el caso hispanoamericano más temprano, ya en la década de 1840 se enfrentaron dos intelectuales que sostenían muy claramente visiones opuestas acerca de la disciplina histórica, aunque, curiosamente, no ejercieron principalmente como historiadores: Andrés Bello, a favor de la historia narrativa y José Victorino Lastarria, abanderado de la historia filosófica[23]. En Argentina el debate fue más tardío y puso en discusión a los dos más importantes investigadores del pasado: Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López[24]. Entre los del Perú, tal vez Lorente fue el que con más empeño trató de imponer la historia filosófica. Manuel González de la Rosa defendió la posición contraria. El trabajo de Lorente sobre la civilización incaica muestra elementos del positivismo spenceriano como nociones evolucionistas. Para Lorente, la historia —como devenir— tendría un orden establecido y constante, en el cual existiría con plena evidencia la relación entre las causas y los efectos. Por eso, los hechos nunca se sucederían «según los caprichos del acaso», al contrario, la humanidad estaría sujeta a una evolución

cometió una serie de abusos. Antes de la denuncia de 1608 no hay en los escritos de Ávila alusión alguna a la idolatría. En 1645, Ávila redactó la introducción a la primera parte de su *Tratado de los Evangelios*; allí, y desde su puesto de canónigo limeño, expuso todos sus méritos y servicios. Y, entonces, quiso que creyéramos que los indios lo denunciaron por haber sido él un enviado de Dios para acabar con los ritos idolátricos. Lo que ocurrió, entonces, es que Polo, en un afán de ofrecer a sus connacionales, modelos del cumplimiento del deber, se limitó a seguir fielmente la versión que el mismo Francisco de Ávila pretendió dejar para la posteridad (Véase Dager 2000: 93-94).

[23] Ver Dager (2002: 97-138), Jaksic (2001: 165-174) y Stuven (2000: 223-250).

[24] Roberto Madero presta atención no solo al contenido del debate, sino también a los diversos soportes de la cultura impresa en donde se publicó. Según Madero, aquel debate fue un hito fundador, donde estaría el origen de la ansiada historia nacional (Madero 2001).

regida por «leyes físicas y morales» (Lorente 2005: 311). Entonces, al aplicar la filosofía a la crítica histórica, la historia dejaría de ser una narración incoherente y develaría las «leyes que presiden el destino del hombre» (2005: 312). Frente a ello, el presbítero González de la Rosa postuló la imposibilidad de retratar de una plumada una época histórica «sin tomarse el trabajo de registrar y meditar los mil protocolos que se hallan diseminados» (González de la Rosa 1879: 37). Pareciera referirse a Lorente, cuando sin mencionarlo afirma: «Lo que se acostumbra a llamar filosofía de la historia, no se concibe donde la historia misma aún no existe; ésta presupone las crónicas generales o particulares» (1879: 37).

Manuel de Mendiburu, Mariano Felipe Paz-Soldán y José Toribio Polo coincidieron con esta última postura. Polo, por ejemplo, era un convencido de que el historiador debía centrar gran parte de su atención en las fuentes documentales: memorias de virreyes, juicios de residencia, expedientes sobre méritos y servicios de los conquistadores, las relaciones geográficas del país, etcétera, «sin eso la historia y la geografía se improvisan». A medida que se descubran aquellos documentos, creía Polo, desaparecerían los seguidores de la escuela filosófica, «que quieren escribir historia sin estudio, ni preparación, y que encuentran más cómodo inventar o repetir que investigar» (Polo 1899: IV-V). Paz-Soldán, por su parte, confesó en la *Historia del Perú Independiente* su decisión de narrar los acontecimientos «tal como sucedieron», prescindiendo de «toda filosofía», porque cuando priman las consideraciones filosóficas, los «libros históricos no dejan bastante impreso en nuestro entendimiento el espíritu de la época a que se refieren» (Paz-Soldán 1868: II). La historia narrativa, a la que se plegó la mayoría de nuestros historiadores, se asocia claramente al nuevo *ethos* burgués reinante[25]. De hecho, Carmen Mc Evoy ha mostrado cómo el proceso de acopio de información que

[25] Vinculación que ya han planteado Georges Iggers y Michel de Certeau para los historiadores historicistas alemanes y los historiadores metódicos franceses, respectivamente (Iggers 1998: 24-30, Certeau 1993: 76-79).

realizó Juan Espinosa para preparar su *Diccionario republicano* puede asimilarse al modelo de acumulación burguesa (Mc Evoy 2001: 40)[26]. Hacia la tercera generación, la historiografía peruana, claramente, optó por el método consistente en el registro paciente y pormenorizado de datos diseminados y le otorgó a las notas a pie de página la garantía de su certificación profesional, regla que había logrado imponer el gremio en Europa. José Toribio Polo lo expresó de modo casi inmejorable:

> Los trabajos bibliográficos modernos son tan prolijos, que se fijan con esmero las diversas ediciones de una obra, las variantes del texto; indicando el depósito de los códices, sus marcas y señales [...], *porque se ha comprendido, al fin, la importancia de las citas fieles y escrupulosas; y porque en esto reposa la autoridad del historiador y del crítico*, que adquieren por tal medio títulos duraderos e irrecusables para ser creídos (Polo 1891: 15; las cursivas son nuestras).

Es menester reconocer, sin embargo, que el debate entre historia narrativa e historia filosófica no tuvo en el Perú los alcances que en los otros países latinoamericanos. Nuestros historiadores se permitieron especular en sus estudios prehispánicos, pero ese interés interpretativo tendió a esfumarse en los escritos dedicados a la etapa colonial, en los cuales, por lo general, se comportaron cautelosamente, respetando el modelo de la historia *ad narrandum*. Ideal metódico del se alejaron en la intención de ofrecer vidas ejemplares e imágenes cohesionadoras del pasado.

¿Historia burguesa y oficial?

Como mencionamos en nuestro primer capítulo, valores asociados a la creación de elementos que contribuyesen a presentar una imagen homogénea de la sociedad y de su historia se relacionan con el ascenso del orden social burgués en la cultura europea. Por eso, marcharon casi

[26] Mc Evoy retoma la propuesta que originalmente plantease David Viñas para el caso de Domingo Faustino Sarmiento (Viñas 1994: 213-219).

en paralelo el proceso de construcción de los *Estados-nación* con el de redacción de sus historias nacionales (Hobsbawm 2001: 115 y 308). Por ejemplo, el nacionalismo romántico, muy vinculado en Francia a Michelet, contribuyó al surgimiento de historias patrias en casi toda Europa Occidental (Moradiellos 2001: 173). No sucedió otra cosa en Latinoamérica. Según Francois-Xavier Guerra,

> […] en el caso de los nuevos países hispanoamericanos, la elaboración de una "historia patria" era una condición de su misma existencia. De ahí el extraordinario florecimiento de las "historias nacionales" durante todo el siglo XIX y una buena parte del siglo XX. Ellas fueron los medios más importantes para crear la nación moderna (Guerra 1989: 595).

En efecto, aquí no se trataba solo de una nueva organización política, el *Estado-nación*, sino de países nacientes. Por ello, creemos que el concepto de Koselleck, tiempo «moderno» o tiempo «burgués» se aplica a esta realidad. Según este autor, en el tiempo moderno las relaciones entre lo antiguo y lo nuevo cambian rápidamente porque la expectativa de lo venidero crece proporcionalmente a la sensación de carencia de experiencia (Koselleck 1993: 14 y 195)[27]. Por eso, el tiempo moderno interpreta el propio tiempo no solo como nuevo, sino como el inicio de una época, que deja atrás a un «antiguo régimen», lo que retrata muy bien el caso de las independencias hispanoamericanas. Esta forma de vivir el tiempo surge en Europa tras la caída del modelo de Estado absolutista y coincide con el ascenso del orden social burgués. Por extensión, en Latinoamérica, el tiempo nuevo —o tiempo burgués— comienza con el establecimiento del *Estado-nación* y de las formas republicanas.

[27] Como ya mencionamos en su oportunidad, Koselleck sostiene que lo que se entiende como «tiempo histórico» puede determinarse a partir de la diferencia que se establece entre el pasado y el futuro o entre un «espacio de experiencia» y un «horizonte de expectativa». Experiencia y expectativa conforman una pareja de categorías metahistóricas que hacen posible las historias, y dependiendo de cómo se den sus relaciones, se producirán diversos tiempos históricos. La coordinación entre experiencias y expectativas, entonces, va cambiando y modificándose en el transcurso de la historia (Koselleck 1993: 338).

Como dejamos mencionado en el segundo capítulo, las rentas provenientes del *boom* guanero hicieron posible, en nuestro país, el proceso de centralidad del Estado y la gradual hegemonía cultural de la capital, fenómenos burgueses, aunque, evidentemente, ese Perú no vivió una revolución burguesa en el sentido clásico del término[28]. La estabilidad financiera, además, permitió que se invirtiera en fomentar la actividad intelectual e historiográfica y en cuestiones educativas, como las becas de estudio en Europa, la reorganización de la Universidad de San Marcos o la existencia de nuevos puestos públicos[29]. La insistencia en la confección de una historia nacional, tema central de esta investigación, permite precisar que la elite letrada se plegó al ideal burgués de imaginar la nación y dotarla de un pasado claramente reconocible. Aun siendo imperfecto, no resulta correcto afirmar que el proyecto burgués en el Perú haya sido un rotundo fracaso[30]. Pero, la invención de la comunidad nacional no tuvo un origen popular, como tampoco

[28] Una mirada completa y comprensiva del desarrollo de la burguesía en el Perú, en Mc Evoy (2004).

[29] Con el correr de los años, el Estado incluso concedió jubilaciones, como la de José Toribio Polo, con el fin de contribuir a que publicase sus obras inéditas, por convenir a la patria (Dager 2000a: 59). En el Perú, se publicaron fuentes documentales, textos histórico-estadísticos, crónicas y anales, material con el que se construiría la historiografía patria. Recordemos algunos ejemplos: las estadísticas históricas y geográficas de Lima de Córdova y de Fuentes, la *Guía del departamento de Ayacucho* de Jervasio Álvarez, las publicaciones de sucesiones de obispos o prefectos departamentales hechas por José Toribio Polo, la compilación de las *Memorias* de los virreyes llevada a cabo por Manuel Atanasio Fuentes desde 1859, la colección documental difundida por Manuel de Odriozola a partir de 1863, entre otras.

[30] Tal vez Heraclio Bonilla sea el autor más representativo de esta interpretación, al sostener que la elite política y letrada peruana del siglo XIX fue incapaz de convertirse en una pujante burguesía nacional y de formular un «proyecto nacional hegemónico», por lo que no fue tampoco una clase «dirigente» sino solo «dominante» (Bonilla 1974: 117-159). Aunque el pensamiento de Julio Cotler ha experimentado una inteligente evolución, no se puede negar que su obra, de muy importante difusión, se inscribió dentro de esta línea. Al igual que Bonilla, sostuvo que la historia del Perú no ha experimentado transformaciones radicales en la estructura social y que las clases dominantes —no dirigentes— fueron incapaces de pensar un proyecto en común (Cotler 1978: 80-91).

lo tuvo en la Europa burguesa, sino que fue concebida en un primer momento por la elite que procuró difundirla a las mayorías sociales con el propósito de conseguir su identificación e integración a ella como grupos subalternos. El Estado contribuyó en el proceso a través de políticas educativas orientadas a establecer una cultura lo más homogénea posible para acentuar las afinidades entre los ahora connacionales. En el Perú se optó por ese modelo burgués, lo que impidió atender y valorar la diversidad cultural, la característica más valiosa y definitoria de aquella comunidad. Como la imaginación criolla de la nación no incluyó en igualdad de condiciones a la población andina, el proyecto modernizador, iniciado en la segunda mitad del siglo XIX, pretendió que las mayorías sociales del país calzaran dentro del modelo burgués y unificador de la «nación civilizada» (Quijada 2003: 287-315).

En ese sentido, vale la pena recordar la propuesta del distinguido historiador Bradford Burns, uno de los primeros estudiosos de la obra producida por los historiadores latinoamericanos del siglo XIX, quien ha sostenido que, en tanto representantes de la burguesía, no habrían sido observadores pasivos del pasado, sino que habrían actuado como apologistas de las instituciones de dominación de ese entonces. Burns efectúa una informada prosopografía y concluye que aquellos investigadores fueron miembros de una muy pequeña elite. Por eso, su visión de clase habría determinado su visión del pasado, lo cual impediría encontrar en sus obras un verdadero propósito de reconstruir lo realmente ocurrido (Burns 1978: 409, 415 417 y 430)[31]. Es difícil no coin-

[31] En su estudio sobre la historiografía chilena del siglo XIX, Allen Woll ha seguido la senda marcada por Burns, al rastrear los sesgos familiares, políticos e ideológicos de aquellos historiadores. Según Woll, los historiadores chilenos habrían abandonado la objetividad y le habrían dado al pasado un uso funcional (Woll 1982: 3-4, 29-48, 69-84, 127-149 y 189-192). Conclusión por demás sugerente. Pero que tal vez deba mucho a la lectura de los estudios de Lastarria, no precisamente históricos, y al prolijo análisis realizado a la tan fascinante como personal obra de Benjamín Vicuña Mackenna. Para una aproximación más moderna a la obra historiográfica de este último historiador, ver Gazmuri (2006: 105-134).

cidir con la mirada general del planteamiento de Burns, ciertamente difundido, pero visto más de cerca presenta el inconveniente de seguir la línea interpretativa de Ernest Gellner, interesada en equiparar la «invención» de naciones con la «fabricación» y la «falsedad». Pero, ya lo advertía Anderson, no hay naciones verdaderas y otras falsas, todas ellas son un constructo cultural (Anderson 2000: 24). La nación es una respuesta ideada por la elite para enfrentar una nueva realidad, precisa de una capacidad creativa, imaginativa, necesita de una historiografía que moldee el pasado, es verdad, pero no necesariamente de una historia «fraguada». Requiere, eso sí, de mitos de origen, en los que no es raro encontrar, como diría Anthony Smith, interpretaciones «inexactas» del pasado (Smith 1997). Por otra parte, narrar el pasado desde el propio horizonte es un hecho que no debería merecer la implícita censura que se trasluce en Burns. Por el contrario, aquella no parece ser una característica exclusiva y distintiva de los historiadores latinoamericanos del siglo XIX, ni de los peruanos, ni de los historiadores burgueses en general. La historicidad es, diría Gadamer, un elemento constitutivo del trabajo historiográfico (Gadamer 1999: 407-414)[32]. Ni los «rankeanos» historiadores estadounidenses del siglo XIX, antecesores del profesor Burns, y estudiados por Peter Novick, cumplirían cabalmente el modelo de ausencia del «yo cognoscente», que tanto se les ha exigido a los latinoamericanos. En efecto, con un convencimiento persuasivo, Novick afirma «decir de un trabajo de historia que es o no objetivo es hacer una observación vacía, decir algo que no es ni interesante ni de utilidad» (Novick 1997, tomo I: 17)[33].

---

[32] Véase también: «Histórica y lenguaje: una respuesta» (Gadamer 1997: 95-106).

[33] Por su parte, Germán Colmenares ha firmado una lúcida defensa de la historiografía decimonónica latinoamericana en la que muestra su incomodidad por las críticas que dicha producción ha recibido en el medio académico norteamericano, las que serían «más bien una requisitoria contra los hábitos intelectuales y los sesgos morales de las clases dirigentes de estos países» (Colmenares 1997: XV).

Los historiadores peruanos —o latinoamericanos—, inmersos en su propia historicidad, comprendieron desde donde podían comprender, desde su horizonte, pues, volviendo a Gadamer, la comprensión humana tiene ese carácter consustancialmente, se comprende desde la tradición, aserto que no significa una defensa cerrada de las instituciones existentes (Gadamer 1999: 365-367 y 434-438)[34]. Nuestros investigadores se mostraron interesados en construir una historia nacional que resaltara imágenes tendientes a crear conciencia de identidad y que «olvidara» las evidentes desigualdades sociales y la explotación colonial o republicana. Ellos «imaginaron» así su pasado, ya que en ese contexto era necesario difundir una historia nacional que olvidara las «matanzas», en el lenguaje de Renan y Anderson. O, si las recordaba, como por ejemplo la muerte de Atahualpa o los caídos en la guerra con Chile, era preciso recordarlas como «nuestras», es decir, ejecutadas por otro. Creemos que para comprender en su real dimensión el tipo de historia escrita en países nacientes se debe recurrir a explicaciones de este tipo, pues probablemente están más cercanas a la realidad que apelar a la defensa consciente de los intereses de clase. Estos existieron, sin duda. Los historiadores formaron parte de la burguesía gobernante o tuvieron relaciones cercanas con ella, por lo que su obra difícilmente hubiese podido representar una mentalidad distinta. Ellos estuvieron comprometidos con el proyecto nacional que implicaba tanto la construcción de la nación del presente cuanto la narración de su pasado. En el modelo burgués, el Estado debía actuar sobre una sociedad homogénea, por eso la historiografía intentó presentar un pasado con esas características.

[34] Jürgen Habermas ha criticado en reiteradas ocasiones los conceptos de «tradición» y de «autoridad» gadamerianos. Para Habermas, del enorme peso que confiere Gadamer a estos conceptos se colegiría la imposibilidad de criticar la tradición y de reformar el *statu quo* o las instituciones (Habermas 1988: 252-290). Gadamer respondió que su propuesta no supone una obediencia ciega a la autoridad y que la hermenéutica ontológica plantea que el intérprete no comprende fuera de la tradición, lo que no implica la imposibilidad de los cambios políticos o sociales (Gadamer 2000: 225-241, en particular, pp. 233-237).

Este propósito cohesionador, creemos, dista de la figura de invención de imágenes deliberadamente fraguadas para mantener conscientemente en condición de subordinación a los grupos subalternos.

Como ya hemos mencionado, la historiografía recibió apoyo y estímulo estatal, pero el actual nivel de investigación no permite afirmar que el Estado o la burguesía de la época hayan alcanzado a imponer una única historia oficial[35]. Algunos de los historiadores decimonónicos, como Lorente y Wiesse, escribieron textos escolares que podrían sugerir la presencia de una historia oficial, tal como la entiende Marc Ferro. Es decir, como la que da cuenta de la visión del proceso histórico del país que los estados nacionales están interesados en difundir, la cual presenta, por lo general, un pasado homogéneo (Ferro 2003: 94). No obstante, existieron textos históricos de difusión que contradecían varias de las nociones que los historiadores peruanos intentaron oficializar, como los del sacerdote español Ricardo Cappa, que también estuvieron dirigidos al público escolar y se usaron en colegios (Díaz Herencia 1959: 152-168)[36]. Cappa, nacido en 1839, fue teniente de la armada española y en esa condición defendió aquella bandera en el combate del 2 de mayo de 1866. Luego, ingresó a la Compañía de Jesús y se desempeñó como profesor en La Habana y Puerto Rico, estableciéndose en el Perú en 1878. Tanto en su *Historia del Perú* (1885) cuanto en su *Historia Compendiada del Perú* (1886) esgrimió conceptos muy poco favorables a la historia peruana. Puso en cuestión la continuidad histórica del pasado y presente

---

[35] No hubo en el Perú un Justo Sierra, el gran historiador e ideólogo mexicano. Enrique Krauze ha efectuado un profundo y concienzudo análisis sobre la obra historiográfica y política de Justo Sierra Méndez (1848-1912), a quien califica como «pontífice de la patria» (Krauze 2005: 327-336, 341-344).

[36] Gabriel Ramón ha sugerido que los textos escolares escritos por Sebastián Lorente serían la historia oficial peruana (Ramón 1995). Gonzalo Portocarrero señala que un texto escolar de historia refleja la imagen del pasado que un Estado está interesado en difundir (Portocarrero y Oliart 1989: 12-93). En efecto, los textos escolares son una ventana para acercarnos a la historia oficial de la época, pero en el Perú del siglo XIX también existieron textos escolares como los de Cappa que no estaban en la «línea oficial».

peruanos al negar cualquier vínculo entre el Imperio incaico y los años republicanos. Disminuyó, asimismo, aquellos logros culturales y, reincidiendo en el tipo de prejuicio que un siglo atrás condujo a la *Enciclopedia* a desconocer los caminos incaicos, afirmó: «lo único que en el Coricancha valía algo era la materia bruta de oro y plata que en él había. Por lo demás era un casuchón techado de paja» (Cappa 1885: 81). Además, exculpando a los españoles del tiempo virreinal, aseguró que los criollos y mestizos fueron los que más explotaron a la población indígena, serían ellos los peores tiranos. Finalmente, sugería que los «males» del Perú se debían a la separación de España y al «excesivo mimo con que por la metrópoli fue tratado» (Cappa 1886: 16).

Según Gonzalo Portocarrero, las propuestas de Cappa estaban «en consonancia con el creciente hispanismo de la oligarquía, grupo social que buscaba sus raíces y modelos de identidad en España» (Portocarrero y Oliart 1989: 40-41). Entonces, la ausencia del vínculo entre los incas y el Perú, planteada por Cappa, y su desvalorización de todo lo indígena, reflejarían la mentalidad racista de la elite, por tanto, casi no censuró a Cappa y las pocas críticas que recibió de los historiadores habrían sido «adjetivas» y «anecdóticas». Concordamos con Portocarrero en aquello que la burguesía tenía su modelo de identidad en España —Europa en general— y no en los Andes. Pero diferimos de su conclusión respecto del impacto que causó el libro de Cappa y de la reacción de los historiadores, pues las ideas difundidas por el jesuita español contrariaban varias de las representaciones históricas que esos investigadores confeccionaron con el propósito de presentar una historia que cohesione a la comunidad nacional. No olvidemos que la obra de Cappa llegó en los años de la llamada «Reconstrucción Nacional», en los cuales el Estado veía como necesario superar el impacto de la derrota con Chile, por lo que destina recursos para crear, o reforzar, diversas instituciones dedicadas a estudiar o conservar lo propio, como la Biblioteca Nacional, que por entonces recibía un gran respaldo oficial. El principal crítico de Cappa fue, precisamente, el director de aquella, don Ricardo Palma.

Creemos que su opinión, que Portocarrero no ignora, refleja mucho más que convencimientos personales (Palma 1961: 1476-1489). Y, además, son años donde se observa una progresiva secularización de la sociedad, por lo que los pensadores anticlericales aprovecharon que el jesuita español había mancillado el pasado nacional para iniciar una campaña en contra de la supuesta perniciosa influencia de una educación religiosa y de la Compañía en particular. Hubo mítines de protesta en Lima y varias otras ciudades del interior y se hizo llegar un memorial al Presidente Cáceres y al Congreso. Finalmente, el cuerpo legislativo interpretando el sentir de la opinión pública, expulsó a la Compañía del país (Basadre 1963-1968, tomo VII: 239-240, Armas 1998: 124-126). Resulta casi imposible aceptar que el texto escolar de Cappa pasó desapercibido.

La refutación de Palma no fue marginal, pues se publicó en *El Nacional*, uno de los periódicos más importantes de aquellos años. Cierto es que adjetiva la obra de Cappa, a la que entiende como un «librejo» repleto de «calumnias». Pero, su refutación, siendo apasionada, está muy lejana de ser anecdótica porque, según confiesa desde el inicio, decidió llevarla a cabo debido a que el libro de Cappa sería difundido entre los escolares del país. Conviene, según Palma, que los estudiantes —y sus padres— estén advertidos de las falsedades que contiene ese texto (1961: 1478). Por ello, se opuso fuertemente a la principal hipótesis del jesuita, según la cual, en la historia del Perú solamente la época virreinal sería un tiempo ejemplar. Pese a que el mismo Palma le otorgó un sitial en la historia del Perú a aquella época, advirtió que no era la única digna de admiración (1961: 1479). Como la versión del jesuita en nada favorecía el nuevo mundo creado a partir de la Independencia, Palma en su refutación se empeña en enaltecer a quienes la consiguieron, ve el hecho histórico como una gesta en la que incluso la estrategia bélica de la batalla de Ayacucho sería motivo de veneración patriótica (1961:1485). Muy probablemente Palma no se haya identificado con la desvalorizada población andina, pero las nociones del historiador español despreciaban los logros materiales y culturales alcanzados por

los incas, que él y los historiadores peruanos engrandecían. Además, Cappa negaba la condición de glorioso al pasado incaico, que se había difundido como motivo de orgullo nacional, por lo que era menester refutarlo. Asimismo, Cappa remarcaba los conflictos sociales de la etapa colonial, los cuales habrían sido generados principalmente por criollos y mestizos, lo que chocaba con la representación histórica decimonónica que los «olvidaba» y, más bien, acentuaba la comunidad de intereses que se fue gestando hasta haber germinado allí la nación.

Por todo lo anterior, nuestro más importante intelectual consideró imprescindible salir en defensa de la imagen del pasado peruano y del proyecto nacional que él mismo estaba contribuyendo a cincelar. Por momentos fue agresivo e incluso ofendió a la orden jesuita, pero esa reacción dista mucho de expresar solamente un anecdótico exabrupto. No fue el único que reaccionó. En la misma línea, José Toribio Polo, ex subdirector de la Biblioteca Nacional, sentenció que la obra de Cappa estaba llena de «disparates y mentiras» (en Dager 2000a: 146). Igualmente, Eugenio Larrabure y Unanue, futuro presidente del Instituto Histórico del Perú, levantó su voz, si bien fue mucho más ponderado, criticó que el intento del jesuita español de disculpar los abusos cometidos en tiempos de la conquista (Larrabure 1935-1936: 369-443)[37]. Las críticas de

[37] Eugenio Larrabure y Unanue nació en Lima en 1844. Tuvo una destacada trayectoria como funcionario público. En 1878, fue oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores, al año siguiente se lo envío como parte de la legación diplomática acreditada en Madrid, donde terminó ejerciendo como encargado de negocios. En 1892 se lo nombró ministro de Relaciones Exteriores, portafolio que ocupó hasta el año siguiente. En 1902 se desempeñó como Primer Ministro. En el gobierno de Augusto B. Leguía, 1908-1912, don Eugenio ejerció como primer vice-presidente. Tuvo también una activa participación en entidades académicas y culturales. Fue uno de los fundadores del Club Literario y también de El Ateneo de Lima, asociación que sustituyó a la anterior. En 1880 se lo nombró miembro correspondiente de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia de España. En 1905 se lo eligió primer presidente del Instituto Histórico del Perú, cargo que ejerció hasta su muerte. En 1914, publicó en Barcelona las *Obras Científicas y Literarias* de su abuelo, Hipólito Unanue, prócer de la Independencia. Falleció en Lima en 1916, a los 72 años.

Palma y sus colegas son un buen reflejo de cómo la elaboración historiográfica del siglo XIX no tuvo por fin solo el goce erudito, sino que pretendió inculcar patriotismo para contribuir a la formación de ciudadanos identificados con la nación y el nuevo orden político. Pero, que un libro como el del padre Cappa haya merecido la condición de texto escolar oficial revela a un Estado no del todo eficiente en controlar y modelar la versión canónica de su pasado. La contradicción existente entre un Estado que permitió la difusión escolar del libro de Cappa y, por otro lado, su estimulo a la creación de una historia nacional que fomentaba valores que ese texto negaba, nos vuelve a llamar la atención sobre la magnífica idea que planteara Basadre, según la cual, el Perú exhibió una tendencia histórica a la unidad, a pesar de la permanente inestabilidad que el sufrió Estado decimonónico (Basadre 1979).

En efecto, en el siglo XIX el Perú no gozó de muchos proyectos políticos exitosos de largo alcance. Pese a ello, se logró estimular una historiografía interesada en difundir valores cohesionadores que criticó casi gremialmente a quienes intentaron denigrar el pasado nacional. La ausencia de una única historia oficial es un ejemplo más de cómo se vivió la tensión entre proyecto estatal y concreción real en la sociedad civil. Sin embargo, sí existió un claro canon historiográfico que pretendió demostrar la antigüedad de la nación peruana. La principal contribución de nuestros historiadores fundacionales en la gesta del proyecto nacional fue legar imágenes históricas de larga vida, las cuales, más allá de su objetividad y de los intereses de clase que evidenciaban, cubrieron la necesidad del nuevo *Estado-nación* de contar con una memoria, oficial o no, que, por ser el cimiento de una proyectada construcción, estuvo afectada de varios olvidos.

A modo de conclusión

La creación de los *Estados-nación* es tal vez la transformación más importante del siglo XIX. Ella vino aparejada del ascenso del orden social burgués, entendido como una cultura que prioriza valores referidos al ideal de progreso, a la reinversión productiva, a la mejora de la educación y a la confección de una historia patria. Aquella organización política contribuyó en el establecimiento o consolidación del constructo cultural que llamamos nación, el cual precisa en los individuos de una capacidad imaginativa para considerar que forman parte de la misma comunidad con otros individuos que no conocen y, probablemente, no conocerán. Concebir un pasado común resultó fundamental en el proceso imaginativo. Surgió, entonces, un especial interés por hurgar en la historia para estimular la conciencia nacional. No fue raro, por tanto, que el proceso de construcción de naciones y el de escritura de su pasado marcharan casi paralelos. Aquella historiografía subrayó la idea de que las naciones modernas serían lo más opuesto a lo nuevo y resaltó imágenes tendientes a crear conciencia de identidad.

En el Perú, una inicial comunidad imaginada quedó expresada en la conciencia histórica presente en el *Mercurio Peruano*; luego, en el establecimiento de los emblemas patrios con el advenimiento de la Independencia; y, finalmente, a lo largo de la construcción del Estado republicano. Los ingresos guaneros otorgaron la posibilidad de alcanzar

la centralidad del poder político y la hegemonía cultural de la capital, fenómenos que trajeron consigo una imaginación criolla de la nación, es decir, occidental y urbana. Con todo, el tiempo incaico se incluyó en la imagen nacional. Así como Francia e Inglaterra remontaron sus orígenes al tiempo de los francos y los sajones, aquí también se intentó demostrar que la nación hundía sus raíces en tiempos inmemoriales. Los historiadores presentaron a los incas como el pasado glorioso que se juzgaba necesario para concitar admiración e identificación entre los miembros de la comunidad. La existencia de un pasado incaico estimado y la necesidad de una continuidad histórica contribuyeron a que no se rechace totalmente el tiempo virreinal ni se lo suprima del estudio histórico, revalorándolo inclusive. A la Independencia, por su parte, se la asumió como una gesta épica y heroica, entonces se entendió que la extensa difusión de lo allí acontecido afianzaría decididamente la nacionalidad.

La metodología historiográfica empleada para investigar las diferentes épocas fue, por lo general, la conocida como historia narrativa. En cambio, las escuelas positivista y metódica tuvieron una influencia parcial. La impronta del positivismo en el Perú podemos observarla en el uso del evolucionismo de Spencer, particularmente en las investigaciones sobre la época prehispánica. Sin embargo, aquellos historiadores no fueron en puridad positivistas, ya que en sus trabajos no hubo intentos sistemáticos por descubrir las leyes que regirían el devenir. Características cercanas a la corriente metódica, equivocadamente adjetivada positivista, estuvieron en el carácter monográfico de los trabajos y en el manejo de las fuentes, en especial en los estudios sobre la época colonial. Pero la ansiada objetividad del metódico no siempre terminó por imponerse. Nuestros historiadores, al biografiar a los grandes personajes del momento, los enaltecieron apologéticamente con el objetivo de crear antepasados, es decir, la posesión más valiosa de la comunidad.

La heterogeneidad social y económica, así como la reiterada inestabilidad política del siglo XIX, conspiraron en contra de la abundancia de las visiones históricas de conjunto. El débil Estado peruano del siglo XIX, además, no fue eficiente en imponer una única y excluyente historia oficial. No obstante, los historiadores decimonónicos sí abonaron a favor del ideal burgués de imaginar la nación, a través de la construcción de representaciones del pasado que, independientemente de su veracidad, gozaron de larga vida. Veamos: el Imperio de los incas como un pasado utópico, donde no hubo mendigos ni egoísmo; la sed de oro y la avaricia como únicos móviles de la conquista española; la etapa virreinal como el tiempo en el que germinó la nación; la Emancipación como producto de la eclosión del espíritu de libertad, que habría estado muy arraigado en la mayoría de los habitantes; los pobladores andinos republicanos como descendientes degenerados de los respetados incas; el expansionismo chileno como la verdadera causa de la Guerra del Pacífico, sin subrayar demasiado los factores políticos internos para explicar la derrota. Imágenes que todavía, a casi ciento cincuenta años, nos resultan familiares y habitan la cotidiana noción que tenemos los peruanos de nuestro pasado, lo que demuestra cuán fértil fue el canon que cincelaron aquellos historiadores.

La historiografía decimonónica, además, recordó matanzas solo cuando fueron externas, es decir, ejecutadas por los otros y sufridas por nosotros. El estudio de la España conquistadora y del Chile invasor fueron ocasiones propicias para exteriorizar el ingrediente «anti» que todo nacionalismo incluye. Sin embargo, esa historiografía olvidó las marcadas desigualdades sociales y la explotación colonial y republicana. Claramente puede observarse la creencia de que la narración histórica debía acentuar los elementos que unían y no los que separaban. Ya no resulta tan evidente cuánto de eso respondió a un plan deliberado y concertado en defensa de los intereses de los sectores sociales gobernantes. Los historiadores estaban comprometidos con el proyecto nacional, e inmersos en su propia historicidad, moldearon el pasado matizando las

matanzas internas y lo que pudiese generar divisiones o fisuras. Esa historiografía fue una «confección fundacional» porque logró ofrecer una visión histórica de la nación, contribuyendo con la fundación misma del país. Fue artesanal porque pretendió dar cuenta de lo acontecido, también creativa porque se plasmó de acuerdo a la realidad que vivieron sus autores. Fue una respuesta, y no solo un disfraz, para enfrentar la nueva realidad que exigía de cultura y pasado homogéneos con el fin de procurar la cohesión nacional.

Actualmente estamos situados en un horizonte distinto, la imposición amnésica no tiene aquel peso gravitante. Nuestra historicidad, sin embargo, también ahora nos impele a encontrar elementos de comunión entre peruanos, nos llama a reconciliarnos. Ello supone que asumamos nuestras verdades históricas, las que generan orgullo nacional y las que son tan incómodas que una primera reacción comprensible sería la opción de no escucharlas. Pero, felizmente, hoy estamos en capacidad, con oído siempre empático, de aproximarnos al pasado, lejano o reciente, sin silenciar lo de por sí estridente, con mirada comprensiva y no apriorísticamente condenatoria, pero honesta para reconocer a viva voz los méritos y rechazar categóricamente los excesos sean aislados o sistemáticos. Solo así difundiremos un pasado veraz, al interior de una educación masiva e inclusiva de calidad, con la que todavía, como país, estamos en deuda.

Apéndice 1

Manuel de Mendiburu
(Lima 1805-1885)

«Prólogo» al *Diccionario histórico-biográfico*
Lima: Imprenta de J. Francisco Solis, 1874 (selección pp. IV, XI, XII-XVI)

La gloria de Dios y la propagación de la fe, al decir de los historiadores, fueron los estímulos que sirvieron para el descubrimiento de regiones remotas destinadas a realzar la brillantez del solio castellano. Nada se sabía de un vasto continente, de un mundo nuevo que entrañaba tesoros incalculables: ignorábase sin duda que habían de poseerse sin largas y porfiadas guerras, y que el oro y la plata en porciones inmensas sacarían a la extenuada España de la postración y penurias que la abrumaban.

La conquista y dominación de esos países ignotos eran lícitas en política, autorizadas por el mentido derecho que regía universalmente, aconsejadas y exigidas por un designio religioso cifrado en el hecho de someter a rigor de armas a pueblos llamados infieles, bien que no teniendo la mejor idea de la fe católica no habían podido ser desleales a ella. No fue España sola: diversas potencias europeas conquistaron cual ella lo hizo, subyugaron con actos de dureza y ferocidad, y establecieron su poderío en tierra de América; como han subyugado y oprimido en Asia y África disfrazando la detentación con denominaciones cabalísticas

y simulados objetos, ya que no les convenía cubrirla con el manto de la conquista[1].

*****

Ese pensamiento fue el de mencionar a todos los peruanos que durante la dominación española se hicieron memorables en el foro, en la milicia, en lo eclesiástico y como literatos, a cuyos talentos se debieron producciones de diferentes clases. Sus nombres, sus estudios y sus obras, honran al País en que vieron la luz primera, y la justicia reclamaba no quedasen en la oscuridad del olvido. Al escribir lo tocante a ellos, he experimentado una cordial emoción de contento que me basta para recompensa de fatigas penosísimas que he tenido que soportar por largos años a fin de reunir datos muy dispersos. Sólo he podido hallarlos leyendo multitud de crónicas y escritos antiguos difusos y a veces indigestos, para formar apuntes con exclusión de lo inútil, ridículo o inverosímil que amontonó la sencilla credulidad que dominaba en épocas distantes.

*****

El *Diccionario* servirá en Europa para que se rectifiquen muchos errores, y se forme concepto de la civilización peruana al conocer los servicios que a los hijos de esta República deben las letras, y los que han prestado en las diferentes carreras desde épocas bien lejanas. Se verá en él que nunca desmayó aquí el amor a la sabiduría, a la patria y a la sociedad en general, y que no sólo los hombres distinguidos de otros países y tiempos han cooperado al desarrollo de las luces, sino que los peruanos comprendieron lo que vale la instrucción, y la cultivaron con ahínco superior a todo elogio.

---

1 Manuel de Mendiburu, integrante de la primera generación de historiadores decimonónicos, expone en estas líneas la imagen de la conquista como una empresa que asoló y destruyó, la cual, incluso, habría estado basada en un derecho si bien «legítimo» y propio de la época, también falso.

Sin temor de equivocarme pienso que a todos mis compatriotas será muy grato ver reunidos 90 prelados entre Arzobispos y Obispos, 134 ministros en las Audiencias y los supremos Consejos, y número no menor de militares entre los cuales hubo hombres afamados por su inteligencia y bizarría en altos hechos de armas. Esto es enumerando los nacidos en el territorio que forma hoy la República peruana, aparte de los hijos de otros puntos de América que pertenecieron al Virreinato.

*****

No es de menor valía el timbre de honor con que enorgullece a la ciudad de Lima el recuerdo de hijos suyos cuyo saber y hazañas los elevaron a las primeras jerarquías de la milicia. Allí están Acuña, Avellaneda, y Corvete, ocupando la dignidad de capitanes generales de ejército los dos primeros, y el ultimo de marina: éste triunfante en combates navales, el primero mandando los ejércitos aliados al terminar la guerra de sucesión, y el segundo virrey de México; durante diez años después de sesenta de distinguidos servicios. Las proezas que dieron celebridad a otros limeños como Generales en Jefe, exigen conmemorar aquí los nombres del Conde la Unión muerto en el capo de batalla, de Vallejo Conde de Viruega, sitiador de Siracusa, y después Virrey de Mallorca; de Pérez de los Ríos como guerrero en Flandes y como embajador en Francia; y también los de Figueroa Marqués del Surco, Ayo de Luis I y del infante Duque de Parma, de Alvarado Marques de Tabalosos, cubierto de gloria en las guerras de Italia, de Carvajal Duque de San Carlos, miembro de la Orden del Toison de Oro, Ministro de Estado y Embajador de varias Cortes, todos Tenientes generales; y tantos otros entre Mariscales y Brigadieres.

*****

Honra es del Perú en la larga lista de la carrera eclesiástica seguida por sus hijos, contemplar entre tantos merecimientos a los Arzobispos Vega, Almanza, Arguinao, Durán, Peralta, Molleda, Pardo de Figueroa, Arvisa, Herboso, Moscoso y Rodríguez Olmedo. Y deteniendo la consideración

entre tantos dignísimos Obispos ¿cómo no venerar las calificadas virtudes de Don Juan de la Roca, Don Fray Luis de Oré y D. Pedro Ortega; ni admirar la profunda ciencia D. Álvaro de Ibarra y D. Juan de Otárola: el mérito de Corni fundado a su costa el Colegio de Trujillo; el desprendimiento de Cavero de Toledo y de Bravo del Rivero gastando su crecida fortuna en obras públicas y humanitarias y en levantar templos y claustros?. El clero peruano leerá con dulce satisfacción los hechos de tantos Prelados, ornamentos lucientes de su patria, y hará justicia al que se ha desvelado por transmitirlos a la posteridad para esplendor de la historia eclesiástica nacional que está todavía por formarse.

*****

He dado merecido lugar a un gran número de españoles y americanos dignos de mencionarse, ya por haber estudiado en Lima o desempeñado en el Perú elevadas funciones oficiales en lo político, judicial, eclesiástico y militar; ya por sus distinguidas luces y escritos, o porque se debe recuerdo eterno sus nobles hechos a favor de la humanidad, de la magnificencia del culto, u otros objetos en que acreditaron su generoso amor al país. Encontrará el lector en frecuentes artículos actos de raro desprendimiento; a hombres que hacían donación de todos sus bienes o erogaciones cuantiosas para obras de beneficencia. Es una verdad incuestionable que nunca en Nación ninguna hubo ciudad donde más se ejerciera la caridad bajo todos aspectos, que en la ilustrada y hospitalaria capital de Lima. He cuidado también de inscribir muchos nombres ligados a variedad de sucesos más o menos notables, porque dan idea de los adelantos del país, o de otros particulares, que es preciso se conserven escritas. Y con igual celo he referido los grandes servicios de los misioneros de la Compañía de Jesús, que sin arredrarse por ningún género de privaciones y peligros, trabajaron en la reducción de las tribus de bárbaros con abnegado fervor apostólico[2].

---

[2] En esta segunda selección, podemos notar el intento revalorativo de la época colonial. Como ya hemos dicho, a pesar de la negativa imagen sobre la conquista española,

*****

La segunda parte del diccionario precederá en su oportunidad una explicación fundada en las reglas que me he impuesto al escribir de sucesos y asuntos coetáneos. El honor del país y de los hombres requiere guardar muchos miramientos, y no extraer la verdad histórica de los escritos y conceptos apasionados que arrojan ciertas publicaciones. Difícil es, pero no imposible, dejar atrás como si no existiera un fárrago abominable de imposturas que debieron su origen al odio efervescente de los partidos. Un escritor imparcial no se permite interpretar las intenciones ni puede convenirse con que los interesados sean jueces de las operaciones de sus enemigos. Yerros y faltas se habrán cometido por circunstancias especiales o influencias de épocas de turbación, no siempre con meditados y dañosos designios. Siguiendo tales principios cuidaré de enaltecer las buenas acciones, y de no dar color de realidad a lo que no esté probado, y defenderé la inocencia de muchos que han sido victimas de la ruin maledicencia. En lo oscuro y difícil admitiré la duda antes que aceptar opiniones temerarias o aventuradas, a fin de que «la historia no sea como las plazas públicas el teatro de los suplicios de los hombres, y no el de sus fiestas y regocijos»[3].

---

se reconoce que durante en el virreinato hubo hombres, criollos o españoles, eclesiásticos o militares, que demostraron su «amor» por el país. Por eso, recordar su existencia sería suficiente motivo de orgullo nacional.

3 Explica, brevemente, la metodología que utilizará, en la cual está supuesto un concepto sobre la disciplina histórica, que queda resumido en la cita final perteneciente a la *Historia de las revoluciones del Imperio Romano* de Linguet. Para Mendiburu hay que dudar de las fuentes «apasionadas» para mantener el honor de los hombres y poder «enaltecer las buenas acciones». La intención última es, pues, ofrecer modelos de vida que contribuyan a enaltecer el «ser nacional».

Apéndice 2

Sebastián Lorente
(Murcia 1813 - Lima 1884)

Historia del Perú compendiada para el uso de los colegios y de las personas ilustradas
Lima: 1876 (selección pp. 79, 96-97, 211-212, 213, 280-281)[1]

El Perú ofrece una cultura muy antigua, muy variada, a la vez misteriosa, brillante y frágil. Si todavía yacen envueltos en feroz rudeza los chunchos, que vagan entre los espesos bosques de la montaña, desde siglos remotos aparecen en la sierra y en la costa seguros indicios de una civilización dulce y progresiva, el Perú ha presentado todas las formas de gobierno: comunidades, confederaciones, señoríos, el más vasto imperio, un extensísimo virreinato sujeto al extranjero y una república independiente. La más grosera idolatría se ha unido a nociones elevadas sobre el creador del universo. La barbarie ha tocado de cerca a una civilización refinada. Los pueblos yacían en la miseria, mientras deslumbraba el esplendor del gobierno. Una política sabia y admirables adelantos en las artes se han visto aparecer de súbito,

[1] La selección que a continuación presentamos se basa en la edición de Thurner del año 2005, citada en la bibliografía, la cual reproduce la de 1876. Es menester anotar que la primera edición del texto es de 1866.

sin que hasta ahora pueda descorrerse el velo que envuelve su misterioso origen. El suelo ferocísimo, las entrañas de la tierra henchidas de tesoros, los más valiosos depósitos derramados sobre la superficie, el clima saludable, el cielo benigno, los habitantes dóciles, entendidos y bondadosos prometen un porvenir de bienestar y de gloria; y, sin embargo, en las situaciones más esplendentes y envidiables han ocurrido catástrofes impensadas, trastornos violentísimos e invasiones destructoras que haría desconfiar del porvenir del Perú, si su grandeza pasada, sus elementos actuales y sus condiciones indescriptibles de progreso no se aseguraran días más y más prósperos, siempre que sepa sentir todo el valor de la libertad y marche según las miras de la Providencia[2].

*****

Los Incas realizaron el socialismo en la escala más vasta, en toda la pureza y con tanta constancia como si durante doce reinados no hubiese gobernado sino un solo soberano. Llamándose hijos del Sol marcharon a la conquista del Mundo para imponérsele su culto y doblegar la sociedad a sus órdenes. [...] así hicieron de un vastísimo imperio una sola familia sin ociosos, ni mendigos, y un convento reglamentados en todos los instantes y en todas las prácticas de la vida. Su civilización, muy superior a la de los bárbaros entre quienes se desarrollaba, tenía una fuerza inmensa para difundirse [...]

*****

La Sociedad estaba dividida en tres órdenes principales: Inca, Nobleza y Pueblo. Dios-rey, era acatado el Inca como hijo del Sol y como árbitro, de todas las existencias. Los pendientes de oro que alargaban sus orejas,

---

[2] En esta panorámica visión de la «civilización peruana», Lorente plantea, a su modo, un paradigma historiográfico que luego la generación de José de la Riva-Agüero y Osma estructura con mayor solidez, según el cual, la grandeza antigua del Perú se presenta como una garantía para un esplendoroso porvenir.

la *mascaypacha*, borla que cubría su frente, el *llauto* que rodeaba su cabeza, las plumas del *coraquenque* que la adornaban, los vestidos mas preciosos, los millares de personas que le servían, la opulencia de sus palacios, la majestad con que visitaba su imperio, la adoración con que era necesario acercársele a los honores divinos que se hacían a su cadáver, fascinaban al sencillo pueblo; su gobierno paternal ganaba todos los corazones.

La nobleza se componía de la familia del Sol, de los Incas de privilegio y de los curacas. La familia imperial incluía a la Coya, reina madre, que por lo común era hermana del inca, las concubinas, las doncellas de la estirpe real o *ñustas*, las casadas del mismo orden o *pallas* y los príncipes solteros o casados que desempeñaban los principales cargos y cuando no por sus luces eran acatados por su nacimiento y por su lujo. Los incas de privilegio descendientes de los que con Manco Cápac fundaron el Cusco eran muy considerados y ocupaba puestos más o menos elevados según sus méritos. Los curacas conservaban alguna autoridad sobre sus antiguos súbditos y entre otras distinciones inapreciables recibían a veces la mano de alguna infanta.

El pueblo sumido en la abyección más completa estaba dividido en grupos sucesivos de a diez mil almas, de a mil, de a quinientos, de a cien, de a cincuenta y de a diez; también se dividía por linajes que no podían cruzarse. Los habitantes de las provincias se distinguían en *originarios* y *mitimaes* y los de las ciudades en *hanaisuyos* o en los barrios altos y *huraisuyos* o de los barrios bajos. Según la posición eran los últimos los yanaconas condenados a las tareas más humildes y los primeros los que estaban dedicados a las artes, al ministerio del templo o al servicio de palacio.

No había más ley que la palabra del principal (*apupsimi*) sirviendo la voluntad del Inca de derecho y de conciencia. Más por la constitución del imperio y por la misión que se habían arrogado los incas, su voluntad no debía ser caprichosa; para evitar escándalos y para no comprometer su poder necesitaban sujetarse al socialismo establecido.

Los bienes y el trabajo debían servir a las necesidades del estado y se hallaban organizados conforme a su destino social[3].

*****

Las grandes diferencias de raza y de educación establecían notable contrastes y grados muy diversos de cultura entre los habitantes del virreinato. No lejos de indígenas inmóviles y silenciosos como estatuas residían negros turbulentos y bulliciosos; al entrar en ciertos pueblos del interior se les habría creído desiertos, y las más pequeñas reuniones de esclavos y libertos solían presentar el estruendo de la tempestad con las voces atronadoras, los instrumentos estrepitosos, el torbellino de las danzas importadas del África y otras escenas más borrascosas. Contrastaban singularmente la actitud sumisa de los unos con la osadía de los otros y la dejadez de los que sufrían el rigor de la inclemente puna por no echar un poco de lodo en las paredes de su choza, con las galas y pretensiones que en la capital desplegaban el ínfimo vulgo.

Si se exceptúan las reducciones del Paraguay, en las que bajo el régimen paternal de los jesuitas se conservaban el bienestar y la inocencia, los neófitos no eran sino salvajes mansos, adheridos tan débilmente a la civilización cristiana que la más leve causa bastaba para que desamparado o sacrificando el beneficio misionero, tornasen a la primitiva barbarie. Los indios de la ceja de la montaña ocupaban también de ordinario moralmente los confines de la vida salvaje. En otros muchos en aislamiento, la opresión y la miseria sostenían la degradación secular agravada por nuevos vicios; o se conservaban las antiguas supersticiones, o se hacía una idolatría del culto cristiano, permaneciendo refractarios

[3] En esta selección de párrafos vemos una tensión en Lorente. Por un lado, se percibe su admiración por un Estado bien organizado en lo político y en lo social, que logró que no existieran mendigos y con leyes no caprichosas. Pero, a su vez, su espíritu liberal lo lleva a censurar el hecho de que el «imperio» de los incas haya estado gobernado por una sola cabeza, lo que habría dejado al pueblo en la «más absoluta» dominación. Imagen que en algunas de sus aristas pervive hoy. Los historiadores del XIX tomaron esa imagen de los cronistas, pero la completaron y difundieron con éxito.

al espíritu evangélico. La esclavitud incesantemente renovada con bozales de Guinea era un poderoso obstáculo para las mejoras morales. [4]

Aun las clases más favorecidas podían resentirse del contacto imprudente de los niños con una servidumbre envilecida, y en la edad de las pasiones por las facilidades para el vicio. El clero mismo llamado a formar la moral social corría gravísimos riesgos de contagiarse, viéndose poderoso, entre las más violentas tentaciones y sin responsabilidades humanas. Era preciso que los curas y la mayor parte de los frailes fuesen santos para no caer en todas las fragilidades. De aquí la frecuencia y enormidad de los escándalos que viniendo de tan alto y descendiendo a las regiones inferiores pero dispuestas para resistir su funesta influencia, causaban incansable daño a las costumbres.

*****

Aunque el coloniaje no fuese favorable ni a la formación de grandes caracteres, ni al ejercicio de una superior influencia, el Perú se gloria de muchos hijos que brillaron al frente de los ejércitos españoles, en el mando de poderosas escuadras, en el Consejo de los Reyes, presidiendo las cortes y ocupando con lucimiento en España y América los más elevados puestos de la jerarquía social eclesiástica y civil. Con sus esfuerzos y sus recursos se realizaron desde los primeros tiempos grandes exploraciones en Oceanía, Patagonia e interior de América, se llevó la civilización a regiones salvajes, se defendió el Pacífico de peligrosas invasiones, se mantuvo un inmenso territorio en una paz secular y se preparó un porvenir más brillante a las nacionalidades que estaban formándose en el vastísimo virreinato[5].

---

[4] Lorente presenta una visión general acerca de la sociedad durante el período virreinal. Es obvio el convencimiento que refleja respecto de que los descendientes de los incas no tendrían —y menos aún los esclavos negros—, las virtudes que caracterizaron a aquella civilización.

[5] Pese a los defectos del «coloniaje», Lorente propone que hubo elementos que sirven para la «gloria» del Perú y que la nación se formó en esos años.

*****

Muchos cambios de instituciones y aún algunos gobiernos, que han tenido la pretensión de regenerar el Perú, han sido estériles, cuando no perjudiciales; porque pasaban por encima de las capas sociales, dejando en pie la opresión secular, que degrada las razas abatidas. Más el movimiento general de Perú independiente, especialmente en el protectorado de San Martín y en la revolución del 54, ha elevado el nivel de la sociedad, combatiendo eficazmente la esclavitud de los negros y la servidumbre de los indios. Con la libertad personal no sólo han sido ganados para la civilización los infelices, a quienes se han devuelto los derechos y con ellos el valor de la humanidad sino que la Nación entera ha ganado en fuerza moral, preservándose las nuevas generaciones y la impresionable juventud de un contacto deletéreo. Todas las razas están produciendo hombres de mérito y a medida que son más considerados, prestan a la República mayores servicios. Los orgullosos privilegiados, que las declaraban incapaces para tener pretexto de explotarlas, tiene que reunir frecuentes homenajes de admiración y respeto a las dotes eminentes de inteligencia y carácter que brillan en muchos individuos favorecidos por la educación o por el movimiento político. Esta distribución más justa de las posiciones sociales tiene además la inapreciable ventaja de borrar las preocupaciones de nacimiento y color, aproximar las castas rivales y hacer más intima la fusión nacional que es para el Perú la gran condición de estabilidad y grandeza[6].

*****

Subsistencias más seguras y abundantes son en el Perú, como en el resto de la tierra, la condición especial para el aumento de nuestra

---

[6] En los anteriores párrafos Lorente elogia la Independencia y la revolución liberal acaudillada por Ramón Castilla en 1854, por haber suprimido esta la esclavitud y el tributo indígena, medidas en las que el mismo Lorente colaboró significativamente. Todo ello habría hecho más «íntima» la fusión nacional. Es decir, Lorente percibe al Perú como «comunidad» que «imagina» está progresando, avanzando hacia mejor.

especie y sin necesidad de observaciones penosas, cualquiera puede convencerse de que el pueblo gana sin cesar en la alimentación, vestido y casa, está mejor atendido en la débil infancia y encuentra más socorros en sus dolencias. Donde quiera, se ve más personas que usan camisa limpia y además ropa blanca; donde quiera se acrecientan los goces de la vida. Las clases acomodadas principalmente en las grandes poblaciones pueden saborear las ventajas de lujo. La capital de la República se embellece con beneficios monumentales, y en las habitaciones más modestas ofrece ya mejor condiciones higiénicas, agua más a la mano y alumbrado más económico. Chorrillos y el Callao en sus inmediaciones, Tarma y Huancayo hacia el interior, Chiclayo y San Pedro, Ica, Tacna y otros muchos pueblos de la costa y de la sierra se han engrandecido extraordinariamente o mejorado de aspecto[7].

[7] Vemos que, según nuestro autor, el nuevo orden político ha traído todo tipo de beneficios materiales.

Apéndice 3

Mariano Felipe Paz-Soldán
(Arequipa, 1821 - Lima, 1886)

«Prólogo» a *Historia del Perú Independiente*
Lima, Imprenta A. Lemale 1868, tomo I, (pp. i-ii)

Difícil y peligrosa es la empresa que acometo: escribir la historia, cualquiera que sea su naturaleza, requiere dotes muy elevados. El historiador es el severo juez de lo pasado y el maestro o consejero del porvenir: su erudición debe ser general y profunda; su juicio escudriñador y certero y para complemento su narración debe ser sencilla, clara y correcta. ¡Cuántas veces al leer al sentencioso Tácito, al fluido Salustio, al elocuente Gibbon y al incomparable Thiers he dejado por meses mi tarea, resuelto a ocuparme en otros estudios; pero mi espíritu se ha realzado viendo que en mi patria, hasta hoy nadie acomete la empresa; que su historia no existe, que los hechos más importantes están olvidados o desfigurados y que si pasa más tiempo todo quedará reducido a la nada! Además, los numerosos documentos inéditos, la rica colección de periódicos, folletos y otras publicaciones que con incansable afán he reunido y extractado por más de 20 años, pueden desaparecer, quedando perdidos para siempre los comprobantes únicos de la historia; era preciso salvarlos, y así como un experto nadador se arroja a torrente para librar una víctima, a riesgo de perder su vida, así me arrojo yo al campo de la Historia para salvar preciosos documentos que por primera vez verán la luz pública, a

riesgo de comprometer mi reputación literaria. Mi trabajo será pobre en su estilo, falto de aquel elevado juicio y crítica que han inmortalizado a tantos escritores, pero tendrá el incomparable mérito de la sencillez y la verdad: no citaré un hecho, no fortaleceré una opinión, sin apoyarlos en un documento. Si mis ideas son equivocadas, el lector puede rectificarlas, desde que pongo a su alcance la fuente de donde bebí.

Si la historia es la fiel narración de los hechos pasados que sirvan de lección en lo futuro, claro que es que se separan mucho de su objeto aquellos que la invierten en lecciones de filosofía, dejando a un lado la narración y dándola como sabida. Una historia deberá contar de dos partes del todo distintas; narración y filosofía, la una independiente de la otra, pero de tal modo que la segunda no puede existir sin previo conocimiento de la primera; por que es fácil que cada uno forme su juicio o filosofía especial después de conocer los hechos; por eso muchos libros históricos no dejan bastante impreso en nuestro entendimiento el espíritu de la época a que se refieren. Preséntese cada hecho con toda claridad y en su verdadera luz y entonces su filosofía se presentará por sí sola. Esta idea ha dominado mi espíritu: yo no me propongo escribir la filosofía de la *Historia de Perú Independiente*; prefiero más bien en este caso que mi trabajo se considere como simple *Anales* o *Crónicas*[1].

*****

Capítulo XVI de *Historia del Perú Independiente* Tomo I, Lima, 1868 (selección pp. 234, 237, 240-242)

La Hacienda que da vida y movimiento a la nación, no podía sufrir ni grandes alteraciones ni mejoras notables, que sólo vienen con el tiempo y la paz; los monopolios y restricciones eran la base fundamental en el régimen o sistema de la Metrópoli. El comercio extranjero con las colonias estaba prohibido con toda severidad. Sólo podían arribar a nuestras

[1] Un resumen del concepto de historia que manejaba Paz Soldán. Opuesto a la filosofía de la historia, será un seguidor de la historia ad *narrandum*.

playas, navíos españoles importando artefactos ingleses o franceses como si fueran españoles: todo artículo no confeccionado en el país se le denominaba de Castilla; los principios económicos adoptados por España probaban toda la pobreza de sus luces y su atraso. En los colegios y escuelas y hasta en el trato familiar se creía que solo la plata u oro sellado tenían valor, y que los géneros o productos del trabajo eran materiales viles.

*****

Era máxima de educación entre los dominadores que «la letra con sangre entra» y que el azote corrige y no mata. Educados nuestros padres con estos principios, prueba del embrutecimiento y barbarie de los que los enseñaron, no era extraño que los padres consintieran en que sus inocentes hijos fueran azotados cruelmente, porque al repetir una lección se equivocaban tres veces [...] Una criatura daba o repetía su lección, principiaba confiado en que la sabía, por haber estudiado con empeño; creía salvar de los azotes; pero si equivocaba una palabra, al ver que se le marcaba un punto, ya comenzaba su inquietud y más le preocupaba el temor de caer en el segundo punto que en repetir con calma lo que había estudiado; era natural incurrir en una segunda falta; y desde que el alumno veía dos puntos, principiaba a temblar creyendo caer en el fatal tercer punto: con su imaginación así atribulada era ya imposible acertar con la lección, y su susto no le permitía repetir en ese momento lo que más sabía, sin equivocarse dos o tres veces. Marcados los tres puntos el inocente niño era conducido al martirio; allí se lo desnudaba y para aumentar el oprobio y refinar la crueldad, dos de sus condiscípulos lo cargaban, el uno de los brazos y el otro de los pies, quedando horizontal y al aire el cuerpo. El mismo receptor inhumano descargaba cruentos golpes en su inocente víctima; a veces elegía otro alumno para que azotara a su compañero y si no daba golpes con fuerza, se le castigaba para enseñarlo; ¡maldita sea la memoria de esos tiranos, oprobio de la humanidad y mil veces malditos los que tales máximas enseñaron! El origen de la ignorancia en que nos dejaron al

emanciparnos provenía del pánico y terror que inspiraban las escuelas o colegios: los niños se fugaban de sus casas y muchas veces se corrompían y abandonaban, porque mayor era el miedo del castigo de azotes. A hombres como San Martín y Monteagudo no podía ocultárseles las funestas consecuencias de tal abuso.

El Protector necesitaba reformarlo todo, o mejor dicho debía derribar para construir […] Las grandes reformas exigen madurez, juicio y reposo. Ningún ramo clamaba por la reforma con más exigencia que la administración de justicia, fuente principal de las garantías civiles y de la ventura social. La justicia se administraba en las provincias por los mismos Gobernadores, con asesoría de un letrado que cobraba derechos; así es que el poder ejecutivo y judicial, en primera instancia, estaba en una sola persona […] Los fallos contenían la parte dispositiva, sin alegar ningún fundamento del hecho: ¡cuántos crímenes no se cometían así! ¡cuántas sentencias inocuas hemos visto dictadas por tales jueces! En segunda instancia conocían por apelación las Audiencias, formadas de un Presidente vitalicio, que en Lima era el Virrey, y Oidores, y un Fiscal. No existían en todo el Perú más que dos Audiencias, la de Lima y la del Cusco. Lo dicho sobra y basta para dar una idea del estado en que se hallaba la administración de justicia[2].

*****

El Perú, como nación independiente necesitaba un himno que recordase sus glorias, pues las marchas guerreras y canciones nacionales, arrebatan el alma y la llenan de entusiasmo: el hombre al oír el eco de la canción de su patria, cree oír en él la voz de sus padres, y más fácil es olvidar lo tiernos acentos de los que nos dieron ser y arrullaron nuestra

[2] Nos encontramos, ahora, con tres ejemplos de lo «oprobioso» que habría sido el régimen virreinal: economía, educación y justicia. También observamos que Paz-Soldán no logró ser tan «imparcial» como declaró en el prólogo. En efecto, perteneciente a la generación de los románticos, sintió la urgencia de la diferenciación frente a España, para que así, el contraste, contribuyese a la identidad.

infancia que el excitador sonido de la canción nacional: sin quererlo se ve arrastrado al lugar donde ésta resuena y en esos instantes se olvidan los peligros y temores: ese sonido eléctrico cantado por la multitud, es más hermoso que los dulces compases de Bellini y Donizetti. La música guerrera que no tiene un origen verdaderamente nacional, no produce en los oídos otro efecto que el de una armonía más o menos agradable, pero nunca, jamás electriza el corazón ni arrebata el alma: los cantos nacionales son plantas que no pueden trasladarse; cada uno tiene la suya propia. Bien conocía esto el Fundador de la Libertad del Perú, y por lo mismo se apresuró a estimular a los profesores e inteligentes para que a porfía y en competencia compusieran la *Marcha nacional del Perú*. La que por su letra y música mereciere la aprobación se adoptaría, consiguiendo con esto el que su nombre pasase a la posteridad. Un pobre lego del convento de Santo Domingo, el peruano Bernardo Alcedo, en el rincón de su convento, abrigaba en su mente los sonidos que nos habían de conducir con entusiasmo a los campos de honor y la gloria. Su composición musical mereció la aprobación sobre otras que fueron presentadas, y es la misma marcha o canción nacional que conservamos hasta hoy y que será tan eterna como la existencia del Perú independiente. Se mandó que los niños la cantaran los domingos por la tarde; y que todo acto público principiara con la canción nacional, oyéndola en pie y sin sombrero.

*****

La causa de la libertad progresaba rápidamente; muchos ciudadanos se disputaban la preferencia para prestar sus servicios personales, otros ofrecían sus fortunas o entregaban fuertes sumas de dinero, camisas para el ejército y artículos igualmente necesarios: las monjas, los curas del Arzobispado, parte considerable del clero, las mismas señoras concurrían a recibir telas para hacer camisas, sábanas[3].

[3] En estos dos párrafos vemos a un Paz-Soldán convencido de que la causa de la Independencia era aceptada por la mayoría del Perú. En ese sentido, el himno jugaría un papel primordial pues al repetirlo constantemente se contribuiría a avivar el entusiasmo

Narración histórica de la Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia
Lima: Editorial Mejía Baca, 1979. (selección pp. 1-4, 81-84, 85-86)

No es tiempo de escribir la historia cuando las pasiones están en su frenesí, cuando los cadáveres de los que perecieron en la lucha, algunos aún insepultos, y las ruinas escandecentes de los pueblos, recuerdan la carnicería y el incendio; cuando al recorrer lo campos, se hallan por todas partes, indelebles pruebas de la destructora mano del enemigo; cuando encontramos centenares de viudas, huérfanos y ancianos librados por acaso ser víctimas, pero andrajosos, macilentos y demacrados por el hambre y la miseria, que si no vivían poco antes en la opulencia, gozaban al menos de una honesta y mediana comodidad; es imposible pues poder escribir la historia con imparcialidad, ni juzgar los hechos con la fría indiferencia del que se construye en juez del gran proceso, cuyo cuerpo del delito tiene a la vista. Es preciso esperar que aquellos cadáveres estén, por el simple transcurso de los años, reducidos al polvo de que fueron formados; que los pueblos y ciudades incendiadas se hayan reconstruido; que los campos reverdezcan, que las viudas y los huérfanos, vueltos a sus antiguos goces y comodidades, recuerden las desgracias pasadas como se recuerda los horrores de aquellas pesadillas que nos espantaban hasta después de despiertos; es preciso en fin que los actores de la gran tragedia, y los instigadores y ejecutores de los grandes crímenes de la guerra, hayan desaparecido en su mayor parte; y que los pocos que sobrevivan, agobiados con la acusadora conciencia y con el peso de los años, calmados sus pasados odios y pasiones, solo recuerden los hechos, como se recuerda lo que se había leído con meditación, para dar testimonio de lo pasado; es preciso en fin que el tiempo, ese intachable testigo y severo juez que descubre la maldad del criminal; haya puesto de manifiesto algunos secretos desconocidos

---

por el patriotismo. Además, gracias al relato de Paz-Soldán, vemos cómo los hombres que hicieron la Independencia se preocuparon también por «crear» tradiciones e instituir ceremonias asociadas a los símbolos patrios.

todavía; ése es el instante en que se debe principiar a escribir la historia; pero como los escritores chilenos quieren engañar, no solo a la generación presente, que ha presenciado los hechos, sino también a las futuras, para que su nación aparezca como un modelo de virtudes cívicas en la paz, y de heroísmo en la guerra, han circulado profusamente en Europa en América libros con el título de Historia, llenos de falsedades, las más groseras; escritos instantes después de terminados los combates. No debía imitar ese ejemplo, sino esperar que vuelva la paz, la tranquilidad, la reflexión, casi el olvido; pero tampoco se debe consentir sereno en que la mentira tome asiento en el sagrado recinto de la historia; por esto me he resuelto a publicar la presente obra, que hubiera querido titular **Datos para la historia de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia en 1879 a 1882**, pero el título de los libros es como el ropaje en el hombre; si éste se presenta modestamente vestido, ante una gran sociedad, no es tan considerado como el que viste un ropaje que indica autoridad; basta lo dicho para que no se me tache de incurrir en la misma falta que vitupero.

La presente obra tiene por objeto dar a conocer las verdaderas causas, fundamentales y objeto de la guerra que Chile declaró, primero a Bolivia y después al Perú, y el modo cómo la ha hecho; así desaparecerán como humo las falsedades que Chile ha circulado. Mi narración será sencilla y lacónica, comprobada en su mayor parte, con documentos de origen chileno, para dar más apoyo a la verdad de la narración. Las apreciaciones y juicios sobre los más notables sucesos de esta guerra, las apoyo también en el juicio formado por los hombres notables de Chile, o en el de escritores neutrales; muy poco es lo de mi propio patriotismo, y quizá de pasiones nacionales.

Antes de escribir, he leído cuanto se ha escrito en América y en Europa, mirando con cautela la mayor parte de los juicios y apreciaciones de la prensa; porque en lo general son erróneos y absurdos; juzgan sin conocer los hechos, ni la geografía; de donde resultan sus despropósitos; esto cuando la prensa no está vendida.

Si se escribiera la historia de la Guerra de Pacífico según las noticias y apreciaciones de lo publicado en Europa, resultaría una novela de aquellas que en su fondo contienen algo de verdadero, pero envuelto en creaciones puramente imaginarias o de mera fantasía.

En Europa juzgan a Chile favorablemente, sin más razón y fundamento que por la paz de que goza, y porque paga con exactitud su deuda, pero ignoran que esa paz es a costa del sacrificio de la libertad política de sus ciudadanos, y que paga su deuda contrayendo otras nuevas; por esto cuando se vio en dificultades para pagar, echó manos a los tesoros de sus vecinos.

Ha contribuido también a esa favorable opinión en Europa la incansable alabanza propia, sin perder momento ni ocasión, cuidándose poco de la verdad.

En nada ha sido Chile más constante que en su propaganda contra el crédito del Perú, por más de 30 años, con admirable constancia, presentando a esta nación bajo el aspecto más desfavorable. A sus revoluciones les han dado una magnitud que jamás tuvieron; si se examinaran sin pasión algunas de esas revoluciones, sus causas y sus efectos, no las condenarían. Los movimientos políticos que han tenido lugar en el Perú después de las victorias de Chile, no han sido anárquicos; ninguno de los caudillos que se han presentado después de ocupada la capital del Perú por el ejército de Chile, ha tenido por objeto apoderarse del mando, sino el de salvar su patria; pueden haberse equivocado en los medios, o no haber consultado bien el momento oportuno; pero todos tuvieron por objeto alejar pronto a los invasores. Algunos de esos movimientos se ejecutaron extemporáneamente; al promoverlos y realizarlos no hubo quizás inteligencia y prudencia; pero no faltó patriotismo.

La prensa europea, instigada por Chile, ha vituperado la obstinación del Perú en no aceptar las indignas, humillantes y tiránicas bases que imponía Chile para celebrar la paz, porque ignoran que ellas llevan consigo la aniquilación del Perú, poniéndolo a la vez bajo el inmediato yugo de su tan antiguo como encarnizado e implacable enemigo.

No hay nación más jactanciosa y vana que Chile. El sistema de vanagloria y de petulancia ha sido acariciado siempre, por la opinión, por el gobierno y por la prensa de este pueblo: se ha connaturalizado en sus hombres, como la hidalguía en el caballero de la Mancha. Para humillar la soberbia de Chile, bastaría hacer un paralelo político, económico, social y moral con el Perú, aun en la vida privada, desde la independencia a la fecha y no es dudoso que la balanza se inclinaría a favor del Perú que ellos pintan con colores propios de su inveterado odio y envidia.

Muy generales y casi arraigadas se encuentran las falsedades, que por largo tiempo, y en particular durante la guerra, ha propalado la prensa de Chile y su gobierno; es menester dar luz para hacer conocer la verdad, por esto el presente libro está lleno de citas, la mayor parte de origen chileno, entre ellos ocupa notable lugar las relaciones de los corresponsales de los diarios que generalmente son exactas en el fondo, aunque en los detalles y apreciaciones se resisten de la parcialidad y petulancia que es general en todos ellos.

Para dar más apoyo a esta narración, y que se conozcan las fuentes, he formado un catálogo de las más notables publicaciones relativas a los varios puntos que se tocan en la narración, y le he dado el título de **Biblioteca de la guerra**; así los historiadores futuros conocerán las fuentes, y juzgarán. Los que hemos presenciado los hechos, en puestos más o menos notables debemos concretar nuestro trabajo a narrarlos tales cuales pasaron; no debemos engañar a nuestros contemporáneos.

El vulgo de todas partes, eleva hasta las nubes y califica de héroes, en los primeros momentos de su entusiasmo, a los que ejecutan cualquier acción que alegue la vanidad nacional; así como deprime, acusa e injuria al jefe que no fue feliz en algún combate o movimiento militar, por bien combinado que haya sido; yo no me he propuesto escribir la defensa del Perú, ni la acusación de Chile; mi objeto es más elevado, presentaré las cosas y los hombres tales cuales los he visto o conocido, o según aparecen a la luz de los comprobantes; así quedará todo en su lugar. No cometeré

la indignidad de adulterar los hechos; me considero hombre de bien y de verdad, y ya conocido; si caigo en error, será por la oscuridad tenebrosa de algunos de los incidentes de nuestro trágico asunto.

No creo oportuno escribir biografías de los que han figurado en esta guerra, ni entrar en detalles, ni episodios; y mucho menos hacer apreciaciones y comentarios filosóficos; porque aún no ha llegado el tiempo; y la lucha continúa.

Buenos Aires, junio de 1881[4]

*****

La lectura de los capítulos anteriores, comprobada con documentos y hechos irreprochables, que nadie podrá poner en duda, da a conocer claramente las tendencias de Chile a ensanchar su territorio a costa de sus vecinos del norte. En 1832 insinuó a Bolivia su primer pensamiento; en 1839 hizo la guerra a la Confederación Perú-Boliviana, con el mismo propósito oculto; en 1842 principio a ponerlo en ejecución, avanzando hasta el grado 24, latitud sur; en 1858 mandó practicar un estudio y reconocimiento científico del territorio que deseaba apropiarse, comisionando al Naturalista y Geólogo Philippi, en vista de cuyos informes el Presidente Mont dio la campanada de prevención a sus compatriotas, diciendo en su mensaje de 1 de Junio de 1854: “El desierto de Atacama ofrece productos de que la industria y el comercio de Chile podrán sacar provecho”. En 1866 pretendió ir más al norte, creyendo seguirlo compactos pérfidos; en 1872 protegió a Quevedo esperanzado en que éste le cedería el territorio boliviano hasta Mejillones, en cambio de el de Arica que proyectaba arrebatar al Perú, en consorcio con Bolivia.

---

[4] Hemos reproducido íntegro el prólogo de la obra fechado en 1881, aunque recién se publicó en 1884. Resulta obvia la intención del autor de refutar la versión de Chile. También resulta interesante el contraste que sugiere entre Perú y Chile, en el cual la balanza se inclinaría a favor de nuestro país. Se evidencia, pues, un sentimiento patriótico individual y la intención de contagiarlo a los demás. En ese sentido, no extraña que esté ausente alguna reflexión sobre la inestabilidad política del Perú en las décadas previas a la guerra.

Un senador y publicista de los más acreditados en Chile, desesperados al ver los innobles móviles que dirigían la política de su país, quitó la máscara a los que gobernaban y a los que dirigían, haciendo saber que la cuestión de límites de entonces, como la de los diez centavos después, eran pura y simplemente pretextos; declaraba que la actual guerra, desde su principio no había tenido otra significación que la absorción de territorio… y que a Chile, vencedor, correspondía desgarrar con el filo de su espada el mapa del Perú. Los tribunos del pueblo en sus comicios, decía de voz en cuello, antes de que se declarara la guerra al Perú, "que la guerra no debía ser contra Bolivia, nación pobre e insolvente sino con el Perú"; esta nación, decían, debe pagarnos los gastos de la guerra entregándonos la provincia de Tarapacá, territorio conquistado con el trabajo y capitales chilenos; la diplomacia no tiene ya nada que hacer en el asunto, son las armas los que lo decidirán".

Hoy es una verdad histórica, comprobada con documentos oficiales de Chile y por sus mismos publicistas, que la verdadera causa de la guerra declarada por esta nación al Perú y Bolivia en 1879, la que precedió a todo juicio, a toda deliberación; la que daba cierto impulso a las relaciones políticas y comerciales de Chile con sus vecinos de norte, era la ambición de ensanchar su territorio a costa de éstos, los huanos de las costas y las salitreras de Atacama y Tarapacá embargaban pues la codicia del gobierno y del pueblo chileno, como lo comprobaremos más y más en el curso de esta historia.

Altos funcionarios de Chile han dicho: «cuando ocurrió el descubrimiento de los minerales de Caracoles en el territorio de Bolivia afluyó a aquellos centros la población chilena en el número y con los elementos que podrían construir una sociabilidad política, un pueblo, una civilización, y apenas hubo ésta enclavado sus reales en las arenas del litoral y del desierto mediterráneo, estalló la inevitable rivalidad de castas, de intereses y afecciones, que debía ir acumulando el combustible subterráneo que hoy es voraz hoguera». La guerra con Bolivia fue, por esto, simple cuestión de tiempo, desde que el cateador *Cangalla* encontró el

primer rodado argentífero, en las lomas de Caracoles; como habría de ser inevitable y análoga la guerra con el Perú, desde que el trabajo de los rieles y la excavación de salitre atrajo al territorio de aquella república, a manera de alud humano, una raza activa y vigorosa que iba a encontrarse frente a frente de otra perezosa, muelle y desmoralizada con el clima y por el ocio.

En vista de tantas y tan patentes pruebas no puede dudarse de que la **primera causa verdadera y fundamental de la guerra declarada por Chile al Perú y a Bolivia fue el deseo de arrebatarles su rico litoral.**

Daba pábulo a esta causa fundamental de la guerra el antiguo odio de Chile al Perú, desde remotos tiempos aumentado por la envidia y encendido por la codicia de los negociantes del salitre. El origen de este odio lo encontramos en el modo de ser político y social de Chile respecto al Perú en la época del coloniaje.

Contribuyó no poco […] a ese odio y envidia, la guerra con España que en 1866 sostuvo el Perú con tanta gloria y Chile tan vergonzosamente. El recuerdo del combate naval de Abato, en que la escuadra chilena se escondió, en los momentos en que la **Amazonas** se defendía heroicamente; la enérgica resistencia que el *Dos de Mayo* hizo el puerto del Callao contra toda la escuadra española, comparada con la rendición de Valparaíso que volteó las bocas de sus cañones, por temor de un bombardeo, tenían humillado a Chile ante la América; y desde entonces meditó con más empeño vengarse[5].

[5] Con estos párrafos podemos percibir el interés del autor por demostrar que la verdadera causa de la Guerra del Pacífico fue el expansionismo de Chile. A esa principal razón, puede sumarse el supuesto odio que ese país habría tenido guardado en contra del Perú desde tiempos casi inmemoriales. Y, también, la crisis económica y social que habría estado atravesando el país del sur. Independientemente de la veracidad de esas afirmaciones, o de los matices que se le pudiesen agregar, sin duda reflejan bien el carácter contestatario de Paz-Soldán y la defensa patriótica de lo que consideraba propio. Nuestro autor inicia una corriente de pensamiento historiográfico, plenamente justificable en los momentos en que empleó la pluma.

Apéndice 4

Ricardo Palma
(Lima 1833-1919)

«Refutación a un texto de Historia»
Lima, julio de 1886 (selección pp. 1476-1477, 1478, 1479, 1485)[1]

El padre Ricardo Cappa, sacerdote prestigioso en el cardumen de jesuitas que, como llovido de las nubes y con escarnio de la legislación vigente, ha caído sobre el Perú, acaba de echar la capa, o mejor dicho, de tirar el guante a la sociedad peruana, publicando un librejo o compendio histórico en que la verdad y los hechos están falseados, y en el que toscamente se hiere nuestro sentimiento patriótico. A fe que el instante para insultar a los peruanos ha sido escogido con poco tino por la pluma del jesuita historiador.

Mientras llega la oportunidad de que Gobierno y Congreso llenen el deber que la ley impone, cúmplenos a los escritores nacionales no dejar sin refutación el calumnioso libelo, con el que se trata de inculcar en la juventud odio o desprecio por los hombres que nos dieran independencia y vida de nación. Si bien lo decaído de mi salud y el escaso tiempo que las atenciones de mi empleo oficial reclaman me dejan poco vagar, procuraré, siquiera sea rápidamente, patentizar las

---

[1] Este texto lo hemos extraído de las *Tradiciones peruanas completas* que publicó la editorial Aguilar. Para los detalles completos, véase la bibliografía.

más culminantes exageraciones, falsedades y calumnias de que tan profusamente está sembrado el compendio.

Triste es que cuando, así en España como en el Perú, nos esforzamos por hacer que desaparezcan quisquillas añejas, haya sido un ministro del altar, y un español, el que se lanzó injustificadamente a sembrar cizaña y azuzar pasiones ya adormecidas, agraviando con grosería el sentimiento nacional.

Precisamente, el caballero representante de España en el Perú y la colonia toda reciben constantes pruebas de la cordialidad de nuestro afecto para con los súbditos de la nación que, durante tres siglos, fue nuestra dominadora. La delicadeza, no sólo oficial, sino social, se ha llevado hasta el punto de no considerar entre nuestras efemérides bélicas la fecha del *Dos de Mayo*, suprimiendo toda manifestación que de alguna manera lastimara la susceptibilidad española. Hace años que ningún peruano ostenta sobre su pecho, en actos oficiales, la medalla conmemorativa de un combate en que, si lució la bizarría española, también el esfuerzo de los peruanos se mantuvo a la altura de la dignidad. Las fiestas del *Dos de Mayo* se han abolido entre nosotros, no por la fuerza de un decreto gubernativo, que no la ha habido, sino por la fuerza del cariño que en lo intimo del corazón abrigamos los peruanos por España y por los españoles.

España, por su parte, nos corresponde con todo género de manifestaciones afectuosas. Sus Academias de la Lengua y de la Historia brindan asiento a los peruanos; y de mí sé decir que entre las distinciones que en mi ya larga vida literaria he tenido la suerte de merecer en el extranjero, ninguna ha sido más halagadora para espíritu que la que esas dos ilustres Academias me acordaran, al considerarme digno de pertenecer a ellas.

Pero si amo a España, y si mi gratitud como cultivador de las letras está obligada para con ella, amo más a la patria en que nací, patria víctima de inmerecidos infortunios, y ruin sería el callar cobardemente ante el insulto procaz, sólo porque la injuria viene de pluma española;

aunque, bien mirado, desde que el padre Cappa es jesuita puede sostenerse que carece de nacionalidad. El jesuita no tiene patria, familia ni hogar. Para él, díganlo sus estatutos, la Compañía lo es todo: patria, familia, hogar[2].

*****

Pasemos a desmenuzar la producción del padre Cappa, que bien vale la pena de emprender la enojosa tarea un libro en que se trata de rebajar a todo trance al país y a sus hombres más eminentes; en el que ninguna clase social es respetada, y en el que trasluce claramente el propósito preconcebido de historiar mal y maliciosamente nuestro pasado, subordinándolo todo al enaltecimiento del virreinato, único honrado, bueno y sabio gobierno que hemos tenido. Mientras el padre Cappa consignó estas ideas en otra de sus publicaciones, francamente que no nos pareció precisa una refutación, porque no se trataba, como ahora, de un libro de propaganda y destinado a servir de texto en un colegio. Somos tolerantes por sistema y por convicción, y nuestra pluma rehuye siempre la crítica en materia de opiniones políticas, de creencias religiosas, de doctrinas literarias y hasta de apreciaciones históricas. Cuando algo nos desagrada, lo censuramos en el seno de la intimidad. En público, preferimos, a la reputación de zoilo y de severo, la acusación, que ya se nos ha hecho, de complaciente hasta la debilidad. Tras una palabra de crítica hemos puesto siempre diez de encomio. Aquellas publicaciones del padre Cappa nos arrancaron, pues, las mismas murmuraciones que su *Estafeta* del *Cielo,* superchería que consiste en escribir cartitas al

---

2 Desde el inicio, queda clara la intención de Palma de refutar lo afirmado por Cappa. Resulta interesante cómo Palma reconoce que, hacia 1886, ya está cediendo la «urgencia de la diferenciación» respecto de España. Es evidente que una de la razones de la oposición de Palma es que entiende que Cappa pretendería avivar el odio entre los propios americanos, de los sectores mayoritarios en contra de los criollos. En cambio, el propósito de los historiadores decimonónicos fue, más bien, confeccionar un pasado cohesionador, en el cual la vida y obra de los hombres que construyeron la nación —que Cappa minusvalora— sea motivo de orgullo patrio.

santo de nuestra devoción, echar la esquela en los buzones que al efecto tienen los reverendos y esperar la respuesta.

¡Valiente historia la que el padrecito pretende enseñar a nuestros hijos! Los Incas, bárbaros opresores, dignos de ser condenados; el Coloniaje, todo bienandanza y todo tratarnos con *excesivo mimo* (pág. 16); la República, una vergüenza; los próceres de la Independencia, *ambiciosos sin antecedentes* y verdaderos monstruos; la Inquisición, una delicia cuyo restablecimiento convendría; la libertad de imprenta, una iniquidad; Bolívar, San Martín y Monteagudo, tres peines entre los que distribuye los calificativos obsceno, cínico, pérfido, aleve, inmoral, malvado, y sigue el autor despachándose a su regalado gusto; el padre Cisneros, un impío; el canónigo Arce, un blasfemo; Mariátegui, un libérrimo; Luna-Pizarro y Rodríguez de Mendoza, sembradores de mala semilla; nuestro clero, tratado con menosprecio; nuestra Sociedad de Beneficencia, satirizada; en una palabra: toda nuestra vida independiente no significa para el padre Cappa sino retroceso, corrupción y barbarie[3].

*****

En doscientas diecinueve páginas en octavo menor es imposible reconcentrar más veneno contra el Perú y sus hombres.

El texto de mi ensotanado tocayo (malo como texto, pues carece de las condiciones de tal) empieza por no dar idea geográfica del país, teatro de los acontecimientos en que el historiador va a ocuparse. Como quien camina sobre ascuas pasa sobre los tiempos preincásicos, cuando, sin aventurar conjeturas ni admitir hipótesis, ha podido dar el preciso desarrollo a la historia de las tribus que ocupaban todo el territorio antes de ser conquistadas por los Incas. No pinta con fidelidad el estado

---

[3] Palma confiesa que la principal motivación para hacer pública su refutación es el claro carácter de difusión del libro de Cappa. Conviene, entonces, según Palma, que aquellos estudiantes estén advertidos de que aquel texto estaría lleno de falsedades. Por eso, se opone fuertemente a la principal hipótesis del jesuita, según la cual, en la historia del Perú, solamente la época virreinal sería un tiempo de admirar donde el gobierno habría sido ejemplar.

social del imperio incásico, sino que ha falseado la interpretación de los hechos y callado otros que, en la comparación, redundarán en contra del gobierno colonial.

*****

Las contradicciones no faltan para que el librito del padre Cappa no tenga por dónde ser escogido sin tenacilla. En una parte dice que los indios tenían tanto trabajo, que abrumados por él morían, y en otra que no vivían sino en continuada fiesta y entregados a la embriaguez.

Tampoco aprecia debidamente la misión civilizadora de los Incas, y cuánto mejoró la condición social, dulcificándose las costumbres, bajo el gobierno patriarcal de los hijos del Sol. Desapareciendo las frecuentes guerras en que vivían empeñados los pueblos, aprendieron nuevas artes e industrias, engrandecieron la agricultura y se estrecharon los lazos de la familia y de la sociedad bajo la influencia de leyes y religión humanitarias. Mal califica el padre Cappa la política y espíritu de los Incas, diciendo que su norte fue «dejar reducidos a sus súbditos a la condición de simples cosas», lo que contradice la afirmación que más adelante estampa «de que la pobreza no se conocía en el pueblo». Sin darse cuenta, hace con esta contradicción el elogio del paternal gobierno incásico[4].

*****

Hablando de las causas que produjeron la Independencia, considera, entre, otras, ésta: «La ambición de *unos cuantos hombres sin antecedentes,* que con el cambio radical se prometían ocupar los primeros puestos».

---

[4] Estos párrafos contienen uno de los ejemplos de las críticas de Palma a Cappa. Estas no son anecdóticas, van al meollo del asunto y en ese propósito pretende mostar las contradicciones internas del argumento del sacerdote español. Palma sostiene, inclusive, que el texto de Cappa no merece el calificativo de histórico pues no cumpliría con requisitos mínimos al no ocuparse del relieve propio de los Andes, ni de las poblaciones preincaicas, ni de lo beneficioso que fue el gobierno del inca, caracterizado, según Palma, por su labor civilizadora.

Así, para el padre Cappa eran ambiciosos sin antecedentes los notabilísimos peruanos que el 28 de julio de 1821 suscribieron en el Cabildo de Lima el acta de emancipación; y nótese que más de una docena de los firmantes eran títulos de Castilla, condes y marqueses, y no pocos nombres de muy acaudalados comerciantes figuran entre los suscritores del clásico documento. Hijos o nietos de esos patriotas republicanos son los hombres de la actual generación, y creo que no dejarán de sentirse heridos en su sentimiento filial al ver calificados a sus padres y abuelos de ambiciosos sin antecedentes.

«La acción no interrumpida de las logias masónicas del rito escocés, el resentimiento de Inglaterra para con el deseo de explotar el Nuevo Mundo, y los libros de los llamados filósofos franceses» fueron, según el padre Cappa, las chispas que produjeron la explosión ¿Por qué olvida que el despotismo, la intransigencia, los abusos exasperaron a los americanos hasta lanzarlos a una lucha titánica, la lucha desesperada de los débiles oprimidos contra los fuertes y engreídos opresores? Convenimos con el padre Cappa en que al principio no fue grande el eco que encontrara en el Perú la causa revolucionaria; pero no aceptamos que el indiferentismo fuese porque previeron que la Independencia daría por fruto la anarquía más lastimosa, como él sostiene. ¿Quién realizó el milagro de convertir el indiferentismo en entusiasmo? Los realistas mismos, con sus innecesarias crueldades en Cangallo y Pasco. ¡¡¡Y luego hablarnos de anarquía un español, un súbdito del más anarquizado de los pueblos y gobiernos de Europa!!!

*****

Veamos cómo trata el padre Cappa a los prohombres de la Independencia.

Pasamos por alto que a La Mar (página 184) lo llama a todas luces inepto; que de Riva-Agüero dice que nunca oyó silbar una bala y que, sin embargo, fue gran mariscal; y que unos pícaros de aquí y unos pícaros de allá, poseedores de títulos de la antigua deuda española, fueron los promovedores de la toma de las islas de Chincha en 1864, y otras

difamaciones calumniosas o inconvenientes en el texto, contraigámonos sólo a lo más culminante e intencionado.

Hablando de Monteagudo, dice: «Era Monteagudo irreligioso, inmoral, pérfido y aleve». ¡Cuánto derroche de calificativos! [...] «Era hijo de un pulpero de Chuquisaca y de una esclava». Esto no puede pasar en un libro de texto, porque a los escolares no se les debe enseñar mentiras crasas.

*****

En cuanto a los honores concedidos por el Gobierno a San Martín, dice «que fueron obra del miedo y no de la gratitud nacional». Y en un párrafo que bautiza con el epígrafe Servilismo y adulación, lanza al clero este envenenado dardo: «El clero oía con gusto un himno dedicado a Bolívar, que se cantaba entre la Epístola y el Evangelio, constándole que Bolívar era el hombre más cínicamente obsceno del mundo».

*****

Hasta la gloria de los laureles que en Ayacucho alcanzaron los americanos es vulnerada por la pluma del *sois disant* historiador jesuita. La victoria no se debió al esfuerzo de los patriotas, sino a la traición de Canterac, el general en jefe de los realistas. [...] Vencieron ustedes gracias a ramas, gracias a la traición, es lo que, en buen romance, les enseña ahora el padre Cappa a nuestros hijos, a los nietos de los vencedores de Ayacucho. ¡Habrá cinismo!

*****

No es Pichincha, es Ayacucho la acción que, como soldado, pone a Sucre al lado de los más grandes capitanes. ¡Pues bien, sépalo la juventud, sépalo el mundo, esa gloria es hechiza, es usurpada![5]

---

[5] La refutación prosigue y, entonces, Palma se empeña en reivindicar a los hombres que lograron la Independencia. Para él, todo en aquella gesta es motivo de orgullo nacional, hasta la estrategia bélica de la batalla de Ayacucho. Las críticas de Palma reflejan que la intención última de su elaboración historiográfica es la necesidad de formar a escolares —y ciudadanos— inculcándoles patriotismo.

Apéndice 5

José Toribio Polo
(Ica 1841 - Lima 1918)

«Luis Jerónimo de Oré»
En: *Revista Histórica*, tomo II, 1907 (selección pp. 74, 86-87)

Por su elevación y rango de la iglesia, por la antigüedad e importancia de sus obras, y hasta por las raras circunstancias de su familia, merece lugar preferente, entre los escritores patrios, ese franciscano; cuyos libros pueden considerarse como el primer vagido de la literatura nacional; siendo alguno de ellos para el lingüista precioso tema de estudio[1].

*****

Después de tres centurias de dominación española en el Perú, al cesar ésta, existía apenas un millón de habitantes, de los diez, por lo menos, que al hacerse la conquista.

Ya que no la guerras, se han considerado las epidemias y la embriaguez como causas de esa despoblación. Pero es la verdad, que a ella contribuyeron con más eficacia, el trabajo de las minas, las mitas, los

---

[1] Desde el inicio del artículo, José Toribio Polo otorga el calificativo de «patrio» al obispo criollo objeto de su estudio. En tanto que Oré fue un modelo de vida ejemplar, Polo lo «peruaniza» y así contribuye con la creación del canon histórico que sustenta que el Perú habría tenido un pasado glorioso y una antigua nación, en la que habrían abundado los hombres llenos de virtudes.

pongos, el cambio violento de climas, falta de asistencia en casos de enfermedad, y el maltrato que casi todos los encomenderos y patronos daban a los míseros indios.

En medio de tanta opresión y de dolores tantos, quedábanle a las víctimas su fe religiosa y esperanzas inmortales; y eso les hacía, a pesar de su rudeza, elevar en el templo con fervor sus preces, en demanda de alivio y de consuelo.

Nadie alcanzó mejor que Oré a formular esas plegarias llenas de unción, cuya letra y música melancólicas parece no pueden acompañarse sino con lágrimas y suspiros.

Por eso, después de correr tantos años, en las iglesias, aún de los pueblos más apartados de indígenas, se entonan hasta hoy el *Cápac Eterno Dios*, el *Yúrac Hostia Santa*, y otros cánticos, que no se oyen sin viva emoción, que nos hacen pensar en las tristezas y amarguras de esa raza infeliz, y abrigar esperanzas de que será escuchada al fin por el Dios de la justicia.

Oré es uno de los obispos criollos, que ilustra a la patria y a la Iglesia; y siempre será honra para los pueblos americanos haber sido la cuna de prelados como él, y como Arias de Ugarte, Corne, Villarroel, Cárdenas; notándose en las dípticas de las Diócesis españolas del Nuevo Mundo, que los hijos del, menores en número que los peninsulares, no ceden a estos en celo, ni en ciencia, ni en virtud[2].

*****

[2] En estos párrafos podemos notar el convencimiento de que la época colonial no sería un tiempo solo de explotación, la hubo, en efecto, y la población indígena fue la principal víctima; sin embargo, Polo rescata la presencia de hombres como Oré que habrían contribuido a acercar a aquella población alguna clase de consuelo. Interesante es también, para los efectos de la confección de una historia nacional, la igualdad entre españoles y criollos, postulada por el autor del artículo.

«Blas Valera»
En: *Revista Histórica*, tomo II, 1907, pp. 544.

Perdidos hasta hoy por más de tres siglos, para las letras y la historia nacional, los escritos de este ilustre chachapoyano, no es justo sin embargo negar el mérito que contrajo, al ser el primero, entre los nuestros, que quiso hacer conocer, con exactitud y verdad, el Perú antiguo, y el Imperio de los Incas, destruido al empuje de las huestes españolas: no es justo, decimos, que por el malogro de la empresa, ya por su parte concluida, se olvide al joven que, apenas adscrito a la Compañía de Jesús, recorrió el territorio patrio, catequizando, predicando, recogiendo a la vez las tradiciones de los indios, y visitando el escenario de los sucesos que había de referir, para darles de vida imperecedera de la historia.

Cierto que de la obra de Valera sólo tenemos los fragmentos que salvaron; pero ellos bastan para concederle lugar preferente en la galería de historiadores de Perú, que la gratitud y el patriotismo nos obligan a formar; máximamente ahora que existe un Instituto Histórico, con la misión de investigar, compulsar documentos, y reconstruir nuestro pasado con criterio científico[3].

*****

«Un teólogo célebre»
En: *Revista Histórica*, tomo III, 1908, pp. 5[4]

El Perú español tuvo sabios y artistas, guerreros y santos, magnates y nobles, de los que para el patriotismo es gustosa labor recoger datos; a fin de que su memoria no se pierda entre las nieblas del pasado, y para que ella nos alimente y consuele.

---

[3] El jesuita Blas Valera sería otro ejemplo de escritor patrio que tuvo el mérito de pretender historiar a los incas. Recordar su existencia contribuye a inflar el orgullo nacional.
[4] El artículo fue publicado originalmente en el periódico *El Siglo*, en marzo de 1878.

Como el que más, brilla por su ciencia y virtud el teólogo limeño Juan Pérez de Menacho, que vino al mundo en 1565.

Y cosa rara! Ese humilde religioso, un tiempo orgullo de la Universidad Mayor de San Marcos y el oráculo de la teología, considerado dentro y fuera del país como un portento de ingenio, no alcanzó el honor de que se imprimiesen sus voluminosos escritos, que existen incompletos en nuestra Biblioteca Nacional como reliquias del archivo de compañía de Jesús; y ni aún se ha publicado su vida con algún detenimiento[5].

5 El estudio de la vida del padre Juan Pérez Menacho es utilizado por Polo para presentar otra biografía de hombre ejemplar con el propósito ya señalado.

Apéndice 6

Carlos Wiesse
(Tacna 1859 - Lima 1945)

Resumen de la historia del Perú
Lima: Instituto Nacional de Cultura, 2005 (selección pp. 28-31, 118-119, 162-164, 179-180, 267-268)[1]

Desde que los europeos vieron a los naturales de América, encontraron que su tipo no correspondía exactamente al de ninguna otra de las gentes hasta entonces conocidas.

Color bronceado, más o menos intenso, estatura mediana, formas macizas, frente fugitiva, cara ancha oval, nariz larga, ensanchada en la base, boca grande y labios carnosos, dientes limpios y parejos, ojos horizontales, de córnea amarillenta, pómulos salientes, cabello abundante, negro, tieso y sin brillo; tales son los caracteres físicos generales de estos pueblos. El rasgo que más lo distingue, es el de tener barba lisa, que les brota muy tarde, cuando no son del todo lampiños.

El carácter de los aborígenes quechua-aimaras, así como el de todos los americanos, se distingue por la lentitud de su excitabilidad y el poder de resistencia pasiva, unidos a un exterior tranquilo, una fuerza de sufrimiento y una prudencia general en los actos de la vida, llevados a su más alto grado. Esta pintura se completa observando el aire de tristeza

---

[1] El texto fue publicado originalmente en 1892.

reflexiva de su fisonomía y aun la gran reserva y astuta desconfianza que gastan en su trato con los blancos[2].

No queda duda alguna de que los pueblos de América son de una remota antigüedad. Probablemente, en la primera edad de piedra, la paleolítica, vinieron del oeste de Europa, siguiendo un camino que se formaba en ciertas épocas entre Escocia, las Islas Feroes, Groenlandia y el Labrador, ciertas tribus primitivas de cabeza alargada.

En la segunda edad de piedra la neolítica, las inmigraciones más numerosas de los pueblos mongoles de cabeza redonda, llegaron de Asia por el estrecho helado de Behring o por la cadena de las islas Aleutianas.

A partir de aquellas remotas épocas no se ha encontrado ningún indicio de nuevas inmigraciones. El hombre aislado así en América, adquirió un nuevo tipo, que se acerca mucho al tipo mongólico; pero que posee los caracteres especiales que hemos enumerado en el párrafo anterior.

Las naciones que se fueron formando en América son muy numerosas y difieren notablemente en civilización las unas de las otras.

Los aborígenes norteamericanos y, entre otros, los atapascos, los algonquines y los iroqueses, permanecieron en la barbarie; los nahuas, que se llamaron sucesivamente chichimecas y aztecas, fundaron en México un gran imperio, el segundo en civilización junto a los mayas y quichés en Centroamérica; los muizcas o chibchas de Colombia fueron reputados como el tercer grupo de civilización; y los quechuas-aimaras en el Perú se contaban como el primero y más civilizado imperio. En cuanto a los caribes, habitantes de la región oriental desde la Florida y las Antillas hasta el Sur de Orinoco; los guaraníes, establecidos en el Brasil, Paraguay, Uruguay y regiones interiores; los araucanos, al Sur de Chile, y los patagones y fueguinos, permanecieron en estado más o menos salvaje[3].

---

2 A través de estos párrafos podemos observar la importancia que en la época se le daba al tema racial, pues se consideraba necesario describir no solo las características físicas, sino también las «psicológicas». Ambas irían de la mano.

3 A nuestros efectos interesan estos apuntes que reseñan el origen del poblamiento americano, pues muestran el avance del conocimiento del tema hacia fines del siglo XIX. Además, aquí queda evidenciado el convencimiento de que los Incas habrían sido

*****

El trato que dieron los españoles a los indios naturales de los países dominados fue de una crueldad inaudita. Los consideraban como esclavos y los sometían a las más duras e incesantes faenas y maltratos en tiempos de paz y, en época de guerra, las matanzas en gran escala, las mutilaciones y marcas seguían a la sofocación de una revuelta.

Los sabios teólogos españoles discutieron con mucha seriedad si los indios americanos pertenecían a la familia humana y si, por ende, la doctrina de Cristo podía ampararlos. Así se decidió; pero la codicia y dureza de los conquistadores nada respetaron y se les trató en todo tiempo, hasta la independencia, como a raza inferior, que debía sufrir su vasallaje sin quejarse ni sacudirse.

En el Perú aunque no procedieron los invasores con tanta ferocidad como en las Antillas, Honduras y Guatemala, cometieron sin embargo excesos deplorables. Largo tiempo después de la conquista se entretenían cazando indios con perros carniceros; los rebaños fueron destruidos y los graneros se vaciaron apareciendo la desnudez y el hambre, que los incas no conocieron en su gobierno suave y metódico.

Como Colón en las Antillas, Cortés en México, Jiménez de Quezada en el nuevo reino de Granada y cada cual en sus conquistas respectivas, Pizarro hizo repartimientos de indios, encomendando a cada español que los recibía la forzosa obligación de adoctrinarlos en la fe cristiana y defender sus vidas y haciendas, a fin de no destruir, por crueldad antieconómica, el mismo instrumento de labor servil y resignada con que se premiaba las hazañas de los guerreros o se retribuía el influjo de los que en la Corte tuvieran valedores. A cada porción dada se llamó una encomienda y al que la recibía, encomendero. Mita se llamó al servicio personal obligatorio del indio para el encomendero, mitayo al indio trabajador siervo.

En vez de servirse de los indios con la prudencia establecida por los incas, esos encomenderos les exigían un trabajo en las minas de la región

---

el principal imperio de toda América; la difusión de esto último contribuye a engrandecer el orgullo patrio.

andina superior a las fuerzas humanas, de donde resultó que murieran en gran número. La agricultura que era la industria del país y que estaba más en armonía con el carácter de los peruanos, fue casi abandonada[4].

*****

El indio domado y sometido a la vida civil del coloniaje, fue mezclándose con los blancos, ya por uniones legitimas entre princesa y altas hembras con los conquistadores, ya por el flujo y el reflujo de las generaciones en el estado en que se vivía. Pero los indios no domados, que son muchos en América todavía, se conservaron y se conservan incólumes de todo contacto con las nuevas razas, y es en sus tribus y cacicazgos donde los etnólogos estudian los privativos caracteres físicos del hombre de este continente, caracteres que hemos enumerado en el primer capítulo de este libro. También había y hay agrupaciones de indios puros entre los que han venido a formar parte de nuestra sociedad, trato y comercio.

El negro africano, como era importado especialmente en calidad de máquina aguantadora para los duros trabajos y los malos climas; como su compra y traída eran costosas, y como se le vigilaba cuasi encerrado en los reales de minas, puertos, presidios e ingenios y labranzas, permaneció aislado hasta la extinción de la esclavitud y poco hubo de cruzarse entonces con las otras razas. Es resistente cual ningún otro ser humano para el sol y el calor, las fiebres, los mosquitos y todas las plagas e incomodidades que matan al blanco y al indio y en las hoyas de los grandes ríos sudamericanos, bravías y montaraces, que los debilitan en los valles de la costa peruana, en las otras costas ardientes del continente y en toda labor enervante y agobiadora.

El blanco europeo, mejor dotado para la dirección de las nuevas sociedades americanas, por su temperamento activo, emprendedor e imaginativo, sin embargo, en la América española, después que envainó

---

[4] Nos encontramos con la descripción de los excesos cometidos por los conquistadores y la censura a la empresa de la conquista. Incluso, Wiesse afirma que la población andina tuvo mejores condiciones de vida en tiempos incaicos. En la comparación, como resulta obvio, el gobierno inca sale ganando: habría sido más sabio que el impuesto por los encomenderos.

las espada del conquistador y que recorrió en todas direcciones y con afán siempre desvanecido, tras el sueño de «El Dorado» en que había de saciar su sed de oro, se recogió a las ciudades que se iban fundando, a cuidar sus encomiendas de indios y sus cuadrillas de negros que trabajaban para él. Estas relaciones de amo y señor, a siervo o esclavo fueron fatales al blanco europeo en el Perú, y otras colonias hispanoamericanas; pronto creyó —una vez apaciguadas las no pocas revueltas en que hubo de tomar parte por uno u otro bando, y establecida sobre bases inconmovibles la autoridad de Rey— que podía abandonar la carga del trabajo a sus siervos y mitayos y entregarse a las delicias del no hacer nada, a las intriguillas sobre advenimiento, remoción, y residencia de empleados, que se sucedían los unos a los otros sin mayor estruendo y a intervenir en las disputas entre clérigos, seglares y regulares.

Los españoles que vinieron después de los primeros conquistadores a comerciar, aunque guardaron la frugalidad adquirida en el trabajo del sueldo relativamente pobre de la península y en el trato de gentes de la misma raza, contaminados, no obstante, con el espíritu aristocrático de sus compatriotas enriquecidos en América, descuidaron inculcar en sus hijos los hábitos de trabajo y economía que habían traído. El criollo o hijo de padres europeos, nacido en este continente resultó, por esto, amigo del fausto y el derroche en la generalidad de los casos; y además, con el título de nobleza adquirido a precio de oro, se entronizó en su espíritu el menosprecio por los menos acaudalados, aun de su misma raza.

Del blanco aventurero, inmigrante pobre o empresario atrevido, que viene a las costas y hoyas malsanas, donde encuentra por lo común el negro resistente, surge, por cruzamiento, el mulato, aclimatado, ágil, fornido y despierto, hábil para toda maniobra, apto para cualquier oficio y lleno de aspiraciones a mejorar de posición y fortuna.

Del blanco y el indio, cuando quiera que se cruzan, resulta el mestizo, con cualidades y defectos como los del mulato, si bien menos extremados, pues el negro es fogoso, alterno y vengativo, y el indio suspicaz y mañoso; y del negro u el indio sale el zambo, «correveidile» acucioso, buen sirviente, buen soldado y buen alumno.

Con los elementos que acabamos de describir comenzó en la época del virreinato la formación natural de una nueva variedad del hombre caucásico (*homo caucasicus*) y del hombre americano, como factores más importantes. Esta variedad ha ido adquiriendo carta de naturaleza en la etnología de este continente con la revolución de las colonias españolas, realizada en el primer cuarto del siglo XIX.

Es indudable, en efecto, que al terminar el virreinato, gran número de los criollos menospreciados por sus progenitores y los demás renuevos de los viejos troncos, al continuar mezclándose entre sí y con la savia pura paternal e influenciados notablemente por las condiciones físicas del continente americano, tenían la conciencia de la comunidad de sus caracteres físicos y morales, aun cuando esos caracteres no podían fijarse, desde luego, debido a la profunda separación convencional entre las diferentes razas primitivas y mezcladas, establecida por los blancos españoles en su provecho exclusivo[5].

*****

Al comenzar el siglo XIX, los súbditos de España en el Nuevo Mundo tenían motivos de sobra para rebelarse. Los agravios que sufrieron de los españoles fueron mucho más graves que los infligidos por Inglaterra a sus colonias de Norteamérica.

Ya hemos visto cómo era la tiranía ejercida contra los indios. En la ignorancia en que estos se encontraban de sus derechos, nunca consiguieron derrocar a sus opresores; antes bien les servían para combatir a los de su misma raza, según sucedió cuando la rebelión de Túpac Amaru. Más tarde ellos mismos formaron la parte principal de los

[5] En el breve recuento que realiza Wiesse de la «sociedad colonial» puede apreciarse, nuevamente, la importancia que le atribuía al factor racial. En general, se aprecia una visión poco empática sobre la época colonial que habría contribuido a la inercia en la población. Asimismo, está presente una tímida declaración respecto de que el virreinato habría creado un nuevo tipo de hombre, el que gestaría la Independencia. Entre ellos existiría cierta conciencia de la «comunidad» de sus caracteres físicos y morales, particulares de ellos y distintos de los peninsulares.

ejércitos que los generales españoles levantaban para combatir a los patriotas[6].

Pero el despotismo lo ejercieron los españoles, aun contra sus propios descendientes, los criollos y éstos fueron los que dirigieron el movimiento de la emancipación.

Se les prohibía el cultivo en sus propias tierras, de muchos frutos que España producía y quería hacer valer más por medio de su comercio y se impedía su transporte directo de un virreinato a otro.

En materia del gobierno colonial, los americanos, por lo general, en violación de las leyes fundamentales del reino, estuvieron excluidos de los destinos que pudieran producirles honor y provecho. Aun en las épocas en que España requería la fidelidad de sus colonos, como cuando la guerra de Napoleón, se les miró con desdén y en las Cortes no se quiso oír a los pocos diputados que eligieron, por primera y única vez, algunos cabildos de las ciudades más importantes de América.

En el ramo de la educación intelectual no se permitía el estudio de muchas ciencias, llegándose a declarar, por Carlos IV, que no era conveniente que los estudios se generalizaran en América. La instrucción del pueblo nunca se estableció. De aquí resultaba un estado de abatimiento moral que fomentaba el vicio y que impedía aprovechar de las buenas disposiciones naturales de los americanos[7].

*****

Desde que descubrieron las grandes riquezas minerales que encierra el desierto de Atacama, poseído por Bolivia, Chile promovió a esta república la cuestión de la propiedad de una parte de ese desierto. La disputa

---

6 Puede notarse el convencimiento de Wiesse respecto de que los indígenas de fines del virreinato son descendientes degenerados de los respetados incas. A esta situación los habría conducido la explotación colonial y, en especial, la falta de instrucción; que los habría colocado en una situación tal que ni siquiera pudieron combatir a sus propios opresores.

7 Los españoles no se habrían conformado con «agraviar» a la población indígena, sino también a los criollos, a quienes habrían marginado de los cargos políticos. Este tipo de marginaciones, además del surgimiento de la conciencia de comunidad señalada en una nota anterior, explicaría el porqué los criollos se rebelaron y dirigieron la gesta independentista.

terminó con el tratado del año 1874, en virtud del cual quedo reconocido el dominio de Bolivia, a cambio de la obligación que esta se impuso a favor de Chile, de no cobrar impuestos a las industrias chilenas que se establecieran en el territorio de la costa boliviana.

A pesar de esto el gobierno de Bolivia fundándose en que había otorgado concesiones extraordinarias a una compañía chilena residente en aquel territorio, creyó que tenía derecho para imponerle un impuesto de diez centavos por cada quintal de salitre que exportara. Chile alegó que este impuesto era una violación del tratado y, en represalia, ocupó la costa donde están los puertos bolivianos de Antofagasta, Cobija y Tocopilla, sin declaratoria de guerra y a titulo de reivindicar la parte del desierto sobre el que antes había reclamado derechos.

En estas circunstancias, el Perú ofreció sus buenos oficios para restablecer la paz. Chile, entonces dando el pretexto de la existencia de un tratado de alianza defensiva sobre el Perú y Bolivia, celebrado en 1873, y que consideraba como un arma preparada en contra suya declaro la guerra al Perú, y éste, como consecuencia, se unió a Bolivia.

Ésta fue la causa aparente de la actitud de Chile; pero la causa verdadera debe buscarse en el hecho de que con la expropiación de las salitreras de Tarapacá, comenzada en el periodo de Pardo, se perjudicaban a muchos capitalistas chilenos, propietarios de salitreras y en que Chile deseaba poseer Tarapacá como medio para salir de sus apuros económicos y echar las bases de su engrandecimiento futuro. Para ejecutar este plan, Chile se había preparado de antemano reforzando su escuadra, mientras el Perú y Bolivia, destrozados por las revueltas intestinas, tenían en completo abandono sus ejércitos y armamentos[8].

---

8 La expansión territorial de Chile se muestra como una de las causas de la Guerra del Pacífico, ya señalada como tal por Paz-Soldán desde hacía varios años. Junto con esa causa, ahora añade Wiesse, en el mismo nivel, la defensa ejercida por aquel Estado de los intereses económicos de los capitalistas particulares que habían invertido en el territorio boliviano. Por otro lado, Wiesse insiste en la posición respecto de que el tratado entre el Perú y Bolivia no tenía un carácter ofensivo y que Chile lo usó como pretexto para la consecución de sus objetivos.

Bibliografía

Fuentes primarias editadas

Mercurio Peruano (1964-1966). Edición fascimilar. Lima: Biblioteca Nacional del Perú, 12 tomos.

Barranca, José (1906). La Raíz Kam y sus derivados en el Kichua. *Revista Histórica*, tomo I, 60-64.

Barros Arana, Diego (1910). *Obras completas de Diego Barros Arana*. Tomos VIII y IX. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.

Basadre, Modesto (1894). Los Indios Uros. *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, tomo IV, 190-199.

Basadre, Modesto (1884). *Riquezas peruanas: colección de artículos descriptivos escritos para La Tribuna*. Lima: Imprenta de La Tribuna.

Baudin, Luis (1973). *El imperio socialista de los Incas*. Santiago de Chile: Zig-Zag.

Bello, Andrés (1884). Modo de escribir la historia. *Obras Completas de don Andrés Bello*. Volumen VII. Santiago de Chile: Impreso por Pedro G. Ramírez, 107-117.

Caivano, Tomás (1883). *Historia de la guerra de América entre Chile, Perú y Bolivia*. Florencia: Tipografía dell´Arte della Stampa.

Cappa, Ricardo (1886). *Historia Compendiada del Perú con algunas apreciaciones sobre los viajes de Colón y sus hechos*. Lima: Editorial Carlos Prince.

Cappa, Ricardo (1885-1887). *Historia del Perú*. Lima: Imprenta del Universo.

Carranza, Luis (1892). Condiciones físicas e intelectuales del indio. Índole artística. *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, tomo II, 28-39.

Clavero, José (1893). *Perú: revelaciones históricas*. Lima: Imprenta del Universo.

Córdova y Urrutia, José María (1844). *Las tres épocas del Perú*. Lima: Imprenta del autor.

Dilthey, Wilhelm (1980). *Introducción a las ciencias del espíritu*. Madrid: Alianza.

Durand, José (editor) (1982a). *Gaceta de Lima. De 1756 a 1762. De Superunda a Amat*. Lima: COFIDE.

Durand, José (editor) (1982b). *Gaceta de Lima. De 1762 a 1765. Apogeo de Amat*. Lima: COFIDE.

Fichte, Johann Gottlieb (1943). *Discursos a la nación alemana*. Buenos Aires: Editorial Americalee.

Fuentes, Manuel Atanasio (editor) (1859). *Memorias de los virreyes que han gobernado el Perú, durante el tiempo del coloniaje español.* Lima: Librería Central de Felipe Bailly.

González de la Rosa, Manuel (1907). El Padre Valera, primer historiador peruano. *Revista Histórica*, tomo II, 180-199.

González de la Rosa, Manuel (1879). La historia de los Incas por Cieza de León. *Revista Peruana*, tomo I, 37-43; 133-136.

Herder, Johann Gottfried (1959). *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*. Buenos Aires: Losada.

Herrera, Bartolomé (1929-1930). *Bartolomé Herrera: escritos y discursos*. Lima: Librería Francesa Científica y Casa Editorial E. Rosay.

Larrabure, Eugenio (1935-1936). *Cuestiones históricas. Polémica que con motivo del libro Colón y los españoles publicado por el R.P. Ricardo Cappa de la Compañía de Jesús sostuvo éste contra las impugnaciones que le hizo el Sr. D. Eugenio Larrabure y Unanue*. En *Manuscritos y publicaciones: historia y arqueología*. Lima: Imprenta Americana, 369-443.

Lastarria, José Victorino (1868). *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*. En *Miscelánea histórica y literaria*. Tomo I. Valparaíso: Imprenta de la Patria, 3-136.

Lavalle, José Antonio de (1935). *Estudios históricos*. Lima: Librería e Imprenta Gil.

Lavalle, José Antonio de (1861). Un poema y un poeta nacional del siglo XVII. *La Revista de Lima*, número 3, 1-7.

Lavalle, José Antonio de (1859). *Don Pablo de Olavide: apuntes sobre su vida y sus obras*. Lima: Imprenta Americana.

Leguía Martínez, Germán (1972). *Historia de la Emancipación del Perú: El Protectorado*. Tomo V. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

Lorente, Sebastián (2005). *Escritos fundacionales de historia peruana*. Compilación y estudio introductorio por Mark Turner. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Lorente, Sebastián (1967). *Pensamientos sobre el Perú*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Lorente, Sebastián (1879). *Historia de la civilización peruana*. Lima: Imprenta Liberal.

Lorente, Sebastián (1861). *Historia de la conquista del Perú*. Poissy: Imprenta Abreu.

Markham, Clements (1882). *The War between Peru and Chile, 1879-1882*. Londres: Sampson Low, Marston and Company.

Mendiburu, Manuel de (1874). Sobre el Quichua. *El Correo del Perú*, Lima: 31 de diciembre.

Mendiburu, Manuel de (1874-1891). *Diccionario histórico biográfico del Perú.* Lima: Imprenta de Francisco Solis. Tomos I, II, III y V.

Medina José Toribio (1904-1907). *La Imprenta en Lima*. Santiago de Chile: J. Medina.

Molina, Modesto (1922). *Hojas de un proceso: datos para la historia de la Guerra del Pacífico*. Lima: Imprenta Unión.

Muñiz, Carlos María (1908-1908). *Historia del patriotismo, valor y heroísmo de la nación peruana en la Guerra con Chile.* Arequipa: Casa Editora, Tipografía Muñiz.

Odriozola, Manuel de (1863-1877a). *Documentos históricos del Perú en las épocas del Coloniaje, después de la Conquista y de la independencia hasta lo presente*. Lima: Tipografía de Aurelio Alfaro.

Odriozola, Manuel de (1863-1877b). *Colección de documentos literarios del Perú*. Lima: Tipografía de Aurelio Alfaro.

Odriozola, Manuel de (1863). *Terremotos. Colección de las relaciones de los más notables que ha sufrido esta capital*. Lima: Tipografía de Aurelio Alfaro.

Palma, Ricardo (1961). *Tradiciones peruanas completas*. Madrid: Aguilar.

Palma, Ricardo (1863). *Anales de la Inquisición en Lima (estudio histórico*). Lima: Tipografía de Aurelio Alfaro.

Patrón, Pablo (1906). La veracidad de Montesinos. *Revista Histórica*, tomo I, 289-303.

Patrón, Pablo (1902). *Observaciones sobre la obra El Perú del señor Antonio Raimondi*. Lima: Galland.

Patrón, Pablo (1900). *Origen del quechua y del aymará*. Lima: Librería e Imprenta Gil.

Patrón, Pablo (1896). Apuntes históricos sobre la verruga americana. *Boletín de la Sociedad Geográfica*, tomo V, 435-445.

Patrón, Pablo (1891). Los descubrimientos fenicios. *Revista Americana*, números 2, 3 y 4.

Paz-Soldán, Mariano Felipe (1979). *Narración histórica de la Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*. Lima: Milla Batres.

Paz-Soldán, Mariano Felipe (1888). *Historia del Perú Independiente*, *1835-1839*. Buenos Aires: Imprenta y Estereotipia del Courrier de La Plata.

Paz-Soldán, Mariano Felipe (1879a). *Biblioteca Peruana*. Lima: Imprenta Liberal.

Paz-Soldán, Mariano Felipe (1879b). Rectificación Histórica. *Revista Peruana*, tomo I, 47-48.

Paz-Soldán, Mariano Felipe (1879c). Causas fundamentales de las grandes revoluciones en el Perú. *Revista Peruana*, tomo I, 366-372.

Paz-Soldán, Mariano Felipe (1874). *Historia del Perú independiente, segundo período*. Lima: Imprenta A. Lemale.

Paz-Soldán, Mariano Felipe (1868). *Historia del Perú Independiente*. Lima: Imprenta A. Lemale.

Polo, José Toribio (1910). Tesis doctoral. *La Prensa*, Lima: 20 de diciembre.

Polo, José Toribio (1908). Un teólogo célebre. *Revista Histórica*, tomo III, 5-28.

Polo, José Toribio (1907a). Luis Jerónimo Oré. *Revista Histórica*, tomo II, 74-91.

Polo, José Toribio (1907b). Blas Valera. *Revista Histórica*, tomo II, 544-552.

Polo, José Toribio (1906). Un quechuista. *Revista Histórica*, tomo I, 24-38.

Polo, José Toribio (1901). *Los Uros del Perú y Bolivia*. Lima: Imprenta y Librería San Pedro.

Polo, José Toribio (1900). *La piedra de Chavín*. Lima: Imprenta y Librería San Pedro.

Polo, José Toribio (1899). *Memoria de los virreyes del Perú, marqués de Mancera y conde de Salvatierra*. Lima: Imprenta del Estado.

Polo, José Toribio (1891). *Historia Nacional. Crítica del "Diccionario histórico-biográfico del Perú" del señor general Mendiburu*. Lima: Imp. del Comercio por J. R. Sánchez.

Polo, José Toribio (1877a). Apuntes sobre Trujillo y sus obispos. En Odriozola, Manuel de. *Colección de documentos literarios del Perú*. Tomo XI. Lima: Tipografía de Aurelio Alfaro, 293-303.

Polo, José Toribio (1877b). Apuntes sobre la historia eclesiástica de Arequipa. En Odriozola, Manuel de. *Colección de documentos literarios del Perú*. Tomo XI. Lima: Tipografía de Aurelio Alfaro, 315-357.

Polo, José Toribio (1877c). Momias de los Incas. En Odriozola, Manuel de. *Colección de documentos literarios del Perú*. Tomo XI. Lima: Tipografía de Aurelio Alfaro, 371-378.

Polo, José Toribio (1870). Bibliografía. *El Nacional*. Lima, 1 de julio.

Prescott, Guillermo (1980). *Historia de la conquista del Perú*. Lima: Editorial Universo.

Rebaza, Nicolás (1971). *Anales del departamento de La Libertad en la guerra de la Independencia*. Trujillo: Edigrafi.

Rivero, Mariano Eduardo de y Juan Jacobo Tschudi (1851). *Antigüedades peruanas*. Viena: Imprenta imperial de la Corte y del Estado.

Unanue, Hipólito (1985). *Guía política, eclesiástica y militar del virreinato del Perú, para el año de 1793*. Edición a cargo de José Durand. Lima: COFIDE.

Unanue, Hipólito (1974). *Los Ideólogos*. Colección Documental de la Independencia del Perú. Investigación, recopilación y prólogo por Jorge Arias Schreiber Pezet, tomo I, volumen 8. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

Urteaga, Horacio (1908). ¿Atahuallpa? *Revista Histórica,* tomo III, 247-253.

Vargas, Nemesio (1903-1917). *Historia del Perú independiente*. Lima: Imprenta de la Escuela de Ingenieros.

Vicuña Mackenna, Benjamín (1971). *La independencia en el Perú*. Santiago de Chile: Editorial Francisco de Aguirre.

Wagner, Fritz (1958). *La ciencia de la historia*. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.

Wiesse, Carlos (2005). *Resumen de la historia del Perú*. Lima: Instituto Nacional de Cultura.

Fuentes bibliográficas

Aguirre, Carlos (2004). Los irrecusables datos de la estadística del crimen: la construcción social del delito en la Lima de mediados del siglo XIX. En Mc Evoy, Carmen (editora). *La experiencia burguesa en el Perú (1840-1940)*. Madrid: Iberoamericana, 309-329.

Aguirre, Carlos (1993). *Agentes de su propia libertad. Los esclavos de Lima y la desintegración de la esclavitud: 1821-1854*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Agulhon, Maurice (1993). La sociabilidad como categoría histórica. En *Formas de sociabilidad en Chile, 1840-1940*. Santiago de Chile: Fundación Mario Gongora.

Anderson, Benedict (2000). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Anderson, Benedict (1998). *The spectre of comparisons: Nationalism, Southeast Asia, and the World*. Londres: Verso.

Anna, Timothy (2003). *La caída del gobierno español en el Perú. El dilema de la Independencia*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Annino, Antonio y François-Xavier Guerra (coordinadores) (2003). *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Ardao, Arturo (1978). *Estudios latinoamericanos de historia de las ideas*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Armas Asin, Fernando (1998). *Liberales, protestantes y masones. Modernidad y tolerancia religiosa. Perú, siglo XIX*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú y Centro Bartolomé de las Casas.

Aron, Raymond (1992) *Dimensiones de la conciencia histórica*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Baigorria, Zoila (1959). «Evolución histórica de los Reglamentos Generales y Leyes Orgánicas». Tesis para optar el grado de doctor en Educación. Pontificia Universidad Católica del Perú.

Basadre, Jorge (1979). *Perú, problema y posibilidad*. Lima: Banco Internacional del Perú.

Basadre, Jorge (1963-1968). *Historia de la República del Perú*. Tomos V, VI, VII y VIII. Lima: Editorial Universitaria.

Basadre, Jorge (1965). Prólogo. En *Obras Completas*. Tomo IV. Lima: Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú, XI-XLII.

Basadre, Jorge (1958). *La promesa de la vida peruana y otros ensayos*. Lima: Mejía Baca editores.

Basadre, Jorge (1951). La historia de los partidos de Santiago Távara y la historia de los partidos políticos en el Perú. En Távara, Santiago. *Historia de los partidos*. Lima: Editorial Huascarán, XXVII-LXX.

Basadre, Jorge (1943). Para la historia de la historiografía en el Perú: la vida y obra de Carlos Wiesse. *Historia*, vol. 1, n° 1, 64-71.

Belaunde, Víctor Andrés (1987). El Perú antiguo y los modernos sociólogos. En *Obras completas*. Volumen 1. Lima: Edición de la Comisión Nacional del Centenario.

Berlin, Isaiah (2000). *Las raíces del romanticismo*. Madrid: Taurus.

Berlin, Isaiah (1992).*Conceptos y categorías. Ensayos filosóficos*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Bermejo, José Carlos y Pedro Piedras (1999). *Genealogía de la historia. Ensayos de historia teórica III*. Madrid: Edicones Akal.

Bertoni, Lilia Ana (2001). *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bhabha, Homi K. (editor) (1990). *Nation and Narration*. Londres y Nueva York: Routledge.

Bonavia, Duccio (1970). *Arqueología peruana: Precursores*. Lima: Casa de la Cultura.

Bonilla, Heraclio (1974). *Guano y burguesía en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Bonilla, Heraclio y Karen Spalding (2001). La Independencia en el Perú: las palabras y los hechos. En Bonilla, Heraclio. *Metáfora y realidad de la Independencia en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 41-79.

Borghesi, Francesco (1993). *El historicismo de Dilthey a Meinecke*. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile.

Bourdé, Guy y Hervé Martin (1992). *Las escuelas históricas*. Madrid: Akal.

Brading, David (1985). *The Origens of Mexican Nationalism*. Cambridge: Centre of Latin American Studies.

Buntix, Gustavo y Luis Eduardo Wuffarden (1991). Incas y reyes españoles en la pintura colonial peruana: la estela de Garcilaso. *Márgenes*, nº 8, 151-210.

Burns, Bradford (1978). Ideology in Nineteenth-Century Latin American Historiography. *Hispanic American Historical Review*, n° 58 (3), 409-431.

Burucúa, José Emilio y Fabián Alejandro Campagne (2003). Mitos y simbologías nacionales en los países del cono sur. En Annino, Antonio y François-Xavier Guerra (coordinadores). *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 433-474.

Bury, John (1971). *La idea del progreso*: Madrid: Alianza Editorial

Cañizares Esguerra, Jorge (2001). *How to write the History of the New World: histories, epistemologies, and identities in the eighteenth-century Atlantic world*. Stanford: Stanford University Press.

Cañizares Esguerra, Jorge (1995). La utopía de Hipólito Unanue: comercio, naturaleza, y religión en el Perú. En Cueto, Marcos (editor). *Saberes andinos. Ciencia y Tecnología en Bolivia, Ecuador y Perú*, Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 91-108.

Carilla, Emilio (1975). *El romanticismo en la América Hispánica*. Madrid: Gredos.

Carreras, Juan José (2000). *Razón de Historia. Estudios de historiografía*. Madrid: Marcial Pons Editores y Prensas universitarias de Zaragoza.

Casalino, Carlota. El Perú imaginado y representado en el siglo XIX. En Cavieres, Eduardo y Cristóbal Aljovín (compiladores). *Chile-Perú, Perú-Chile: 1820-1920. Desarrollos políticos, económicos y culturales*. Valparaíso: Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, 59-80.

Cassirer, Ernest (1994). *Filosofía de la Ilustración*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.

Cassirer, Ernest (1985). *Kant, vida y doctrina*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Castillo, Daniel del (2000). Un deseo de historia. Notas sobre intelectuales y nacionalismo criollo en el siglo XIX a partir de *La Revista de Lima* (1859-1863). En Henríquez, Narda. *El hechizo de las imágenes. Estatus social, género y etnicidad en la historia peruana*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 99-191.

Certeau, Michel (1993). *La escritura de la historia*. México D.F.: Universidad Iberoamericana.

Clément, Jean Pierre (1997). *El Mercurio Peruano, 1790-1795.* Madrid: Iberoamericana.

Clément, Jean Pierre (1979). *Índices del Mercurio Peruano*. *1790-1795.* Lima: Biblioteca Nacional del Perú e Instituto Nacional de Cultura.

Collingwood, R. G (1990). *Idea de la historia*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Colmenares, Germán (1997). *Las convenciones contra la cultura: ensayos sobre historiografía hispanoamericana del siglo XIX*. Bogotá: Universidad del Valle, Banco de la República y TM editores.

Compton, Merlin David (2000). *La historicidad de las Tradiciones peruanas de Ricardo Palma*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú.

Contreras, Carlos (2004). *El aprendizaje del capitalismo. Estudios de historia económica y social del Perú republicano*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos,.

Contreras, Carlos (1996). Modernizarse o descentralizar: la difícil disyuntiva de las finanzas peruanas durante la era del guano. *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, vol. 25, n° 1, 125-150.

Cornejo Polar, Jorge (2001). *El costumbrismo en el Perú. Estudio y antología de cuadros de costumbres*. Lima: Ediciones COPE (PETROPERÚ).

Cosamalón, Jesús (2004). El lado oscuro de la luna. Un ensayo acerca de los sectores populares limeños en el siglo XIX. En Mc Evoy, Carmen (editora). *La experiencia burguesa en el Perú (1840-1940)*. Madrid: Iberoamericana, 151-192.

Cotler, Julio (1978). *Clases, Estado y nación*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Croce, Benedetto (1960). *La historia como hazaña de la libertad*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Chartier, Roger (1999). *El mundo como representación*. Barcelona: Gedisa.

Chartier, Roger (1993). *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza.

Chatterjee, Partha (2007). *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos y Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 55-85.

Chávez García, Teresa (2006). *La enseñanza de la historia del Perú en la educación secundaria durante la segunda mitad del siglo XX*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Chiaramonte, José Carlos (2004). *Nación y Estado en Iberoamérica*. Buenos Aires: Sudamericana.

Chiaramonti, Gabriella (2005). *Ciudadanía y representación en el Perú (1808-1860). Los itinerarios de la soberanía*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Mayor de San Marcos y Oficina Nacional de Procesos Electorales.

Dager Alva, Joseph (2004). La construcción de la memoria: historia nacional y proyecto burgués en el Perú del siglo XIX. En Mc Evoy, Carmen (editora). *La experiencia burguesa en el Perú, 1840-1940*. Madrid: Iberoamericana, 345-390.

Dager Alva, Joseph (2002). El debate en torno al método en el Chile historiográfico del siglo XIX. *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 28, 97-138.

Dager Alva, Joseph (2001). Hipólito Unanue en el Mercurio Peruano. *Revista de Historia de América*, n° 128, 97-121.

Dager Alva, Joseph (2000a). *Una aproximación a la historiografía del siglo XIX. Vida y obra de José Toribio Polo.* Lima: Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú y Banco Central de Reserva.

Dager Alva, Joseph (2000b). *Hipólito Unanue o el cambio en la continuidad*. Lima: Convenio Hipólito Unanue y Convenio Andrés Bello.

Dager Alva, Joseph (2000c). La Historiografía peruana de la segunda mitad del siglo XIX. Una presentación inicial a través de la obra de José Toribio Polo. *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 26, 135-179.

Dager Alva, Joseph (2000d). El positivismo y la historia del Perú en el siglo XIX. *Expreso*. Lima: 3 de diciembre.

Dager Alva, Joseph (1999). La producción histórica de José Toribio Polo. *Histórica*, vol. XXIII (1), 1-45.

Dager Alva, Joseph (1997). La obra geográfica de José Toribio Polo. En Córdova, Hildegardo (editor). *Espacio: teoría y praxis*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 267-279.

Díaz Herencia, Daniel (1959). Los primeros textos de historia del Perú. *Revista de Educación*, vol. 9, diciembre, 152-168.

Domínguez Ortiz, Antonio (1989). *Carlos III y la España de la Ilustración*. Madrid, Alianza.

Dumbar Temple, Ella (1965). *La Gaceta de Madrid del siglo XVIII: facsímiles de seis ejemplares raros de este periódico*. Lima: Universidad Nacional de San Marcos.

Dumbar Temple, Ella (1943). Periodismo peruano del siglo XVIII. El Semanario Crítico. *Mercurio Peruano*, vol. 25, nº 198, 428-461.

Encina, Francisco (1997). *La literatura histórica chilena y el concepto actual de historia*. Edición, prólogo y notas de Alfredo Jocelyn-Holt Letelier. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Espinoza, Antonio (2005). Moldeando a los ciudadanos del mañana: el proyecto educativo disciplinador en Lima, entre 1850 y 1900. En Drinot, Paulo y Leo Garofalo. *Más allá de la dominación y la resistencia. Estudios de historia peruana, siglo XVI-XX*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 238-259.

Espinoza, Antonio (1996). «Despotismo Ilustrado y Reforma Educativa: el Real Convictorio de San Carlos, entre 1770 y 1817». Tesis para optar el título de licenciado en Historia. Pontificia Universidad Católica del Perú.

Faverón Patriau, Gustavo (2005). Escribir la ficción, escribir la nación: el espejo roto de Ricardo Palma. *Quehacer,* n° 157, 100-107.

Faverón Patriau, Gustavo (2002). Comunidades inimaginables: Benedict Anderson, Mario Vargas Llosa, la novela y América Latina. *Lexis*, n° 26, 441-467.

Fernández Bravo, Álvaro (compilador) (2000). *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires: Manantial.

Ferro, Marc (2003). *Diez lecciones sobre la historia del siglo XX*. México D.F.: Siglo XXI.

Florescano, Enrique (2002). *Historia de las historias de la nación mexicana*. México D.F.: Taurus.

Flores Galindo, Alberto. (2005). *Buscando un inca: Identidad y utopía en los Andes*. En *Obras Completas.* Tomo III. Lima: SUR Casa de Estudios del Socialismo.

Flores Galindo, Alberto (1988). La imagen y el espejo: la historiografía peruana 1910-1986. *Márgenes*, n° 4, 55-83.

Fontana, Josep (1999). *Historia: análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona: Crítica.

Forment, Carlos (2003). *Democracy in Latin America, 1760-1900. Civic Selfhood and Public Life in Mexico and Peru*. Volumen I. Chicago: University of Chicago Press.

Forment, Carlos (1999). La sociedad civil en el Perú del siglo XIX: democrática o disciplinaria. En Sábato, Hilda. *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*. México D.F.: El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica, 202-230

Forns, Roberto (1988). «La estrategia comunicativa del Semanario Crítico de Juan Antonio de Olavarrieta: Ilustración y polémica en el periodismo limeño de 1791». Tesis para optar el grado de bachiller en Lingüística y Literatura. Pontificia Universidad Católica del Perú.

Fradera, Josep y Jesús Millán (editores) (2000). *Las burguesías europeas del siglo XIX. Sociedad civil, política y cultura*. Valencia: Universitat de València y Biblioteca Nueva.

Fueter, Ed (1953). *Historia de la historiografía moderna*. Tomo II. Buenos Aires: Editorial Novoa.

Gadamer, Hans Georg (2000). *Verdad y método II*. Salamanca: Ediciones Sígueme.

Gadamer, Hans Georg (1999). *Verdad y método I*. Salamanca: Ediciones Sígueme.

Gadamer, Hans Georg (1997). *Historia y Hermenéutica*. Barcelona: Paidós.

Gadamer, Hans-Georg (1993). *El problema de la conciencia histórica*. Madrid: Tecnos.

Gay, Peter (1992). *La Experiencia burguesa de Victoria a Freud*. Tomo I. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Gazmuri, Cristián (2006). *La historiografía chilena (1842-1920).* Santiago de Chile: Taurus y Centro de investigaciones Diego Barros Arana.

Gellner, Ernest (2001). *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza.

Gerbi, Antonello (1993). *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica: 1750-1900*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Gooch, G. P. (1942). *Historia e historiadores en el siglo XIX*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Gootenberg, Paul (1998). *Imaginar el desarrollo: las ideas económicas en el Perú postcolonial*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos y Banco Central de Reserva.

Grafton, Anthony (1998). *Los orígenes trágicos de la erudición. Breve tratado sobre la nota a pie de página*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Guerra, Francois-Xavier (2002). Voces del pueblo. Redes de comunicación y orígenes de la opinión en el mundo hispánico (1808-1814). *Revista de Indias,* nº 225, 357-384.

Guerra, Francois-Xavier (1993). *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Guerra, Francois-Xavier (1989). El olvidado siglo XIX. *Balance de la Historiografía sobre Iberoamérica (1945-1988)*. Pamplona: Universidad de Navarra, 593-631.

Guerra, Francois-Xavier y Annick Lempérière (editores) (1988). *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambiguedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica y Centro Francés de Estudios Mexicanos e Iberoamericanos.

Guerra Martinière, Margarita (1994). La República. Tomo VII. En *Historia General del Perú*. Lima: Brasa.

Guerra Martinière, Margarita (1991). *La ocupación de Lima (1881-1883)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Guibovich, Pedro (2005). Alcances y límites de un proyecto ilustrado: la sociedad de amantes del País y el Mercurio peruano. *Histórica*, vol. 29, nº 2, 45-66.

Guibovich, Pedro (2004). Ambrosio Cerdán y Pontero: la Sociedad de Amantes del País y el Mercurio Peruano. *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, nº 31, 223-237.

Habermas, Jürgen (1988). *Lógica de las ciencias sociales*. Madrid: Tecnos.

Habermas, Jürgen (1981). *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: Gustavo Gili.

Halperin Donghi, Tulio (1996). *Ensayos de historiografía*. Buenos Aires: Ediciones El cielo por asalto.

Hamnett, Bian (1978). *Revolución y contra revolución en México y el Perú: liberalismo, realeza y separatismo 1800-1824*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Hampe Martínez, Teodoro (1998). Max Uhle y los orígenes del Museo de Historia Nacional (1906-1911). En Kaulicke, Peter (editor). *Max Uhle y el Perú Antiguo*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 123-156.

Hampe Martínez, Teodoro (1996). Trayectoria y balance en la historiografía: 90 años de la Academia Nacional de la Historia (1905-1995). *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, n° 23, 39-61.

Hastings, Adrian (2000). *La construcción de las nacionalidades*. Cambridge: Cambridge University Press.

Hazard, Paul (1998). *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Madrid: Alianza Editorial.

Higgins, James (2006). *Historia de la literatura peruana*. Lima: Editorial Universitaria de la Universidad Ricardo Palma.

Hirschberger, Johannes (1986). *Historia de la Filosofía*. Barcelona: Editorial Herder.

Hobsbawm, Eric (2002). Introducción. En Hobsbawm, Eric y Terence Ranger (editores). *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica, 7-21.

Hobsbawm, Eric (2001). *La era de la revolución 1789-1848*. Buenos Aires: Crítica.

Hobsbawm, Eric (2000). *Naciones y Nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.

Holguín Callo, Oswaldo (2005). *El largo camino de la nación peruana (Siglo XIX). Discurso de incorporación a la Academia Nacional de Historia*. Lima: Edición del autor.

Holguín Callo, Oswaldo (2002). Conciencia de la historia y romanticismo literario en el Perú. En *Sobre el Perú. Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 649-674

Holguín Callo, Oswaldo (2000). Ricardo Palma y el 98: el problema cubano, el americanismo y el hispanismo. *Revista Complutense de Historia de América,* n° 26, 233-260.

Holguín Callo, Oswaldo (1994). *Tiempos de infancia y bohemia. Ricardo Palma (1833-1860)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Hunt, Shane (1982). Guano y crecimiento en el Perú del siglo XIX. *HISLA*, Revista latinoamericana de historia económica y social, vol. 4, 35-92.

Iggers, George (1998). *La ciencia histórica en el siglo XX*. Barcelona: Idea Universitaria.

Jaksic, Iván (2001). *Andrés Bello: la pasión por el orden*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Kauffmann Doig, Federico (1964). Los Estudios Chavín (1553-1919). *Fénix*, n° 14, 147-249.

Kocka, Jürgen (2000). Burguesía y sociedad burguesa en el siglo XIX. Modelos europeos y peculiaridades alemanas. En Fradera, Josep y Jesús Millán (editores). *Las burguesías europeas del siglo XIX. Sociedad civil, política y cultura*. Valencia: Universitat de València y Biblioteca Nueva, 21-83.

Koselleck, Reinhart (2004). *historia/Historia*. Madrid: Editorial Trota.

Koselleck, Reinhart (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.

Koselleck, Reinhart (1976). Ascenso y estructuras del mundo burgués. En *La época de las revoluciones europeas, 1780-1848*. México D.F.: Siglo XXI, 283-305.

Koselleck, Reinhart (1965). *Crítica y crisis del mundo burgués*. Madrid: Ediciones Rialp.

Krauze, Enrique (2005). *La presencia del pasado*. Barcelona: Tusquets Editores.

Kuhn, Thomas (1986). *La estructura de las revoluciones científicas*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Laera, Alejandra (2004). *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambareces*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Lefebvre, Georges (1974). *El nacimiento de la historiografía moderna*. Barcelona: Ediciones Martínez Roca.

Lohmann, Guillermo (1984). Criticismo e ilustración como factores formativos de la conciencia del Perú en el siglo XVIII. En Buisson, Inge (editora). *Problemas de la formación del Estado y de la nación en Hispanoamérica*. Bonn: Inter Nationes, 15-31.

Lynch, John (1998). *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*. Barcelona: Editorial Ariel.

Macera, Pablo (1977). *Trabajos de historia*. Lima: Instituto Nacional de Cultura.

Macera, Pablo (1955). *Tres etapas en el desarrollo de la conciencia nacional.* Lima: Ediciones Fanal.

Madero, Roberto (2001). *El origen de la historia. Sobre el debate entre Vicente Fidel López y Bartolomé Mitré*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Majluf, Natalia (2001). Convención y descripción: Francisco-Pancho Fierro (1807-1879) y la formación del costumbrismo peruano. *Hueso Húmero*, n° 39, 3-44.

Manrique, Nelson (1999). *La piel y la pluma: escritos sobre literatura, etnicidad y racismo*. Lima: SUR, Casa de Estudios del Socialismo.

Martínez Riaza, Ascensión (2004). El Dos de Mayo de 1866. Lecturas peruanas en torno a un referente nacionalista (1860-1890). En Mc Evoy, Carmen (editora). *La experiencia burguesa en el Perú (1840-1940)*. Madrid: Iberoamericana, 391-419.

Martini, Mónica (1998). *Francisco Antonio Cabello y Mesa: un publicista ilustrado de dos mundos (1786-1824).* Buenos Aires: Instituto de Investigaciones sobre Identidad Cultural.

Mc Evoy, Carmen (2007a). *Homo politicus: Manuel Pardo, la política peruana y sus dilemas, 1871-1878*. Lima: Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto de Estudios Peruanos y Oficina Nacional de Procesos Electorales.

Mc Evoy, Carmen (2007b). Chile en el Perú: política, economía y sociedad en los tiempos de la ocupación (1881-1884). En Chaupis Torres, José y Emilio Rosario (Compiladores). *La Guerra del Pacífico: aportes para repensar su historia*. Lima: Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y Línea Andina, 2007, 187-215.

Mc Evoy, Carmen (2002). Seríamos excelentes vasallos y nunca ciudadanos: Prensa republicana y cambio social en Lima (1791-1822). En *Sobre el Perú. Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo*. Tomo II. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 825-862

Mc Evoy, Carmen (2001). Estudio Preliminar. En Espinoza, Juan. *Diccionario republicano*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú y The University of the South, 21-100.

Mc Evoy, Carmen (2000). *Forjando la Nación. Ensayos de historia republicana*. Lima: Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú y The University of the South.

Mc Evoy, Carmen (1997). *La Utopía republicana. Ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1871-1919).* Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Mc Evoy, Carmen (1996). El motín de las palabras: la caída de Bernardo Monteagudo y la forja de la cultura política limeña (1821-1822). *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, nº 23, 89-139.

Mc Evoy, Carmen (editora) (2006). *Funerales republicanos en América del Sur: Tradición, ritual y nación, 1832-1896*. Santiago de Chile: Ediciones de Estudios Bicentenario.

Mc Evoy, Carmen (editora) (2004). *La experiencia burguesa en el Perú, 1840-1940*. Madrid: Iberoamericana.

Meléndez, Mariselle (2006). Patria, Criollos and Blacks: Imagining the Nation in the Mercurio peruano, 1791-1795. *Colonial Latin American Review*, vol 15, nº 2, 207-227.

Méndez, Cecilia (1997). República sin indios: la comunidad imaginada del Perú. En Urbano, Henrique (compilador). *Tradición y modernidad en los Andes*. Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas, 15-41.

Méndez, Cecilia (1993). *Incas sí, indios no. Apuntes para el estudio del nacionalismo criollo en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Miller, Nicola (2006). The historiography of nationalism and national identity in Latin America. *Nations and Nationalism*, 12 (2), 201-221.

Millones Figueroa, Luis y Domingo Ledezma (editores) (2005). *El saber de los jesuitas, historias naturales y el Nuevo Mundo.* Madrid/Frankfurt: Vervuet/Iberoamericana.

Montoya, Gustavo (2002). Jorge Basadre, el ensayo como estrategia. En Basadre Jorge. *La Iniciación de la república: contribución al estudio de la evolución política y social del Perú*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, tomo I, 17-42.

Moradiellos, Enrique (2001). *Las caras de Clío. Una introducción a la historia*. Madrid: Siglo XXI Editores.

Morin, Edgar (1993). El Estado-Nación. En Gil Delannoi y Pierre Andre Taguieff. *Teorías del nacionalismo*. Barcelona: Paidós, 451-458.

Murra, John (2002). *El mundo andino: población, medio ambiente y economía*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú e Instituto de Estudios Peruanos.

Nieto Vélez, Armando (1993). Ideología de la Ilustración en el Mercurio Peruano. *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, 20, 33-44.

Nieto Vélez, Armando (1956). Notas sobre el pensamiento de la Ilustración en el Mercurio Peruano. *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, 3, 193-207.

Noiriel, Gérard (1997). *Sobre la crisis de la historia*. Madrid: Cátedra-Universitat de Valencia.

Novick, Peter (1997). *Ese noble sueño: la objetividad y la historia profesional norteamericana*. Tomo I. México D.F.: Instituto Mora.

O'Phelan, Scarlett (1985). El mito de la Independencia concedida: los programas políticos del siglo XVIII y del temprano XIX en el Perú (1730-1814). *Histórica*, vol. IX, 155-190.

Ortemberg, Pablo (2006). Las primeras fiestas cívicas en el Perú independiente: emblemática y ceremonial bajo el Protectorado. *Revista Andina*, nº 43, 239- 263.

Palacios, Raúl (1988). *La Sociedad Geográfica de Lima. Fundación y años iniciales*. Lima: Universidad de Lima.

Parekh, Bhikhu (2000). El etnocentrismo del discurso nacionalista. En Fernández Bravo, Álvaro (compilador). *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires: Manantial, 91-122.

Patruco Núñez, Sandro (1996). Hipólito Unanue, estudioso de los gigantes. *Histórica*, vol XX, n° 1, 155-170.

Pease G.Y., Franklin (1993). La visión del Perú: La historiografía. En: *Perú, Hombre e Historia. La República*. Lima: Edubanco, 93-128.

Pease G.Y., Franklin (1992). *Los incas*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Pease G.Y., Franklin (1987). Prólogo. En Belaunde, Víctor Andrés. *Obras Completas.* Volumen 1. Lima: Edición de la Comisión Nacional del Centenario, LXIX-LXXIX.

Pease G.Y., Franklin (1986). Introducción. En Cieza de León, Pedro. *Crónica del Perú*. Primera parte. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Academia Nacional de la Historia, XI-XLIII.

Peralta, Víctor (2006). De rústicos a civilizados. El concepto de civilidad en tres historias de la América Meridional del siglo XVIII. *Histórica,* vol. XXX, nº 1, 137-163.

Peralta, Víctor (2005a). Prensa y redes de comunicación en el Virreinato del Perú, 1790-1821. *Tiempos de América*, nº 11, 113-131.

Peralta, Víctor (2005b). Las tribulaciones de un ilustrado católico. José Eusebio Llano Zapata en Cádiz (1756-1780). En Llano Zapata, José Eusebio. *Memorias histórico, físicas, crítico, apologéticas de la América Meridional*. Edición y estudios de Ricardo Ramírez, Antonio Garrido, Luis Millones Figueroa, Víctor Peralta y Charles Walker. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 37-72.

Peralta, Víctor (1999). Las razones de la fe. La Iglesia y la Ilustración en el Perú, 1750-1800. En O`Phelan, Scarlett (compiladora). *El Perú en el siglo XVIII. La Era borbónica*. Lima: Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 177-204.

Perisat, Karine. (2000). Los incas representados (Lima-siglo XVIII) ¿Supervivencia o renacimiento? *Revista de Indias*, vol. LX, nº 220, 623-649.

Porras Barrenechea, Raúl (1954). *Fuentes históricas peruanas*. Lima: Mejía Baca.

Portocarrero, Gonzalo (2007). Palma y el imaginario criollo. En *Página de Gonzalo Portocarrero* (http://gonzaloportocarrero.blogsome.com), octubre.

Portocarrero, Gonzalo y Patricia Oliart (1989). *El Perú desde la escuela*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario.

Quijada, Mónica (2003). ¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano. En Annino, Antonio y François-Xavier Guerra (coordinadores). *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 287-315.

Quijada, Mónica (1994). De la colonia a la república: inclusión, exclusión y memoria histórica en el Perú. *Histórica*, vol. 18, nº 2, 365-382.

Quiroz, Alfonso (1987). *La deuda defraudada: consolidación de 1850 y dominio económico en el Perú*. Lima: Instituto Nacional de Cultura.

Ragas, José (2008). Ideólogos del Leviatán. Estadística y sociedad en el Perú (1791-1876). En Aguirre, Carlos y Carmen Mc Evoy (editores). *Intelectuales y poder. Ensayos en torno a la república de las letras en el Perú e Hispanoamérica (ss. XVI-XX).* Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos e Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 151-172.

Ramón, Gabriel (1999a). *La muralla y los callejones. Intervención urbana y proyecto político en Lima durante la segunda mitad del siglo XIX*. Lima: SIDEA y PROMPERÚ.

Ramón, Gabriel (1999b). Urbe y orden. Evidencias del reformismo borbónico en el tejido limeño. En O`Phelan, Scarlett (compiladora). *El Perú en el siglo XVIII. La Era borbónica*. Lima: Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 295-324.

Ramón, Gabriel (1995). La Historia del Perú según Sebastián Lorente. *Cibertextos*, Revista electrónica de la Dirección Académica de Investigación de la Pontificia Universidad Católica del Perú, año 1, n° 2.

Ramos, Carlos (2004). El *Diccionario de legislación peruana* de Francisco García Calderón o la obra de un jurista burgués. En Mc Evoy, Carmen (editora). *La experiencia burguesa en el Perú (1840-1940).* Madrid: Iberoamericana, 107-150.

Raygada, Carlos (1954). *Historia crítica del Himno Nacional*. Lima: Mejía Baca y P. L. Villanueva.

Reale, Giovanni y Dario Antiseri (1995). *Historia del pensamiento filosófico y científico*. Barcelona: Herder.

Renan, Ernest (1987). *¿Qué es la nación? Cartas a Strauss*. Madrid: Alianza.

Ricoeur, Paul (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Riva-Agüero y Osma, José de la (1965). La Historia en el Perú. En *Obras Completas*. Tomo IV. Lima: Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Rivera Serna, Raúl (1980). Historia de la historia. En *Historia del Perú*. Tomo X. Lima: Mejía Baca, 281-372.

Riviale, Pascal (1997). Manuel González de la Rosa, sacerdote, historiador y arqueólogo. *Histórica*, vol. XXI, 271-285.

Rodríguez, Margarita (2006). *Criollismo y Patria en la Lima ilustrada (1732-1795).* Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.

Rosas, Claudia (2006). *Del trono a la guillotina. El impacto de la Revolución Francesa en el Perú (1789-1808).* Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú e Instituto Francés de Estudios Andinos.

Rosas, Claudia (2002). La imagen de los Incas en la Ilustración peruana del siglo XVIII. En Flores, Javier y Rafael Varón (editores). *El hombre y los Andes. Homenaje a Franklin Pease*. Tomo II. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1033-1047.

Rosas, Claudia (1999). Educando al bello sexo: la mujer en el discurso ilustrado. En O`Phelan, Scarlett (compiladora). *El Perú en el siglo XVIII. La Era borbónica*. Lima: Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 369-413.

Rubio Fataccioli, Alberto (1990). *Sebastián Lorente y la educación en el Perú del siglo XIX*. Lima: Editorial Alameda.

Ruiz Torres, Pedro (1993). Historia filosófica e historia erudita en los siglos XVIII y XIX. En Gimeno Blay, Francisco (editor). *Erudición y discurso histórico: Las instituciones europeas. (S. XVIII-XIX)*. Valencia: Universidad de Valencia, 13-33.

Said, Edward (1996). *Cultura e imperialismo*. Barcelona: Anagrama.

Said, Edward (1990). *Orientalismo*. Madrid: Libertarias.

Saíz, María Dolores (1983). *Historia del periodismo en España.* Madrid: Alianza Editorial.

Salazar Bondy, Augusto (1967). *La filosofía en el Perú*. Lima: Editorial Universo.

Salazar Bondy, Augusto (1965). *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo*. Lima: Editores Francisco Moncloa.

Sánchez-Blanco, Francisco (1991). *Europa y el pensamiento español del siglo XVIII*. Madrid: Alianza Editorial.

Sanders, Karen (1997). *Nación y tradición. Cinco discursos en tono a la nación peruana, 1885-1930*. Lima: Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú y Fondo de Cultura Económica.

Santamaría, Antonio (2001). *Los nacionalismos. De los orígenes a la globalización.* Barcelona: Ediciones Bellaterra.

Sarrailh, Jean (1992). *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Sciacca, Federico (1958). *Historia de la Filosofía*. Barcelona: Luis Miracle editor.

Shumway, Nicolas (1991). *The invention of Argentina*. Berkeley: University of California Press.

Smith, Anthony (1997). *La identidad nacional.* Madrid: Trama Editorial.

Sobrevilla, David (1980). Las ideas en el Perú Contemporáneo. En *Historia del Perú*. Tomo IX. Lima: Mejía Baca, 115-414.

Sobrevilla, Natalia (2004). El proyecto liberal y la Convención de 1855. En Mc Evoy, Carmen (editora). *La experiencia burguesa en el Perú (1840-1940).* Madrid: Iberoamericana, 223-243.

Sombart, Werner (1972). *El burgués*. Madrid: Alianza Editorial.

Sommer, Doris (2004). *Ficciones fundacionales: las novelas nacionales en América Latina*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.

Stromberg, Roland (1995). *Historia intelectual europea desde 1789.* Madrid: Editorial Debate.

Stuven, Ana María (2000). *La seducción de un orden. Las élites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile.

Subercaseaux, Bernardo (1997). *Historia de las ideas y de la cultura en Chile. Sociedad y cultura liberal en el siglo XIX: J.V. Lastarria*. Tomo I. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Tamayo Herrera, José (1992). *Historia general del Qosqo. Una historia regional desde el período lítico hasta el año 2000*. Cusco: Municipalidad del Cusco, 3 tomos.

Tantaleán Arbulú, Javier (1983). *Política económica-financiera y la formación del Estado: siglo XIX*. Lima: CEDEP.

Tauzin Castellanos, Isabelle (1999). *Las Tradiciones peruanas de Ricardo Palma: claves de una coherencia*. Lima: Universidad Ricardo Palma.

Tessitore, Fulvio (2007). *Interpretación del historicismo*. Barcelona: Editorial Anthropos.

Thompson, Edward Palmer (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica.

Thurner, Mark (2006a). *Republicanos Andinos*. Cusco: Centro Bartolomé de las Casas e Instituto de Estudios Peruanos.

Thurner, Mark (2006b). Yet Another History of History. *Latin American Research Review*, 41, (3), 164-174.

Thurner, Mark (2005). Una historia peruana para el pueblo peruano. De la genealogía fundacional de Sebastián Lorente. En Lorente, Sebastián. *Escritos fundacionales de historia peruana*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 15-76.

Vargas Cullel, María Clara (2004). *De las fanfarrias a las salas de concierto. Música en Costa Rica (1840-1940)*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Vargas Ugarte, Rubén (1959). *Manual de Estudios Peruanistas*. Lima: Librería e Imprenta Gil.

Varillas Montenegro, Alberto (1992). *La literatura peruana del siglo XIX*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Vásquez, George (1996). La historiografía latinoamericana del siglo XIX. El caso de tres historiadores ilustres: Andrés Bello, Diego Barros Arana y Bartolomé Mitre. *Histórica*, vol. XX, (1), 131-153.

Vásquez, Josefina Zoraida (2003). Una difícil inserción en el concierto de naciones. En Annino, Antonio y François-Xavier Guerra (coordinadores). *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 253-284.

Vega, Marta de la (1998). *Evolucionismo versus positivismo. Estudio teórico sobre el positivismo y su significación en América Latina*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Villacorta, Luis Felipe (2008). Antonio Raimondi y la validación científica del anhelo por el progreso nacional. En Aguirre Carlos y Carmen Mc Evoy (editores). *Intelectuales y poder. Ensayos en torno a la república de las letras en el Perú e Hispanoamérica (ss. XVI-XX).* Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos e Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 221-251.

Villalobos, Sergio (2000). *Barros Arana. Formación intelectual de una nación*. Santiago de Chile: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana y Editorial Universitaria.

Viñas, David (1994). Sarmiento: Madness or Accumulation. En *Sarmiento. Author of a Nation*. Berkeley: University of California Press, 213-219.

Velázquez, Marcel (2008). Las novelas de folletín: utopías y biotecnología en Lima (1839-1848). En Aguirre Carlos y Carmen Mc Evoy (editores). *Intelectuales y poder. Ensayos en torno a la república de las letras en el Perú e Hispanoamérica (ss. XVI-XX).* Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos e Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 199-220.

Vovelle, Michel (2000). *Introducción a la Revolución francesa*. Barcelona: Crítica.

Walker, Charles (2007). ¿Civilizar o controlar? El impacto duradero de las reformas urbanas de los Borbones. En Aljovín, Cristóbal y Nils Jacobsen. *Cultura política en los andes (1750-1950)*. Lima: Universidad Nacional de San Marcos e Instituto Francés de Estudios Andinos, 105-130.

Walker, Charles (Compilador) (1995). *Entre la retórica y la insurgencia: las ideas y los movimientos sociales en los Andes, siglo XVIII*. Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas.

Watson-Espener, Maida (1979). *El cuadro de costumbres en el Perú decimonónico*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

White, Hayden (1997). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Williams, Raymond (2000). *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Woll, Allen (1982). *A functional past. The uses of history in nineteenth-century Chile*. Louisiana: Louisiana State University Press.

Zermeño, Guillermo (2004). La Historia, una ciencia del Estado. Notas sobre la función social del historiador en México en el siglo XIX. En Hugo Cancino (coordinador). *Los intelectuales latinoamericanos entre la modernidad y la tradición, siglos XIX y XX*. Madrid: Cuadernos AHILA e Iberoamericana, 2004, 19-33.

Zeta Quinde, Rosa (2000). El pensamiento ilustrado en el Mercurio Peruano, 1791-1795. Piura: Universidad de Piura.

Se terminó de imprimir en
los talleres gráficos de
Tarea Asociación Gráfica Educativa
Psje. María Auxiliadora 156, Breña
Correo e.: tareagrafica@terra.com.pe
Teléfono: 332-3229 Fax: 424-1582
Se utilizaron caracteres
Adobe Garamond Pro en 11 puntos
para el cuerpo del texto
octubre 2009 Lima – Perú

En el Perú del siglo XIX se confeccionó una historiografía fundacional que tuvo relación directa con la construcción de la nación, pues elaboró retratos del pasado con el fin de resaltar rasgos que permitieran afianzar la conciencia de pertenencia a una comunidad. Esto resultó determinante para la noción misma del país.

Historiografía y nación en el Perú del siglo XIX propone el concepto «confección» para definir a esa historiografía, pues este engloba tanto a la labor artesanal como al aspecto creativo que se utilizaron para elaborar una imagen homogénea del pasado. Fue una confección porque subrayó o descuidó diversos aspectos del transcurso histórico, pero no fue una invención libre del intelecto; fue artesanal porque pretendió reconstruir y dar cuenta de lo acontecido; y creativa porque se plasmó de acuerdo a la realidad histórica que vivieron sus autores. Esto explica que la historiografía del Perú del siglo XIX haya dejado de lado las marcadas desigualdades sociales y la explotación colonial y republicana.



